Aeryn Anders

TRAS TU RASTRO

Multiverso

Tras tu Rastro

© Aeryn Anders

© Multiverso Editorial, 2016

© Grupo Editorial Omniverso, 2016

© Ilustración de la portada: Miguel Ángel Pérez Muñoz

Dirección editorial: Miguel Ángel Pérez Muñoz

ISBN: 978-84-945584-1-2

Depósito legal: CA 263-2016

Printed in Spain

Primera edición: junio, 2016

www.multiversoeditorial.com

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita del titular del Copyright o la mención del mismo, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento

Epílogo

Miro en derredor antes de descender del vehículo, aunque el lugar es seguro, nunca está de más tomar precauciones. La gravilla emite un leve quejido a cada paso. Accedo al interior por la puerta trasera. La nave está en desuso algo más de cinco años y así debe seguir, si alguien se percata lo que ocurre en el interior, tendríamos serios problemas.

El olor a humedad, mezclado con sangre, me asalta el olfato antes de traspasar el plástico que separa la oficina de la zona de descarga. En el centro de la estancia, mis hombres ubican la mercancía de hoy, con pasos cortos recorro los pocos metros que nos separan. A esta distancia puedo notar el miedo del hombre al verme, una siniestra sonrisa aprendida a lo largo de los años aparece en el rostro provocando el temblor incontrolado de la presa. Es consciente del futuro que le deparan las siguientes horas y las primeras lágrimas le humedecen la cara sin posar aún una mano en su cuerpo. Espero que no suplique tanto como la última vez que nos encontramos, hace meses.

Antes de llegar a su altura arrastro con lentitud una silla colocándola frente al hombre, con movimientos calculados me sitúo frente a él entreteniéndome en estirar bien el traje para que no se arrugue, cuando termine el trabajo me esperan en la sala de fiestas unas bellas rubias, lo que menos deseo es hacerlas esperar por el hecho de tener que cambiarme.

Examino de forma pausada la pose de mi enemigo, a cada segundo que pasa, su cuerpo se encoge más debido al pánico que le provoca mi presencia. Al contrario que mis hombres, su excitación va en aumento con cada movimiento que hago, saben que pronto empezará el duro trabajo, aunque más que disgustarles estar encerrados durante horas en la nave, disfrutan cada segundo, esta estimulación no la tienen a diario. Son tantos años juntos, que solo con ver sus poses sé que saborean estos escasos momentos, pueden pasar meses antes de volver a tener el placer de disfrutar haciendo daño.

—DeLuca —pronuncio su nombre con voz grave para causarle más temor—. Otra vez volvemos a vernos. Por lo que veo, no sirvió de nada el aviso anterior.

La barbilla del hombre tiembla al intentar hablar—. Señor… —Sus pantalones grises se oscurecen a la altura de la pelvis, aún no he ordenado nada y ya se ha orinado encima. Mal empezamos—.

Puedo explicárselo… Es un error.

Un suave sonido parecido a una risa se me escapa de la garganta, odio cuando la gente intenta hacerme parecer tonto—. DeLuca, ¿estás insinuando que mis hombres mienten? —inquiero alzando una ceja.

La carcajada general que provocan mis cinco acompañantes me hace sonreír, si antes estaban ansiosos por ponerle la mano encima, ahora están deseando que dé la orden para destrozarlo.

DeLuca cada vez más asustado intenta en vano ofrecerme una pobre explicación—. Por favor, señor. Le juro que no tengo nada que ver con la familia DiZinno, todo esto es un error. No intento involucrarme en sus negocios, todos sabemos que su familia es la dueña de Roma, sería una imprudencia pretender quitarle su posición.

—Tú lo has dicho, sería una imprudencia. Una imprudencia, que es la segunda vez que cometes. Hace meses te avisé, no sirvió de nada. Comprenderás que otra vez no puedo dejarlo pasar, ¿qué pensarán mis hombres de mí si consiento tal cosa? —levanto la mano al ver que intenta responder a la cuestión planteada—. Pensarán que he perdido cualidades a la hora de gestionar mis negocios.

Mi primo se deshace de la americana colocándola sobre la polvorienta mesa, mientras se acerca a DeLuca se remanga las mangas de la camisa, antes que el hombre note su presencia lo golpea con todas sus fuerzas en el costado haciendo que se retuerza de dolor. Durante varios minutos, se ensaña con su maltrecho cuerpo, golpeándolo con furia. Al notar los primeros síntomas de sudor le cede el puesto a otro de mis hombres, el cual, disfruta incluso más que mi primo golpeando a DeLuca. El ritual se repite hasta que los cinco, disfrutan golpeando sin piedad a nuestro enemigo.

Unas gotas de sangre me salpican los zapatos, incorporándome de forma pausada de la silla me acerco a DeLuca, con desprecio me limpio en sus pantalones. El hombre no incorpora la cabeza cuando me posiciono frente a él, debo hacerlo yo, lo agarro del cabello y de forma brusca lo obligo a mirarme. Sus ojos hinchados intentan en vano mantenerse abiertos, sabe que si no lo hace el castigo será mucho peor. El rostro ya está desfigurado debido a las magulladuras y la sangre.

—Te advertí que no volvieras a cruzarte en mi camino —escupo frente a su cara—. Este es el precio que se paga por desobedecer mis órdenes —suelto la cabeza con fuerza antes de girarme hasta el grifo para deshacerme de la sangre y sudor que se me impregna en la piel. A medio camino giro la cabeza mirando a mi primo—.

Terminad el trabajo, me esperan.

Antes de escuchar el sonido del disparo amortiguado por el silenciador, los chicos se entretienen un poco más con DeLuca. Abandono la nave con teléfono en mano, espero unos segundos antes de que mi interlocutor descuelgue la llamada.

—Valdati.

—Uno, donde siempre. —No es necesario dar más explicaciones, conoce su trabajo a la perfección.

—Quince minutos.

—Perfecto —corto la llamada sin despedirme.

Marcho del lugar conduciendo de forma sosegada, nada de derrapes ni altas velocidades, hay que pasar desapercibidos.

1

El humo del tabaco llena la estancia. El habano reposa en una mesita de fumador de hierro con acabados en nácar guilloti del siglo XIX conservada en perfecto estado, situada entre los sillones de piel caoba de la misma época. Al traspasar las puertas del despacho retrocedes en siglos de historia. Los muebles, todos de importación, son piezas de coleccionista. Un excéntrico y costoso lujo que la familia puede permitirse. Sobre el suelo de mármol blanco descansa un escritorio antiguo, el juego lo completa un armario librería con cuatro puertas y seis cajones; una silla de escritorio con respaldo en cuero repujado con motivo Viera de Santiago y dos de visita; otro armario, donde está encastrada la caja fuerte y encima una antigua maquina de escribir. Todos los muebles fueron tallados a mano por famosos ebanistas de Santiago de Compostela, una ciudad que mis progenitores siempre le han tenido especial cariño, será porque fue allí donde se conocieron.

Sentado frente al escritorio se encuentra el gran Mauro Bianchessi, mi padre, analizando la información recién llegada de España. Hará cosa de un mes, llegaron malas noticias del país. Un trabajador infiel se hizo con documentación importante, que en manos de policías no incluidos en nómina pueden generar problemas importantes para el negocio familiar.

—Padre —anuncio mi llegada para hacerme notar.

Sin alzar la vista de los documentos responde a mi saludo—. Excelente trabajo. —Se refiere al último realizado hace semanas, no es necesario dar más datos, con pocas palabras nos entendemos—. Toma asiento, por favor. Tenemos que hablar.

Sus palabras me sorprenden, por regla general, no actúa de forma seria cuando estamos solos, es más la típica relación padre e hijo. En esta ocasión, es un trato profesional. Tomo asiento frente a él en una de las incómodas sillas antiguas.

—Las cosas en España están revueltas y las últimas noticias no son alentadoras —comienza a decir alzando por fin la vista—. Te hice llamar para comunicarte nuestra decisión.

Adopto una actitud profesional antes de responderle; espalda recta y semblante serio—. Tú dirás.

Se masajea el puente de la nariz al tiempo que se deshace de las lentes—. Tus tíos acaban de marcharse, hemos optado que para resolver el problema alguien de aquí debe viajar a España para dar con el paradero de la persona que intenta traicionarnos. Una vez

localizada, se actúa de igual forma que hacemos aquí.

Entiendo cada una de sus palabras, yo mismo actuaría de igual manera—. Excelente decisión. Lo suyo sería enviar un equipo de seis personas para que tengan cobertura en caso de improvistos. Una vez hallado el paradero del desconocido, liquidarlo para que no dé el chivatazo.

Su mirada hace que me sienta satisfecho con la respuesta, sé que se siente orgulloso de educarme igual de profesional que él para los negocios—. Me recuerdas tanto a mí cuando tenía tu edad —comenta con melancolía—. Magnífica decisión, hijo. Nosotros llegamos a la misma conclusión.

Me crezco ante sus palabras—. Enviaría a Marco con sus hombres, ya están listos para encargarse de un trabajo de estas dimensiones. —No deja que prosiga con la exposición. Levanta la mano para que cese.

Centra su atención en mí, entreteniéndose en observarme, su actitud me inquieta—. No me has entendido, hijo. No te llamé para que me des tu punto de vista, aunque muy acertado por tu parte. Quien viaja con sus hombres eres tú.

La sangre me bulle por el cuerpo nada más escucharlo, por nada del mundo abandono mi país, mi vida es muy satisfactoria aquí. Me encanta mi trabajo y sus riesgos y no estoy dispuesto a marcharme a un país del que no recuerdo nada. Como una exhalación me incorporo de la silla, comenzando a caminar de un lado a otro del estudio.

Pasados unos segundos, me sitúo frente a mi padre, si tengo que plantarle cara lo haré—. Padre, no puedes hacerme esto. —Medio grito. Al ver su dura mirada, bajo el tono de voz—. Marco necesita un voto de confianza. Estoy seguro que si le encargas el trabajo lo realizará satisfactoriamente. Está deseando involucrarse de lleno en los negocios familiares.

De forma pausada se incorpora del asiento, sortea el escritorio hasta situarse frente a mí. Con una mirada paternal, prosigue—. Hijo, entiende que esto es muy importante y delicado. No podemos arriesgarnos a cometer fallos, allí estaréis solo vosotros seis, no estará la familia para apoyaros si algo sale mal.

Lo miro con dureza, me da igual su reprobatoria mirada—. Solo falló una vez. ¿Nunca piensas perdonarlo?

Esta vez quien grita es él—. ¡Te recuerdo que su imprudencia nos costó la vida de tres hombres valiosos!

No puedo creer que después de un año aún no haya perdonado a su hijo. Yo mismo lo hice al poco tiempo de suceder todo, sabía que Marco estaba pasando una mala época y esa noche la fiesta se le fue de las manos. Sé que en condiciones normales, jamás actuaría de

aquella manera.

—Sé quién murió esa noche, no necesito que me lo recuerdes —escupo con rabia, hace tiempo que no le hablo de esa forma a mi progenitor—. Pero debes entender que Marco necesita un voto de confianza. Tú voto de confianza —prosigo con el mismo tono—. Si le asignas este trabajo volverá a sentirse parte de esta familia, de lo contrario, nos arriesgamos a perderlo. Envíalo a él con uno de mis hombres de confianza, así nos aseguramos que todo marcha bien —relajo el tono de voz antes de seguir—. Además, yo tengo mucho trabajo en Roma que no puedo descuidar.

—Esto es más importante. Tu trabajo pasará a tu hermano bajo mi atenta vigilancia. Debe aprender todos los negocios de la familia, los legales y no tan legales. —Aunque sé que no va a gustarme lo que viene a continuación, una parte de mí se alegra al saber que intenta confiar de nuevo en su otro hijo—. Así que no se hable más, en una semana viajas a España junto a tus hombres.

—Sí, señor.

Salgo malhumorado del despacho sin despedirme de mi padre, él se lo busca por no razonar ni escuchar mi propuesta. Antes de traspasar el umbral me coloco las gafas de sol al sentir los primeros rayos en los ojos. Sobre el capo del vehículo mi gran amigo de la infancia está esperando mi regreso, con un movimiento de cabeza nos entendemos, sabe que la reunión no ha ido todo lo bien que esperaba. Sin dirigirnos la palabra, accedemos al Ferrari Tunero F430 poniendo rumbo a Bocca, una de las salas de fiesta que regenta la familia. Pienso disfrutar la semana que me queda en la cuidad, gozando de las bellas mujeres que me rondan cada noche y finalizan en mi alcoba, intuyo que en España no me quedará mucho tiempo para intentar ligarme a ninguna mujer.

2

—Andrea, cariño. Es la hora —escucho la suave voz de mi padre a través de la puerta avisando mi partida.

Recorro con la mirada la habitación donde me he criado, trayéndome gratos recuerdos a la memoria. Las imágenes de mi alegre infancia me invaden la mente. Las noches escondida bajo las sábanas desafiando la hora de dormir. Las largas noches jugando y riendo con mi hermana pequeña, horas y horas hablando por teléfono con Álvaro cuando no habíamos dado el paso de convivir juntos. Cuánto desearía poder regresar en el tiempo y cambiarlo todo, no cometer los errores pasados.

Paso los dedos por el corcho que pende encima de la cama, tocando cada una de las fotografías ahí colgadas con chinchetas. Lo que menos deseo es olvidar una época feliz, donde la única preocupación era que ropa escoger antes de salir.

Regreso junto al escritorio, dos sobres lacrados y una caja cuadrada envuelta en papel regalo son lo último que me queda por recoger. Opto por guardar los sobres en el amplio bolso cuadrado que usaré de mano para el viaje, cuanto más cerca los tenga, mejor me sentiré. Colgándome las asas del bolso en el hombro me hago con el regalo y me despido de mi antigua vida. Una parte de mí sabe que es lo mejor, lo más acertado; otra, no desea pensar en el futuro que me depara, si lo hago, no seré capaz de marcharme.

A paso lento salgo del cuarto, antes de cerrar la puerta echo un último vistazo intentando retener en las retinas todo, lo voy a necesitar para sentirme a salvo en los momentos de flaqueza. De pie en el salón mi padre está esperando. Mi madre y mi hermana estarán en el coche con el resto del equipaje. Al ver su gesto triste no puedo evitar que se me encharquen los ojos de lágrimas.

Al ver mi estado, mi progenitor me rodea el cuerpo en un abrazo paternal—. Todavía estás a tiempo de rechazar la oferta —dice secándome las lágrimas que resbalan por las mejillas.

Niego silenciosamente. No puedo echarme atrás en el último momento. No va conmigo rendirse, y ahora sabiendo lo que sé, mucho menos voy a actuar de forma egoísta. La decisión está tomada y es lo mejor para mí, lo mejor para ellos. Cuanto más lejos esté, más seguros estarán. Poner tierra de por medio es lo más sensato, aunque las últimas noches dudé que mi decisión fuese la acertada.

—Solo es melancolía —contesto en voz baja, esbozó una sonrisa

para calmar su incertidumbre—. Si no nos marchamos ya, perderé el tren. —Al ver mi determinación, asiente poco convencido. Agarrados de la mano descendemos hasta el sótano, donde nos espera el resto de familia. Tras situarme en la parte trasera del vehículo, mi padre pone rumbo a la estación.

Según avanza el coche voy dejando atrás todo aquello que me es familiar, pronto estaré en una ciudad desconocida. Mientras cruzamos la Gran Vía, escucho las voces amortiguadas de mi familia, sin prestarles atención me concentro en no llorar. Se acabaron los cafés de los sábados tarde rodeada de amigos, las horas sentados en la terraza de cualquier cafetería charlando de nuestras cosas despre-ocupadamente. Los días acurrucada en el sofá leyendo, mientras veo a lo lejos la montaña. Los brazos protectores de mi padre acunándome durante la noche, mientras lloro desconsoladamente tras una pesadilla. ¿Ahora quién estará a mi lado si regresan? Llevo un mes sin sufrirlas pero sé que solo es un leve descanso, antes o después todo regresará con más fuerza que nunca. Un escalofrío me recorre el cuerpo helándolo al instante, sacudo el miedo del cuerpo no puedo permitirme que mi familia observe mi estado de ansiedad, de terror. Ellos no tienen la culpa de lo sucedido, la única culpable soy yo. Me autoconvenzo que estoy haciendo lo correcto, ya no tendré que esconderme y mucho menos vigilar mi espalda, en Madrid no me conoce nadie, pasaré inadvertida entre tanta gente y podré comenzar a hacer una vida normal, otra vez.

Diez minutos después tengo ante mí la fachada de ladrillo rojo, el cartel sobre una puerta de madera pintada en verde reza estación de Murcia del Carmen, descendemos del vehículo en silencio. Mi padre se encarga de sacar el equipaje del maletero, dejando las pesadas maletas en el suelo. Sujeto con fuerza el bolso contra mi costado, por nada del mundo puedo perderlo de vista, si sucede será mi perdición.

Para ser primeros de año, no hay mucha gente en las vías, así que no me cuesta localizar la rubia melena de Isa acercarse a nosotros, aunque se queda en segundo plano mientras me despido de mis seres queridos.

La primera en envolverme en un abrazo es mi madre—. Cariño, no te preocupes. Verás como pronto haces amigos en Madrid y no te sentirás sola en la gran ciudad —intenta sin conseguirlo no llorar. Sus palabras son sinceras, pero soy consciente del esfuerzo que está haciendo para no retenerme a su lado. Aunque sabe que los últimos meses no fueron los mejores de mi vida, desconoce la gravedad del asunto, nunca se lo dijimos. Mi padre pensó que era lo mejor, no lo contradije.

Sin soltarme, respondo—. Mamá, sabes que por mucha gente que conozca no será lo mismo sin vosotros —trago el nudo de emociones que se concentra en la garganta, lo que menos deseo es que me vean llorar, ya tendré tiempo de hacerlo sin que se enteren —. Os voy a extrañar cada día.

La voz de mi hermana rompe el momento entre madre e hija—. ¡Qué exagerada eres, Andrea! ¡Ni que te fueses a China, hija! Madrid está a tres horas y media en coche, cuatro en tren —especifica—. Puedes venir cada fin de semana. —Una idea que sé no va a gustarme cruza su mente—. Mejor no, todos no que si no, no puedo visitarte y disfrutar de la noche madrileña.

—Alba —advierto severamente. Ignora mi tono de voz.

Me mira con ojos risueños—. ¿Qué? —pregunta inocentemente —. Solo digo que Tony y yo podemos ir uno o incluso dos fines de semana al mes a verte, estoy harta de ver las mismas caras todos los fines de semana.

Arqueo las cejas al escucharla, no puedo creer lo que acaba de decir, aunque viniendo de mi hermana menor, no debo sorprenderme de nada a estas alturas.

—Tú como siempre viéndolo todo tan fácil. ¿Qué piensas que me traslado de ciudad por placer, por diversión? —inquiero irónicamente—. Lo hago por trabajo. Para poder ascender en la empresa. —«Mentira», pienso. Lo hago para huir, pero esa parte no tengo intención de revelarla.

Alza las manos por encima de la cabeza—. Ya sé que te marchas por trabajo, no soy estúpida. Pero no significa que Tony y yo vayamos de vez en cuando a verte. De paso nos enseñas la noche madrileña y el resto de diversión —mueve las cejas de arriba abajo dejando claro a que se refiere con el resto de diversión: chicos.

Mi hermana menor, de veintiocho años solo piensa en los hombres, pero no para una relación sería, solo los quiere de usar y tirar, es todo lo contrario a mí. Supongo que los tres años de diferencia que nos separan y mis últimas experiencias vividas, son la causa de ser tan distintas. Recuerdo el día que anuncié mi partida y mi nuevo destino. Alba se pasó varias horas gritando y saltando de alegría, diciendo una y otra vez que ya tenía casa en Madrid para pasar temporadas. Si se piensa que mi hogar va a ser su picadero particular, las lleva claras la niña.

Mi madre se interpone entre nosotras, conoce bastante bien lo que se avecina si alguien no intermedia—. Por favor, Alba. Deja tranquila a tu hermana. Que la vida para ti sea una constante diversión no tiene que serlo para todo el mundo. Otras personas tienen cosas más importantes que hacer, que andar pensando solo en hombres.

Alba nos mira a las dos sin entender, antes de que replique me adelanto a hablar—. Mamá se refiere a madurar, algo que en tu vocabulario no existe.

—Por favor —resopla—. Si has sido peor que yo, Andrea. Aunque hay una diferencia entre las dos, tú se lo ocultas a todo el mundo y yo no.

Antes de que prosiga con su perorata de palabras sin sentido, mi padre interviene en la conversación—. ¡Basta ya! Alba, estamos aquí para despedir a tu hermana, no para saber la lista de amantes que tienes o quieres conseguir en la capital. —Me quedo muda al escucharlo, por regla general, es muy permisivo en lo concerniente a nosotras, jamás se interpone en nada de lo que hacemos a no ser que sea perjudicial para nosotras.

Los resoplidos de Alba los escucha media estación, miro a Isa de reojo y está conteniendo la risa.

—Siempre igual. —Se queja Alba mirándome—. Papá, tiene treinta y un años deja de sobreprotegerla de una vez, ya no es una cría.

Nos mira a ambas—. Para mí, siempre seréis mis pequeñas —centra su atención en mí, agarrándome de los hombros me atrae hacía él—. Cariño, prométeme que llamarás todos los días para saber que estás bien —suena más a una afirmación que a una pregunta.

—Papá, intentaré llamar lo más asiduamente posible. —No le gusta mi contestación aunque se resigna a no contradecirme.

Busco con la mirada intentado ver el alegre rostro de Tony, aunque no corre la misma sangre por nuestras venas, nosotros nos consideramos hermanos. No alcanzo a verlo por ningún lado, contengo la tristeza de no poder despedirme de él. Seguro que no se pierde la cita, él no es olvidar fechas clave.

Separándome de mi progenitor voy hasta el lugar apartado donde Isa espera de forma paciente su turno para despedirse. Nos conocimos tres años atrás en el trabajo, ella era una de las chicas fijas en plantilla cuando organizaba los eventos. Vuelvo a tragarme las lágrimas que pugnan por salir nada más abrazarla.

Sin soltar el regalo que llevo en las manos, comienzo a caminar alejándonos de la gente. Lo que tenemos que hablar es privado y nadie debe percatarse de nada.

—¿Sabe alguien que estás aquí? —pregunto bajando la voz para que solo ella me oiga.

—Solo Pedro —asiento. Pedro es de total confianza, no hay riesgo—. Ten cuidado en la capital. No bajes la guardia.

No necesito preguntar qué quiere decir, soy consciente de ello. Que me traslade de ciudad no convierte la situación en segura, solo

me da unos meses de ventaja—. No me hace gracia que te quedes sola con él tan cerca —enfatizo la última parte para darle a entender a que me refiero—. Promete que tendrás mucho cuidado.

Isa asiente quitándose sutilmente una lágrima que comienza a descender—. Sabes que no estaré sola, Pedro vigilará cada paso que dé. —Eso me reconforta un poco, él no dejará que nos pase algo a ninguna de las dos—. Te mantendré informada de todo lo que averigüe, usaré la vía de siempre —sonreímos al ver el regalo que porto en las manos, esta es nuestra vía de comunicación, un regalo.

Le entrego la caja cubierta con un papel de flores de colores—. El adelanto de tu cumpleaños, dentro están las instrucciones.

Me mira un momento antes de cogerlo con manos temblorosas —. No es una despedida. —Me advierte con tono bajo sin apartar la mirada de la mía.

Encojo los hombros—. Nunca se sabe —replico—. Prefiero ser precavida y no dejar cabos sueltos.

—Andrea, no hagas esto. No lo conviertas en una despedida —suplica a punto del llanto.

La abrazo con todas mis fuerzas—. Sabes tan bien como yo que antes o después va a pasar, quiero que todo este al día. —Le susurro junto al oído. Separándome un poco de ella, finalizo diciendo para tranquilizarla—. Solo por precaución.

—Solo por precaución —repite sin estar convencida.

Los altavoces de la estación emiten un leve quejido antes de anunciar que el tren con destino a Madrid efectuará su salida en cinco minutos. Volvemos a fundirnos en un abrazo, antes de verla desaparecer tras las puertas, su movimiento de hombros me aseguran que está llorando, yo no tardaré mucho en hacerlo. Me giro hacía mi familia, me despido de ellos antes de subir al vagón correspondiente. En la puerta del vagón vuelvo a revisar las caras de los familiares que se despiden de sus seres queridos, ni rastro de Tony.

—Dentro de dos fines de semana iremos Tony y yo a Madrid —dice mi hermana al tiempo que el tren comienza a ponerse en marcha.

Sonrío aceptando la proposición, me vendrá bien tenerlos cerca aunque solo sea unos días. Los saludo a los tres con la mano una última vez antes de que se cierren las puertas. Con los ojos encharcados en lágrimas busco mi asiento, tras instalar las maletas en el compartimento. No quiero llorar, no delante del resto de pasajeros, aunque no puedo evitar que resbalen unas cuantas lágrimas. La vibración del móvil me saca del letargo. Rebusco en el interior del bolso hasta dar con él, no sin antes rozar los sobres.

Un emoticono llorando me mira desde la pantalla encendida, es

un WhatsApp de Tony.

Tony: Cariño, lo siento. Estaba atrapado en un atasco. Estoy viendo partir el tren.

Me asomo a la ventanilla, no consigo ver el andén.

Andrea: No pasa nada. Ni que no nos fuésemos a ver más.

Intento gastarle una broma para que no se sienta peor de lo que ya está.

Tony: Sabes que quería despedirme de ti.

Andrea: Lo sé. No te preocupes.

Deseo cambiar de tema por el bien común de los dos.

Andrea: Alba me ha dicho que vendréis a Madrid a visitarme.

La respuesta no tarda en llegar.

Tony: Por supuesto, ya lo tenemos todo planeado. Te dejamos de margen un fin de semana para que te instales, al siguiente nos tienes allí. Así que no tardes en buscar buena mercancía.

No puedo contener una carcajada al leer el mensaje, Tony es único.

Andrea: ¿Acaso lo dudas? Sabes que te digo, nada más ponga los pies en suelo madrileño lo primero que pienso hacer será buscar tres hombres guapos. Una vez que los encuentre, me entretendré en buscar mi nueva casa.

Es una mentira a medias, primero me instalaré pero solo por dejarlos con la boca abierta, procuraré por todos los medios conocer tres hombres guapos o por lo menos dos para presentárselos cuando vengan a verme.

Tony: Vale, doña sarcástica, lo capto. Ya los buscaré yo solito cuando llegue a la ciudad. Cuídate mucho hermanita, te quiero.

Contengo la respiración para evitar ponerme a llorar.

Andrea: Yo también te quiero, hermanito.

Asegurándome que ya no está en línea guardo el móvil en el bolso. Miro a los lados comprobando que estoy sola en esa parte del vagón. Me hago con el iPod colocándome los auriculares, medio minuto después la voz de Chad Kroeger, el cantante de Nickelback suena a un volumen medio en el interior de mi cabeza. Con acopio saco de su escondite uno de los sobres, en su parte superior escrito con rotulador negro pone Italia. Me hago con el contenido entreteniéndome en releerlo, no sabría decir con exactitud la de veces que lo he leído ya.

La carta del director general me da las gracias por mi trabajo realizado en los últimos meses y el incremento de cartera que generé. Después me ofrece un traslado a las oficinas centrales de Roma para encargarme personalmente de la dirección de unas de las oficinas de la ciudad. Por supuesto, lo rechacé de inmediato. Italia no era ni es un lugar seguro para mí hasta que no halle la

forma de acercarme a ellos sin riesgo. Mi enemigo es demasiado peligroso e Italia está plagada de ellos. Si en Murcia me cuesta esconderme, en Italia sería una presa fácil.

Al formar parte de la multinacional Secretos de Ishtar, jamás pensé averiguar ciertas cosas. Nuestro cometido en la empresa es organizar fiestas a millonarios con excéntricos gustos sexuales, una tarea que organizo bastante bien. Sin embargo, tras los últimos acontecimientos ocurridos, no rechacé la oferta de formar parte de la formación de nuevos directores territoriales en Madrid. Necesito poner tierra de por medio para ganar tiempo y conseguir terminar entre los cinco primeros, así la distancia aumentará si tengo suerte y con ello la posibilidad de escapar de todo lo que me persigue.

Antes de percatarme el tren reduce velocidad, lo que anuncia nuestra llegada a la capital. Tras recoger con dificultad todo el equipaje, me dirijo a la parada de taxi.

—¿Dónde vamos? —pregunta el taxista colocándose frente al volante.

—Calle Valverde, número quince, por favor —contesto mirando el correo electrónico impreso que llevo conmigo.

El trayecto desde Atocha hasta la residencia, es relativamente corto. Abonada la carrera al hombre, desciendo del vehículo guardando el monedero en el bolso. Mientras el taxista saca las maletas, me entretengo en observar la fachada blanca del edificio. Su belleza atrae mi atención, aunque se nota que ha sido rehabilitada, bajo esa capa de pintura nueva se encuentra el diseño original, maravillando a cualquiera. El vestíbulo deja entrever sus años debido a unas humedades en las paredes. En el interior del ascensor marco el del ático, allí me dirijo. El interior de vivienda, es lo contrario a la belleza rústica del edificio, su modernidad resalta sobre el suelo de parqué. El recibidor, es un espacio pequeño donde solo se hallan unos cuadros reposando sobre la pared; unas piedras negras colocadas unas sobre las otras en un verde césped trasmiten sensación de paz. El mobiliario restante de la vivienda es por el estilo, muebles rectos acabados en negro y blanco con la decoración justa sobre ellos. Echo un vistazo a los tres dormitorios, opto por el último, es el único que tiene baño privado y acceso a la terraza con vistas al centro de la ciudad.

La presentación oficial será miércoles, decido mudarme lunes para poder controlar las cercanías antes de sumergirme en una frenética vida dedicada al trabajo. Tardo poco en comprobar que la casa se halla en el centro de la ciudad, la famosa Gran Vía madrileña está a escasos minutos caminando del portal; una calle adoquinada desemboca en la Puerta del Sol; y dos calles más allá, te adentras en el colorido barrio de Chueca; finalmente, descubro

Malasaña y sus bares. Acostumbrada a vivir entre jardines, pensaba que la ciudad me ahogaría, hasta que paseando me encuentro frente a las puertas del Parque El Retiro. Poder dar largos paseos por sus jardines o terminar sentada sobre la escalinata del monumento de S.M. Alfonso XII con vistas al lago, mientras observo las parejas paseando en barca en el lago o escucho los percusionistas que tocan sus melodías, es lo que me conquista de Madrid.

Los días de soledad los dedico a liberar la mente intentando dejar atrás todo aquello de lo que huyo, necesito las fuerzas para afrontar la nueva etapa de mi vida que se abre paso frente a mí. Deseo con todas mis fuerzas reconstruir mi existencia destruida en pequeños trozos al igual que queda un espejo roto, si no lo consigo será mi destrucción. Convencida que es la mejor decisión para todos, me prometo centrarme solo en el trabajo y no bajar la guardia, solo estoy en Madrid por un motivo y nada ni nadie va a desviarme del trayecto.

La alarma resuena en el silencio haciendo que abra los ojos, tanteo la mesilla hasta dar con el móvil para desconectarla. Sin ánimos de salir bajo las mantas holgazaneo unos minutos antes de ponerme en marcha. Tras una rápida ducha, tomo un zumo de la nevera, no deseo ir a la oficina sin tomar nada. Frente al armario, opto por unos vaqueros oscuros, blusa blanca y un bléiser acorde al conjunto; unos zapatos corte salón remata el atuendo. Aplico una fina capa de maquillaje, no hay cosa que más me disguste que pintarme, pero nada mejor que una buena presencia. Antes de abandonar la vivienda me hago con un paraguas recién adquirido, lunes experimenté las inclemencias del tiempo de Madrid.

—¡Qué frío! —mascullo abrochándome el abrigo gris al traspasar el portón. Un frío de mil demonios se introduce bajo la piel helándome el cuerpo.

Saco un cigarrillo de la cajetilla y aspiro el humo al encenderlo. Fumando pausadamente comienzo a recorrer el trayecto que me separa de la oficina. En Gran Vía, pongo rumbo a Cibeles, desde allí subo por el Paseo Recoletos hasta llegar al portal donde se hallan las instalaciones de la empresa. Ese simple paseo me infunde el valor necesario para no salir corriendo y esconderme bajo tierra.

Un hombre que pasa la cincuentena sale a recibirme, tras explicarle donde voy, es tan amable de acompañarme hasta el ascensor, entiendo que se trata del portero de la finca. Con los nervios a flor de piel, traspaso las puertas de la caja metálica para hallarme frente a unas amplias oficinas acristaladas atestadas de gente. Respiro hondo mientras cojo el tirador accediendo al interior, una cara conocida viene a mi encuentro, haciendo el trámite más ligero.

La mañana trascurre rápida, Alejandro mi director de Murcia, es el encargado de presentarme al que será mi nuevo jefe durante doce meses, Joan Monteverde. Un hombre que ronda la cuarentena, es bastante apuesto, puede decirse que hasta es atractivo, aunque no mi tipo ideal. Al examinarlo recuerdo a mis hermanos, seguro que si lo conocen ambos babearían por él, no me cabe la menor duda. Antes del almuerzo, tengo el placer de conocer a mis nuevos compañeros. Con dos ellos, compartiré vivienda. Congeniamos bastante bien, pero el resto no son santo de mi devoción, en especial, una rubia proveniente de Sevilla.

Los restantes días hasta el fin de semana pasan volando, entre las horas encerrada en la oficina y por las noches conocer a mis compañeros no me dejan tiempo para pensar en nada. Roberto un sevillano de treinta y cinco años, rubio como el sol y de ojos color chocolate, es uno de los afortunados. El chico por lo visto pasa más horas en el gimnasio que en casa, la sorpresa es comprobar que por muy guapo que sea, aún es más simpático y encantador. Tardamos pocas horas en congeniar. Mariola por el contrario, es más reservada, sus aires de hippie la convierten en una persona interesante; catalana de nacimiento, ha vivido en cuatro ciudades distintas a sus treinta y dos años; resulta ser que también es un encanto de persona, solo que le cuesta más abrirse a los demás que a Roberto. Esa parte de su personalidad me gusta, yo soy muy cautelosa también para mis cosas.

Sábado noche muertos de aburrimiento decidimos conocer la noche madrileña, tras vestirnos cómodamente nos marchamos a cenar a un restaurante en el centro de Chueca, el camarero nos instala al final del comedor donde gozamos de cierta intimidad. Nos están sirviendo los entrantes cuando escuchamos unas masculinas risas procedentes de la puerta, sigo a lo mío, no me importa lo más mínimo quien accede al restaurante. Es Roberto quién llama la atención de Mariola sentada a mi lado con su comentario.

—¡La virgen! —exclama de forma exagerada—. ¿Habéis visto los adonis que acaban de entrar?

La mano se me queda a medio camino con la lechuga colgando del tenedor, no por lo exagerado del comentario, sino porque nunca habría imaginado que le gustasen los hombres.

—Sí que son guapos —reconoce Mariola mirando a la entrada—. Son tres como nosotros, ¿los invitamos? —propone entre risas—. No me importaría pasar la noche con uno de ellos.

—No —contesto categóricamente, no tengo intención alguna de compartir mesa con desconocidos.

Sigo centrada en Roberto, sin desviar la mirada a los recién llegados, intentando captar algo que me confirme que es

homosexual. Estoy acostumbrada a mi hermano que con solo ver sus movimientos lo canta a los cuatro vientos, en cambio, Roberto no es así, todo en él es pura masculinidad.

—¿Puedes dejar de mirarme como un bicho raro? —sugiere mirándome con recelo.

Sacudo la cabeza para despejarla—. Lo siento. —Me disculpo sinceramente—. Para nada te considero un bicho raro, pero mi… —freno mi discurso, nadie debe saber nada de mi familia—. Tengo un amigo gay y déjame decirte, que nunca se me habría pasado por la cabeza pensar que tú también eres, sois tan distintos —explico.

Roberto me mira unos segundos antes de estallar en carcajadas —. No te preocupes, estoy acostumbrado. —Mientras lo dice mantiene una amplia sonrisa—. Que me gusten los hombres no significa que sea una loca como el resto, me gusta mi masculinidad y el día que me enamore de un hombre espero que sea igual que yo.

El resto de la noche es un desenfreno, Roberto nos arrastra por casi todos los bares de Chueca, por supuesto el único que liga es él. Sobre las tres de la madrugada nos trasladamos a Malasaña donde las tornas cambian un poco nivelándose la balanza. Está amaneciendo, cuando precariamente aparecemos por la vivienda. Antes de abandonar Chueca perdí la cuenta de los cubatas ingeridos. Al acostarme la habitación comienza a dar vueltas al igual que en una noria, situada bocabajo con la cabeza ladeada a la derecha caigo rendida en el sueño. Domingo lo máximo que soy capaz de hacer es cambiarme de pijama tras la ducha, la resaca merma mi pobre cabeza.

3

El reloj de muñeca marca las ocho de la tarde cuando el avión aterriza en la pista del aeropuerto Adolfo Suárez Madrid-Barajas. Sin ánimos algunos de estar en el país, espero pacientemente a que todos los pasajeros desciendan del aparato, una vez despejado el pasillo recojo la maleta de mano y con paso lento abandono el avión no sin antes ganarme las sonrisas de las azafatas. Conozco el efecto que despierto en el sexo opuesto, es raro que una mujer se resista a mis encantos, a mi físico u ojos verdes como los prados. Les devuelvo la sonrisa por cortesía sin intención alguna de ir más allá, al verme desaparecer noto sus caras apenadas por inexistente interés. No he viajado a España a confraternizar con sus mujeres sino a localizar a una persona, una vez concluido el trabajo me marcharé para no regresar.

Frente a mí, mi primo y mejor amigo caminan con entusiasmo. Cada vez que los enviaba a España regresaban rebosantes de alegría, nunca entendí a que se debía, tampoco indagué en el tema, no me importaba mientras hiciesen bien su trabajo y de eso no cabía duda. Mantienen una animada conversación, a la que no presto mucha atención, no llevan ni dos minutos en el país y ya están haciendo de las suyas, ambos llevan en los bolsillos los teléfonos de las sonrientes azafatas.

La espera en la cinta trasportadora por donde aparecerán las maletas, se hace eterna. No hay ojos femeninos que no estén clavados en nosotros. Deseo pasar inadvertido, pero por lo visto no va a ser así. Analizo a mis acompañantes, Piero y yo somos del mismo año, acabamos de cumplir los treinta y cinco años. Fabio, mi primo, tiene tres años menos, pero siempre estamos juntos.

—¿Podrías quitar esa cara de perro que llevas instalada todo el vuelo? —dice Piero, mi mejor amigo, sonriéndole a una morena que le hace ojitos desde la otra punta de la sala—. Que no estemos en Italia, no significa que no haya mujeres guapas que conocer.

Lo miro de soslayo con ganas de estamparle el puño en la sonriente cara, deduzco que es debido a que se ve liberado del acoso de Fabiola, la rubia con la que se ve desde hace un año. Sin lugar a dudas, Piero es el más donjuán de los tres; su simpatía, encanto y las constantes bromas que gasta llaman la atención de cualquier mujer, en Roma no hay noche que salga que no termine con alguna hermosa mujer colgada del brazo. Al contrario de mí, soy el más reservado del grupo, me encanta mi intimidad y no estoy

dispuesto a perderla, eso no significa que sea el menos apuesto. Conozco la belleza que me acompaña desde el nacimiento, pero solo la uso en mi propio interés y aquí dudo mucho que la ponga en práctica en algún momento.

—Cierra el pico, Piero —espeto malhumorado, lo que menos necesito en estos momentos son sus bromas, solo deseo finalizar pronto y largarme—. No tengo interés en conocer a ninguna española, solo quiero acabar con esto rápido. Nosotros no deberíamos estar aquí, tendría que haber venido mi hermano e incluso mi padre, pero nosotros no —prosigo con la rabia acumulada desde que me dieron la noticia.

Fabio desvía la mirada de una pelirroja que se halla junto a él no sin antes sonreírle—. No estoy de acuerdo contigo, primo —repone mirándonos—. Creo que tío Mauro hizo lo correcto enviándonos a nosotros. Además, no estás harto de ver siempre a las mismas mujeres en Roma —vuelve a mirar a la pelirroja que se ruboriza al instante—. Te recuerdo —comienza a decir sin apartar la mirada de la chica—, que cada vez que Piero y yo viajamos a España nos lo pasamos en grande —veo cómo le hace un gesto de «llámame» a la mujer, no me percato cuando le da su número.

Fabio al ser el más joven, en ocasiones es el más incauto, lo suyo no es pasar inadvertido, cosa que me molesta. Su personalidad es parecida a la de Piero, demasiado alegre y vive la vida con la única responsabilidad de llevar encima suficiente dinero y su provisión de condones, no quiere atarse ni que nadie lo ate por cometer un descuido. Aunque somos primos, lo único que compartimos es el color de pelo y ambos tenemos los ojos verdes.

—Tu primo tiene razón —interviene Piero situándose frente a la cinta que comienza a funcionar—. Yo ya me sentía como un tigre enjaulado en Roma.

Veo las intenciones de Fabio antes que le atice, sin sutileza, deja caer el puño en el hombro de Piero, por su gesto, supongo que le hace daño—. Sí, pero eso es porque Fabiola no para de acosarte.

Comienzan a pelear de forma infantil intercambiándose golpes, todo el mundo centra su atención en nosotros—. ¡Queréis parar ya! —exijo seriamente—. Odio los vuelos regulares. Tendríamos que haber usado el jet privado.

—Si hubiésemos viajado así, habría sido más difícil ocultar nuestra llegada al país —advierte Piero. Tiene razón, ese ha sido el motivo por el cual no usamos el jet privado familiar, en el vuelo regular estábamos registrados con otros nombres para no levantar sospechas.

Sumido en mis pensamientos recojo el equipaje, por el rabillo del ojo no pierdo de vista a mis acompañantes que no cesan en ligar

con toda mujer que se interponen en su camino. Maldigo para mis adentros, al ver que no cambian de actitud y prosiguen llamando la atención. Fuera del aeropuerto, localizo un taxi, antes de acceder al interior les advierto.

—Que no tenga que volver a repetir que estamos aquí por cuestiones laborales, no para que os liguéis a toda persona que pase frente a vosotros y tenga dos piernas.

Sus carcajadas suenan al unisón, saben perfectamente que hacen en España, pero supongo que eso no les impedirá ligarse todo lo que se ponga frente a ellos, aunque ya me encargaré yo de recordárselo cada dos por tres.

—¿Cuándo te hemos fallado? —inquiere Piero entrando al coche. No respondo, conoce la respuesta—. Esta vez no será diferente.

El rellano del ático ubicado en el paseo de la Castellana solo dispone de dos puertas, dos viviendas lo suficientemente amplias para albergar a seis personas. Desde Roma hicieron las gestiones para que estuviesen en la misma planta y asegurarse de no tener vecinos indiscretos. Domingo noche, llegarán los restantes hombres, antes es innecesario su presencia. Alguien se encarga de que las viviendas estén en condiciones para habitarlas a nuestra llegada. La nevera, repleta de alimentos y bebida importados de nuestro país, nos da la bienvenida. Sobre la encimera, una suculenta cena nos espera. Primero me doy una merecida ducha, me coloco el pantalón de deporte y una camiseta de manga corta, la calefacción está unos grados por encima de mi agrado.

Miro las maletas junto al armario. Lo único que escondo en la sala preparada para ello, son las armas y el portátil, del resto ya se encargará el ama de llaves por la mañana. Su contrato exige que no esté presente en el domicilio mientras nosotros estemos dentro, necesitamos intimidad que el servicio no nos proporcionará. Reunidos en la isla de la cocina, saboreamos nuestro menú de la noche.

—Hay algo que no entiendo —comienza a hablar Fabio—. Si estamos aquí para descubrir quién robó la documentación, ¿por qué debemos asistir a la oficina? No tendríamos que ir al sur directamente e instalarnos allí.

«Buena pregunta», pienso. Yo mismo me la hice más de una vez, hasta que mi padre me lo explicó—. Según afirmó el señor Mauro —evito llamarlo padre delante de mis hombres—, la formación, solo es un trámite para que nosotros podamos movernos por el país sin llamar la atención. Dijo que si viajábamos directamente al lugar, el que buscamos, podría percatarse de nuestra presencia y huir. De este modo, seremos seis trabajadores italianos formándose junto al

resto de plantilla, pero con libertad de movimiento.

—Tiene su lógica —concluye Piero asintiendo con la cabeza.

Pasadas las once de la noche nos despedimos, debemos estar despejados para conducir durante cuatro horas por carreteras desconocidas.

Un Audi A6 nuevo nos espera aparcado en la puerta del edificio, el joven muchacho que lo conduce hasta aquí me entrega la llave. Me deshago de la chaqueta colocándola bien doblada en el asiento trasero, odio presentarme en reuniones con la ropa arrugada. Sentado frente al volante, espero que mis hombres se acomoden en sus respectivos asientos, con maestría guío el vehículo por las concurridas calles de la ciudad, aunque nada comparable con el centro de Roma, aquí es como ir solo por carretera. Siguiendo las instrucciones del navegador incorporado en el coche, salgo de la ciudad en dirección a la autovía. Tres horas y media son suficientes para recorrer los casi cuatrocientos kilómetros que nos separa de la reunión del día.

Estaciono el coche en el interior de la parcela, la vivienda ubicada en la ladera de una montaña se halla rodeada de verdes árboles dándole cierta intimidad. Tras abrocharme la chaqueta dirijo mis pasos al interior de la casa, dos hombres uniformados están apostados en el acceso principal, con un gesto de cabeza los saludo.

Camino por el pasillo escuchando las pisadas de mis hombres, no es necesario escolta, pero en estos negocios nunca está de más. Tras las puertas de roble, mi interlocutor espera sentado mi llegada.

Un apretón de manos es suficiente saludo entre ambos—. ¿Qué tenemos? —pregunto una vez sentado.

El hombre me mira con expectación, es la primera vez que lo visito, el resto de ocasiones enviaba a cualquiera de mis hombres, las cosas ahora cambiaron—. Bienvenido, señor. Siéntase como en casa —saluda afablemente.

—Lo dudo —repongo de forma fría.

Traga saliva antes de darme una explicación—. Lamento comunicarle, como ya le dije a su padre recientemente que aún desconocemos la identidad de la persona. —Mi mirada debe de asustarlo puesto que se echa para atrás alejándose de mí—. Señor, en cuanto tenga algo se lo haré saber.

Lo penetro con la mirada, esa no es la respuesta que vengo buscando—. No tengo tiempo para juegos. Mi tiempo es muy valioso —empiezo a decir con voz grave—. No deseo retrasar indebidamente mi regreso a Roma, porque tú seas incapaz de encontrar a un simple trabajador. Si dentro de un mes no tienes nada, yo mismo lo localizaré y te aseguro que se arrepentirá que le

ponga las manos encima. Suplicará que seas tú quien se encargue de él.

Asiente enérgicamente—. Un mes.

Nos marchamos del lugar sin despedirnos, porque si lo hago, mando a mi intermediario al hospital durante meses. Lo único que deseo es apalearlo hasta que me sangren los nudillos, por su culpa, estoy en un lugar indeseado alejado de la comodidad de mi vida.

—¡Más de tres horas de viaje para cinco minutos de reunión! —bufo poniendo el coche en marcha. Mis acompañantes no emiten sonido alguno, saben que cuando estoy de mal humor, lo mejor es ignorarme o pagarán ellos las consecuencias.

La voz de Sia nos acompaña de regreso a la capital, a mitad de trayecto, decido que es buen momento para descansar y probar bocado. Los tres estamos famélicos. Pasada media tarde, llegamos al ático. Ni el agua caliente resbalando por la piel consigue calmar la tensión de los músculos. Con un botellín de cerveza en la mano me encierro en el estudio, necesito analizar toda la información traída desde Italia, en cuanto averigüe quién quiere traicionarnos antes acabará esta pesadilla.

Viernes después de visitar unos futuros clientes, decidimos pasar la noche en casa tranquilamente, realmente lo impongo yo, tanto Fabio como Piero están ansiosos por salir de noche cosa que me niego. Finalmente, les concedo sábado para que despejen la mente. Terminando la cena, surge la conversación pendiente del día anterior. Piero es el encargado de comenzar.

—Tantas horas de viaje para no sacar nada en claro.

No puedo evitar mirarlo, para decir esa tontería está más guapo callado—. Has descubierto el mundo —respondo irónicamente—. Hubiese sido más rentable pasar el día en la capital, visitando al nuevo personal —finalizo quejándome mientras me llevo la cerveza a los labios.

—Está claro que no sirvió de nada —interviene Fabio—. Pero tu padre quería esa reunión. Si no llegas a aparecer, el enfado sería descomunal.

Encojo los hombros, él no está presente para saberlo—. No lo descubriría.

Fabio ríe ante el comentario—. Sabes de sobra que sí, no sé cómo se las apaña, pero se entera de todo el condenado.

No puedo quitarle la razón, tantos años en el negocio le conceden ojos en todas partes del mundo, si no hubiese asistido a la reunión, por llamarla de algún modo, en estos instantes estaría gritándome en mitad del salón.

—Ahora me arrepiento de haber asistido, así me aseguraría de que ya estuviese en suelo español para encargarse personalmente de

la situación y yo regresar a mi vida.

Ambos, me miran. No esperan esa respuesta—. Has pensado que puede que todo esto solo sea una prueba —comenta con cautela Piero, al ver nuestras ignorantes caras prosigue—. Me refiero que lo mismo nadie robó nada y este viaje solo es para comprobar hasta qué punto estás preparado para asumir el mando de todo.

—No es mala idea —aprueba Fabio.

No, sé que no es un examen y no estamos en España para probarme, yo mismo vi la correspondencia recibida en la mansión, alguien se apropió de información que no le pertenece.

—No, la situación es real. Aunque, sí es una prueba para probar mi lealtad a la familia, si todo sale bien, en nada estaré al frente de los negocios. —Nadie sabe las ganas que tengo que eso suceda, son tantas las cosas que deseo cambiar que espero con ansias ese día.

Al ser un hombre de palabra, sábado noche me veo arrastrado a las nocturnas calles de Madrid rebosantes de jóvenes con ganas de beber. Aprovechando la salida, los obligo a cenar el restaurante de Silvio, uno de los hombres que trabaja para la familia, es de especial interés resolver cientos asuntos antes de marcharme del país y espero poder solucionarlos esta misma noche.

En el interior del local algo capta mi atención, más que algo, alguien. Está sentada al final del restaurante, junto a dos personas más que no nos quitan el ojo de encima hasta sentarnos. Ella es la única que no se digna a mirar en ningún momento de la noche. Vestida de forma causal, conversa animadamente con sus acompañantes, sobre todo, con el hombre rubio que la mira con adoración, sin saber de dónde proceden, me invaden los celos. Con la necesidad de observarla más de cerca, me excuso de mis compañeros dirigiéndome al baño, debo pasar frente a ella para alcanzarlo. Quedo prendido al ver sus enormes ojos miel, su sonrisa, dirigida al que supongo es su pareja, me cautiva. Extrañado y cabreado regreso junto a mis hombres, ella no se digna a mirarme en ningún momento, es la primera vez que una mujer no se percata de mi presencia. No me gusta nada la sensación.

—Primo, deja de mirarla. No se ha fijado que estamos aquí —comenta mirando por encima del hombro su mesa.

Lo acribillo con mi peor mirada antes de responderle—. No sé de qué cojones hablas, Fabio. Espero el aviso de Silvio para hablar con él.

La carcajada de Piero me da a entender que no se lo cree—. Sí, claro. Y yo acabo de caerme de la cama —continua riendo obviando mi mirada de aviso—. Amigo, desde que entramos no le has quitado el ojo a esa preciosidad morena que te ignora. —Me palmea la espalda para resaltar su estúpida teoría—. ¿Debo recordarte que

estamos aquí por negocios, no para ligar?

Lo fulmino con la mirada—. ¡Vete al infierno, Piero! —ladro haciendo hincapié en cada palabra. Jamás reconoceré delante de estos dos, que una desconocida llama mi atención solo con mirarla.

Aprovechando que los dos capullos que me acompañan abandonan el local para fumar, me entretengo en observarla detenidamente. Su belleza natural es lo que más llama mi atención. Su rostro libre de maquillaje, es perfecto. Ni punto de comparación con la belleza artificial a la que estoy acostumbrado. Cada vez que sonríe se le marcan unos hoyuelos haciéndola, si eso es posible, más hermosa. Tengo que desviar la mirada al sentir la presencia de Silvio en la mesa.

—¿La conoces? —pregunto mirándola fugazmente.

Con disimulo Silvio la mira, sin llegar a girar del todo la cabeza —. Es la primera vez que los veo. ¿Si me entero de algo te aviso? —asiento con disimulo, la puerta del restaurante se abre e intuyo quien accede por ella.

Tres horas después estoy tirado en la cama, sin poder sacarme de la cabeza ese par de ojos miel ni su cristalina risa. Maldiciendo por lo estúpido de la situación me obligo a dormirme, sin saber que será la primera noche que soñaré con ella.

4

Antes de salir del ascensor noto revuelo en la oficina. Arrugo la nariz, quien me conoce sabe que no es santo de mi devoción los lunes y menos si eso significa tener que soportar a desquiciadas a mi alrededor. Mi paciencia tiene un límite y es fácil que desaparezca en cuestión de segundos. Agarro el musculoso brazo de Roberto evitando que avance.

—¿A qué viene ese escándalo? —pregunto mirándolo a los ojos.

Los tres, miramos a través de la cristalera, todas las féminas, incluidos algunos hombres, andan excitados de un lado a otro. Su encogimiento de hombros me da a entender que entiende lo mismo que yo, nada.

—Vete a saber, Andrea —responde Mariola colocándose a nuestra altura—. Algunas de estas son algo lagartas, lo mismo Joan vino a trabajar desnudo. —La carcajada general de los tres, retumba a través de los cristales ocasionando que varios compañeros nos miren.

Accedemos sin saber qué ocurre para estar tan alteradas, de hecho, algunas de ellas andan retocándose el maquillaje y el peinado.

—¿Van de boda? —desea saber Roberto.

Todas van con sus mejores galas, vestidos entallados a la altura de las rodillas. Miro mi atuendo; tejanos con botas de caña alta planas y una camisa blanca es la ropa escogida. «Comodidad ante todo», pienso.

Ignorando por completo todos los que nos rodean, sorteamos el ajetreo de la oficina hasta llegar a la sala de reuniones, dentro los ánimos excitados son más palpables que en el exterior. Nos quedamos de pie apoyados junto a la pared frente a la puerta, no tenemos intención de movernos de aquí. Vislumbro a mi lado a la tímida de Susan, la chica de contabilidad, sus mejillas sonrosadas me avisan de que también está expectante por el espectáculo gratuito al que nos someterán hoy.

Con un suave toque en su brazo llamo su atención—. Susan, ¿qué ocurre esta mañana? —preguntó en voz baja—. Os veo un poco, no sé cómo decirlo. ¿Entusiasmadas? —No quiero ser grosera y llamarlas histéricas.

Intenta mirarme por encima del hombro, lo conseguiría de no ser porque es una cabeza más baja que yo, tiene que alzar la barbilla para mirarme a los ojos.

—. ¿Lo preguntas en serio? —Cuando asiento me mira con lástima, como si fuese un animalillo perdido en mitad de un bosque sin saber dónde ir—. ¿No prestaste atención el jueves cuando Joan informó que los nuevos compañeros se incorporaban hoy?

—Creo que me perdí esa parte —digo quitándole hierro al asunto, que incorporen nuevos trabajadores a la formación no es para ponerse como una loca.

Sacude la cabeza un par de veces, advierto una sonrisa maliciosa en su rostro aunque cuando vuelve a mirarme desaparece—. No son españoles. —Bien, vendrán de otro país, cosa que complica las cosas por cuestiones de idioma. Me encojo de hombros como respuesta—. Son italianos, para ser exactos, seis italianos. Hombres —recalca por si sigo sin entender.

Sacudo la mano restando importancia—. Pues sigo sin entenderlo, la verdad —comienzo a decir viendo como la sevillana, así la apodé a las pocas horas de estar con ella en la misma sala, se sitúa delante de mí—. Pensé que era algo más importante, no sé, como que nos subían el sueldo, una amenaza de bomba, la quiebra de la empresa… —dejo la frase en el aire para ver si capta la ironía, no resulta, vuelve a mirarme con cara de pena.

—¿Te parece poco importante tener gente de la sede central? —inquiere esta vez con la vista fija en la puerta.

—Tampoco es para tanto, ¿no?

Observo a mis compañeras y no alcanzo a comprender la excitación de sus cuerpos. Vale, vamos a compartir horas con seis italianos, sí. Pero eso no significa nada, no entiendo como las mujeres pueden ser a veces tan entusiastas ante un hombre y si a eso le sumas que son seis italianos, menos. Es verdad la fama que les precede, son guapos y seductores por naturaleza, pero de ahí a que todos los italianos sean unos bombones andantes no me lo trago, también habrá normales y feos, como en todos los países.

Roberto, que está pegado a mí, no puede dejar de intervenir—. ¿Todo este follón por seis italianos? —Hasta yo me percato de su estupor—. ¡Madre mía! Como se nota que están a falta de fo... salir. —Se corrige para no decir ninguna vulgaridad de delante de todos.

Susan nos mira con seriedad—. No son seis italianos corrientes —puntualiza para que comprendamos—. Se rumorea que uno de ellos, es el hijo del dueño de todo esto. —Mis músculos se tensan al escucharla, de ser cierto, tengo un serio problema. Intento que no note mi temor y la dejo proseguir—. Y también se oyó que el otro es el sobrino. Son nuestros jefes los que tendremos formándose con nosotros. —«Bien, Andrea. No tienes un problema, si no dos. ¿Cómo piensas hacerlo?», pienso controlando los temblores.

Me extraña bastante la explicación, ¿por qué el hijo del imperio

Secretos de Ishtar va a formarse a la par que el resto? No tiene coherencia por ningún lado pero no puedo preguntarlo o me descubrirán. Situados en la puerta de la oficina se paran seis hombres trajeados, a cual de todos, más moreno, más guapo o con intensos ojos verdes. Todos son casi de la misma estatura, delgados sin llegar a ser desgarbados. A través de sus camisas se aprecian unos músculos bien definidos, solo de pensar en las tabletas de chocolate que tendrán en el estómago trago saliva. Las facciones de sus caras están bien definidas dándoles el aspecto de hombres serios, aunque sus pícaras sonrisas los convierten al mismo tiempo en los chicos malos que a toda mujer enamora. Aunque físicamente parecen familiares, sus rostros son bien distintos siendo unos más guapos que otros. Lo que sí parecen son seis modelos sacados de las mejores pasarelas.

Fijo la vista en uno de ellos sin poder evitarlo, está como escondido entre sus camaradas, evitando llamar la atención cosa que no consigue ninguno de ellos. La rigidez de su cuerpo es palpable en el ambiente, por su pose deduzco que no le hace gracia estar aquí siendo observado por decenas de ojos. De forma breve se cruzan nuestras miradas y un calor inunda mi cuerpo sin saber de dónde proviene. En la lejanía creo ver que sus pupilas se agrandan al verme, aunque supongo que solo son imaginaciones mías, jamás nos han presentado, de hacerlo, no olvidaría esos gruesos labios creados para saborear. Desvío la mirada al que se ubica en el centro, parece el macho alfa y el resto, sus guardaespaldas, haciéndome pensar que será el hijo del imperio. Si es así, mis cosas se complican bastante, Madrid no me parece lo bastante grande como para esconderme. Me convenzo de que Susan está equivocada, que desde Italia no enviaron al primogénito del dueño ni a su sobrino, solo será un bulo que dejaron correr para que nos centremos en el trabajo y no en ellos.

Mis pensamientos se ven interrumpidos por la voz de Joan—. Buenos días, a todos. —Al mirar a los recién llegados, creo ver un ramalazo de celos en la intensa mirada que le dedica. Por lo visto, no soy la única.

—Eso que veo en la mirada del jefe, ¿son celos? —susurra Roberto junto a mi oído para que nadie más nos escuche.

Asiento con la cabeza evitando la risa, no deseo llamar la atención—. Ya los crucificó y aún no abrieron la boca. —Me tapo la boca con la mano para amortiguar la risa, aunque no lo consigo del todo, Joan me fulmina con la mirada.

Malhumorado les da la bienvenida a los recién llegados, después de intercambiar unas palabras en italiano con el macho alfa, procede a presentarlos al resto de los presentes. Si en este momento

me meten en las frías aguas del Polo Norte, la sangre no se me congelaría tanto, como al escuchar dos de los nombres italianos. Tan impresionada estoy que no consigo cerrar la boca. Los oídos me zumban sin conseguir escuchar lo que Joan sigue diciendo. Roberto tiene que darme un codazo para que preste de nuevo atención.

—¿Qué? —pregunto casi sin voz.

—Te está hablando —dice bajo señalando al jefe.

Lo miro directamente intentando no fijar la vista en las personas que se hallan detrás de él y recompongo el rostro para evitar que alguien note mi nerviosismo. Al ver que tiene mi atención, vuelve a dirigirse a mí.

—Señorita Andrea Sáez, como le decía. Cuando acabe el desayuno quiero verla en mi despacho.

No intento saber el motivo del requerimiento, sin querer alzo la vista hasta los italianos que me miran sorprendidos, es como si conociesen mi nombre, pero al verse observados, sonríen como auténticos ángeles quitándome la mala sensación de encima.

—Sí, señor. —No sé qué otra cosa contestar.

Joan abandona la sala sin decir nada más. Mientras el resto de compañeros se acercan a los recién llegados, yo me quedo plantada en el mismo lugar. No deseo de momento, confraternizar con ellos. Aunque sé a ciencia cierta que aún no corro peligro, mantener las distancias tampoco va a perjudicarme.

Estoy tan pendiente de evitar que se note mi estado de ánimo, que no me percato que una odiosa voz con acento andaluz se dirige a mí hasta que se aproxima más.

—Mi perro babea mucho menos cuando ve una salchicha —escupe Samanta con aires de suficiencia—. ¡Qué vulgaridad, por Dios! Cierra la boca, solo son hombres. Hombres, que no están a tu altura.

La miro fríamente con todo el odio que llevo retenido durante meses—. Si sabes lo que te conviene, cierra la boca si no quieres que te la cierre yo, te aseguro que dolerá menos —mascullo una amenaza usando el mismo tono de voz que ella.

Reacciona de forma exagerada, llevándose la mano al pecho a la altura del corazón retrocediendo un paso—. ¿Es una amenaza? —pregunta elevando la voz.

Al notar las miradas de los demás, pongo la cara más inocente que soy capaz—. ¿Perdón? —pestañeo un par de veces para que mi actuación sea legítima—. Solo te decía que no me interesan los nuevos, que te cedo los seis para ti —sonrío cándidamente llevándome las manos a la boca, simulando la travesura de una niña pequeña. Por el rabillo del ojo, me percato de los intentos inútiles de los italianos evitando no reír, ninguno lo consigue—. Uy, que

ingenua soy. ¿No tendría que decirlo en alto, verdad? —La acribillo con la mirada, antes de separarme de su lado le advierto junto al oído —. Por tú bien, mantén las distancias.

—¡Ha vuelto hacerlo! —comienza a gritar como una histérica—. ¡Me ha vuelto a amenazar!

No tengo tiempo a responder, Roberto se cruza en mi camino y niega con la cabeza para que no conteste, lo hace él por mí—. Samanta, ¿estás loca? Andrea sería incapaz de hacer tal cosa, no como otras que hacen lo que sea para ascender. —No entiendo bien a que se refiere mi amigo, pero tengo toda la intención de descubrirlo durante el desayuno.

Abandono la estancia sin prestarle atención a los italianos, no seré yo quien inicie una conversación con ellos. Si quieren algo de mí y lo quieren, saben dónde encontrarme. Es poner los pies en la calle y me hago con un cigarrillo, necesito calmarme antes de que Mariola y Roberto me alcancen. Mi propósito no es contarles que ha sucedido arriba entre la Barbie de silicona y yo.

Al verlos salir del portal empiezo a caminar en dirección al bar sin esperarlos, tienen que apretar el paso para alcanzarme. Se colocan a mi altura cuando accedemos al bar. Veo que todas las mesas están ocupadas así que me dirijo a un trozo de barra que está libre.

—¿Estás bien? —quiere saber Roberto mirándome fijamente.

—Perfectamente —respondo llamando la atención del camarero.

—¿Andrea? —inquiere Roberto.

Ignoro su mirada y me centro en pedir el almuerzo, levantarme tan temprano me da hambre y una simple tostada no va a saciarme, por lo que solicito un bocadillo de jamón serrano con tomate y una Coca-Cola.

Al ver que Roberto no va a conformarse con mi monosílabo, le ofrezco una pequeña explicación—. No te preocupes, estoy más que bien. —Y qué verdad es. Durante unos minutos, me he despojado de la capa de mujer débil, para convertirme otra vez en la mujer dura que meses atrás forjé a la fuerza—. Tu compañera Samanta tuvo la delicadeza de decirme que los italianos no están a mi altura, solo le he dicho que no me ponga a prueba y se lo ha tomado como una amenaza, fin de la historia.

Sus ojos chocolate me escudriñan, sé que no me cree aunque tampoco me contradice—. No estaría mal que alguien le diera una lección, por una vez. —Es su respuesta.

—Por cierto, ¿a qué ha venido eso de «no como otras que hacen lo que sea para ascender»? —Desea saber Mariola, a decir verdad, a mí también me intriga, aunque imagino la respuesta.

—Ha hecho todo lo que está en su boca…

—Dirás, en sus manos. —Lo corrijo.

Niega con la cabeza—. De su boca —repite otra vez—. Esa no ha hecho nada con las manos, bueno pensándolo bien sí, las utiliza para bajar pantalones y ropa interior antes de hincar rodilla.

Riendo, Mariola le da un pequeño puñetazo en el brazo—. ¡Qué exagerado eres, Roberto! Tampoco será para tanto.

—¿Qué no? Hará cosa de seis meses, capté a un millonario de esos que estamos acostumbrados, quería celebrar por todo lo alto su cuarenta cumpleaños coincidiendo que se había divorciado. Le presenté un proyecto que sabía no rechazaría. Quedé con él en la oficina para firmar el contrato y ultimar los detalles, al ver que iba con bastante retraso, llamé a la oficina para avisar. Samanta se ofreció a firmarlo por mí, pero no solo hizo eso, me birlo el cliente en una hora. Y no era la primera vez que sucedía, nos lo ha hecho a todos. El hombre lo único que me dijo, es que su boca era mejor que la mía. —Al ver que lo miramos extrañadas se explica mejor—. Nunca me extralimite con él y ni con ningún cliente, cosa que Samanta, sí. Todos decían lo mismo, que tenía una boca que hacía maravillas. Si sumáis dos más dos, os da el resultado.

—Vale, es una come po…

—Exacto —dice Roberto sin dejarme terminar la frase, cosa que le agradezco.

Cambio de tema, no deseo seguir hablando de la sevillana. Empiezo a comentarles los planes que tengo para el fin de semana, mis hermanos vienen de visita y deseo sorprenderlos quedando con un par de hombres para que se diviertan, pero sobre todo, para dejar a Tony con la boca abierta y hacerle saber que soy capaz de conseguir mercancía, como él dice, por una vez sin su ayuda. Roberto sugiere quedar con los chicos que conocimos el fin de semana anterior, no me parece mala idea, lo único que solo Tony va a tener oportunidad de disfrutar. Tan enfrascados estamos, que no nos percatamos que seis pares de ojos verdes se acercan a nosotros hasta que uno de ellos habla.

—¿Tan mal te caigo para que me cedas a la rubia de silicona? —pregunta uno de los italianos situándose junto a nosotros—. Solo de pensarlo, me dan escalofríos. —Una perfecta y bonita sonrisa asoma a su rostro.

Todos menos uno sonreímos, vuelvo a mirarlo, mantiene el mismo rictus serio que en el interior de la oficina. Desvío la mirada antes de que me pille otra vez mirándolo, no deseo que piense que babeo por él, cuando no es cierto. Simplemente su belleza llama mi atención, nada más.

El simpático me ofrece la mano antes de decirme su nombre—.

Piero Cassavacchi —acepto la mano que me tiende por cortesía, siendo consciente de quién tengo delante.

—Andrea Sáez.

Me repasa por completo sin soltarme la mano—. Bonito nombre.

—¿Ya estás ligando, Piero? —pregunta otro de los italianos con una amplia sonrisa—. Yo que tú, no lo intentaría. —Me quedo mirando sin comprender porque dice tal cosa—. Ya sabes, no le interesan los nuevos —repite mis palabras mirando al que tiene a su lado—. Esos somos nosotros, ¿no? —asiento notando el rubor de las mejillas, no pensé que lo entenderían—. Fabio Bianchessi.

Vuelvo aceptar la mano, aunque esta vez no puedo evitar que me sude al escuchar el apellido—. Andrea. Encantada —fuerzo una sonrisa.

Los otros cuatro no se dignan a presentarse. Tres de ellos, se marchan al final de la barra y el otro, sin llegar a tomarse el café recién servido, se marcha al exterior. «¡Viva la simpatía!», mascullo. Ignorando que soy ignorada sigo hablando con mis amigos y los italianos. Entre risas regresamos los cinco a la oficina, al resto no vuelvo a verlos el resto de mañana, tampoco en los tres días siguientes. Mi reunión con Joan no es para otra cosa que indagar porque rechacé el puesto de Italia, con una excusa más que pobre me lo quitó de encima.

Por las noches, cuando me aseguro que la única despierta en casa soy yo, intercambio mensajes con Isa, poniéndola al día de todo lo que voy averiguando de los italianos, que a decir verdad, es poca cosa hasta el momento.

5

Cada día que paso en España odio más a mi padre por estar haciéndome esto, es una pérdida de tiempo, y él lo sabe. Nunca antes hemos actuado de esta manera. ¿Por qué cambiar las tornas ahora? Nadie comparece en el sitio hasta no estar localizada la persona que buscamos. Es verdad que la venta de mercancía está decayendo, pero para eso están los intermediarios, para no inmiscuirnos nosotros directamente.

Sin ánimos de nada, tras una larga ducha me enfundo en uno de los trajes de corte italiano hechos a medida que cuelga del armario. Para no llamar la atención, prefiero ir caminando hasta la oficina, total queda a escasos cien metros, conducir los Ferrari por el centro de Madrid es muy llamativo. Trasladamos tres de la flota de la familia, para movernos por la Península y por si en algún momento dado necesitamos huir. Sus más de cuatrocientos kilómetros por hora te dan ventaja para escapar sin ser pillado.

Antes de acceder a unas oficinas mal decoradas, noto las miradas furtivas y sonrisas nerviosas de las presentes. Ninguna, nos quita ojo de encima, cosa que me molesta bastante. Una chica menor de treinta años, nos dirige hasta una sala repleta de gente, los seis nos paramos en la entrada, ninguno somos lo suficientemente valientes para adentrarnos en la jungla que nos devora con la mirada. Me quedo rezagado de los demás, medio escondido, intentando pasar inadvertido.

Dejo de prestar atención a las palabras del hombre que supongo será el director de la sucursal, su arrogancia se nota a kilómetros y el desprecio a nosotros más, no sabe todavía con quien se la está jugando. Hay algo en la sala que llama mi atención más que las palabrerías del español. Me quedo helado y sorprendido a la vez al notar su presencia en la habitación, al fondo de la misma, vestida casualmente se hallan los ojos miel que me ha perseguido todo el fin de semana. Nuestras miradas se cruzan brevemente, hasta que ella la desvía para centrarla; primero en mi primo, que se coloca en medio de todos simulando ser el hijo del dueño tal y como quedamos, yo permaneceré en un segundo plano, para finalmente centrarla en Piero. Sin saber porque, una rabia hasta entonces desconocida en mi personalidad se apodera de mí, deseando estrangular con mis propias manos a mi primo y mejor amigo.

La observo todo el tiempo, sus movimientos y gestos la hacen

parecer una mujer frágil que fácilmente puede ser dañada, pero algo en su pose me dice que no me fie. Tardo poco en comprobar que no voy por mal camino, que mis pensamientos son acertados. Frente a ella, una mujer delgada rubia la mira por encima del hombro mientras el director se dirige a ella. Al poco de marcharse el hombre, la rubia se gira hasta ella murmurándole algo, la inocencia de la morena desaparece de sus ojos y un destello de furia se instala en ellos un breve instante, solo conozco dos personas capaces de controlarse de esa forma; uno es mi padre y el otro yo. Cada cosa que averiguo de la morena de ojos miel, por insignificante que sea, me atrae como un imán. Cruza la sala ocultando sus sentimientos tras la lucha verbal mantenida, sin percatarse que lo hace tan cerca de mí, que puedo absorber su fragancia. La vena del cuello comienza a latir con fuerza al sentir de nuevo su ignorancia.

No la sigo al instante o se percataría de mi presencia. Sospecho que no está de buen humor. Espero a que se marchen los dos que la acompañaban el sábado, ellos sin saberlo me darán su ubicación, no fallo. Cinco minutos después, arrastro a mis hombres frente a un bar de mala muerte que puedo soportar porque ella está dentro, en otra situación, jamás se me ocurriría entrar. Con un gesto de cabeza Marcello, Salvatore y Valentino se ubican al final de la barra para controlar la única entrada que dispone el local. Nosotros tres, nos paramos junto a ellos. La conversación que mantiene llama mi atención, está relatando el suceso con la rubia, tras escuchar de ella lo que piensa la rubia, tengo que contener la risa y seguir con mi semblante serio, el cual, no me cuesta endurecer al ver como Piero se presenta. «Andrea Sáez», repito su nombre mentalmente.

Miro la taza desportillada por el paso de manos, el líquido negro que contiene no se parece en nada a un café italiano, arrugando la nariz voy a posar el vaso sobre la barra, pero su voz dulce refiriéndose a mí me frena.

—¿Parece que somos nosotros quienes no le caen bien? —pregunta a Piero dirigiéndome una mirada fugaz.

El capullo de mi amigo sonríe satisfecho sin desviar la mirada—. Es tímido. —Se excusa. Si ella supiese mi grado de timidez, lo mismo se sorprendía. Una estúpida idea cruza a la velocidad de la luz por mi mente. «Ya me encargaré yo de demostrarte mi timidez». Con esa seguridad, abandono el bar sin despedirme de nadie, no sin antes hacerles un gesto invisible a mis hombres, que al comprender asienten con la cabeza.

Giro a la derecha introduciéndome unos metros en la calle, asegurándome que cuando ellos abandonen el bar, no se percaten de mi presencia. Marco el número de mi hermano, espero pillarlo

despierto, es demasiado temprano para abandonar las sabanas.

—¿Qué pasa, hermano? —responde con la voz despejada.

Me sorprendo que este levantado antes de las once de la mañana —. ¿Te has caído de la cama? —bromeo, la verdad es que me alegra oír su voz.

—Capullo —expresa mientras resopla.

Una masculina carcajada se me escapa de la garganta, llamando la atención de unas mujeres que pasan por la calle—. ¿Dónde estás?

Escucho como se despide de alguien, antes de oír el sonido de la puerta al cerrarse—. En la oficina, ¿qué necesitas?

No lo pienso dos veces o finalmente, me retractaré de obtener la información que deseo—. Andrea Sáez.

El sonido de las teclas del ordenador aseguran que está haciendo ya la investigación—. ¿Es la persona que buscamos?

—Puede ser —expreso escuetamente, para no darle a entender mis verdaderas razones de porque solicito la información.

Todo queda en silencio unos segundos—. ¿Investigando una futura conquista? —Su burla me hace resoplar—. Solo bromeaba. Está limpia. Se descartó de las primeras, al comprobar que se le ofreció el puesto para la oficina de Roma, que por cierto rechazó.

Sorprendido no es la palabra adecuada para usar en estos momentos, jamás pensé que esa belleza es a quien busqué para ayudarme a levantar una de las sucursales.

—¿Sigues ahí?

Salgo de mi aturdimiento al escuchar la voz de Marco—. Sí. Necesito que me proporciones su dirección de Madrid, cuanto antes mejor.

—¿Puedo preguntar para que si está descartada?

—Asuntos personales. —No tengo intención de decirle exactamente cuáles son esos asuntos.

Su risa da a entender que no es tonto y capta cuales son—. Dame unos días y te envío un correo electrónico.

Cuelgo sin despedirme de mi hermano pequeño. Asomándome de forma cautelosa a la calle principal, veo que mis tres hombres están en la calle esperándome, significa que ella ya abandonó el lugar. Con pasos lentos llego hasta ellos. Tras informarles de los cambios de planes, nos vamos al ático. Al pasar otra noche soñando con sus ojos, opto por retirarme de las oficinas un par de días, a ver si soy capaz de sacármela de la cabeza. Esos días, los empleo para visitar todos intermediarios de la zona. Al finalizar mi retiro compruebo con pesar, que la morena de ojos miel no se me borra de la mente tan fácilmente.

6

Los días pasan y con ellos las semanas. Ha transcurrido casi un mes desde que llegué a Madrid. Alba y Tony cumplieron su promesa. El segundo fin de semana de mi estancia en la capital, me visitaron. Los pobres, no daban crédito cuando les presente a Roberto, Fabio y Piero, jamás creyeron que les iba a tener mercancía preparada para ellos. Aunque al ver como congeniaron Fabio y Alba enfurecí, mi hermana es demasiado buena, para mezclarse con los italianos y si en algún momento sospecho que el tonteo inicial va más allá, ya me encargaré yo de actuar.

Días después, tengo que soportar los gritos de Isa al contarle mis intenciones, como una campeona aguantó el chaparrón que me cae encima, finalmente, entra en razones accediendo que no es mala idea la iniciada. Lo mismo si es posible eso de unirnos al enemigo, con suerte, podemos ponerlos de nuestra parte y la historia de un giro de ciento ochenta grados, aunque todo está por ver.

Evito decirle el motivo real del cambio de planes, si se me ocurre decirle que intentar entablar amistad con ellos, es porque me atrae demasiado uno, incluso, está despertado sentimientos en mí que no debo sentir, su enfado sería monumental. Conociéndola como la conozco, es capaz de plantarse en Madrid y sacarme de la ciudad a rastras. Sé que estoy siendo incauta fijándome en el hombre equivocado, pero mi cabeza se niega a pensar que un simple guardaespaldas, pueda dañarme por mucho que pertenezca a ellos. Albergo despertar en él, los mismos sentimientos primitivos que yo siento, aunque por momentos, dudo poder lograrlo ya que no consigo llamar su atención. Tampoco es que desee una relación estable, nada más lejos de la realidad, pero si el poder disfrutar de nuestros cuerpos mientras tengamos oportunidad.

Aprovechando que último fin de semana de enero, viernes tarde lo tengo libre, compro los billetes de tren con destino a Murcia, es hora de visitar la familia, los amigos y comprobar cierta información recién llegada. Antes de mi partida, me aseguro que los únicos que conocen mi llegada a la ciudad sean mi familia, Isa y Pedro.

Incluso antes de bajar del tren, avisto a mi padre esperando de forma paciente mi llegada. Al llegar a su altura me envuelve en un cálido abrazo, besándome la coronilla se interesa—. ¿Cómo estás, pequeña?

Noto su nerviosismo, no sé si es por las ganas de verme o que

está pensando en las horribles pesadillas que me despertaban gritando y llorando a mitad de la noche. Él fue el encargado, en cada una de ellas, de consolarme—. Bien, papá. Ahora que vuelvo a estar en casa, mejor. —Es una verdad a medias.

Por un lado, estoy deseando ver, abrazar y hablar con mis padres. Por otro, soy consciente del riesgo que conlleva regresar tan pronto. Aparco a un lado los malos pensamientos, he trabajado duro para que mi familia no descubra la verdad de mi vida, si llegasen a enterarse, no volverán a verme con los mismos ojos y eso me destrozaría.

—No sabes lo que me alegra escuchar eso. —Pasa el brazo sobre el hombro en un gesto protector, guiándome por la estación hasta el coche—. Tu madre está deseando verte. No ha venido porque te está preparando tu cena favorita. —Se me hace la boca agua al saber de qué se trata—. Cree que no te alimentas bien en Madrid.

Sonrío sin poder evitarlo, es lo malo que tienen las madres, que te conocen mejor que nadie. No es que coma mal, pero en contar de no ponerme en la cocina, ingiero lo primero que pillo en el frigorífico—. ¡Qué exagerada que es mamá! ¡Claro que me alimento bien!

—Ya la conoces, cielo. No puede evitarlo —contesta restándole importancia—. Para nosotros, aunque seas una adorable ancianita, no dejarás de ser nuestra pequeña, al igual que Alba y Tony. Solo queremos lo mejor para vosotros, sea lo que sea. ¿Lo sabes, verdad? —Me extraña su última frase, no sabría decir a que se refiere, pero para no ahondar en el tema, me limito a asentir.

Acomodado el equipaje en el maletero del coche, nos dirigimos a casa charlando amenamente de todo lo vivido hasta ahora en la capital. El recorrido nos lleva algo más del esperado debido a los atascos que hay a estas horas en la ciudad.

Al llegar al rellano, un olor familiar me invade las fosas nasales, solo con eso, se me hace la boca agua. No tardo en identificar el aroma, se trata de una pizza casera de jamón serrano. Me imagino saboreándola; con su cebolla, beicon y cubierta de queso fundido.

Es traspasar el portón y me veo rodeada por los brazos de mi madre, que evita llorar a toda costa—. ¡Qué alegría tenerte en casa, cariño!

—Mamá, no llores, por favor —pido al verle los ojos enrojecidos.

Secándose las primeras lágrimas, responde—. Cariño, sabes que no puedo evitarlo. Además, estoy en mi derecho, llevo casi un mes sin verte.

Sigo a mi madre al interior de la cocina, mientras que terminamos de preparar la cena, charlamos animadamente de

nuestras cosas. Pronto se une mi padre, y tengo que soportar que me acribillen a preguntas, que gustosamente respondo sin dejar de sonreír. La peor parte viene al preguntar si he conocido a alguien especial, no les miento cuando les digo que no, realmente, aún ningún hombre ocupa mi corazón y tampoco estoy interesada en que ocurra. Una cosa es fantasear tener una aventura con el italiano, otra bien distinta, plantearme una relación sería.

A la hora de la cena, se unen Alba y Tony. Ambos, monopolizan el tema de conversación, deseando saber más de los dos hombres que los cautivaron en la capital. No me sorprendo al saber que Roberto y Tony mantienen el contacto por WhatsApp, vi algún mensaje de mi compañero de piso dirigido a mi hermano. Pero me enervo al saber que Alba intercambia correos electrónicos con Fabio, eso sí que no lo apruebo.

Pasada la medianoche, los tres, abandonamos el hogar familiar para dirigirnos a la cafetería de siempre, allí podremos hablar de nuestras cosas con algo más de intimidad. Aunque nuestros padres no se entrometen en nuestra vida, siempre hay algo que un hijo no quiere decir delante de ellos.

Escogemos una mesa ubicada cerca de una estufa, pese a que en Murcia no hace el frío de Madrid, nuestro clima al ser más húmedo, es peor resistirlo a la intemperie que el madrileño. Tony tarda el tiempo que la camarera desaparece con nuestros pedidos en volver a la carga.

—¿Cómo está Roberto?

Entrecierro los ojos al mirarlo—. Creo que lo sabes mejor tú que yo. Últimamente, entre las horas de trabajo y las que le dedica al móvil, casi no hablo con él.

Percibo que no es de su agrado mi respuesta, pero no quiero ofrecerle otra, solo por fastidiarlo un poco—. ¿En serio que no te habla de mí?

Me da lástima su cara de pena, así que soy un poco compasiva con mi hermano—. Claro que me habla de ti. Pero asegura que no pasó nada entre vosotros y que solo le interesa una sana amistad. ¿Es verdad?

Su cara me responde, no necesito su afirmación para saber que es cierto—. Un par de besos, fue todo lo que sucedió entre nosotros. Respecto a la sana amistad, no es lo que yo quiero. Sigo intentándolo, pero me encuentro una calabaza tras otra.

—¿Te ha dicho el motivo?

—No. Aunque por lo que hablamos, deduzco que tiene otro en mente.

Barajo la posibilidad—. Puede ser, el primer fin de semana conoció a un chico y sé que han quedado varias veces —centro la

atención en Alba, lo suyo es lo que más me interesa—. Y tú, ¿qué tienes con Fabio? —Hasta yo noto la aspereza de la voz al hacer la pregunta.

Me contempla sin entender el tono de mi voz—. Nada. Solo intercambiamos un par de correos inocentes. No soy como este —señala a Tony con el dedo—. Que además, intercambió saliva.

—Mejor —mascullo bajito para evitar que me escuche, cuanto menos contacto tenga con el italiano, menos preocupación tendré.

Tras varias copas en la terraza riendo de las ocurrencias de Tony, optamos por entrar al garito de moda de la ciudad, pasadas las cuatro de la mañana, nuestro hermano se despide de nosotras abrazado a un moreno de ojos claros. Alba y yo decidimos que es hora de regresar a casa, optamos por coger un taxi, tengo que evitar riesgos innecesarios y a esas horas sé que una persona ingrata circula por las calles de la ciudad.

Alba se instala en mi cuarto, por lo visto, no está lista para irse a dormir, en cambio, a mí se me cierran los ojos. Se recuesta sobre la cama, mientras yo me coloco el pijama, no se ladea al introducirme bajo las mantas.

—¿No hay sueño? —lanzo la indirecta intentando que la capte.

Su melena oscura oscila sobre su cara mientras niega—. No. Echo de menos las horas hablando acurrucadas juntas.

—Yo también.

Comienza a mordisquearse las uñas, eso significaba que desea preguntar algo que no va a gustarme—. ¿Has hablado con Álvaro? —No me equivoco, no me gusta nada la pregunta.

Miro al frente, evitando su escrutinio—. Rompimos hace meses, no quiero saber nada de ese indeseable. —El remordimiento me asalta mientras respondo.

Finge toser, aunque el intento no sale todo lo bien que quiere—. Lo vi hace unos días. —Todos mis músculos se tensan al instante—. Quería hablar conmigo, intentar explicarme qué sucedió entre vosotros.

Evito saltar de la cama echa una furia, respiro un par de veces antes de hablar—. ¿Qué le dijiste?

Me mira como si estuviese loca—. ¿Tú qué crees? Lo mandé a paseo —habla más alto de lo que debe—. Le advertí que si volvía a acercarse a ti o algún miembro de mi familia, lo lamentaría.

Intento tranquilizarme, no deseo que Alba note mis remordimientos. Ninguno de la familia sabe el motivo real de mi ruptura con Álvaro semanas antes de nuestro enlace. El pobre cuando se lo dije no salía de su asombro, no entendía cómo era capaz de hacerle eso si estábamos enamorados. Y que verdad que era, lo quería con toda mi alma el día que lo abandoné, pero no me

quedo más remedio que hacerlo. Para evitar que mi familia hablara con él y descubrieran mi engaño, me aseguré que lo odiaran de tal modo que si se acercaba a ellos saldría mal parado.

—Gracias, por protegerme —palmeo su muslo para enfatizar mis palabras—. Aunque creo que no es necesario llegar a las manos.

Se lanza a mi cuello apretándome contra ella—. Solo quiero que vuelvas a ser la de siempre.

Retengo el llanto lo mejor que puedo—. Más lo deseo yo. —Aunque sé a ciencia cierta que eso jamás sucederá. Mi vida cambió para siempre y debo empezar a aceptarlo.

Sábado transcurre rápido, entre compras, comida y películas con la familia, no tengo tiempo de quedar con Isa. No puedo irme de la ciudad sin verla. Una llamada basta para citarnos domingo a la hora del desayuno.

Instalada al final del restaurante, Isa espera mi llegada. Nos abrazamos nada más vernos.

—¿Cómo estás? —Se interesa mi amiga mirándome. La conozco tan bien, que puedo adivinar lo que piensa, que es un riesgo aparecer en público en mi ciudad.

—No puedo quejarme —respondo tomando asiento frente a ella y de espaldas a la entrada del bar—. Con menos ansiedad desde que no estoy aquí. —Es con la única que puedo sincerarme.

Isa no aparta la vista de la entrada hasta escuchar mi respuesta, una pequeña sonrisa asoma a su rostro—. ¿Sospechan algo los italianos? —pregunta entregándome un sobre envuelto en papel de regalo.

—De momento, que yo sepa, no —respondo guardando el paquete en el bolso—. He conseguido que dos de ellos confíen en mí. Seguimos con ventaja, para cuando lo averigüen, puede que cambien de idea.

Su negación me deja clara su postura—. ¡Estás loca! —masculla Isa sin poder evitarlo.

—Recuerda que la documentación los beneficia.

—Ya. Pero aun así, sabes demasiado, Andrea. Y no tenemos todas las pruebas que confirmen nuestra teoría. Además, hablamos que uno es el hijo, no creo que cambie de idea tan fácilmente. Y en el supuesto de que lo haga, ¿qué piensas que ordenará su padre?

Encojo los hombros, no puedo responder a esa cuestión—. Puede que lo persuada para que me deje libre. —O eso es lo que yo quiero creer.

—Sabes que eso no sucederá. Esa gente primero dispara y después pregunta —replica mirándome—. No te hagas ilusiones, Andrea. Debemos seguir con el plan original.

Acepto de mala gana, ahora que voy conociendo a Fabio, lo veo

incapaz de hacerme daño—. Todo puede ser, no perdamos la esperanza. Isa, me niego a pensar que mi futuro es estar huyendo siempre —contesto en voz baja—. ¿Qué me traes? —pregunto intentando cambiar el rumbo de la conversación.

—Ni idea, me lo dio Noé para ti. Dice que sabrás que es cuando lo veas —tengo ganas de echarle el guante a la información para salir de dudas, pero en el restaurante es arriesgado.

Saboreo junto a Isa un delicioso desayuno charlando de nuestras cosas, me agrada verla tan feliz, aunque asegura que es debido a tenerme con ella, no me lo trago en ningún momento, pero no insisto. Cuando esté preparada, me dirá cómo se llama el afortunado.

Vuelvo a despedirme de la familia en la estación de tren, mis horas junto a ellos llegan a su fin. Sin ganas, me instalo en el vagón que me llevará de vuelta a Madrid. Tengo la tentación varias veces de ojear lo que me entregó Isa, me lo quito de la cabeza, es un riesgo hacerlo delante de desconocidos.

Incluso antes de ducharme y deshacer las maletas, sentada en la cama del ático rasgo el papel de regalo descubriendo un sobre grueso negro. Me hago con la documentación que esparzo sobre el colchón, no doy crédito a lo que tengo delante. Finalmente, Noé, tras más de doce meses, ha reunido la documentación que puede librarme de un terrible final, lágrimas de alegría me recorren felizmente por las mejillas. Hago las copias necesarias con la impresora instalada en el dormitorio, para repartirlas por los diferentes escondites. Las guardo meticulosamente, al día siguiente, las distribuiré a sus correspon-dientes lugares. Si por un casual el enemigo se hace con una copia, todavía conservaré cuatro juegos completos.

Caigo rendida pasada las una de la madruga, no sin antes, darme una merecida ducha que relaja la tensión acumulada del fin de semana.

7

Mi mal humor va en aumento, al tiempo que avanzan las semanas sin tener información de la persona que quiere traicionarnos. Ya llevo casi un mes en España y sigo en blanco. También es debido a una morena de ojos miel, que aún no se ha percatado de mi presencia. No sé que me molesta más, si lo primero o lo segundo. Sin lugar a dudas, lo segundo me encabrona más, hasta ahora, ninguna mujer se resistió a mis encantos y ella no va a ser la primera.

Recostado en la tumbona de la terraza, disfruto de una buena cerveza italiana acompañada de la voz de James Arthur, cuando soy interrumpido por la vibración del móvil. Alargo la mano para recogerlo de la mesita ubicada a mi lado, la pantalla avisa de que es el enlace del sur, descuelgo con pesar.

—Sí.

—Tengo al individuo.

Me incorporo de un salto, por fin buenas noticias—. Retenlo. En menos de cuatro horas estoy ahí.

—Le envío la ubicación a tu hombre.

Cuelgo sin despedirme accediendo al interior de la casa. En el salón, jugando a la Xbox, están mis hombres. Al único que no avisto es a Valentino, es lógico que no lo dejen jugar, siempre gana.

—Nos vamos al sur —anuncio poniéndome frente a ellos, obligándolos a abandonar la partida.

Sus sonrisas se amplían al saber que les depara esta tarde. Van a disfrutar como niños con juguetes nuevos. Llevan dos meses, sin poner en práctica sus técnicas de lucha.

Conducimos los Ferrari a más velocidad de la permitida, el tiempo escasea. Cuanto antes lleguemos a nuestro destino, antes nos marcharemos del país. Con una amplia sonrisa en el rostro, conduzco sin descanso los kilómetros que me separan de mi destino. El GPS me desvía a una población llamada Albacete, adentrándonos en un polígono abandonado. Está oscureciendo cuando llegamos frente a la puerta de la nave que alberga al incauto que osó entremeterse en mis negocios.

Sin esperar a mis hombres, me apeo del vehículo avanzando hacía la puerta trasera de la nave, el interior desvalijado deja claro que está abandonada muchos años. Dentro nos esperan seis hombres armados, cubriendo las espaldas de su jefe, quien me lleva directo hasta la presa.

Sentado en una silla en mitad de la oficina, un hombre de unos cuarenta años sangra por la nariz, miro al enlace desaprobatoriamente—. No tenías derecho a ponerle una mano encima —ladro obligando al hombre a mirarme.

—También es mi problema. Solo lo golpearon un poco. —Se excusa.

Lo fulmino con la mirada antes de enfrentarlo—. Si no es por tu culpa, esto, no estaría pasando. La próxima vez, elige bien tus empleados si no quieres que te ocurra lo mismo —amenazo ordenando que se marche.

Comprendiendo lo que deseo, abandona el lugar junto a sus hombres, seremos nosotros quienes nos encarguemos de todo.

Camino alrededor del hombre, a la vez que me remango las mangas de la camisa. En esta ocasión, seré yo quien dé el primer golpe. Necesito liberar tensión y a falta de una mujer, no se me ocurre nada mejor.

Plantándome en su espalda, interrogo—. ¿A quién le diste la documentación que robaste?

Alza la cabeza al instante—. No sé de qué me habla. —La voz le tiembla al ver mis cinco hombres esperando su turno.

Lo golpeo con todas mis fuerzas en uno de los costados, debido a la fuerza del impacto, vuelca chocando contra el suelo. Sin ayuda de mis hombres, lo alzo del suelo sentándolo de nuevo sobre la silla.

—Respuesta equivocada —respondo colocándome frente a él—. ¿Quién te mandó robarla?

El hombre se esfuerza en mantener los ojos abiertos, aunque le es imposible porque ya los tiene hinchados por los golpes recibidos —. Señor, tiene que creerme. No sé de qué habla —gimotea centrándose en mí—. Me encargo de limpiar la sala de fiestas una vez despejadas de gente, lo máximo que llego a ver, son condones usados, nada más.

En esta ocasión, es su mandíbula quien recibe el golpe. Sin frenarme, prosigo unos minutos golpeándolo por todo el cuerpo. Ante los primeros síntomas de sudor, vuelvo a preguntar—. Puede que ahora se te haya refrescado la memoria. ¿Para quién trabajas?

Un ataque de tos le prohíbe contestar de inmediato, le concedo un margen de unos segundos para que se recupere, si no habla, volveré a la carga.

Tras escupir sangre a un lado con cuidado de no darme, habla—. Señor, se lo juro por mis hijas. No tengo ni idea de a qué se refiere. A las únicas personas que veo con documentación es a mi jefe y las chicas que trabajan en los eventos.

La súplica en su mirada me asegura que dice la verdad. Por la incompetencia del intermediario de la zona, vamos a sacrificar a un

hombre inocente dejando huérfanas a sus hijas. Se me revuelve el estómago al pensar en la orden que estoy a punto de dar, pero en mi mundo, quien te ve la cara no puede quedar con vida. Esas son las desagradables consecuencias que pagamos, por cometer errores que no podemos permitirnos.

Fijo la mirada en Piero dándole la orden, sacude la cabeza, llega a la misma conclusión que yo. Tampoco le agrada la idea de acabar con la vida de alguien inocente, pero no nos queda otra.

Dando largos pasos localizo a Santiago sentado en un sillón raído, sin molestarme en dirigirle una palabra, le estampo el puño en la cara una y otra vez hasta que Valentino me frena. No lucho por soltarme de su agarre, si prosigo golpeándolo de esta forma, lo mataré.

—¡Por tu incompetencia, morirá un hombre inocente! —ladro junto a su cara ensangrentada—. Confórmate solo con los golpes, porque te aseguro que ganas de matarte no me faltan.

Abre los ojos exageradamente—. ¡Te está mintiendo, es el hombre que buscamos!

Con ira me giro para encararlo, controlando las ganas de asesinarlo que tengo—. Ese hombre el único error que cometió fue trabajar para ti —respondo irritado—. Un mes. Has tardado un mes en dar con la persona equivocada. El plazo se agotó, a partir de ahora, me encargo yo.

Se levanta raudo de la silla—. Si haces eso, tu padre me despedirá. Por favor, concédeme otra oportunidad, te aseguro que esta vez no fallo.

Piero junto a mi primo, aparecen por el despacho. Tras susurrarme que el trabajo está acabado y recordarme que no podemos arriesgarnos a ser descubiertos, cedo ante una idea que no me agrada nada. Este incompetente no sabe ni donde tiene la mano derecha, como para encontrar a un desertor.

Antes de abandonar la nave, lo amenazo—. La próxima vez que me llames para decirme que tienes algo, asegúrate que es la persona correcta, si no eres hombre muerto. Investiga a las que se encargan de organizar las fiestas, son las únicas que ven con papeles. —No traspaso la puerta cuando me giro—. ¿Serás capaz de deshacerte del cuerpo sin llamar la atención? —Solo asiente con la cabeza.

De regreso a Madrid conduzco tranquilo, necesito relajarme o volveré a por Santiago para cavarle su propia tumba. Ni las palabras de ánimo que salen de la boca de Piero consiguen calmar mi frustración. Una cosa es quitarse de en medio amenazas reales, pero inocentes, son palabras mayores. La muerte de esta noche me acompañará el resto de mis días, de eso estoy seguro.

Finalizo de desnudarme en el baño, al tiempo que accedo bajo

los chorros de agua caliente, con suerte, el agua borrará las malas vibraciones de mi cuerpo. Media hora después comprendo que no será así, enérgicamente seco el cuerpo. Solo con los pantalones de seda del pijama puestos, me recuesto en la cama, al cerrar los ojos, unos ojos color miel hacen de nuevo acto de presencia torturándome más de lo que ya estoy. Con ellos, acechándome en la oscuridad, me sumerjo en un ligero sueño.

Al despertarme solo tengo un objetivo, si tengo que permanecer más tiempo en España, por culpa de Santiago, pienso aprovechar los días. Puedo conceder que se escape un traidor del cual no sé nada, pero la morena es harina de otro costal. Cueste lo que me cueste, en menos de un mes será mía. Con esa determinación, salgo de la vivienda con una única idea en mente.

8

Febrero finaliza y con él los intensos fríos de Madrid. Espero que la capital sea igual que mi querida Murcia, en marzo ya podemos ir en manga corta durante el día, empiezo a estar cansada de tanta ropa de abrigo y días nublados.

Tumbados en las hamacas de la terraza, los tres, aprovechamos los rayos de sol que se dignan hacer acto de presencia el último fin de semana del mes. Me encuentro en plan perezoso y decido no viajar a mi tierra a ver a la familia, necesito unos días de descanso y estoy a dispuesta a disfrutarlos junto a Roberto y Mariola. A parte, las últimas conversaciones con Isa me hacen estar más alerta que nunca, poco falta para que den conmigo y cuanto menos aparezca por la tierra del sol, más segura estaré.

Mi amistad con Roberto cada día se afianza más, en las últimas semanas, me acuna más de una noche tras una pesadilla. De momento no pide explicaciones, cosa que le agradezco, no estoy segura de poder dárselas sin mentirle. Con Mariola, las cosas van despacio pero por buen camino.

—¿Qué planes hay para la noche? —pregunta Roberto mirándonos a las dos.

Lo miro inocentemente—. ¿Quedarnos en casa y ver una película? —No cuela la respuesta porque se apresura a negar con movimientos enérgicos de cabeza.

Mariola se encoge de hombros—. A mí me da igual, mientras estemos juntos, que últimamente casi no nos vemos —da un trago a la cerveza—. Oye, ¿cómo has dicho que se llama esto?

—Marinera —digo observando la rosquilla con ensaladilla rusa coronada con una anchoa. Les he preparado el típico aperitivo murciano para que saboreen algo de mi gastronomía.

Se relame los labios antes de volver hablar—. Pues está de muerte, abuela.

Sonrío ante el halago. Sabía que les gustaría, pero no hasta el punto de tener que preparar tres veces el mismo plato. En el último viaje a Murcia me hice con los ingredientes para su elaboración, junto con la cerveza de nuestra tierra, Estrella Levante, en formato quinto. Que fría, está bien rica.

Pasadas las una del mediodía suena el interfono de casa, nos sorprendemos bastante al escucharlo. Ninguno somos de la ciudad, solo estamos de paso, es imposible que alguien nos conozca y nadie del trabajo sabe nuestra dirección.

—¿Esperáis visita? —consulta Mariola incorporándose. Roberto y yo negamos rotundamente—. Iré a ver. Seguro que se han equivocado. —Antes de perderse en el interior de la casa demanda —. ¿Traigo otra ronda de cerveza a la vuelta?

—Sí —afirmamos a la vez Roberto y yo.

Apoyo la espalda en el respaldo acaparando todo el sol que soy capaz. El calor calienta mis mejillas enrojecidas por el frío. Con aire distraído, expulso el humo del tabaco. Mariola aparece antes de lo esperado por la terraza, no es posible que le haya dado tiempo ir hasta la entrada principal y a la cocina a por las cervezas.

—Un repartidor de MRV pregunta por ti, Andrea. Tiene un paquete que entregarte.

Apago el cigarro casi consumido en el cenicero, con la idea de que el paquete será una nueva entrega de Isa. «¿Qué descubrió ahora?», voy pensando mientras me dirijo al encuentro del repartidor.

Abro la puerta entornada para toparme con un chico de unos veinticinco años, más o menos, apoyado en la pared con pose de cansancio. Llama mi atención el bulto mediano que lleva sujeto bajo el brazo, comienzo a sopesar que estoy equivocada, y el paquete no es de mi amiga. La caja va sin envolver, motivo más que suficiente para sospechar.

Por fin el muchacho se digna a notar mi presencia—. La señora Andrea Sáez.

«Señora», repito mentalmente. Alzo una ceja ante el apelativo impuesto—. Soy yo —indico escuetamente.

—Si es tan amable, ponga su nombre junto a su DNI en este recuadro. —Me señala con el dedo el lugar exacto—. Firme, por favor.

Dudo un momento al coger el papel que me tiende. En el recuadro donde debe aparecer el nombre del remitente está vacío, un escalofrío me recorre de inmediato.

—Lo siento, debe ser un error. No espero ningún pedido. —Le devuelvo la hoja sin firmar, no estoy dispuesta a recogerlo sin obtener más información. Espero que mi negativa sirva para conseguirlo.

Me llegan sus bajos resoplidos—. Señora, no veo dónde está el error. Usted es Andrea Sáez y la dirección es la correcta. Este paquete es para usted, así que si hace el favor de firmar de una vez, tengo más entregas que hacer.

Lo miro de mala gana, el chico es la simpatía en persona, hablando irónicamente—. Si quieres que recoja el paquete y no hacerte perder más tiempo, dime quién es el remitente. Sin esa información, te puedes marchar por donde viniste.

El chico me contempla entre desesperado, enfadado y atisbo también, miedo. Jamás me topé con alguien con tan pocas de trabajar que él, tal y como está la economía uno no puede jugársela como él lo hace—. Solo cumplo con mi trabajo. Por favor, sería tan amable de firmar de una vez para que pueda marcharme.

Viendo que no hago ningún amago de hacerme con el paquete, resopla más fuerte pasándose la mano libre por el pelo—. El remitente es desconocido. La persona que le envía el paquete desea mantener el anonimato. Así que vuelvo a repetirle, si es tan amable de aceptarlo cada uno regresaremos a lo nuestro. Usted saldrá de dudas si se lo queda y yo volveré a mi reparto.

Una extraña sensación se adueña de todo mi cuerpo, el miedo invade cada rincón de mi cerebro. Si el paquete es de quien intuyo es un contratiempo, no contaba con que me localizara tan pronto. Con manos temblorosas recojo por segunda vez la hoja que me tiende el repartidor, comenzando a plasmar mis datos y finalizando con mi rúbrica.

—Tienes razón, si quiero saber quién me envía el regalo tengo que aceptarlo primero —comento despreocupadamente para que deje de fijarse en el temblor de manos.

Sin despedirme cierro la puerta, dirijo mis pasos al cuarto, deseo soledad a la hora de abrirlo. No puedo enfrentarme al contendido del paquete delante de mis compañeros, si es una advertencia como imagino, no podré excusarme de ninguna forma delante de ellos. Roberto intercepta mi camino a mitad de recorrido, agarrándome cariñosamente del brazo, me guía en dirección a la terraza.

—¿No querrás dejarme en ascuas, verdad? —Su sonrisa despeja parte de mis miedos aunque no todos—. Quiero saber quién es el afortunado que te envía regalos, porque por tu sorpresa, no esperabas nada. ¿Me equivoco?

Lo mejor que sé, recompongo la compostura y me aseguro tener voz antes de intentar emitir una palabra—. No te equivocas, no tengo ni idea de quien me lo envía.

—Salgamos de dudas —apresura Roberto caminando hasta la terraza.

Sin poder evitarlo, me veo arrastrada hasta la terraza otra vez, pongo la caja al final de la hamaca descuidadamente centrando mi atención en la cerveza recién abierta que me espera. Mis compañeros se miran sin comprender mi desinterés por el paquete.

—¿No lo abres? —indaga Roberto contemplando el paquete.

Encojo los hombros restándole importancia—. Primero la cerveza, caliente está mala —guío el botellín a los labios dejando que el líquido recorra la garganta.

Ninguno de los dos sale de su estupor, leo en sus rostros la

ansiedad de descubrir el interior de la caja. Si supiesen que no tengo prisa alguna, cambiarían los rostros y me dejarían disfrutar tranquila la cerveza.

Mariola harta de mi pasividad se levanta de su asiento haciéndose con ella. Automáticamente se la arrebato de forma suave de las manos.

—Vale, impacientes. Lo abro. ¿Contentos?

Aprueban mi decisión, inclinándose en sus respectivos asientos fijan la vista en mis manos. Con cierta lentitud quito el celo que cierra el paquete, para ir abriendo de una en una las solapas de la caja.

Lo primero que veo es un sobre negro de tamaño pequeño, me hago con él arrepintiéndome al instante. El resto del paquete es la caja de un móvil, sin poder evitarlo lo dejo sobre la mesa rápidamente, como si me quemara las manos solo mantenerlo.

A Roberto no le pasa desapercibido mi gesto, se sienta a mi lado abrazándome notando mis temblores—. ¿Tan malo es para que te altere tanto? —Me susurra al oído evitando que lo escuche Mariola.

Aunque intento contradecirlo para no dar más explicaciones que las justas, la voz se niega a salir de la garganta, un nudo me lo impide. Ordeno a mi cerebro que deje de divagar, necesito centrarme en ocultar el pánico que siento, antes de que Mariola también note mi ansiedad.

Recomponiendo el rostro y forzando una falsa sonrisa miro a Roberto. Apretándole suavemente el muslo respondo—. Todo lo contrario. Solo que no esperaba que alguien me regalara el móvil que quiero. Solo es asombro.

No cree ni una de mis palabras, pero se abstiene de contradecirme, empiezo a sopesar que intuye más de lo que le he contado. Quiera o no, antes o después debo ofrecerle alguna explicación, por muy pobre que sea.

Con la caja de nuevo en mi regazo, libero el iPhone 5 del interior, el modelo en blanco me mira riéndose de mí. Si en algún momento pensé que podía escapar, él se encarga de recordarme lo equivocada que estoy. Que las cosas solo terminan cuando él quiere, ni antes ni después.

Controlo el temblor de manos mientras saco la tarjeta del sobre. Sus letras impresas en negro se burlan de mí en todo momento.

La paciencia no es una de mis virtudes,
y has acabado con la poca que poseo.
Va siendo hora de tener lo que considero mío.

Si albergaba alguna duda de quién era el dueño de la entrega,

tras leer la tarjeta me queda bastante claro quién es el remitente. Me excuso con mis amigos apelando que necesito ir al aseo, fuera de la realidad, lo que necesito es localizar a Isa. Me encierro en el baño privado que dispone mi cuarto, deseo intimidad y este es el único lugar que en estos instantes me la ofrece.

Hago una instantánea de la tarjeta y la adjunto en un WhatsApp a Isa. Quiero que la lea, al igual que yo, debe ponerse a salvo, si me ha descubierto a mí no tardará en dar con su paradero.

Andrea: Junto a eso me envía un iPhone 5 blanco. Haz las maletas.

La respuesta tarda en entrar, encerrada en el baño la cobertura es escasa.

Isa: No es suyo.

Andrea: ¿Has leído la tarjeta? Lo deja bien claro.

Isa: No es Sánchez, Andrea. Llevo días con él y te aseguro que no sabe nada, todavía. Tiene que ser otra persona. Además, Sánchez no se anda con rodeos y cuando lo descubra se personará, no se hará pasar por un anónimo.

Pensándolo fríamente tiene su lógica, me dejé llevar por el pánico y no pensé más opciones. El día que Sánchez se entere que es a mí a quien busca, en pocas horas lo tendré delante.

Andrea: Si no es de Sánchez. ¿Quién puede ser? ¿Se nos escapa alguien?

Isa: No. Aunque por la caligrafía juraría que es Martín.

Toso al leerlo. Mi amiga se ha vuelto loca.

Andrea: ¿Martín? ¿El médico? No digas tonterías.

Isa: ¿Cuánto tiempo lleva detrás de ti? Mucho. Piénsalo. Puede que haya decido a dar el paso.

Tardo unos segundos en responderle, antes vuelve a enviarme un mensaje Isa.

Isa: ¿Lo has encendido?

Andrea: No.

Isa: Pues hazlo y salimos de dudas. Te dejo, llega Sánchez. Mantenme informada y lleva cuidado con los italianos, no me fio.

Andrea: Ten cuidado tú. De momento, inofensivos. Cuando sepa de quién es, te digo.

Poco a poco la rigidez va desapareciendo sin llegar a marcharse del todo. Empiezo a considerar lo que dice Isa y que el paquete no sea de Sánchez. Entonces, ¿quién es el dueño?

Tardo más de media hora en reunirme con mis compañeros de nuevo, primero me aseguro de esconder bien el teléfono y la tarjeta. Sí, voy a descubrir quién me lo envía, pero no es el momento con ellos revoloteando alrededor, cuanto menos sepan de mi vida más a salvo los mantendré. Empieza a cansarme la situación. Llevo ya un

año escondiéndome y mintiendo a todos los que amo, por el mero hecho de que no salgan perjudicados el día que todo se desencadene. Rezo por que mi sacrificio surja efecto, de lo contrario, no me lo perdonaré en la vida.

Al ser incapaz de disfrutar la noche, me despido de mis amigos pasadas las tres de la madrugada alegando que tengo jaqueca. La realidad, es que necesito aprovechar este momento de soledad que me brindará el ático para desenmascarar al culpable de mi estado de ansiedad. Con paso ligero recorro las calles que me separan de Malasaña hasta casa, sin percatarme que Roberto sigue de cerca mis pasos. Me alcanza en la entrada del edificio.

—A Mariola la has engañado, a mí no. —Con esa afirmación está solicitando una explicación.

Sabiendo que no tengo escapatoria, acepto de mala gana el brazo que me tiende. Instalados en mi cuarto, que es el más alejado de la casa, le explico de igual modo que a mi familia, variando un poco la versión, de que huyo. A Sánchez lo nombro por encima pero no el papel fundamental que juega en mi vida. Bastante es que él esté en mi vida como para involucrarlo aún más. Los primeros rayos de sol asoman cuando se marcha a su cuarto a descansar. Acurruco el cuerpo bajo las mantas dejándome llevar por el cansancio.

Remoloneo en la cama con los primeros síntomas de despertarme, el cansancio que perdura en mi cuerpo me advierte que no mantuve cerrados los ojos durante muchas horas. El reloj sobre la mesilla confirma mis sospechas, escasamente conseguí dormir cinco horas. Viendo que va a ser imposible dejarme arrastrar otra vez por Morfeo, decido ponerme en marcha. Con el pijama puesto comienzo a organizar el dormitorio, limpio el cuarto de baño finalizando en el salón y la cocina. Antes de darme una merecida ducha preparo algo de comida para los tres. Desde que me instalé en Madrid, la técnica que mejor me funciona es mantener la mente ocupada para no pensar en mi desastrosa vida. Si eran pocos mis problemas, ahora se une el móvil de un desconocido.

En el interior del dormitorio saco la caja del doble fondo que hice en el armario el primer día, donde está todo lo necesario para huir en el momento idóneo. Enciendo el móvil comprobando que mantiene la mitad de la carga, alguien cambió el pin y lo anotó a mano junto al antiguo, tras introducir la combinación doce, uno, trece, se pone en marcha. Para mi sorpresa, también se encargó de configurarlo, nada más encenderlo la aplicación WhatsApp me avisa de que tengo mensajes sin leer.

Antes de lanzarme a su lectura, compruebo la configuración del teléfono, no hay ningún número en la agenda, tampoco nada extraño que llame mi atención. Al abrir el mensaje, la aplicación me

da la opción de añadir contacto o bloquear contacto, no hago ninguna de las dos cosas, necesito averiguar primero quién es el dueño. Para mi suerte o desgracia no está en línea, investigo su foto, no ha asignado ninguna, por esa vía me será imposible saberlo. Su estado es disponible, otra cosa que tampoco es de ayuda y su nombre morenodeojosverdes, por lo menos algo es, ya sé que es un hombre.

morenodeojosverdes: Nunca me costó tanto llamar la atención de una mujer. Tú estás siendo una excepción y empiezo a dudar de mis cualidades masculinas.

La fecha del mensaje es del mismo sábado, juraría que minutos después de recibir el móvil en casa. Al leer el mensaje salgo de dudas, el móvil no pertenece a nadie vinculado con Sánchez, aunque tampoco sé quién es el loco que invirtió más de quinientos euros para ponerse en contacto conmigo. Deseando saber quién es el dueño opto por la vía rápida y marco el número de teléfono. La locución «el número al que llama tiene restringidas las llamadas entrantes» borra toda probabilidad de localizarlo al instante, tomó las medidas para que no lo consiga tan rápido. La única opción que me queda, es contestar al mensaje.

Andrea: Yo también dudaría de tus cualidades masculinas, no serán tan buenas cuando tienes que recurrir a regalar un móvil para poder hablar con una chica.

Nada mejor que tocar el ego masculino para obtener las respuestas deseadas, espero que mi contestación sea suficiente para mantener una conversación con el hombre anónimo.

Pasados unos minutos y comprobar que no está en línea me marcho a comer, no voy a saltarme una comida por esperar la respuesta de un desconocido. Recostada en el sofá el sueño me vence, es media tarde cuando regreso a la vida. No hallo a mis compañeros por ninguna estancia compartida de la casa, cojo el teléfono de la mesilla donde lo dejé y regreso al sofá. Un mensaje reciente está esperando ser leído.

morenodeojosverdes: Si me dejas, puedo despejarte las dudas.

Andrea: A mí no tienes que despejarme nada, sé quién eres.

Mi sorpresa es que su estado pasa a «en línea», eso significa que puedo sacarle un poco de información.

morenodeojosverdes: Ah, sí. ¿Sorpréndeme?

Andrea: Eres un cobarde sin personalidad que tiene que recurrir a un regalo para poder hablar con una chica. Eso, o eres un psicópata.

morenodeojosverdes: Haz fallado. Ni una cosa ni la otra. Soy

impulsivo, seguro de mí mismo, posesivo y lo mejor de todo, buen amante. Por regla general, consigo todo lo que quiero y a ti te deseo.

Andrea: Menos cuentos caperucita. Si de verdad consigues todo lo que quieres, no tendrías que recurrir a estas técnicas para ligar.

morenodeojosverdes: Te has parado a pensar que en el fondo es una bonita forma de conquistar a una bella mujer. No puedo evitarlo, bajo la capa de hombre duro se esconde un romántico empedernido.

Más que una bonita forma de conquistar, lo que me parece es una locura además de tirar el dinero, aunque más loca estoy yo por seguirle el juego al prepotente este. Empiezo a pensar que no sé si me da más miedo que el móvil pertenezca a un desconocido o a Sánchez, por lo menos al último lo conozco bastante bien para intentar llevarlo a mi terreno. Con el desconocido me va a costar un poco más. Pero nada es imposible.

Andrea: Yo diría, más bien que es una horterada. ¿Hombre duro? Perdona que me ría. A mí suena más, a un hombre que no tiene coraje suficiente para hablar directamente y necesita escudarse tras un móvil y restringir las llamadas.

morenodeojosverdes: Me alegra saber que intentaste llamarme. A mí también me encanta tu voz y cuento las horas para volver a escucharla.

Vale, acaba de dejarme clara mi desventaja, él me conoce, ahora falta adivinar si yo tengo la misma suerte. Antes de poder escribirle una pregunta, vuelve a la carga.

morenodeojosverdes: Tu sonrisa ilumina una ciudad apagada, aunque debo confesar que me enerva que nunca vaya dirigida a mí. Los únicos que la disfrutan son los dos italianos y el rubio que no se separa de ti.

Andrea: Lo mismo es porque uno de ellos es mi pareja.

morenodeojosverdes: Sé que estás soltera, primero hice el duro trabajo de investigación.

Tras esa rotunda afirmación, reparo de nuevo en el nombre que figura, morenodeojosverdes, es uno de los italianos. Durante un breve periodo de tiempo fantaseo con que sea uno en concreto, pero viendo lo serio que es a diario, dudo que sea capaz de hacer tal locura.

morenodeojosverdes: ¿Cuándo una de tus sonrisas irá dirigida a mí? Aunque te adelanto que no solo quiero tus sonrisas, quiero tus besos, gemidos, orgasmos. En definitiva, te quiero para mí.

Andrea: En tus sueños.

morenodeojosverdes: Sueños contigo ya tengo suficientes. Ahora quiero gozar de la realidad.

Andrea: ¿Quién eres?

morenodeojosverdes: Te desvelaré un secreto. Los lunes son mi día favorito de la semana, puedo observar de nuevo esos preciosos ojos miel que me llevan loco.

Se desconecta con el último mensaje enviado, suelto el móvil en la mesa de malas formas. No conseguí despejar la duda de quien de los seis italianos es el dueño del teléfono.

Cansada me retiro al cuarto, al comprobar que ni Roberto ni Mariola hacen acto de presencia en el salón, estarán durmiendo plácidamente mientras yo desperdicio preciados minutos de mi sueño por hablar con un loco. Un loco que poco a poco comienza a llamar mi atención.

9

No doy crédito a lo que ven mis ojos, como cada mañana la veo aparecer por la oficina. Esta mañana está más guapa que nunca, es la primera vez que observo sus largas piernas, gracias a la falda negra con una franja blanca en el centro que se adapta a la perfección a las curvas de sus caderas. En la parte superior, una blusa transparente blanca insinúa un sugerente sujetador negro. Para finalizar el conjunto que me tortura, va subida a unos tacones, de más de doce centímetros, negros y blancos.

Como cada día pasa por mi lado sin saludarme, ignorando mi presencia. Cabreado por el absurdo de mi comportamiento la sigo al aseo, ignorando las miradas burlonas de mis compañeros. La situación empieza a molestarme cada día más y no va con mi forma de ser dejar escapar algo que ansío y a ella llevo semanas deseándola. Agarrándola suavemente de ambos brazos la guío hasta la pared más cercana, impidiendo que vea mi rostro. Encajo mi cuerpo al de ella para que note el efecto que produce en mí, mientras mordisqueo su lóbulo izquierdo.

—No sabes cuánto te deseo. —Mi voz suena más ronca de lo normal debido a la excitación del momento.

Con un sensual movimiento se gira apoyando las manos en los pectorales, sus profundos ojos miel calan en lo más hondo de mi ser sintiéndome el hombre más afortunado del mundo. Con maestría dibuja el contorno de mis labios con su lengua, antes de profundizar en un apasionado beso. Para mi gusto se separa antes de lo debido.

—Ya somos dos —susurra contra mis labios.

Sin concederle un segundo para pensar, comienzo de nuevo una danza peligrosa para ambos uniendo nuestras lenguas. Exploro cada centímetro de su boca y con las manos, su cuerpo, tocando su sedosa piel. Al subir de intensidad los besos caldean la temperatura de nuestros cuerpos, la sujeto bajo las nalgas izándola, pronto mi cintura está rodeada por sus largas piernas, sintiendo el calor que emana su zona más íntima. Roto la cadera haciéndole ver el deseo que siento por ella. Inspecciono sus redondos pechos con la mano, liberándolos del sujetador de encaje poso mi boca sobre el rosado pezón erecto, succionándolo con presión consigo arrebatarle un gemido que se convierte en música para mis oídos. Con un movimiento experimentado libero mi miembro, dirijo mi mano a su centro de placer notando la humedad de su sexo, desplazo la braguita para acto seguido hundirme en ella. Comienzo a girar la

cadera con la maestría que me caracteriza, los gemidos de ambos van en aumento, junto a una desconocida vibración jamás antes sentida. Aumento el ritmo de mis embestidas, acrecentando con ello la vibración de mi cuerpo que pasa a ser molesto, en vez de satisfactorio. Abro los ojos de golpe comprendiendo que lo que vibra es el móvil y no mi cuerpo. Maldiciendo por lo bajo me incorporo de la cama, intento recuperar el ritmo normal de la respiración antes de responder la llamada.

—Hola, hijo, ¿cómo estás? —saluda formalmente mi progenitor.

Me acomodo en el filo de la cama para mantener la conversación—. Padre.

—Sigo sin tener noticias del caso —dice sin rodeos con voz seria—. ¿Tengo que pensar que se te olvidó que haces en España?

Resoplo antes de ofrecerle una respuesta. Dos meses después de nuestra llegada, seguimos sin saber nada—. La última vez que Santiago llamó, un hombre inocente pago las consecuencias. Desde entonces, no tengo noticias suyas.

—Inepto. —En algo coincidimos ambos, en la incompetencia de Santiago—. Y lo demás, ¿cómo va?

—A final de semana tengo la última reunión —informo—. Lo he organizado todo para regresar a Italia aunque no tengamos noticias, volveremos a España cuando se tenga algo con lo que trabajar. Aquí no hacemos nada y allí somos necesarios.

Escucho un golpe seco a través de la línea—. ¡No! Os quedaréis en España hasta que el caso este resuelto, antes no quiero veros por Roma.

Voy a contradecirle, pero corta la comunicación. Empiezo a pensar que me oculta información, no es normal que seis de sus mejores hombres estén tanto tiempo alejados del seno de la familia. Algo ocurre en Roma y tengo toda la intención de averiguar que me esconde el gran Mauro.

Bajo los chorros de agua caliente, otro dilema aborda mi mente. No alcanzo a comprender que me sucede con la española, pero desde el día que posé mis ojos en ella en el restaurante de Silvio, no soy capaz de sacármela de la cabeza y desde hace días me acompaña hasta en sueños. Estos meses son una verdadera tortura, tenerla tan cerca todos los días y que no sea mía por voluntad propia, está consiguiendo que roce la locura. Aunque puse remedio, le envié un modelo de teléfono idéntico al mío a su domicilio. De momento, tiene el móvil en su poder un día y no dio señales de vida, aunque estoy seguro de que antes o después contestará. Con la exigencia de mi padre de no regresar a Roma hasta hallar al traidor, a partir de ahora, solo tengo dos cometidos; averiguar qué está pasando en Italia y seducir a la morena de ojos miel. Ya va siendo

hora de probar esos carnosos labios, empiezo a estar harto de mantenerme quieto por el mero de hecho de tener que regresar a mi país, el tiempo que esté en España voy a disfrutar de unos increíbles orgasmos junto al cuerpo de mi compañera de oficina.

Instalado en el despacho rodeado de documentación, enciendo el ordenador conectándome a la línea privada de chat que Dante instaló antes de marcharme del país. Compruebo el estado de mi hermano, para mi desesperación no está conectado, no me queda más remedio que llamarlo.

—¿Qué pasa, hermano? —Siempre responde igual.

—Hola, Marco —saludo—. ¿Puedes hablar?

—Te llamo en cinco minutos —contesta antes de colgarme.

Reviso uno de mis móviles para cerciorarme que sigo sin noticias de ella, es medio día y no sé nada. Empiezo a sospechar que no tiene intención alguna de averiguar quién es el dueño del regalo.

El sonido de la llamada entrante de Marco es suficiente para dejar de cavilar—. Puedes ya.

—Sí. Dime.

—¿Qué pasa en Roma? Empiezo a dudar la finalidad de nuestro trabajo aquí en España.

Hay unos segundos de silencio por parte de Marco—. Explícate mejor.

—Sabes de lo que hablo. ¿Qué sucede, Marco? —exijo saber.

Respira profundamente, no me da buenas vibraciones—. Hay un juez nuevo. —Malas noticias son esas—. Probamos con todo, incluido extorsión e intimidación, no sirve de nada. Está investigando todos nuestros negocios, de momento no encontró nada fuera de lugar, de ahí que papá optara por enviaros una temporada a España, vosotros encabezáis la lista del juez.

Me paso la mano por el pelo intentado calmar la furia, mi padre me sacó del país engañado—. Por eso nos incluyó en la formación. —No es una pregunta, es una afirmación.

—Sí —confirma mi hermano—. Ahora mismo, sois seis empleados más formándose. Lo hizo por tu bien, hermano. Sabía que si te contaba la verdad, te negarías a marcharte del país.

—Por supuesto que no me habría ido, de hecho, pienso regresar de inmediato. —No es mi estilo dejar en la estacada a la familia cuando más nos necesitamos los unos a los otros

Escucho sus resoplidos—. Por favor, no vuelvas todavía. Confía en papá, sabe lo que se hace.

Mil cuestiones rondan mi cabeza, no entiendo su engaño, hasta ahora me mantenía al corriente de todo, pero esta vez está siendo diferente—. ¿Hay más, verdad? No creo que por una simple

investigación me mienta y me mantenga al margen.

No contesta de forma automática, se toma su tiempo para hacerlo—. Según nos adelantó Valdati, el juez puede relacionaros con el caso de DeLuca. Por lo visto, hay un testigo que asegura veros salir de la nave con el cuerpo.

—¡Eso es imposible! —aseguro.

—Lo sabemos, pero hasta que no demos con él, es un riesgo que estéis en Roma. Así que disfruta de España y déjame a mí resolver el problema de aquí, te aseguro que estoy haciendo todo lo posible para no retrasar vuestro regreso, pero debo ir con cautela, lo que menos nos interesa ahora mismo es llamar la atención.

Al reflexionar sus palabras sin poder evitarlo sonrío aun con el cabreo que llevo. Por fin, mi padre perdonó a mi hermano y le dio la oportunidad de redimirse—. Me alegro mucho, Marco.

—¿De qué? —pregunta sin saber a qué me refiero.

—Vuelve a confiar en ti.

—Espero no cagarla esta vez.

—No lo harás.

Minutos después me despido de mi hermano, haciéndole prometer que me mantendrá informado de todo.

El mecanismo de mi cerebro comienza a trabajar por su cuenta, intentando averiguar quién puede estar detrás de aquel engaño. Jamás puede haber un testigo viéndonos salir con un cadáver, ya que nosotros nunca nos deshacemos de ellos, de eso se encarga Valdati. Cuando llega a la escena del crimen, lo organiza todo para hacerlo pasar por un robo o ajustes de cuentas de camellos de poca monta, siendo imposible que alguien sospeche de nosotros.

La puerta se abre de golpe sacándome de mis reflexiones. Piero sin esperar a ser invitado toma asiento frente a mí tendiéndome una cerveza. Tardo cinco minutos en ponerlo al día y al igual que mi hermano, opina que mi padre tiene razón. En estos momentos, estamos mejor en España que en Italia. Más relajados nos trasladamos a la terraza de la vivienda, las vistas de la ciudad a nuestros pies son indescriptibles.

—¿Puedo preguntarte algo? —rompe el silencio mirando la belleza que nos rodea.

Lo miro de reojo, es rara en él esa actitud—. Sabes de sobra que sí.

—¿Por qué está fuera el teléfono de emergencia?

Giro la cabeza para encararlo, se me olvidó por completo ocultarlo de su vista cuando accedió al despacho—. Por nada en particular —miento.

Ríe de forma exagerada—. Cuéntale ese cuento a otro, conmigo no funciona. —Lo ignoro de forma deliberada esperando que capte

que no me apetece seguir con el tema, no funciona—. ¿Piensas ignorarme como cada vez que te ocurre algo?

Miro al frente evitando su escrutinio—. No te ignoro.

Durante minutos los únicos ruidos que se escuchan son los provenientes de la ciudad, ambos nos mantenemos en el más absoluto silencio. Le doy las gracias por no seguir indagando en el tema, no estoy de humor para hablar de ello. Escucho como se levanta del asiento dirigiendo sus pasos al interior, antes de desaparecer por completo comenta en voz alta.

—No pertenece a nuestro mundo. Sería una imprudencia por tu parte acercarte a ella.

No tardo ni un segundo en encararlo, pero es tarde, ya está fuera de mi vista. Con rapidez me dirijo dentro buscándolo, lo localizo en la cocina haciéndose con otra cerveza, al verme aparecer por la puerta, agarra otra de la nevera lanzándomela.

—¿Qué has querido decir? —requiero instalándome en uno de los taburetes que hay bajo la alta mesa.

Me mira con comprensión—. Lo sabes de sobra. Andrea no pertenece a nuestro mundo. Intentar algo con ella, es un suicidio.

—Crees que no lo sé. Si por un casual averigua quienes somos, te aseguro amigo, que ni a ti te reiría las gracias.

Asiente con la cabeza, ambos sabemos que cuando eso suceda, saldrá despavorida de nuestro lado—. Hay una diferencia entre nosotros, amigo. Yo no intento meterme bajo sus bragas. Tú, sí.

Los celos aparecen solos, al escucharlo—. Inténtalo y eres hombre muerto. —Al ver su sonrisa de satisfacción, sé que caigo en la trampa.

—Por fin descubro tus sentimientos por ella. —Me lo quedo mirando sin comprenderlo—. Amigo, que cuando piensas que nadie te ve, no le quitas el ojo de encima —da un largo trago a su cerveza —. ¿Qué piensas hacer?

Por una vez soy sincero con él—. Ni idea, la verdad es que no tengo ni idea. Intenté mantenerme al margen estos meses, pero no consigo sacarla de mi cabeza, hasta sueño con ella.

—Mientras no te enamores, es solucionable —desvío la mirada, no estoy seguro de mis sentimientos por ella, pero sé que van más allá de una simple atracción sexual—. Estás más jodido de lo que pensaba. —Me encantaría borrarle la sonrisa.

Le cuento la idea que lleva fraguándose en mi cabeza durante días, por su gesto, sé que no le gusta, pero no le queda más remedio que aceptar, puesto que lo impongo como jefe. No es una sugerencia, es una orden.

—Espero que vaya bien, cualquier contratiempo y estaremos bien jodidos —dice antes de abandonar la cocina para ir a poner al

día al resto de chicos.

La tarde la dedico a correr por el Retiro, necesito desentumecer los músculos. Mientras corro sin descanso, Valentino y Salvatore vigilan la zona. Al regresar al ático, voy directo a la ducha para quitarme el sudor. Antes de acostarme recuerdo que el móvil está en la mesa del estudio, me sorprendo al comprobar que responde, aunque no me hace ninguna gracia que se meta con mi ego masculino.

10

Apago el despertador de un manotazo. Odio los lunes, todos lo saben y mis compañeros van conociéndome también. Escondo la cabeza bajo las mantas, esperando que al volver abrir los ojos haya transcurrido el día, no tengo esa suerte. Mi compañero listo para partir hace acto de presencia en el cuarto avisándome de que voy tarde.

—¿Aún estas en la cama, perezosa? —bromea a una cierta distancia.

—Es lunes —gruño saliendo de la cama.

Roberto sonríe ante mi aspecto demacrado—. ¿Una mala noche?

Le tiendo el móvil del italiano anónimo, para que él mismo saque sus conclusiones—. Dame veinte minutos —pido mientras accedo al baño.

Escucho sus risas abandonar el cuarto, estará ya en plena lectura de la loca conversación. Una ducha rápida es suficiente para aplacar mi mal humor. Aunque el tiempo no acompaña decido secar la melena al viento, técnicamente ya llegamos tarde a la oficina, no es cuestión de retrasarlo más.

Con un donut en una mano y un cigarro en la otra, encaramos el trayecto hasta el edificio a toda prisa. No es hasta estar en el portón de entrada, que no advierto la falta de Mariola, tampoco la vi en el interior de la vivienda.

—¿Dónde esta Mariola? —pregunto a Roberto abriendo la pesada puerta de cristales que da acceso al interior del inmueble.

Saludamos afablemente al portero mientras dirigimos nuestros pasos al ascensor.

—Ayer se marchó a Barcelona. —Al ver mi cara de incertidumbre se apresura a explicarme—. La llamó su madre mientras dormías la siesta, no quiso despertarte. Me dejo el encargo a mí, pero hasta esta mañana no nos hemos visto.

Trago la última porción de dulce antes de hablar—. ¿Ha pasado algo grave?

Roberto con un ademán de mano niega—. Tiene que resolver los últimos papeles de su hermano.

Asiento. Hace semanas que Mariola se confesó con nosotros; un año atrás, su único hermano falleció en un accidente de tráfico, ella fue la encargada de gestionar todo el papeleo.

—Me habría gustado despedirme, incluso ofrecerme a acompañarla para que no pase por esto otra vez sola.

Roberto lo entiende—. Me ofrecí, pero denegó la propuesta. Dijo que necesitaba hacerlo sola para poder cerrar esa etapa de su vida.

No podemos seguir hablando del tema, los ojos acusatorios de Joan nos fulminan desde la entrada de la oficina. Consultando la hora en su reloj de muñeca, nos advierte:

—Llegáis tarde, esto constará en vuestros expedientes.

Sin decir una palabra, accedemos rápidos a la sala de formación, ambos nos quedamos parados al ver que los dos únicos sitios disponibles están ubicados entre nuestros compañeros italianos. Mirándonos sorprendidos, nos sentamos quedando entre Piero y el simpático, como lo apodamos. En estos meses, no tenemos el privilegio de ver sus dientes.

El desayuno como cada mañana, lo realizamos en el bar de Juan, un gaditano la mar de salado. No hace falta hacer la comanda, la camarera ya sabe que debe servirnos. Sentados en nuestra habitual mesa ubicada al final del salón, Roberto saca el tema de conversación.

—Veo que anoche lo pasaste de lujo con uno de los italianos. —Me lo quedo mirando sin saber si reír o darle una colleja.

—No tiene gracia.

Sus carcajadas atraen las miradas indeseables de nuestras queridas compañeras que están una mesa más allá. Viendo que es imposible hacerlo callar, me uno a él. Debo reconocer que la historia tiene su gracia, a mis treinta y un años, es la primera vez que un hombre intenta seducirme de esta manera.

—Por lo que veo, tú también has llegado a la conclusión que es uno de los italianos.

Se encoge de hombros—. No hace falta ser adivino —comenta dando un trago a su bebida—. Sabe que siempre estoy contigo, conoce a Piero y Fabio, pero sobre todo su nombre en WhatsApp es lo que le delata, morenodeojosverdes. ¡Viva la creatividad! —exclama volviendo a reír.

Mi amigo está haciéndome cambiar de idea respecto a los lunes, por lo visto, no son tan malos cuando ando cerca de él. Su carácter andaluz brilla más este día de la semana, consiguiendo arrancarme más de una sonrisa a lo largo del día.

Recompone las formas antes de seguir—. Espero que sepas que debes descartar a dos de ellos.

—¿Por?

Mi mira con cierta lástima—. ¡Mujeres! —Se lamenta sin dejar de mirarme—. Valentino es gay —suelta de golpe logrando que abra la boca de golpe—, y a Piero no le interesas.

No salgo de mi asombro—. ¿Valentino, gay? ¿Estás seguro?

—Sí. —Esa rotundidad me hace pensar ciertas cosas—. Si estás

pensando como lo sé, te diré que mi radar no falla y ese tío es más homosexual que yo. Y Piero no le quita ojo a Mariola.

Acepto su respuesta como válida, quien mejor que él para detectarlos, si tengo que aceptar yo, como no sean del estilo de mi hermano, no doy una—. Solo quedan cuatro. ¿Quién será? —pregunto al tiempo de verlos acceder por el bar.

Con un gesto imperceptible aviso a Roberto de su llegada, mi sorpresa es mayor al ver que se dirigen directos a nosotros. Van todos, incluido el simpático. La expresión de mi compañero deja claro su desconcierto, es la primera vez que los vemos entrar en el bar de Juan, solo lo hicieron el primer lunes que llegaron, desde entonces, nadie sabe dónde desayunan.

Llegan al tiempo que la camarera sirve nuestros bocadillos, los miran con caras extrañas al ver el tamaño.

—¿Podemos? —pregunta con su habitual sonrisa Piero sentándose a mi lado.

No puedo evitar soltar la pulla—. ¿Os habéis perdido?

El simpático farfulla algo tan bajo, que soy incapaz de interceptarlo. No me escondo en mirarlo directamente a los ojos, puedo perderme eternamente observando el intenso verde de sus pupilas. Mi mente cobra vida propia, comenzando a cavilar que se sentirá si esa profunda mirada te penetra mientras te hace el amor, un intenso calor se adueña de mi cuerpo.

—¿Andrea? —Un leve toque de Piero en el brazo, me hace volver a la realidad.

—¿Qué decías? —pregunto mirándolo—. Estaba pensando cosas de trabajo.

Roberto tiene que toser para disimular la risa, es lo malo de empezar a conocernos tanto, sabe que menos en trabajo, estoy pensando en todo. Le doy un puntapié bajo la mesa para que se controle.

Piero nos observa, pero prosigue con lo que estaba intentando decirme, ignorando nuestro infantil comportamiento—. Te decía que el próximo sábado vamos a dar una fiesta en casa, que estáis invitados.

Para nada esperaba una invitación, cada vez que intentamos quedar con ellos un fin de semana, siempre objetan que viajan a su país. Por ello, me sorprende saber que el siguiente, estarán en la capital—. Supongo que sí, aunque es pronto para asegurarlo. Lo más probable es que me marche a mi tierra…

—¿Qué dices, loca? Contar con los tres —suelta de repente Roberto interrumpiéndome—. Las fiestas privadas italianas tienen buena fama. —Lo fulmino con la mirada, él se encoge de hombros como diciendo «dame las gracias más tarde».

Nos anota la dirección en una servilleta y se dispone a relatarnos cómo funcionan las fiestas privadas en su país, la verdad sea dicha, tienen buena pinta, los italianos saben cómo organizar eventos. Siendo consciente de que tengo presente al dueño del móvil lo saco del bolso, sin esconderlo en ningún momento, le envió un mensaje, con suerte puedo salir de dudas esta misma mañana.

Andrea: ¿Un gran día?

No hay suerte, ninguno de los seis hace un gesto que lo delate y tampoco suena el bip de un mensaje. Deduzco que lo llevará en silencio.

Nueve horas después me veo liberada de la oficina, cómodamente vestida me acoplo en el sofá del salón dispuesta a disfrutar de una buena película, el sonido de un mensaje en mi nuevo móvil me hace sin querer sonreír.

morenodeojosverdes: Sí, siempre que vea esos ojos, es un gran día.

Andrea: ¿Nueve horas son suficientes?

morenodeojosverdes: No, y menos cuando se trata de ti.

Andrea: ¿Quieres más? Mira que puedo llegar a desesperar hasta el más santo.

morenodeojosverdes: Dudo que me canse de ti, sobre todo si te tengo desnuda bajo mis sábanas.

Al leer el mensaje vuelve hacer acto de presencia un intenso calor.

Andrea: Ves muchas películas de ficción, te recomiendo que cambies de género.

morenodeojosverdes: La única película que me interesa es la que creemos nosotros.

Confirmada la regla, el italiano es un excelente seductor, no puedo negarle esa parte. Con sus mensajes está creando la necesidad imperiosa de ponerle cara, más bien, de salir de dudas y descartar cuatro rostros. Con una estúpida sonrisa en el rostro me marcho a dormir pasada la medianoche.

La semana transcurre con celeridad, no tengo oportunidad de hablar con Mariola hasta jueves noche que regresa de su viaje. Por su cara de derrota sé que no ha sido tan amena como la mía, sin pedir permiso me acomodo a su lado en el sofá disfrutando de su grata compañía, antes de marcharse a dormir me ruega que no la deje sola, no dudo un instante en instalarme con ella.

11

Tony estaba enseñándole a la señora Ramírez un tresillo de madera tallada lacada en dorado y tapicería con motivos florales en blanco, finalizada con tachuelas doradas simulando el típico mueble del siglo XVIII, una preciosidad que escaseaba en las tiendas funcionales de muebles, cuando escuchó el particular tintineo de la campañilla de metal que colgaba en la puerta.

Excusándose con la adinerada clienta, se dispuso a saludar a su cliente número diez de la mañana, su sorpresa fue encontrase de pie temblando a su hermana Alba. Intentó dirigirla hasta la trastienda, donde pudiesen gozar de privacidad, pero la rigidez de ella se lo impidió. Empezaba a asustarle el estado en que se hallaba su querida hermana menor. Con cierto esfuerzo consiguió que prosiguiera sus pasos hasta la trastienda, donde la ubicó en uno de los carcomidos sillones. Con paso apresurado regresó junto a la señora Ramírez, ultimando los detalles de entrega de la mercancía recién adquirida, con su simpatía habitual se deshizo de la clienta sin que ella notara que estaba siendo sacada a rastras de la tienda.

Se aseguró de cerrar con llave y colocar el cartel «regreso enseguida» en el cristal de la entrada, avisando así a futuros clientes que el local permanecería cerrado durante una franja de tiempo. Antes de regresar junto a su hermana, cogió del cajón que había bajo la caja registradora, el paquete de tabaco para emergencias, suponía que la conversación iba para largo, mejor estar preparado.

De la pequeña nevera sacó un refresco sirviéndolo en dos vasos, posando uno frente a Alba, que seguía con la mirada pérdida. Abrió la minúscula ventana para airear el humo del tabaco.

—Alba, cariño. ¿Qué sucede? Me estás asustando —preguntó de forma sosegada entregándole un cigarrillo encendido.

Alba con un movimiento mecánico aceptó el ofrecimiento de su hermano, llevándose el cigarro a la boca dio una larga calada, expulsando pausadamente el humo de los pulmones.

Tony inquieto por su pasividad volvió a la carga —. Por favor, Alba. Dime qué pasa. —De nuevo obtuvo silencio—. ¿Les ha pasado algo a papá o mamá?

Por fin, después de varios minutos de ausencia, Alba miró a su hermano y las lágrimas comenzaron a descender por sus morenas mejillas.

Tony cada vez más alarmado se levantó saliendo de la sala corriendo, su móvil lo dejo en el mostrador, la urgente necesidad de

llamar a sus padres lo hizo actuar de forma impulsiva. Tornó de nuevo junto a su hermana, la cual, el llanto descontrolado se había adueñado de ella.

Abrazó su pequeño cuerpo, acunándola contra el suyo susurrándole palabras de ánimo, necesitaba saber que estaba sucediendo, desde que la vio un nudo se le instaló en la boca del estómago retorciéndolo cada vez más.

—Alba —susurró dulcemente—. Deja de llorar y cuéntame qué pasa.

Su hermana clavo su verde mirada en la suya—. Mafia… —balbuceó entre sollozos—. Pertenece a la mafia.

Perplejo por las incoherencias que decía su hermana, se hizo acopio de toda su paciencia para averiguar que intentaba decirle—. Cariño, ¿qué dices de mafia? —Silencio—. ¡Alba, por Dios! ¿Quieres hablar de una vez? —explotó sin poder remediarlo—. ¿Quieres decirme qué pasa?

Alba parpadeó un par de veces saliendo de su aturdimiento centrando la mirada en su hermano—. Tony, no te lo vas a creer —comenzó a decir temblándole la barbilla—. He visto a Ramón, el compañero de Álvaro, nos hemos puesto hablar y al final me ha contado algo de lo que no doy crédito.

—Si te dignarás de una vez a decirme que está pasando, lo mismo, no muero hoy de un infarto de corazón —comentó de forma brusca su hermano—. Llevo diez minutos intentado averiguar qué te ocurre para que estés así y ahora resulta que solo se trata de una conversación con el mentiroso de Ramón.

Sin más demora, Alba le relató la conversación mantenida con el hombre. Su confusión cuando él le aseguró que su hermana mayor, Andrea, pertenecía al mundo de la mafia más de dos años. Que trabajaba para la familia más poderosa y peligrosa de toda Italia y que su cometido no era otro que ser la infiltrada de ellos, más una serie de apelativos, los cuales, no deseaba recordar.

Tony intentaba salir de su estupor, ¿cómo era posible que su hermana pequeña fuese tan inocente para creerse esas sandeces? Se levantó en dirección a la nevera, observó su interior aunque sabía perfectamente que había dentro, pero necesitaba calmarse para no gritarle cuatro cosas a su ingenua hermana.

Algo más sosegado tomó asiento de nuevo frente a ella—. A ver si lo entiendo, Alba —comenzó a decir procurando no alzar la voz —. Intentas decirme que has creído a Ramón y toda la basura que te ha contado.

—¿Por qué iba a mentir? —inquirió ella.

—¡Por todos los santos, Alba! ¿Por qué es el amigo íntimo de Álvaro? ¿Te parece poco? —perdió las formas sin quererlo—. Ese

sinvergüenza es capaz de decir cualquier cosa en contar que no pensemos mal de su amigo.

—¿Y si tiene razón? ¿Y si es verdad que Andrea pertenece a la mafia y no se lo ha inventado?

Tony sopesó la idea, siendo sincero consigo mismo, sabía que su hermana mayor les ocultaba algo, aunque no había descubierto el qué—. Sus motivos tendrá. —Al ver la intensa mirada que le dedicaba Alba habló—. Ni se te ocurra decirle esto a papá y mamá, sigo pensando que son habladurías de Ramón, nada más. Así que dejemos el tema pasar.

Invitó a su hermana a abandonar el local, con el pretexto que debía seguir trabajando, le repitió antes de que se marchara que no hablara de eso con nadie. Al asegurarse de que Alba ya estaba lejos del establecimiento, dio por finalizada su jornada laboral, cerró la tienda hasta el día siguiente, era urgente hacer una visita para salir de una vez de dudas. Lo que escuchó no le gustó, pero lo aceptó.

12

Sábado abro los ojos relativamente temprano, la sesión de películas que nos dimos Roberto, Mariola y yo finalizó sobre la medianoche. Después de ver media saga de Fast And Furious nos despedimos prometiendo finalizar la sesión otro día.

Me deshago de las sabanas con energías renovadas, llevar semanas sin malas noticias está consiguiendo subirme el ánimo, llegando a pensar que finalmente todo saldrá bien, que por fin tendré escapatoria. Me enfundo en ropa deportiva, el cielo despejado invita a salir a correr unos kilómetros y pienso disfrutar los rayos de sol mientras suelto algo de estrés acumulado.

Conecto el iPod antes de abandonar el cuarto, las guitarras de Metallica suenan en todo su esplendor. Bailando al compás de la música camino hasta la cocina, necesito tomar algo sólido antes de comenzar la carrera, después no deseo sustos como las últimas veces. Sentada a la mesa, saboreo una pieza de fruta junto a mi correspondiente zumo, la rubia cabellera de Roberto asoma por la puerta.

—Buenos días, guapa —saluda con su habitual sonrisa.

—Hola, guapo. ¿Qué haces tan pronto levantado? —consulto la hora, son las nueve y media pasadas.

Se entretiene en prepararse su café matutino, no es persona sin él—. He quedado —Se limita a decir.

Lo miro sin comprender, lo normal es que suelte de golpe toda la información, mantener la incertidumbre de con quién queda es raro viniendo de él.

—Y tú, ¿dónde vas con esa indumentaria? —señala mi ropa de deporte.

Encojo los hombros antes de responderle—. Necesito estirar los músculos. Llevo días sin hacer deporte —deposito los restos del desayuno en la papelera y coloco el vaso en el fregadero—. Me marcho o al final no hago nada.

Roberto recoge sus restos, igual que yo—. ¿Dónde te diriges?

—El Retiro.

—Te acompaño. —Se hace con su chaqueta de piel entallada antes de marchar de casa. En el ascensor comienza a explicarse—. Si te cuento un secreto, ¿seguirá siendo secreto?

Lo miro de soslayo—. Claro, tonto. ¿Cuándo he dicho algo que me confiesas?

—He quedado con Valentino. —Una sonrisa aparece en su

rostro, me gusta verlo feliz. Conozco su trágica historia y por una vez merece ser feliz—. ¿No vas a decir nada?

La carcajada que me sale de la garganta es liberadora—. Que vaya par de tontos estamos hechos.

No puede quitarme la razón, ambos hemos caído en el embrujo de los italianos, sus verdes miradas son cautivadoras.

Poco a poco va sincerándose conmigo, como comenzó el acercamiento entre ellos. El miedo de Valentino de que el resto de sus compañeros se enteren de su condición sexual, tantos años trabajando con ellos y aún lo ignoran. Lo ilusionado que se encuentra con esta nueva etapa de su vida, hasta las disculpas de que su relación de amistad no funcionase con Tony.

—Ni conmigo ni con él, tienes que disculparte —digo con total sinceridad. Conozco a mi hermano y él mismo dijo que si de entrada no había química entre dos personas intentar algo más es una pérdida de tiempo—. Tony lo entenderá.

Me interroga respecto a mis sentimientos por el italiano, el mismo que después de meses ni se percató de mi presencia. Le confieso que deseo sea él el de los mensajes, pero sé que es imposible, demuestra ser demasiado estirado para comportarse de tal forma. Tan enfrascados vamos, que no me percato de la morena que se acerca a nosotros, de verla, la habría esquivado.

—¿Andrea? —pregunta con sorpresa en la voz mientras me envuelve en un abrazo—. ¡Por Dios, cuánto tiempo sin tener noticias tuyas!

Miro a Roberto intentando transmitirle con la mirada que no la conozco de nada, aunque sé perfectamente de quien se trata—. Lo siento, creo que te equivocas de persona —digo lo más creíble posible.

Sonia me mira sin entender—. Andrea, soy Sonia. La modelo que trabajaba en tus fiestas de Madrid. ¿No te acuerdas de mí? —Al ver que no reacciono ni para bien ni para mal, prosigue explicándose—. Mujer, hace tiempo que no tengo noticias tuyas, pero de ahí a olvidarte de mí con la de veces que hemos coincidido.

Doy unos pasos atrás dejando claro mis palabras—. De verdad, te confundes de persona. Nunca organicé fiestas en Madrid.

Sonia nos escudriña a los dos—. Siento la efusividad. Te pareces tanto a ella, que creí que eras tú. Perdón por las molestias. —Su tono de voz me deja claro que no se lo cree. Que sigue pensando que soy yo y tiene razón.

Agarro de forma suave a Roberto del brazo, incitándole a proseguir nuestro camino. Tropezarme con Sonia en mitad de la ciudad es un contratiempo, al cual debo ponerle remido rápidamente. Si la chica va con el cuento a Sánchez, mi tapadera

quedará al descubierto.

—¿Cuándo has organizado fiestas en la capital? —indaga Roberto sin dejar de mirarme.

—Nunca —respondo escuetamente—. Se confundió de Andrea.

No tengo que seguir mintiendo, al llegar a la altura de la Puerta de Alcalá, un moreno de ojos verdes nos mira asustado. Valentino no imaginaba que su secreto ya no lo es tanto. Tras saludarlo con un par de inocentes besos y asegurarle mil veces que no se preocupe que nadie va a enterarse de nada, me despido de ambos comenzando a trotar hasta la entrada del parque.

Corro sin descansar por las calles de arena que dispone el parque. Ni el cansancio de la carrera ni la música, son suficientes alicientes para dejar atrás el torbellino de pensamientos que me colman el cerebro. Tal es mi desconcierto que no veo la pelota que cruza en el carril tropezando con ella, estoy esperando el impacto en el suelo, pero unas manos sobre la cintura desde la espalda impiden la caída. Tardo unos largos segundos en recomponerme del susto, cuando me giro para agradecérselo a mi salvador ha desaparecido de mi vista.

Con paso rápido regreso a casa, es el momento ideal de localizar a Isa para comunicarle el último contratiempo que nos surge. Oteo la casa cerciorándome que estoy sola, lo que menos deseo es que Mariola se percate de mi desconfianza.

Accedo a mi cuarto buscando el teléfono ubicado sobre la mesilla de noche, mientras marco el número de mi amiga me dirijo a la cocina, necesito un vaso de agua.

—Hola, guapa. ¿Cómo estás? —pregunta alegremente mi amiga.

Trago el agua antes de responder—. Tenemos un problema —contesto de forma sosegada.

—¿Qué ocurre? —Por su tono de voz sé que se pone nerviosa.

—¿Recuerdas a Sonia, la azafata que contratamos para las fiestas de Madrid?

—Como para olvidarme de ella, todavía sigue llamando —responde. Supongo que ninguna de las dos la olvidaremos nunca. La primera vez que vio a Sánchez quedo encaprichada de él, nosotras dos, nunca llegamos a entenderlo, Sánchez es de todo menos apuesto—. ¿Qué pasa con la mosquita muerta?

Suspiro antes de responderle, las cosas van a ponerse feas a partir de este momento—. Me la tropecé en mitad de la ciudad. Me reconoció.

Silencio, hay un silencio doloroso por parte de mi amiga—. Bien, nos queda poco tiempo —comienza a decir al tiempo que se pone en marcha, a través de la línea escucho sus firmes pasos—. Sin levantar sospechas, comienza a recoger y organizar todo. No sé el

tiempo que tendremos antes de que Sánchez crea su versión.

—No te preocupes, Isa. Sé cómo está el panorama a partir de hoy —dirijo mis pasos al cuarto. Cerrando la puerta, abro el armario, tras sacar unas cuantas cajas localizo lo que busco—. Habla con Pedro, que le ponga varios señuelos, con suerte ganaremos un par de meses antes de que llegue a mí. —Antes de despedirme de mi amiga y colgar solicito —. Reúne al equipo. Te paso un correo electrónico con las indicaciones, que se instalen cerca de Sánchez pero sin ser vistos. Bueno, ellos saben hacer bien su trabajo.

—Lo que ordenes. —No le queda más remedio que aceptar, sabe que nosotras solas no podremos enfrentarnos a lo que se nos viene encima, los necesitábamos a ellos—. Hoy, lo dejo todo listo.

Cierro la puerta del armario, introduciendo en el bolso lo que recupero del doble fondo—. Estamos en contacto. Tened cuidado.

—Lo mismo digo. —Es su despedida.

Me desnudo antes de llegar al baño, necesito una ducha para aplacar los nervios. Tantos meses evitando el encuentro, intentando no ser cazada pero por un tonto error todo puede irse al traste. Al trasladarme a Madrid, no contemplé la idea de tropezarme a Sonia, este error puede costarme la vida, estoy segura.

Los chorros calientes no hacen su trabajo, al finalizar la ducha estoy igual de inquieta. El tiempo corre en mi contra y debo idear algo a mi favor. La fiesta en casa de mis compañeros romanos me da cierta esperanza, si consigo hablar a solas con Piero, puedo ponerlo al día, sé que no es el jefe pero por lo que observo es su mano derecha, con suerte los pondré de mi parte. Si no acepta, esta misma noche seré pasto de los leones.

Con esa determinación comienzo a vestirme, al poco tiempo suena el iPhone avisando de un nuevo mensaje. Lo dejo estar hasta terminar de vestirme, con el móvil y el tabaco en mano salgo a la terraza, deposito ambas cosas en la mesa, antes de responderle a mi italiano anónimo necesito tomar un tentempié, estoy famélica. De regreso a la terraza, tomo el teléfono entre las manos.

morenodeojosverdes: ¿Has pensado ya con qué ropa vas a sorprenderme esta noche?

Sonrío al leerlo, empieza a caerme bien el italiano. Para hacerlo sufrir un poco, me propongo jugar con él.

Andrea: Lo siento, finalmente, me será imposible asistir a la fiesta.

morenodeojosverdes: ¿Ocurre algo? ¿Te encuentras bien?

Andrea: Sí, no te preocupes. Solo que al final decidí irme a mi tierra a visitar a la familia.

morenodeojosverdes: Si tú no vienes, se cancela la fiesta.

Para nada espero su reacción de preocupación y menos que me diga de cancelar la fiesta si no asisto.

Andrea: ¿Por qué no asista la vas a cancelar?

morenodeojosverdes: Estaba organizada para ti, si no asiste la invitada de honor, ¿qué sentido tiene hacerla?

Me atraganto con la cerveza, nunca se me pasó por la cabeza esa idea, que la fiesta es una excusa para estar cerca de mí. Aunque pensándolo fríamente, también puede estar jugando conmigo, intento salir de dudas.

Andrea: ¡Qué exagerado eres! Tampoco será para tanto.

morenodeojosverdes: Ponme a prueba. Te sorprenderás de lo que soy capaz de hacer.

Bien, parece ser que no es un farol, que lo está diciendo en serio. Cambio de táctica, ahora me pica el gusanillo y deseo asistir al evento.

Andrea: Míralo de otro modo. Aunque yo no asista, puedes conocer al resto de compañeras, lo mismo hasta encuentras alguien más interesante.

morenodeojosverdes: Solo me interesas tú.

Andrea: …

morenodeojosverdes: ¿Cuándo te marchaste de Madrid?

Andrea: Ayer tarde.

morenodeojosverdes: Mmm… Qué raro.

Andrea: Qué raro, ¿qué?

morenodeojosverdes: Cómo es posible que te fueses ayer, si esta mañana evité que cayeras mientras corrías. ¿Me lo explicas, por favor?

Andrea: ¿Eras tú?

morenodeojosverdes: El mismo. Debes llevar más cuidado cuando corres, si no llego a estar… No quiero pensar lo que te hubiese pasado.

Andrea: ¿Y por qué no te has quedado para darte las gracias?

Pasan varios minutos y no obtengo respuesta. No quiero dejarme seducir por alguien que se esconde tras un móvil, que después de una semana hablando con él por WhatsApp cada vez que le pido que me diga su nombre se desconecta. Empiezo a estar harta de no saber quién de ellos es. Gasto mi último cartucho, lo mismo hasta funciona.

Andrea: ¿Por qué no me dices de una vez cuál de los italianos eres?

morenodeojosverdes: ¿Por qué estás tan segura de que soy italiano?

Andrea: Intuición femenina. Hagamos un trato.

morenodeojosverdes: ¿Cuál?

Andrea: Muéstrate esta noche.

13

Pretende algo sencillo, que me muestre. Llevamos una semana intercambiando mensajes, soy consciente que antes o después va a suceder, pero tampoco deseo perder el morbo antes de tiempo. Me comporto como un cobarde al no responderle. Ni yo mismo sé que quiero de ella, mi planteamiento inicial era que solo fuese un pasatiempo, pero conforme pasan los días descubro los sentimientos que van aflorando en mí y ni la besé. Miedo me da dar ese paso, si la conexión es tal como espero, va a ser imposible apartarme de mi compañera.

Para dejar de pensar en Andrea me encierro en el despacho. Si me paso la mañana y parte de la tarde trabajando, con suerte saldrá de mi cabeza unas horas. Vuelvo a repasar toda la información que dispongo del caso de España, por más vueltas que le doy, no entiendo porque la documentación que le robaron a Santiago nos implica a nosotros. En ese aspecto somos muy cuidadosos todos los miembros de la familia, y jamás se nos vinculará con ningún enlace nuestro, hace años que las cosas se hacen así.

La puerta se abre apareciendo Piero, se está despidiendo de alguien mientras toma asiento frente a mí.

—Santiago —dice mostrándome el móvil.

Levanto la vista de los papeles que tapan la mesa—. Por fin tenemos noticias suyas. —No quiero sonar tan brusco, Piero no tiene culpa de nada. Pero es escuchar su nombre y crisparme los nervios—. ¿Para qué llama? —comento más suavemente.

Lejos de cabrearse, sonríe—. Dice que está barajando cuatro nombres, que sin duda alguna, es una de ellas quien tiene lo que anda buscando.

Alzo una ceja con incertidumbre—. ¿Una de ellas?

—Sí, es una mujer. Dice que esta vez no hay error —comenta también sorprendido por la noticia—. Aquí por lo visto, no protegen a sus mujeres como nosotros y dejan que se involucren en los negocios.

Qué razón lleva, en Italia ninguna mujer se implica en los negocios. Solo hay dos formas para que se hagan cargo del negocio; una, que el marido esté en la cárcel; la otra, que esté muerto. De lo contrario, son protegidas por todos y cada uno de los hombres de la familia. Ellas, es nuestro más preciado bien. Sin ellas, la unidad de la familia se trastoca.

—Esperemos que esta vez esté en lo cierto y no ocurra lo de la

última vez —comento incorporándome, es mediodía y mi estómago reclama algo de comer y una cerveza bien fría—. Si falla, quien pagará los platos rotos será él, diga lo que diga mi padre.

Abandonamos la estancia en la misma dirección, la cocina. Tras servirnos la rica comida que el servicio deja preparada, nos acomodamos uno frente a otro.

—Hay algo que no entiendo —empiezo a decir al tiempo que me sirvo un poco de ensalada—. He revisado todo lo que traje de Roma unas mil veces, nada de lo que le robaran a Santiago puede vincularnos a nosotros.

Piero deja el tenedor a medio camino, creo que ninguno de mis acompañantes pensaron en eso hasta el momento—. ¿Estás seguro?

Tardo el tiempo justo de tragar en responder—. Sí. En ninguna entrega aparece nuestro nombre, tampoco nuestras empresas. Es imposible que lleguen hasta nosotros, no entiendo cómo se le pasó eso por alto a mi padre.

—Entonces, si lo que le quitaron no nos vincula, ¿por qué insiste tanto en que sí?

Esa es la cuestión que aún no descifré pero que tengo intención de hacer—. No lo sé. De lo que si estoy seguro, es que nos esconde algo. —No tengo duda alguna, Santiago nos está mintiendo en la cara. Una idea viene a mi mente en cuestión de segundos—. No digo que la información que desapareció no sea importante y ponga en riesgo el negocio, solo opino que es a él a quien le afecta directamente y por ende a nosotros indirectamente. —Nos quedamos pensativos ambos.

—Lleva muchos años trabajando para la familia —empieza a decir Piero—. ¿Crees que será capaz de traicionarnos?

Estoy acostumbrado a ver de todo en este negocio, así que sí, es posible que sea capaz de hacer tal cosa. El mundo en el que nos movemos, si tienes los contactos indicados puedes ganar grandes sumas de dinero sin despeinarte.

Cambio el tercio de la conversación, es sábado y hay otro asunto que me trae de cabeza—. ¿A qué hora viene la gente del catering?

La sonrisa de Piero tarda poco en aparecerle en el rostro—. Me confirmaron que a las ocho estarían aquí. ¿Qué celebramos para organizar la fiesta? Que yo sepa, no te interesa conocer a ninguno de los trabajadores de esta sucursal.

Encojo los hombros—. Nunca está de más conocer al personal que trabaja para ti.

—Ve con el cuento a otro —comenta riendo a carcajadas, vuelve a hablar cuando se recompone—. Ahora la verdad.

Lo malo de llevar tantos juntos, es que nos conocemos bastante bien, puedo engañar a los otros, pero con Piero es misión imposible

—. Quiero estar cerca de ella.

—Con quedar con ella y Roberto para cenar, bastaba. —Se queja—. Con tu fantástica idea, ahora nos toca soportar a las demás.

Lo miro directamente—. Amigo, que yo también te conozco —digo sin dejar de mirarlo—. Tú tampoco le quitas ojo a Mariola. Yo también observo, no solo tú.

Se atraganta con el trago de cerveza—. Mis intereses, aunque no lo creas, son otros. —Se seca con la servilleta—. Aunque reconozco que no me importaría pasar una noche con ella.

Las horas se niegan a pasar, aunque intento mantenerme ocupado hasta la hora de la fiesta cada poco miro el reloj, desesperándome al ver las horas que faltan para tenerla en mi terreno. No tengo ni idea de cómo voy a actuar, de lo que sí estoy seguro es que va a tener toda mi atención.

Frente al armario con la toalla enrollada entorno a la cintura, tengo por primera vez un dilema a la hora de vestirme, jamás antes me ocurrió. Los trajes de corte italiano cuelgan de sus perchas, alargo la mano para hacerme con uno de ellos, cuando recuerdo su estilo de ropa, por regla general, viste de manera informal.

Me decanto por vaqueros desgastados, camisa blanca y deportivas, la americana negra le otorga al conjunto un toque más clásico. Frente al espejo, intento sin resultado dominar mi revoltoso pelo, lo dejo estar.

Sentado al filo de la cama intento serenarme, hace años que una mujer no me pone tan nervioso y la española lo está consiguiendo como ninguna otra. Que responda a los mensajes, no me asegura que esté interesada en algo más que una simple relación de amistad y mis miedos según avanza el reloj van en aumento. Intento tranquilizarme antes de hacer acto de presencia en el salón, donde seguro ya están todos mis hombres esperando la llegada de los invitados.

Unos suaves toques en la puerta me advierten que es la hora—. Los invitados están llegando —anuncia la voz de Valentino tras la madera.

—Enseguida salgo. —Mi voz suena serena aunque por dentro un torbellino de nervios se apodera de mí.

Lentamente me incorporo del improvisado asiento. Recorro varias veces la habitación, es necesario que calme mi ansiedad antes de abandonar la zona segura. Quince minutos después la música y las voces de la gente son suficientes para dejar de comportarme como un cobarde. Con paso decidido abandono el cuarto en dirección al gran salón, me quedo helado al ver lo que mi idea aglutina en el ático.

Si el primer día que aparecimos por la oficina, todos tuvimos la

sensación de estar en una jungla llena de lobas, esta noche la cosa empeora. Mientras que los hombres van informalmente vestidos, como nosotros; ellas, todo lo contrario. Han desempolvado de sus armarios sus mejores galas. Lo sorprendente, es que cada una de las féminas aquí congregadas usan el mismo estilo de vestido; negro, ajustado y fabricados con el menor tejido posible.

Piero que se halla en la otra punta del salón, sonríe al ver mi cara de estupor. ¿Qué locura cometo invitando a toda esa gente a casa? La noche vaticina que va a ser muy larga. Antes de descender los tres escalones que me separan del resto, oteo la estancia buscando a la única persona que me importa que esté presente. Mi decepción es mayor al comprobar que no ha llegado, ni ella ni sus dos compañeros.

Treinta minutos después consigo atravesar el salón, saturado de saludar a todas y cada una de las mujeres que trabajan en la sucursal. Antes de que el camarero desaparezca de mi vista me hago con una copa de champán, el líquido no es mi bebida preferida, pero a falta de cerveza, el alcohol servirá para aplacar los nervios.

—Te noto alterado —comenta Piero sin dejar de reír.

Lo miro de soslayo intentado no mandarlo más allá—. Empiezo a pensar que no fue una gran idea la mía —digo ignorando las miradas que nos están comiendo.

—No sé de qué te extrañas —comenta haciéndose con una copa del líquido dorado—. Tienes carmín en la cara. —Su risa se amplía más y mi cabreo también.

Cojo una servilleta que me tiende uno de los camareros e intento quitarme la pintura de la mejilla con cierta brusquedad—. Como odio el maquillaje, con lo guapas que son al natural. No entiendo por qué estropearse con estos potingues.

—Amigo, reconoce que las hace más bellas. —Me corrige Piero —. Si se aplican la cantidad justa, las hacen más sensuales.

—Lo que tú digas. —No deseo entrar en una batalla verbal de quien tiene razón respecto al maquillaje.

Soy de las personas que respeta los gustos de los demás, pero también me gusta que consideren los míos y no son exagerados, me gustan las mujeres naturales, de artificiales ya estoy rodeado diariamente.

—¿La has visto? —deseo saber. Por instrucciones mías, él es el encargado de recibir a los invitados, quien mejor que él para saber si está presente en la sala o no.

Desvía la mirada antes de responderme, su gesto confirma mis sospechas—. No, todavía no han llegado.

—Es casi medianoche, no creo que aparezca a estas horas —acepto la derrota de mala gana. Es la primera vez que no consigo mi

propósito.

Andrea no es como ninguna otra mujer que conozca. Un simple regalo no es suficiente para llamar su atención, tendré que esforzarme más para conseguirla o aceptar de una vez que no estamos destinados.

—Enrico —escucho a Piero llamarme, lo ignoro.

Atravieso el atestado salón hasta la escalinata que lleva a los dormitorios, zona prohibida para los invitados, dos guardias de seguridad se encargan de ello. Un murmuro general frena mi camino a mitad del pasillo, vuelvo la cabeza para ver qué es lo que llama la atención de la gente, para cuchichear de forma tan escandalosa. Parada en el zaguán de entrada, se halla la persona que me roba el sueño y el sentido los últimos meses. No puedo más que observarla desde la lejanía, mi cuerpo se niega a reaccionar, me quedo allí plantado en mitad del pasillo mirándola como un bobo.

Viste chaqueta entallada de piel color camel, que se adaptaba a su cintura. Sus vaqueros rotos dejan entrever sus firmes piernas y una sedosa piel. Un colgante negro trenzado acaricia su bonito cuello. Aunque lo más impresionante es ver el tatuaje en su omóplato izquierdo, unas finas ramas forman un árbol de la vida. Acabo de comprobar que tenemos el mismo gusto a la hora de adornar nuestros cuerpos. Mi mente comienza a cavilar intentando descubrir si posee alguno más.

Antes de girarme para regresar a mi cuarto donde tengo intención de encerrarme, nuestras miradas se cruzan un breve pero intenso instante. ¡Dios, como me pone esa mirada! Turbado comienzo alejarme del cuerpo del pecado.

14

Quedo impresionada cuando nos abren la puerta, lo que mis ojos ven es como sacado de las mejores revistas de diseño. Piero tiene que saludarme dos veces para que le preste atención, porque me es imposible despegar la vista de la decoración de la estancia.

El suelo de madera natural combina a la perfección con los muebles negros de líneas rectas. En el centro de la estancia, tres sillones de respaldo bajo de piel blanca, forman una u. Frente a ellos, hay una mesa de cristal tallada que la sujeta una pata con forma de libro. Es impresionante ver lo bien esculpida que está, puedes diferenciar perfectamente las tapas del libro y sus correspondientes hojas. Al fondo de la sala, se halla una mesa para diez comensales; el cristal pulido de un tono rojizo resalta de las patas que forman la palabra Nueva York en acero. Está rodeada de diez sillas de respaldo alto con una piel tan blanca que encandila. Repartidos por el resto de la estancia, encuentras varios sillones individuales de piel roja de respaldo bajo, con el adorno de un tubo redondo de metal. Sobre las paredes no hay cuadros, el único decorado es una chimenea eléctrica y sobre esta, una televisión plana de cincuenta pulgadas.

Estoy visualizando todo cuando alguien llama mi atención, el hombre de mis sueños, más guapo que nunca. Su atuendo informal y el pelo revuelto le dan el aspecto de chico malo que consigue que cualquier mujer babee por él. Nuestras miradas se encuentran en la lejanía y puedo sentir la intensidad de su mirada verde recorriendo mi cuerpo. Mi decepción es tremenda al comprobar cómo se aleja de la fiesta. Está claro que jamás podré interesarle a un hombre como él.

—Te lo estás comiendo con la mirada. —Me susurra Roberto junto al oído para que nadie más lo escuche.

Me giro para encararlo, observando los hoyuelos que se le forman cuando sonríe con sinceridad—. No sé de qué hablas.

—Sí lo sabes, pero no quieres admitirlo —responde mirando cómo se marcha de la estancia el hombre que provoca la conversación.

Encojo los hombros en señal de desinterés—. Da igual, no tengo nada que hacer.

Con suavidad me alza la barbilla para que nuestras miradas se encuentren—. ¿Se puede saber por qué dices esa tontería? También he visto como él te devora con la mirada.

—No digas bobadas, Roberto —intento zafarme de su agarre, no lo consigo.

Al ver que nos observan nos dirige a la terraza, donde supone que tendremos intimidad. Nos acomodamos en las sillas que hay en el lateral más alejado del otro acceso. Saco un cigarro encendiéndolo al instante, Roberto desaparece de la terraza dejándome sola, al poco regresa con dos cervezas frías.

—Gracias —digo aceptando el botellín que me ofrece.

Se sienta junto a mí—. ¿No creerás que vamos a estar aquí de cháchara pasando frío sin nada que beber?

—Bonitas vistas —digo mirando la silueta del Santiago Bernabéu —. Casi puede verse el césped desde aquí.

Roberto lo observa con recelo, no es la primera vez que lo arrastro al interior del estadio o a un bar cercano para ver un partido del Real Madrid. Aunque él odia el futbol me acompaña por complacerme, cosa que le agradezco.

—¿Dónde esta Mariola? —quiero saber.

—Entretenida con Piero —indica con el botellín el interior de la sala, donde puedo ver a mi amiga riendo de las cosas que le dice el italiano.

—¿Y Valentino?

Roberto no puede más que reírse—. Por ahí dentro —comenta, al ver que voy a formular otra pregunta me detiene—. Deja de preguntar tonterías, no te escapas de la conversación.

Por mucho que lo intente mi amigo no va a ceder, aunque no estoy dispuesta a ponérselo fácil—. ¿Te das cuenta de que siempre van en parejas?

—¡Por Dios, que cansina eres cuando quieres! Como se nota que eludes el tema —da un trago a la cerveza—. Sí, me he fijado. Valentino y Enrico; Marcello y Salvatore; Fabio y Piero. ¿Podemos ir ya al grano?

Asiento, podemos estar así toda la noche que al final Roberto se saldrá con la suya. Lo miro recordando las largas conversaciones que cada noche mantenemos antes de quedarnos durmiendo. Desde que tuvo que consolarme tras una pesadilla se instaló en mi habitación por las noches. En parte le agradezco el gesto, hay días que solo consigo dormirme abrazada a él.

—¿Qué quieres saber que no sepas ya?

Me da un golpecito en el muslo cariñosamente—. Quiero que me expliques lo que has dicho dentro. ¿Por qué piensas que no tienes nada que hacer con él? A mí no me engañas. Sé que ruegas que sea él el dueño de los mensajes.

Bebo lentamente analizando las palabras a decir—. Sí, es verdad. No sé qué tiene Enrico que me atrae como un imán, imagino que

será su punto de locura o su simpática —bromeo consiguiendo arrancarle una carcajada a Roberto. El italiano no es ninguna de las dos cosas—. Bromas a parte. Ya sabes que desde el primer día fantaseo con él, pero es imposible que ambos podamos tener algo, las circunstancias nos lo impiden.

Roberto no entiende a que me refiero—. Vaya tontería acabas de decir. ¿Las circunstancias son que en vez de saludar se ha marchado al interior de la vivienda? Hija, quién sabe, lo mismo tiene una urgencia.

No entiendo bien su última frase, tampoco estoy dispuesta a salir de dudas—. No tiene nada que ver con eso, Roberto. Tengo razones de peso para saber que lo nuestro, por breve que sea, es una locura. No somos las personas indicadas para estar juntas.

—¿Sabes lo que pienso? Que me ocultas algo. No creo que solo te marcharás de Murcia por una ruptura sentimental, pasó algo más grave que te niegas a contar. —Se incorpora de la silla—. Los amigos confían y se cuentan las cosas.

Me incorporo rápidamente deteniendo su marcha agarrándolo del brazo—. A veces, los amigos deben ocultar cosas para proteger a los que quieren. Eso no significa que no confíen en ellos.

Su cara es un poema—. Andrea, podré soportarlo. ¿Te recuerdo que mi vida no fue un camino de rosas? —asiento, conozco su triste historia—. Sé que conoces a los italianos, por lo menos a dos de ellos. También a la chica que nos paró esta mañana en la calle. No se confundió de persona, fuiste tú quien le hizo creer eso.

—No es sitio para hablar de esto —acepta mi propuesta—. Te prometo que hablaremos, aunque no prometo contarlo todo.

—Bueno, algo es algo.

Nos fundimos en un abrazo. Me siento mal por no advertirle quién es Valentino, pero lo veo tan ilusionado que soy incapaz de robarle la felicidad que se merece. Me digo a mí misma que no llegará a mayores la relación, que solo es un pasatiempo para ambos.

Animo a Roberto a que busque a su italiano, sé las ganas que tiene de verlo. Ambos, hicieron planes, marcharse de la fiesta sin ser vistos y pasar la noche juntos. No voy a ser yo quien le prohíba una noche desenfrenada. Al negarse dejarme sola en la terraza, lo acompaño al interior, en poco tiempo damos con el moreno de ojos verdes que convierte en gelatina a Roberto. Durante un largo rato, charlamos los tres, le aseguro a Valentino que el secreto está a buen recaudo.

Pongo la excusa de salir a fumar para dejarlos solos. No sin cierta dificultad, atravieso el salón donde están congregados todos los compañeros de oficina. Instalada en la baranda de la terraza

observo la ciudad a mis pies, si nuestras vistas son hermosas, estas cortan la respiración. Con la tranquilidad que me ofrece la oscuridad del sitio, analizo como contarle a Roberto parte de la historia sin desvelar lo importante, lo que menos deseo es que tenga problemas por mi culpa, si le pasa algo jamás podré perdonármelo.

—¿Nadie te ha dicho que fumar es malo? —Una voz ronca habla a mis espaldas, al girarme no puedo más que sorprenderme.

Lo miro con indiferencia aunque interiormente soy un manojo de nervios—. También lo es trabajar y nadie dice nada.

Es la primera vez que lo veo sonreír, ya podría hacerlo más a menudo porque tiene una sonrisa preciosa—. Tienes razón. En su defensa diré, que a mí me encanta mi trabajo.

—Y a mí, el mío.

Nos quedamos en silencio. La intensidad de su mirada traspasa lo más profundo de mi ser, nunca antes un hombre me miró de esa forma. Al final, aparto la mirada girándome de nuevo a observar la ciudad. Tardo poco en notar el calor que desprende su cuerpo a escasos milímetros del mío.

—¿Por qué no estás dentro con el resto? —pregunta tan cerca de mi oído que noto su cálido aliento.

Tardo un poco en responder, ni yo misma conozco la respuesta a esa pregunta. Qué decirle, que en parte la culpa es suya por no desear estar con los demás, por no mostrar cierto interés. Opto por la vía fácil.

—Dentro, no puedo matarme poco a poco. —Al ver que no entiende la ironía de la frase, le enseño el cigarro. Me arrebata de la mano mi feo vicio, apagándolo en el cenicero que hay en la mesa, en dos zancadas regresa a mi lado. Lo miro de mala gana—. Perdona, estaba fumando.

—Ya, no. —No hay arrepentimiento en su forma de actuar—. Deberías dejar ese feo vicio.

Un camarero irrumpe en la terraza, porta una bandeja repleta de copas de champán. Mi acompañante se hace con una copa ofreciéndomela.

—No, gracias. No me gusta.

Devuelve la copa a la bandeja—. ¿Deseas otro tipo de bebida?

—Una cerveza fría, estaría bien.

Otra vez su sonrisa hace acto de presencia—. Que sean dos, gracias. —Su mirada verde vuelve a centrarse en mí—. ¿Has probado alguna vez la cerveza italiana?

Esta vez quien sonríe soy yo, acabo de tomarme una—. Hace un minuto. —No puedo dejar de sonreír al ver su cara, por lo visto no esperaba esta respuesta—. No esta mala, se puede beber.

Centramos la conversación en cerveza, cuáles son nuestras

preferidas. Así estamos un buen rato hasta que el camarero, regresa a la terraza con nuestras bebidas. Vuelvo a encenderme otro cigarro, aunque me aseguro que Enrico no se haga con él para apagarlo de nuevo.

—Propongo un brindis —dice alzando su botellín—. Por los desertores. —Al comprender que no capto su brindis se explica—. Somos los únicos que no estamos con el resto de compañeros.

Choco de forma suave mi botella contra la suya llevándomela seguidamente a los labios, saboreando el líquido amarillo de su interior.

—Y tú, ¿por qué no estás dentro? —deseo saber.

Es su turno para ofrecer una respuesta de por qué no está con el resto de compañeros de trabajo—. Digamos que solo hay una persona que me interesa y no está ahí —dice señalando el salón.

Su respuesta es como un jarro de agua fría, sé que no le intereso y en caso contrario, que no es bueno llegar a mayores, pero interiormente rezaba por interesarle aunque solo fuese un poco. Acaba de quitarme las pocas ilusiones que pudiese tener.

—Siento que no haya venido a la fiesta. —De mi boca no sale nada más coherente. En este momento, mi mente divaga en otros temas que nos incluyen a ambos, aun sabiendo que nunca van a cumplirse.

Su mirada se clava en la mía, esta vez es más intensa que la primera que me dedicó—. No dije que no viniese, dije que no está en el interior —comenta con una traviesa sonrisa.

Me quedo con la boca abierta intentando asimilar lo que acaba de decir, seguro que es imaginación mía, solo eso. Aun así, analizo sus palabras. La persona que le interesa está en la casa, pero no en el interior del salón, compruebo que estamos solos en la terraza para asegurarme que habla de mí. La idea que la chica pueda estar en su cuarto acude rauda a mi mente. Sí, lo más seguro es que sea eso. Que ha salido solamente a tomar un poco el aire y está siendo amable conmigo, por primera vez.

No deja de mirarme, poco a poco la sonrisa va desapareciendo de su hermoso rostro—. Tendré que esforzarme más si quiero que lo entiendas —comenta a escasos milímetros de mi boca.

Une nuestros labios en un beso suave, mordisquea mi labio superior hasta que finalmente reacciono y le doy acceso para que lo profundice. Enreda su lengua con la mía comenzando una danza exótica. Una de sus manos, la mezcla en mi pelo; con la otra, me atrae más hacia su fibroso cuerpo. Mil sensaciones recorren cada término nervioso de mi cuerpo, los besos de Álvaro por mucho que me gustasen no pueden compararse con la maestría que demuestra Enrico.

Para mi gusto, finaliza el beso antes de tiempo. Apoya su frente en la mía respirando entrecortadamente. Entrelaza nuestras manos y me dejo guiar por él.

15

Tumbado sobre la cama con los ojos cerrados, escucho un leve murmuro proveniente de la terraza, ignoro la presencia de las personas centrándome en mis pensamientos. Deseo tanto poseerla que al mismo tiempo me dan miedo mis sentimientos, jamás una mujer despertó estos instintos tan primitivos, el deseo de protegerla cada día. Incluso, fantaseo con la idea de vivir juntos en Roma, hasta formar una familia con ella. Por eso huyo al verla aparecer en la fiesta, sé que es imposible llegar más allá con Andrea, una vez que se entere al mundo que pertenezco saldrá huyendo de mi lado. En parte, no puedo culparla, una mujer tan buena jamás se dejará arrastrar a mi lado oculto.

Una cristalina risa que llevo grabada a fuego en la cabeza retumba a través de los cristales, mi cuerpo reacciona a su sonido. Sin ser consciente, me incorporo de la cama asomándome a la terraza, los cristales opacos me confieren privacidad pudiendo observarla a mi antojo sin ser descubierto. Admiro su belleza y cada gesto que hace al hablar con su amigo. Antes de lo que me gusta, ambos desaparecen de la terraza, quedándome frustrado por no ser capaz de acercarme a ella sin más intención que tener una noche repleta de pasión y olvidarme después de ese cuerpo que provoca que el mío reaccione.

Contemplo las luces de la ciudad convenciéndome a mí mismo que es hora de hacer acto de presencia en la fiesta, estoy a punto de abandonar la estancia cuando la mujer de mis sueños regresa a la terraza, esta ocasión, sola. Me digo que es la oportunidad perfecta para entablar una conversación, lejos de miradas ajenas. Salgo del escondite sin hacer el menor ruido, no deseo asustarla, tampoco advertirle de mi presencia.

Resulta ser que aparte de belleza, tiene sentido del humor y un punto de ironía que me enamora todavía más. Hablo de cosas banales, no es cuestión de ir a saco, no deseo asustarla, mi intención es llevarla a mi terreno. Si deseo que eso ocurra, tendré que esforzarme un poco más, porque al darle entender que es ella la única que me interesa, no capta mi mensaje.

La miro profundamente borrando la sonrisa de la cara, poco a poco junto nuestras caras hasta estar a escasos milímetros de esos gruesos labios que me llaman a gritos—. Tendré que esforzarme más si quiero que lo entiendas.

Poso mis labios sobre los suyos notando su calidez. Comienzo

con un beso suave, lo salvaje lo dejo para más adelante, ahora mismo lo único que deseo es saborearla con tranquilidad, embriagarme de ella lo más que pueda. Al ver que no reacciona, mordisqueo delicadamente su labio inferior hasta que me da acceso a su cavidad bucal. Degusto cada rincón, uniendo finalmente nuestras húmedas lenguas, la sensación es como tocar el cielo sin despegar de la tierra. Llevo una mano a su pelo enredándola en él. La pego a mi cuerpo apretando su cintura para que pueda comprobar el efecto que provoca en mí, deseo con toda mi alma que este momento no finalice nunca, pero la realidad es que estamos demasiados expuestos a los demás y quiero que el momento mágico creado entre los dos solo nos pertenezca a nosotros.

Con pesar me separo de su dulce boca apoyando la frente en la suya. Con la respiración acelerada intento ordenar mis pensamientos, tengo claro que si vuelvo a besarla jamás me separaré de ella y es una locura por mi parte, más después de descubrir que me he enamorado de ella como un colegial. Sin meditar nada más que los dictados de mi corazón, entrelazo nuestras manos guiándola hasta mi cuarto.

Se queda en mitad de la estancia de espaldas a mí, admirando la belleza del lugar. Lo que no sabe es que la única cosa bonita de la habitación es ella, lo demás, son solo muebles inanimados. Uno nuestros cuerpos abrazándola con delicadeza, rodeando su cintura con mis fuertes brazos. Entierro mi cara en su cuello embriagándome de su aroma, memorizando cada momento, para recordarlo todas las noches que sé que no la tendré. Tengo que ladear los celos que acuden al imaginarla en brazos de otro que no sea yo.

La giro con ternura hasta unir nuestras miradas, sus ojos miel me observan con pasión, la misma que yo siento por ella. Vuelvo a emborracharme de su sabor con un beso pasional, sus tímidas manos finalmente alcanzan mi cuello acariciándolo en el proceso hasta que me atrae más. Me dejo llevar por ella.

Con parsimonia bajo la cremallera de la chaqueta sacándosela por los hombros, dejándola caer al suelo. Beso sus hombros desnudos, intercambiando besos con pequeños mordiscos, asciendo hasta el lóbulo de la oreja donde me entretengo con él. Fusiono nuestras lenguas en una danza creada para gozar. Mientras degusto su boca, con las yemas de los dedos recorro la piel expuesta de su cintura adentrando las manos. Acaricio cada centímetro de su espalda haciéndola gemir de placer, tardo poco en deshacerme de la fina tela que se interpone a mis labios, llevándome con ella el sujetador negro de encaje. Separándome lo justo de ella, la observo, una diosa no es tan perfecta como la anatomía de Andrea. Me siento

un privilegiado al poder disfrutar de este paraíso que se halla expuesto frente a mí.

Sin saber cómo, el remordimiento de estar mintiéndole invade de golpe mi mente, nunca antes me avergoncé de mi trabajo hasta esta noche. Tener a Andrea dispuesta a entregarme su cuerpo, me hace pensar en el monstruo que en ocasiones soy y que ella no merece estar con una persona como yo. La beso con ardor, intentando transmitirle todos y cada uno de mis sentimientos para que jamás dude de mis intenciones. Antes de abandonar la estancia dejándola sola y sin una explicación, me disculpo con la mirada aunque sé que jamás me perdonará.

Salgo de casa como una exhalación evitando que Valentino me siga, es el único que nota mi presencia en el abarrotado salón. Cojo una de las llaves de coche, cuando necesito aclarar mis pensamientos solo soy una forma, conducir.

Paso el resto de la noche deambulando por la ciudad, conduzco sin rumbo fijo, solo centrado en reflexionar sobre lo ocurrido con Andrea. Al despuntar el día, me percato que me hallo a las afueras de la ciudad, en un pueblecito de montaña encantador. Visualizo un anciano sentado, acerco el vehículo hasta su posición deseando saber donde encontrar un bar abierto para tomar un café. Siguiendo las indicaciones del amable hombre, llego a un hotel rural con cierto encanto, a sus espaldas, visualizas la gran ciudad.

Estaciono el Ferrari en la zona reservada para clientes, accediendo al interior del hotel. El recepcionista me indica la zona del bar, donde me instalo en una alejada mesa con vistas a la montaña. Solicito un café solo al camarero. Necesito aclararme y el líquido negro me ayudará. Dos minutos después, mi bebida es servida en una taza de porcelana colocándola el servicial hombre frente a mí.

Rodeado de soledad rememoro mis años con Eliana, el que creí el amor de mi vida. La conocí el último año de universidad, fue verla en la cola de la cafetería y caí rendido a sus pies, es lo malo de ser joven e inmaduro, que cualquier mujer puede cegarte. Su inocencia me robó el aliento aunque con los años comprobé que no era nada inocente. Procedía de una de las familias más respetadas y adineradas de la ciudad. Su padre, el juez más estricto de Roma, no veía la relación con buenos ojos. En parte, lo entendía. Llevaba años tras mi familia, aunque jamás consiguió nada. Durante los seis años que duró nuestra relación, su padre intentó alejarla de mi lado sin éxito, los dos, estábamos completamente enamorados, éramos el uno para el otro, o eso creía yo.

Seis años de mi vida viviendo una mentira, la dulce Eliana me hizo creer cuanto me quería, cuando la realidad es que era su

venganza por haber disparado en una reyerta años atrás contra su verdadero amor, el hijo mayor de los Carduccio, nuestra familia rival. Fue Marco quien descubrió la trama una noche que se acercó a la discoteca RueVitta, para saldar unas cuentas pendientes con el menor de los Carduccio. Me arrastró durante semanas hasta que consiguió que abriera los ojos, hasta que no lo comprobé por mí mismo no creí ni una sola palabra que dijo mi hermano. En ese mismo instante, me juré no volver a comer tal locura, las mujeres pasarían por mi vida de paso, ninguna se quedaría. Lo malo de la historia es que la española ha conseguido aflorar esos sentimientos muertos. Unos sentimientos que enterré en lo más profundo de mi corazón durante estos años y desde hace meses, solo con ver a Andrea, mi corazón galopa en una frenética carrera por tenerla.

Analizo minuciosamente la situación a la que me enfrento. Al cerciorarme que ya no hay marcha atrás y estoy locamente enamorado de ella, que nunca la olvidaré por mucha tierra que ponga de por medio, opto por dejarme llevar por los dictados del corazón. Miro el reloj de la muñeca, sorprendiéndome la hora, es casi mediodía. Antes de salir del restaurante, dejo sobre la mesa un billete de cinco euros para abonar la consumición. Dirijo mis pasos a la salida, aunque antes me aseguro de reservar la única suite disponible en el establecimiento, tengo la intención de pasar el resto del fin de semana acompañado de una bella dama que no solo me roba el sueño, también la cordura.

Con la única intención de rogar el perdón de una morena de ojos miel, que ha puesto mi vida patas arriba, conduzco de regreso a la ciudad. Mentalmente preparo un discurso para hacerme oír, ella es como una droga de la cual, no estoy dispuesto a salir. Lucharé contra la familia si es necesario, en contar de mantenerla a mi lado. Con los nervios a flor de piel, estaciono frente al portal que alberga la mujer que amo. Espero de forma paciente hasta que un vecino sale para colarme en el inmueble, sé que si llamo al interfono no tendré la oportunidad de hablar con ella. Con dedos temblorosos pulso el timbre.

16

Lo veo alejarse precipitadamente, sale de la estancia sin ofrecer más respuesta que una mirada suplicando perdón, un perdón que jamás tendrá. Con lágrimas en los ojos comienzo a recoger mi ropa esparcida por el suelo. Ya vestida, observo mi triste reflejo en el espejo que descansa en la cómoda.

—¡Gilipollas! —No puedo evitar decir frente al espejo. En estos momentos, es como me siento, una autentica gilipollas.

Recomponiendo el rostro abandono la habitación de un mísero cobarde, porque no puedo llamarlo con otro apelativo. Destrozada y hundida abandono el ático intentando no llamar la atención de la gente que me cruzo. Deambulo por las solitarias calles hasta llegar a casa. Sin molestarme en desmaquillarme, me pongo la camiseta que uso de pijama introduciéndome bajo las mantas. Me esfuerzo por no llorar, casi lo consigo. Antes de derramar una lágrima más por un hombre que no se las merece, me duermo.

La insistencia de alguien llamando al timbre me saca del duermevela en el que me encuentro. Miro el reloj de la mesilla, son más de las una del mediodía. Cojo la chaqueta de lana negra que reposa sobre el sillón ubicado en la esquina de la habitación, antes de salir del cuarto. Sin atarla me dirijo a la entrada, seguro que será alguno de mis compañeros que habrán olvidado las llaves. Me quedo perpleja al ver la persona que se halla al otro lado de la puerta.

—Lo siento —dice Enrico en un hilo de voz—. No debí marcharme así. —Sus disculpas parecen sinceras, pero no estoy dispuesta a escucharlas.

Sin decir nada, lo dejo plantado en la entrada de casa. Voy hasta el cuarto para coger el teléfono, regreso sin molestarme en ponerme más ropa de la que llevo. Frente a él se lo tiendo, lo mira con incertidumbre.

—Esto te pertenece —digo ofreciéndoselo de nuevo—. Qué tengas buen día.

En vez de salir cierra la puerta ayudándose con el pie, no deja de mirarme en ningún momento. Le noto nervioso, cosa que me produce satisfacción, ahora quien intentará jugar seré yo.

Se mesa el pelo revolviéndolo más en el proceso antes de hablar —. Andrea, por favor. Escúchame.

—Fuera —indico la puerta con la mano.

Recorre los pocos pasos que nos separan uniendo nuestras bocas.

Sin saber porque, le devuelvo el beso notando como el calor invade mi cuerpo por tenerlo otra vez cerca. Enredo las manos en su oscuro cabello. Le rodeo la cintura con las piernas al alzarme notando la majestuosa erección de su entrepierna. Otra vez, finaliza nuestra danza antes de tiempo.

Se entretiene en acariciarme el cuello con la punta de la nariz, hasta acoplar su cara sobre el hueco del cuello—. Perdóname, por favor. Dame la oportunidad de explicarme —suplica de nuevo.

Intento soltarme de su agarré, solo consigo que me abrace más fuerte no permitiendo así que me separe de él.

Lo miro fijamente antes de formular la pregunta sin saber si deseo explicación—. ¿Tan desagradable fue lo que viste para salir huyendo?

Arquea una ceja—. Cariño, no digas tonterías. Eres perfecta —quedo sorprendida por la forma cariñosa con la que me habla—. Me invadió el pánico. Nunca antes sentí algo tan fuerte por nadie.

No sé si creerlo, menos después de lo ocurrido anoche—. Lo siento, pero no te creo.

De forma delicada me posa en el suelo aunque no deja de abrazarme—. Acepta comer conmigo, prometo explicártelo todo. —La culpabilidad es visible en su mirada, sé que no lo contará todo. Lo que él no espera, es que no hace falta que me lo diga, yo ya lo sé —. Si después de la explicación sigues sin estar convencida de mis sentimientos por ti, juro que te dejaré tranquila y no volveré a molestarte más.

Me planteo declinar la oferta, al final acepto. Le requiero que espere mientras me ducho y preparo para salir. Vuelve a besarme antes de dejarlo solo en el salón. Media hora después me reúno de nuevo con Enrico en el salón, se incorpora nada más verme. Una amplia sonrisa cubre su bello rostro. Entrelaza nuestras manos y me guía fuera de la vivienda. El corto trayecto en el ascensor lo dedica a deleitarme con las caricias de su juguetona lengua. Finalmente, me armo de valor separándome. Antes de proseguir intercambiando algo más que palabras, necesito escuchar las razones de su huida.

Freno en seco consiguiendo que Enrico se tope contra mí, al ver aparcado frente a casa un Ferrari Tunero F430, el coche que estuve a punto de adquirir pero rechacé el capricho para no llamar la atención. Alzo las cejas al ver como Enrico acciona la apertura, no puedo creer que sea suyo el coche. Por regla general, estos vehículos solo pertenecen a la familia, los sicarios, conducen a diario otros vehículos más comerciales. La idea de que no estoy ante un simple trabajador de la familia Bianchessi, cruza mi mente. No puedo dejar de mirarlo, no puede ser, Enrico no es familiar directo de Mauro Bianchessi, el dueño y señor de Roma y medio mundo.

—¿Es tu coche? —consigo preguntar finalmente.

Suelta una carcajada antes de ofrecerme una respuesta—. Que más quisiera yo. —Aún riendo accede al interior del vehículo—. Es un coche de alquiler —prosigue explicando—. Nuestro jefe se negó a que su hijo condujera un vehículo que no fuese italiano.

Acepto la pobre excusa que me ofrece. Sé que el hijo de Mauro Bianchessi se encuentra entre ellos, aunque inicialmente creía que se trataba de Fabio, en estos instantes empiezo a dudar seriamente que sea Enrico y no Fabio.

Me recompongo de la sorpresa inicial antes de volver hablar—. ¿Qué pasa, que con un Fiat no se conformaba? Que yo sepa también son italianos.

Ríe de nuevo ante mi ocurrencia—. Solo pedimos un coche de alquiler para poder movernos por la ciudad, no somos aficionados al transporte público. Imagina nuestra sorpresa al encontrarnos en el garaje tres de estos —golpea suavemente el volante para darme a entender que se refiere al coche.

Conduce con tranquilidad por las avenidas principales de Madrid hasta alcanzar la autovía en dirección a la sierra madrileña. Durante el trayecto mantenemos una conversación intrascendente, sobre todo hablamos de trabajo. Pasados unos cincuenta minutos estaciona frente a un hotelito rural ubicado en la sierra. Las vistas que ofrece el entorno son sublimes, la grandeza de Madrid se observa desde la lejanía. Sigo a Enrico al interior finalizando el trayecto en el restaurante. Un hombre de mediana edad nos guía hasta una mesa ubicada al final del salón, la cual ofrece intimidad respecto al resto de comensales. Se apresura a dejarnos solos tras anotar nuestra comanda.

—¿Te gusta el lugar? —desea saber el italiano clavando su mirada verde en la mía.

Vislumbro a través del cristal un bosque encantador—. Es precioso. —No puedo dejar de mirar los imponentes árboles que se alzan frente a mí—. ¿Conocías el lugar?

—Lo hallé por casualidad, esta mañana. —Me regala una preciosa sonrisa.

No dejo de mirarlo extrañada por la respuesta—. ¿Has dormido esta noche?

Desvía la mirada para que no note su vergüenza aunque no entiendo por qué—. No. Pasé la noche conduciendo hasta hallar este lugar, aquí fue donde aclaré las ideas.

Siento pena por Enrico, su mirada refleja el cansancio debido a falta de sueño. Quiero su explicación, pero puedo esperar unas horas para obtenerla. Me incorporo de la silla—. Regreso enseguida —anuncio antes de intentar marcharme en busca del camarero.

—Andrea.

No le permito que se levante de la silla—. Enrico, puedo esperar a escuchar la explicación, pero tú necesitas descansar inmediatamente. Voy a recepción a ver si tienen alguna habitación libre. Mientras tú duermes, yo me paseo por los alrededores, no te preocupes.

Su mirada preocupada la entiendo cuando vuelve hablar—. Esta mañana reservé la única que quedaba libre —alzo las cejas al escucharlo, ¿con qué intención lo hizo?—. Tenía y tengo la intención de pasar el día contigo.

Su seguridad me desconcierta, cómo estaba tan seguro de que iba a aceptar la invitación a comer y sobre todo, pasar la tarde con él en la habitación de un hotel. Me dejo caer de nuevo en el asiento, no sé qué decir, su sinceridad me deja fuera de juego.

—Te prometo que después de comer algo, subo a descansar aunque si te soy sincero, me encantaría que me acompañaras.

—Ahora sí que deseo esa explicación. Has dado por hecho demasiadas cosas —replico intentando no demostrar el enfado que provoca su osadía.

Acepta mi petición sin pensarlo dos veces. Antes de comenzar hablar se entretiene jugando con el tenedor, se le nota bastante nervioso, cosa que es raro viniendo de él, siempre parece muy seguro de sus movimientos. Va a comenzar hablar, pero se detiene porque el camarero regresa a la mesa portando nuestro menú.

Sorbe un poco de agua humedeciéndose los labios en el proceso, la imagen es de lo más deseable—. Fabio insistió en que adelantáramos nuestra llegada al país, decía que así podíamos tener unos días para nosotros, sin compromisos de trabajo, solo los tres, disfrutando de una ciudad que ninguno conocía. Inicialmente me negué en rotundo, bastante era ya que me trasladaran de país como para encima llegar antes de tiempo, al final entre él y Piero me convencieron y no saben lo que se lo agradezco. —No sé descifrar a que se refiere con esa afirmación, aunque tardo poco en descubrirlo, el tiempo que Enrico tarda en proseguir con la explicación.

»La primera vez que me cautivaste, fue el sábado antes de que nos presentáramos en la oficina. Tú estabas en un restaurante de Chueca con tus compañeros de trabajo, estabas sentada al final del local, cerca del acceso a los baños. Nada más entrar al restaurante llamó mi atención una risa cristalina, al fijar la mirada, descubrí unos ojos miel que traspasó lo más profundo de mi alma. Me pasé toda la cena observándote en la lejanía. Estabas preciosa con el pelo recogido dejando al descubierto un largo cuello irresistible. —Sus palabras me dejan perpleja, ¿cómo es posible que recuerde a la perfección cada detalle?—. Cabreado al comprobar que no

conseguía llamar tú atención, me disculpé con mis amigos con la excusa de ir al aseo, lo único que deseaba era observarte. Al ver de cerca tu sonrisa, tus ojos y tu angelical cara supe que había caído en un embrujo del que me sería imposible salir y así ha sido.

Hace una pausa para probar su comida, mientras dura el silencio intento asimilar las cosas que me ha dicho hasta el momento. No sé si hay más sorpresas, pero lo que sí tengo claro, es que lo dice es una declaración en toda regla. Los nervios se apoderan de mí, en parte me alaga descubrir que no fui ignorada este tiempo, pero la realidad es que si acepto lo que intuyo que va a ofrecerme, estaré cometiendo la mayor locura de mi vida. Mi salvación no pasa por unirme sentimentalmente a uno de ellos, sino tener la oportunidad de hablar con el jefe de ellos y que crea mis palabras. Si no lo consigo, tanto mi familia como yo proseguimos en grave peligro.

Me observa antes de seguir, al ver que relajo el gesto, continua su relato—. ¿Me creerías si te dijera que me pasé el resto del fin de semana pensando en ti? —Me lo quedo mirando sin ofrecer una respuesta—. Pues sí, fue un suplicio pensar en ti y no saber nada de la chica que acababa de robarme el corazón. Aunque los dioses se portaron de maravilla, lunes por la mañana te pusieron de nuevo en mi camino. Las primeras semanas intentaba acercarme a ti y entablar conversación, fue misión imposible, siempre estabas acompañada. Mi frustración crecía al tiempo que pasaban los días y no conseguía llamar tú atención. Durante ese tiempo te observaba sin ser visto, descubriendo así que mis técnicas jamás funcionarían contigo. Si deseaba enamorarte, debía ser más original, primero debía llamar tu atención. Opté por regalarte el mismo modelo de teléfono que yo tengo, debo decir que al final conseguí que tuvieras curiosidad. El resto de la historia, creo que ya la sabes.

Tras la aclaración lo único que viene a mi mente es una simple pregunta. —. ¿Cómo averiguaste mi dirección?

Sonríe, no sé si debido a los nervios o simplemente que le hace gracia mi pregunta—. ¿Después de todo lo que te he contado solo deseas saber eso? —asiento con un leve movimiento de cabeza—. Es la parte buena de viajar con el hijo del dueño, puedes acceder a información confidencial.

Analizo bien todos sus gestos, sé que hay cosas que me oculta aunque la más importante es que si de verdad siente por mí lo que acaba de decirme, por qué salió huyendo anoche cuando me tenía a su merced. Como si adivinara mis pensamientos, ofrece la respuesta a mi pregunta muda.

—Hace años que juré no volver a enamorarme hasta que te conocí. Anoche cuando te tuve entre mis brazos, aceptando mis besos y caricias, el miedo se apoderó de mí. Resurgieron viejas

heridas. Lo siento, por un momento llegué a pensar que solo lo hacías por interés propio. —No aparta la mirada mientras se sincera, no sabe lo equivocado que está. Si de verdad fuese interés, jamás le devolvería los besos, pero mis sentimientos por él me están cegando—. Al final he sabido ver que una persona que se mueve solo por interés no devuelve las caricias con esa pasión. No puedes negarme que sientes algo por mí.

Decido ser sincera, de todos modos ya lo tengo todo perdido, que más da indagar un poco más y descubrir a dónde puede llevarnos esa locura—. Si te digo que no, te estaría mintiendo a ti y lo más importante, a mí.

Su sonrisa se amplía enseñándome sus blancos dientes, me encanta verlo sonreír lo hace más joven aún. Con delicadeza se alza sobre la mesa hasta que deja nuestros rostros a escasos milímetros, antes de besarme dulcemente pide permiso con la mirada, observar sus gruesos labios es mi respuesta.

—Lo siento —murmura junto a mis labios—. Anoche actué como un cobarde.

—Un poquito —contesto riendo.

—Me encanta tu sonrisa, sobre todo si la provoco yo. —Suena con algo arrogancia aunque he de reconocer que me encanta.

Vuelve a regalarme uno de sus besos, esos a los que me está volviendo adicta poco a poco. Sin mediar palabra me ayuda a incorporarme de la silla. Agarra con suavidad mi cintura guiándome por el restaurante hasta la zona de recepción, donde recoge la llave de la habitación que ha reservado. El trayecto en el ascensor es la antesala de lo que me espera tras las puertas del cuarto, si pone en todo tanta pasión, vaticino que me espera una tarde cargada de pasión, pero sobre todo de amor.

17

No dejo de sujetarla de la cintura hasta llegar al ascensor, tocar su sedosa piel está volviéndome loco, debo frenar mis instintos porque si no lo hago no conseguiré llegar al dormitorio. Me sitúo tras ella en el cubículo mientras ascendemos a nuestra planta, entreteniéndome en prodigarle las miles de caricias que se merece. Beso cada centímetro de su cuello, lamo con suavidad cada lóbulo arrancándole algún gemido en el proceso. Con las yemas de los dedos, recorro sus costados excitándola más con cada caricia.

Es tal el deseo de poseerla y hacerla por fin mía, que tengo que controlar mis instintos. Si no controlo mi pasión por Andrea, no disfrutará de las atenciones como solo ella se merece. Sin separarme de su cuerpo, llegamos frente a la puerta que nos dará la intimidad que necesitamos para dar rienda suelta a nuestra pasión, a mí pasión por ella.

Dejo que observe la belleza de la habitación, la suite está dividida en varias estancias. En la principal, una cama de más de dos metros reposa sobre una alfombra de largo pelo blanco. Encima de las mesillas de cristal, se hallan dos lámparas de mesa con el pie plateado y las pantallas negras divididas en dos partes, levitando la parte superior de la inferior teniendo una separación de casi cuatro centímetros, no dejando a nadie indiferente al observarlas por primera vez. El baño tiene el tamaño de una habitación convencional, se halla dividido en dos; en la entrada, encuentras el doble lavabo de mármol blanco, al traspasar la zona, del techo cuelga un gran aro de metal que al situarte bajo él, cientos de chorros caen sobre tu cabeza, el suelo de pizarra negra evita que resbales; al fondo, una bañera redonda de hidromasaje tiene cabida para dos personas. La última estancia de la habitación es un amplio comedor, en el lateral derecho dos sofás de piel negra miran hacía un gran televisor plano colgado de la pared; en el izquierdo, hay una mesa amplia redonda de cristal pulido acompañada de cuatro sillas de piel negra. Los dos, observamos con atención la terraza con vistas a la sierra, miles de ideas cruzan por mi mente al ver las dos tumbonas que contiene.

Me coloco tras Andrea, que se halla admirando la belleza del lugar que nos rodea. Comienzo a repartir besos por su cuello, introduzco

mis juguetonas manos bajo la blusa blanca acariciando su liso estómago, voy ascendiendo hasta toparme con los redondos pechos deseoso de acariciarlos y besarlos como es debido. Sin dejar de jugar con la oreja, la guío al interior del cuarto, deseo intimidad para hacer con ella todo lo que mi mente lleva imaginando durante meses, aunque tengo la intención de usar las hamacas de la terraza, eso sí, al anochecer, cuando el único testigo de nuestra pasión sea la luna.

Desabrocho cada uno de los botones de la camisa, sin quitarle el sujetador meto los dedos hasta alcanzar los erectos pezones, juego con ellos pellizcándolos consiguiendo que Andrea arquee la espalda debido al placer. Sus gemidos llenan la estancia aumentando mi propia excitación. Apoya la cabeza sobre mi pecho dejando al descubierto los hombros desnudos, a los cuales, prodigo miles de caricias con los labios sin dejar de torturarla con las manos. Comienzo a descender por el estómago hasta alcanzar los botones de los vaqueros desgastados que lleva, con maestría los desabrocho enterrando la mano hasta el monte de venus que ya está húmedo. Separo los labios vaginales comenzando a atormentarla con mis caricias, al tiempo que con la otra mano prosigo rotando el duro pezón. Pellizco su punto mágico logrando que sus gemidos aumenten en el proceso, al notar que está llegando al clímax introduzco un dedo en su interior. Primero, de forma lenta para ir aumentando el ritmo hasta lograr que se corra en mi mano.

Antes de tumbarla con suavidad en la cama, finalizo de desnudarla, admiro la obra de arte que lleva tatuada en la espalda. Es un árbol de la vida, el tronco es la silueta de una mujer perfectamente definida, las ramas intrincadas finalizan, algunas con hojas y en cuatro de ellas, lleva tatuadas cuatro iniciales. Me quedo sin habla al descubrir el que le cubre el muslo derecho, una pantera en posición de ataque rasga con la zarpa la nalga.

Me tumbo sobre ella sin dejar caer todo el peso en su cuerpo, un cuerpo creado para ser disfrutado. Vuelvo a excitarla combinando besos y caricias, cuando mi entrepierna no aguanta más la presión me hundo despacio en ella. Me embarga la sensación de haber hallado el paraíso al estar en su interior, es como si nos hubiesen creado para encajar a la perfección. En mis treinta y cinco años he sentido tal placer estando con una mujer, Andrea consigue lo que ninguna antes supo hacer, desear pasar el resto de mis días encadenado a esos ojos miel que me miran con verdadera pasión.

Cansado por no dormir la noche anterior, dedico cada minuto a

complacerla, mimarla y amarla como ningún otro hombre sabría hacer. Deseo transmitirle mis deseos de forjar una relación estable con a ella, hacerle entender que jamás permitiré que le suceda nada malo, que la protegeré incluso con mi vida antes de perderla. A altas horas de la madrugada ambos caemos rendidos, durmiendo uno en los brazos del otro.

El zumbido del móvil consigue despertarme, observo el cuerpo desnudo acurrucado junto al mío y sonrío como un tonto. La pantalla anuncia una llamada de Italia, con desgana me deslizo con suavidad para no despertarla, me hago con el bóxer antes de acomodarme en la tumbona de la terraza. Tecleo el número de Marco llevándome el terminal al oído a la espera que conteste.

—Enrico.

La voz apresurada de mi hermano me pone alerta—. ¿Sucede algo, Marco?

Escucho su agitada respiración a través del teléfono poniéndome más nervioso—. ¿Puedes hablar?

Me aseguro con la mirada que Andrea sigue dormida antes de responder—. Sí. ¿Qué pasa?

—Vuestro regreso se retrasa, las cosas con el juez se han complicado. —No me gusta nada la noticia que escucho.

Maldigo para mis adentros, no deseo gritar para no despertarla—. ¿En qué sentido?

Los segundos que tarda Marco en responder se me hacen eternos—. Como imaginábamos, no os puede relacionar con la muerte de DeLuca y el caso está archivado.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—Está investigando todas las empresas de Secretos de Ishtar ubicadas en Roma, tiene documentación que nos puede relacionar con el tráfico de drogas. Según ha informado Valdati, tiene las rutas.

Por inercia me incorporo del asiento, el asunto es demasiado grave para permanecer quieto—. ¿Cómo es posible que tenga las rutas?

—Ni idea, hermano.

—Tengo que regresar, Marco.

—No. —Su respuesta apresurada me confirma que hay más cosas que saber —. Lo mejor será que continuéis en España por el momento, es lo más seguro.

—¿Lo más seguro para quien, Marco? —pregunto alzando un poco la voz—. No entiendes que aquí no puedo hacer nada, debo regresar para ayudar en todo lo que pueda.

Se queda callado unos instantes—. Sí que puedes hacer —dice por fin—. El juez es español, no pude averiguar de dónde procede exactamente, porque su informe ha desaparecido como por arte de magia, solo puedo seguirle la pista hasta España y poco más. Te paso un correo con la poca información que poseo, investiga todo lo que puedas.

—De acuerdo —acepto—. Por lo menos puedo hacer algo de utilidad. ¿Cómo se llama?

—Juez Espasí —calla unos segundos—. Enrico, estoy convencido que si encontramos el paradero de la persona que robó la información de Sánchez, sabremos quién es el juez. Creo que todo está relacionado, que es él quien le está filtrando la información.

Tiene lógica el planteamiento de Marco, es muy probable que quien está intentando vendernos, llegará a un acuerdo con el juez para salir indemne del asunto. Mantenemos la charla unos minutos más, antes de despedirnos.

Dejo caer el cuerpo sobre la cómoda hamaca, cierro los ojos analizando cada detalle de la conversación mantenida con mi hermano. No puedo creerme que después de tantos años luchando por mantener nuestro imperio, las cosas se estén poniendo tan feas para la familia, ningún integrante ha luchado para ver caer nuestro trabajo. Estoy absorto en mis pensamientos cuando un ruido me distrae, al abrir los ojos quedo maravillado con las vistas que tengo frente a mí. Cualquier resquicio de preocupación se esfuma al verla vestida únicamente con mi camisa, está preciosa con el pelo enmarañado sobre su fino rostro.

Alargo la mano invitándola a sentarse conmigo, la acepta con una sonrisa en los labios. Con suavidad tiro de ella hasta colocarla a horcajadas sobre la pelvis. Agarrándola con suavidad del cuello la atraigo hasta juntar nuestras bocas, un gemido se me escapa de la garganta al saborearla de nuevo, rememorando la noche de pasión

que me ha brindado. Al sentir la calidez que emanaba su zona íntima mi entrepierna palpita deseosa de gozar de nuevo de Andrea.

Acaricio la tersa piel de sus muslos, asciendo hasta posar la mano en los labios vaginales separándonos, para internar un dedo en su húmedo interior de forma pausada mientras que con el pulgar acaricio el clítoris estimulándola más. Libero mi miembro de la jaula donde se halla confinado, sin dejar de besarla la penetro con una embestida arrancándole más de un gemido en el proceso. Comienza a ascender y descender lentamente sobre mí, torturándome en el proceso. Desabrocho los botones de la camisa, llevo los labios hasta el endurecido pezón para juguetear con él, combinando pequeños mordiscos con suaves besos. Llegados al punto de no retorno agarro sus caderas para aumentar el ritmo de las embestidas, ambos estamos llegando al clímax. Devoro sus hinchados labios al alcanzar el orgasmo.

—Buenos días —saludo sonriéndole una vez finalizado el beso.

—Buenos días —responde acurrucándose en mi pecho.

La abrazo para sentirla más cerca de mí acariciando su espalda—. ¿Dormiste bien? —Me intereso.

—Hace tiempo que no descansaba tan bien —sonrío al escucharla, supongo que yo tengo algo que ver en eso y me encanta.

El resto del día lo aprovechamos para conocernos mejor, aunque por dentro, me siento mal conmigo mismo al saber que estoy mintiéndole respecto a mi trabajo. Cómo le cuento a lo que realmente me dedico sin apartarla antes de tiempo de mi lado. No. Primero tendré que conquistarla antes de revelarle la verdad, de esa forma, cabe la posibilidad de que me acepte tal y como soy.

La noche cae sobre nosotros antes de lo deseado, al ver lo tarde que es Andrea opta por regresar de nuevo a la ciudad, al día siguiente toca ir a la oficina y volver a la normalidad. Durante el trayecto de regreso no le suelto la mano, me dedico a acariciarla y besarla. Estaciono el coche frente al portón de su residencia apagando el motor para afrontar la despedida que no deseo.

Se gira para quedar frente a mí, con un descaro que me cautiva acerca nuestros rostros—. Llegó el momento de la despedida —comenta comenzando un beso devastador.

Tengo que esforzarme por separarme de esos labios que roban mi cordura—. Andrea, si sigues besándome así, no seré capaz de dejarte marchar. —Su sonrisa ilumina su bello rostro—. No deseo que sea una despedida, solo un hasta mañana.

La sonrisa da paso a la seriedad—. Enrico, ya lo hablamos. No deseo una relación sería, no estoy en mi mejor momento para centrarme en algo que no sea yo. —La miro sin comprender a que se refiere—. Lo que ha sucedido entre nosotros ha sido maravilloso, pero creo que lo mejor será dejarlo aquí antes de que uno de los dos sufra.

No puedo creer lo que me plantea, por nada del mundo estoy dispuesto a dejarla marchar, bajo ningún concepto aceptaré que se separe de mi lado y menos ahora que la conseguí—. No pido una relación seria ahora mismo, solo que nos sigamos viendo y comprobar juntos a donde nos lleva esto.

—Enrico…

No permito que continúe—. Te juro que si dentro de unos meses sigues pensando lo mismo que ahora, aunque tenga que renunciar al amor de mi vida, te dejaré marchar, pero dame la oportunidad de enamorarte o por lo menos intentarlo.

Reflexiona unos instantes, a mí se me hacen eternos—. Con la condición de que nadie se entere.

Acepto a regañadientes, esa condición me prohíbe besarla a mi antojo. Pero si es la única opción que tengo de mantenerla a mi lado, estoy dispuesto a sacrificarme durante un tiempo hasta conseguir que no desee separarse jamás de mí.

18

Los meses junto a Enrico pasan sin darme cuenta, el verano está anunciando su llegada con los primeros calores de finales de mayo. A decir verdad, en la capital no son tan devastadores como en mi querida Murcia, para estas fechas ya disfrutamos de los rayos de sol en las playas de fina arena.

La relación con el italiano avanza a pasos agigantados, sin querer, me he enamorado de esos ojos verdes que siempre me miran con pasión y esa sonrisa que cautiva mi corazón. Aunque sigo diciéndome una y otra vez que se trata de algo pasajero, no para convencerlo a él, sino intentando convencerme a mí misma de que no estoy actuando bien, ya que esta relación puede costarme más caro de lo que estoy huyendo. Aun así, soy incapaz de alejarme de él.

Enrico insiste en salir a cenar viernes noche, desea una noche romántica y dice que qué mejor lugar que donde todo comenzó, el restaurante de Chueca regentado por un conocido de su familia, Silvio. Accedemos al local cogidos de la mano, una risa familiar me alerta de que no estamos solos en el restaurante. Al fondo, en una mesa apartada de ojos ajenos, Piero y Mariola se hallan sentados. No hay tiempo de salir sin ser vistos, Piero ya nos mira con una sonrisa burlona en la cara mientras se acerca a nosotros.

—Enrico Bianchessi. ¿Cómo tú por aquí y en tan buena compañía? —dice sin dejar de reír mirando a su amigo.

Me quedo de piedra al escuchar el apellido de Enrico, me he enamorado de la persona equivocada, quien puso precio a mi cabeza. Días atrás, recibí un mensaje de Isa comunicándome que Fabio no era el hijo de Mauro Bianchessi, sino su sobrino, lo que nos dejo la incógnita de saber si finalmente su primogénito estaba en España o no. Acabo de salir de dudas.

Las voces se convierten en ecos lejanos, mi mente comienza a imaginar lo que ocurrirá si Enrico se entera de la verdad, ¿será capaz de matarme al saber que es a mí a quien busca tantos meses? La idea de que esté conmigo para cerciorarse que soy yo a quien persigue cruza mi mente asustándome.

—Andrea —escuchar mi nombre de su boca consigue sacarme momentáneamente del trance en el que me hallo. Lo miro de soslayo encontrándome una preocupada mirada verde—. Andrea, cariño, ¿te encuentras bien?

Sigo mirándolo sin poder apartar la vista, sé que debo

contestarle pero las palabras se encuentran atascadas en la garganta, lo único que puedo hacer es asentir con la cabeza.

Sus manos me agarran con suavidad los hombros—. Cariño, me estás preocupando. ¿Seguro que te encuentras bien? No me gusta el color de tu cara, estás pálida.

Sacudo levemente la cabeza intentando despejar las incógnitas que me rondan—. Sí —hago una pausa para aclarar la voz, no deseo que suene tan ronca—. Solo es un leve mareo, nada de lo que preocuparse —comento clavando mi mirada en la suya—. Si me disculpáis, voy al servicio a echarme un poco de agua, me vendrá bien —noto las miradas de ambos hombres clavadas en la espalda, intento creer que son de preocupación y no porque se percatan de mi reacción. No avanzo dos pasos cuando Enrico se coloca junto a mí.

—Te acompaño. —Se apresura a decir sujetándome con suavidad del codo.

Detengo mi caminar, antes de encararlo prefabrico una sonrisa —. No puedes entrar al lavabo de señoras.

—¿Quién lo dice? —responde seriamente. Al ver mi gesto suaviza el tono—. No pienso dejarte sola, me preocupa tu palidez.

De nada sirve que proteste, al final se sale con la suya acompañándome al interior del aseo. Por lo menos, tiene el detalle de dejarme intimidad al acceder al cubículo cerrado. El momento de soledad lo dedico a analizar la situación que me rodea, los nervios afloran de nuevo convirtiéndome las piernas en gelatina, tengo que apoyarme sobre la pared para no caer. Estoy enamorada de uno de los mafiosos más peligrosos que existen, el mismo que ordenó mi caza costase lo que costase.

¿Cómo se supone que voy a salir indemne de esta peligrosa situación en la que yo misma me he puesto? Las lágrimas cobran vida propia sin poder evitarlo, mi imagen envuelta en sangre se me graba a fuego en la mente. Los golpes provocados por la mano de Enrico en la puerta me alertan.

—Cariño, ¿estás bien? Contéstame, por favor.

Saco fuerzas de donde no las tengo, si no respondo Enrico es capaz de derribar la puerta. Aclaro la garganta antes de hablar—. Sí, me encuentro bien. Un minuto.

La coraza de mujer fría y calculadora hace acto de presencia aunque no es de mi agrado, pero si deseo sobrevivir debo actuar con frialdad, de nada sirve dejarme llevar por los sentimientos que dictan mi corazón, estos lo único que me ocasionarán será una muerte segura.

En una fracción de segundo los momentos vividos junto al italiano invaden mi mente, en cada uno de ellos en sus ojos veo

amor, auténtico amor. Me dejo llevar por el instinto femenino que toda mujer posee, en esta ocasión no huiré, me mantendré al lado de Enrico, hay momentos que la mejor jugada es estar cerca de tu enemigo para saber sus movimientos y pienso llevarla a cabo aunque sepa que puede costarme demasiado caro si no me cree.

Recomponiendo el rostro abro la puerta, ante mí, unos ojos verdes me escrutan de cerca. Sus manos pronto me sujetan suavemente el rostro, poso las mías sobre las suyas intentando tranquilizarlo—. Estoy bien, no te preocupes. Debe ser falta de alimento —comento sonriendo.

Sacude la cabeza culpándose de mi estado, al salir de la oficina nos marchamos a uno de nuestros refugios, un hotel ubicado cerca del Museo del Prado. La tarde, la dedicamos a saciar nuestros cuerpos el uno del otro.

Me besa la comisura de los labios—. Lo siento.

—¿Por qué? —deseo saber.

Su mirada súplica perdón—. Por ser tan bruto. Debí percatarme que tenías hambre después del desgaste de la tarde.

En esta ocasión soy yo quien lo besa—. No te disculpes por ofrecerme una maravillosa tarde.

—Tomemos algo antes que vuelvas a marearte —entrelaza nuestras manos caminando hacía la salida, se frena antes de abrir la puerta—. ¿Nos quedamos aquí o prefieres ir a otro restaurante donde tengamos más intimidad?

Le acaricio el brazo antes de ofrecerle la respuesta que sé que lo hará feliz—. Nos quedamos aquí, me encantan las pizzas. —Al ver su rostro entiendo su decepción, si nos quedamos no podrá acariciarme o besarme a su antojo—. Ya va siendo hora que la gente se entere de nuestra relación, ¿no crees?

Su amplia sonrisa me hace olvidar lo peligrosa que es la situación—. Dios, no sabes cuánto te quiero. —Me obsequia con un arrollador beso antes de abandonar el servicio.

Vuelve a entrelazar nuestras manos, guiándome hasta la mesa donde nos esperan nuestros amigos. Con un gesto de caballerosidad separa la silla invitándome a tomar asiento, antes de sentarse a mi lado me besa la palma de la mano. Las escrutadoras miradas de nuestros amigos se palpan en el ambiente, aunque en estos momentos, tanto Enrico como yo, solo tenemos ojos el uno para el otro.

Piero para hacerse notar, tose un poco más elevado de lo normal consiguiendo así nuestra atención. Tiene una amplia sonrisa dibujada en la cara, imagino que ambos amigos hablan en más de una ocasión por la felicidad que desprenden sus ojos.

—¿No pensabas contarme nada? —demanda clavando su mirada

verde en la de Enrico.

El aludido se encoge de hombros haciéndose el inocente aunque la curva de los labios lo delata—. Solo respetaba su decisión. —Le responde intentando en vano no sonreír—. ¿Qué quieres que te diga, amigo? Si es su deseo, quien soy yo para negárselo.

La sonrisa de Piero se convierte en una alegre carcajada—. ¿Quién lo iba a decir? El gran Enrico Bianchessi accediendo a la petición de una mujer —responde sin dejar de reír—. Muy enamorado tiene que estar para lograr que no vaya pavoneándose de su conquista —agrega mirándome.

—¿Cassavacchi?

— Bianchessi —replica Piero con la sonrisa en los labios.

La seriedad aparece en el bello rostro de Enrico—. Tengamos la fiesta en paz.

La cena transcurre sin incidentes, ambos amigos firman la pipa de la paz al instante. Entre los cuatro, fluye una amena conversación. De boca de Piero me entero que lleva tonteando con Mariola desde la fiesta en el ático, aunque ella ni admite ni desmiente. Aprovechando que ninguno de los presentes fuma, me disculpo con los tres llevando un cigarro en la mano. Lo mío me cuesta evitar que Enrico me acompañe, al final entiende que necesito un momento de soledad.

Alejándome de la entrada del local marco el teléfono de mi amiga Isa, tarda tres tonos en contestar la llamada.

—¿Te encuentras bien? —pregunta preocupada.

Expulso el humo de los pulmones—. Sí y no. —Más sincera no puedo ser.

—Explícate. —Se apresura a decir.

—El hijo de Mauro Bianchessi está en España —respondo llevándome de nuevo el cigarro a los labios.

Un grito ahogado sale de la garganta de mi amiga—. ¿Cómo lo sabes?

—Es Enrico.

Silencio, se instala un silencio entre las dos durante unos segundos. Isa, es la primera en volver hablar.

—Tienes que huir ya del país.

—No. —No sabría decir de donde sale tal determinación al contestar, pero acabo de salir de dudas, no tengo intención de volver a huir, esta vez no.

Escucho el grito de mi amiga, aunque tapa el micrófono del teléfono para que no la escuche, es tan fuerte que me percato—. ¡Estás loca! ¡Si se entera quién eres, estás muerta!

—No pienso huir, Isa.

—¿Qué dices? —Para de hablar, la conozco tan bien que sé que

está reflexionando antes de volver a hablar—. Andrea, por favor, escúchame. Sabes que lo mejor para ti es escapar si quieres sobrevivir.

—Estoy harta de esconderme —digo intentando no llorar—. No quiero vivir así, compréndelo. Además, ya tenemos todo, Isa, solo tengo que ver la forma de hablar con Enrico y si Sánchez me encuentra antes ya veré la forma de salir con vida.

—No me lo puedo creer, te has enamorado de él.

—Sí.

Mi amiga al ver que no pienso cambiar de opinión, tras intentar un minuto más convencerme, me hace prometerle que a partir de ahora estaré en pleno contacto con ella y así se lo hago saber antes de colgarle. Intento tranquilizarme antes de acceder de nuevo al restaurante para reunirme con ellos, seguro que ya se estarán preguntando porque tardo tanto.

Tras una agradable cena entre amigos, Enrico y yo nos despedimos de ellos en la puerta del restaurante, a ellos les apetece ir a tomar una copa por los bares nocturnos de Madrid y a nosotros dos, tranquilidad.

Recorremos el trayecto hasta el hotel paseando, Enrico se dedica a besarme desde los dedos hasta la oreja, sin dejar de susurrarme al oído todo lo que va a hacerme al llegar al hotel. Una oleada de calor se instala en mi zona íntima, solo de escuchar lo que dice me excita hasta tal punto que si no para su discurso soy capaz de hacerlo mío en mitad de la calle. Al contarle mis intenciones, una carcajada surge de su garganta contagiándome al instante.

Como dos colegialas enamorados corremos por las calles de Madrid para llegar lo antes posible a la intimidad que nos ofrece la suite del hotel. No cierro la puerta de la habitación cuando sus manos comienzan a recorrerme magistralmente el cuerpo excitándome más en el proceso. Con destreza se deshace de la ropa dejándome desnuda ante él, me gira para quedar de espaldas, no tardo en sentir su pelvis pegada al trasero notando su excitación.

Sus labios, sus dientes y su lengua recorren cada centímetro de espalda logrando erizar cada poro de piel. Con las manos me acaricia las caderas lentamente avanzando peligrosamente a mi sexo humedecido. Por inercia separo las piernas para darle acceso, introduce pausadamente su anular en el interior mientras que con el pulgar acaricia el clítoris, un jadeo placentero se me escapa de la garganta. Lleva la mano izquierda hasta los pezones con los que juguetea al tiempo que sigue penetrándome con el dedo. Los temblores de piernas me avisan del inminente orgasmo, para no caer alzo la mano cogiéndome al cuello pegándome así más a él. Los gemidos aumentan conforme alcanzo el clímax. Giro la cabeza

buscando esos gruesos labios que me vuelven loca.

—Aún no acabé contigo —susurra sensualmente junto a mi oído a la vez que se lame el dedo con el que me penetró.

Me agarra de las caderas guiándome hasta la pared. Entrelaza nuestras manos apoyándolas en la superficie lisa—. Coloca las palmas en la pared, separa las piernas y no te muevas. —El conjunto de su voz ronca con su seguridad al hablar, vuelven a excitarme. Estoy impaciente por averiguar qué me depara la postura.

Escucho como se quita la ropa quedando desnudo tras de mí, al imaginar su pene erecto me muerdo el labio inferior, sé el placer que es capaz de dar. Noto su caliente miembro sobre las nalgas, entrelaza mi pierna con la suya, quedando la planta del pie apoyada en su trasero, me penetra arrancándome un grito de placer. Las embestidas aumentan de ritmo al igual que nuestros gemidos. Su juguetona mano se dedica a acariciar los pezones y el clítoris todo el tiempo hasta la culminación del acto, con la otra, me abraza la cintura para ayudarme a no caer.

Sin dejar de besarme, me alza al igual que una pareja de recién casados que van a cruzar por primera vez el umbral de su nuevo hogar, camina hasta la cama donde me deposita con suavidad. Exhausta me tiendo sobre su duro torso acariciando el fino bello de su pecho.

—Cásate conmigo.

Sus palabras me impactan, alzo la mirada para toparme con unos ojos verdes expectantes. Jamás hubiese imaginado esa frase viniendo de él, si supiera a quien se lo está pidiendo lo mismo lo pensaba dos veces antes de volver a formularla.

—Tu silencio me dice que será un no. —Se aventura a decir sin dejar de mirarme.

Lo miro fijamente antes de responderle—. Enrico, apenas llevamos juntos unos meses.

—Tiempo más que suficiente para saber que eres la mujer de mi vida y la futura madre de mis hijos. —No puedo creer la determinación de sus palabras.

Le acaricio el rostro con la yema de los dedos—. Cariño, me halaga tu respuesta pero…

Se separa unos centímetros de mí—. Ese pero no va a gustarme nada.

Vuelvo a acercar nuestros cuerpos—. Es demasiado rápido. No nos conocemos bien.

Besa la punta de mi nariz, bajo la mirada—. Andrea, cariño, mírame —accedo a su petición alzando la mirada—. Con lo que conozco de ti, tengo claro que eres la mujer que siempre busqué.

¿Por qué retrasar lo inevitable?

—Acabamos de hacer pública nuestra relación, dejemos pasar un tiempo antes de comprometernos —acepta a regañadientes.

Pierdo la noción del tiempo con la intensidad de sus besos y la forma de hacerme el amor. La pesadez de los parpados me obligan a descansar, quedándome dormida abrazada a él.

19

Sánchez se hallaba en su oficina analizando los papeles esparcidos por la mesa, cuando fue interrumpido por uno de sus hombres. Sin prestarle atención, prosiguió estudiando las hojas que tenía frente a él, la mañana del sábado no estaba siendo fructífera, a decir verdad, los últimos meses tampoco lo fueron. Por más que sus hombres investigaron a Elsa, no consiguieron ninguna información que la incriminase. Ni cuando registraron su domicilio encontraron nada. El ritual de esa mujer era cada día el mismo; de su casa al trabajo y al revés. Solo se desviaba cuando iba al supermercado o a la peluquería, por lo demás, una vida de lo más aburrida.

—¿Señor?

Levantó la vista del escritorio centrándola en su sicario—. ¡Te tengo dicho que no me interrumpas cuando estoy en el despacho! —bramó sin consideración alguna—. ¿Qué quieres? —preguntó viendo como su hombre tragaba saliva.

—Señor, su socio está al teléfono, desea hablar con usted —comentó bajando la mirada, no deseaba irritar más al jefe de lo que estaba.

Aceptó con un leve movimiento de cabeza—. Pásame la llamada.

Su secuaz abandonó la sala apresuradamente, cabrear al jefe o hacerlo esperar se pagaba bastante caro, tiempo atrás, pudo comprobarlo en sus propias carnes. La cicatriz que le cruzaba la espalda, resultado de un latigazo, era testigo de ello.

Sánchez esperó de forma paciente que el inútil de su hombre le pasara la llamada, casi un minuto después el teléfono del despacho sonó. Con desgana descolgó el auricular llevándoselo a la oreja.

—Dime —respondió escuetamente a su amigo y socio de negocios.

Una voz ronca masculina resonó a través del aparato—. Deja de investigar a esa pobre chica, no es la persona que buscamos.

El cuerpo de Sánchez se crispó al escuchar la seguridad de las palabras de su camarada—. ¿Cómo puedes estar tan seguro si no has movido un dedo para averiguarlo?

La risotada del otro lo encendió más—. No me hace falta, tengo por novia a la mejor investigadora que hay en el planeta.

—Es una inepta. No entiendo que ves en ella —bufó Sánchez sin poder contener el desprecio que sentía por la pareja de su amigo.

—Sánchez —advirtió—. ¡No me toques los cojones! ¿Te digo yo algo de las fulanas que te follas?

—A lo que íbamos, no desvíes el tema.

La risa de suficiencia que escuchó supo que no le gustaría nada lo que iba a escuchar—. ¿Estás sentado, mi querido amigo? —preguntó con burla su socio—. La persona que buscamos, no es otra que tu queridísima Andrea Sáez, esa que te empeñaste en hacer tuya y nunca conseguiste.

A Sánchez se le resbaló el auricular de las manos estrellándose contra la firme mesa, lo recuperó apresuradamente—. No digas gilipolleces, amigo. Es imposible que sea Andrea. —Se negaba a pensar que la dulce Andrea, esa mujer que penetró en lo más profundo de su ser fuese la persona que lo estaba traicionando.

Su interlocutor no le dejó tiempo a pensar más—. Mi chica llegará esta noche a Murcia, mañana a primera hora te dará personalmente los detalles —comentó de seguido—. Haz la llamada.

—Hasta que no tenga las pruebas que la incriminan no pienso hacerla —rechistó Sánchez negándose a creer que Andrea era realmente a quien buscaba.

Antes de colgar, su socio le advirtió—. O haces tú la llamada o lo hago yo, tú decides.

Caminó dando grandes zancadas por el despacho intentado asimilar la noticia que acababan de darle. Era imposible que ese rostro angelical se la estuviese jugando de esa forma, pero nada en su mundo era improbable.

Una vez calmado se hizo con el móvil, tras marcar el número de la mano derecha de Enrico Bianchessi pulsó el botón de llamada.

20

Con cuidado de no despertarla, me siento en el filo de la cama observando su rostro relajado mientras duerme, está preciosa. Los remordimientos hacen acto de presencia por segunda vez en el día. Andrea cada día se introduce más adentro de la piel, incluso más que el tatuaje que llevo en el brazo, saber que le estoy ocultando una parte muy importante de mi vida, me está consumiendo poco a poco. Más de una noche en la soledad del cuarto, me planteo la posibilidad de separarme de la familia una vez finalizada la operación con tal de mantener su amor. Soy consciente que si ella se entera a lo que me dedico, quién es realmente Enrico Bianchessi, saldrá huyendo sin dejar rastro y solo de imaginarlo enfermo.

La vibración del móvil depositado en la mesa logra sacarme del dilema que me ronda unas semanas. Con lentitud me incorporo para no despertarla, deseo que descanse lo máximo, la noche fue intensa. El nombre de Piero parpadea iluminándose intermitentemente a cada tono, cojo el teléfono y con paso rápido salgo al exterior de la habitación del hotel, a la terraza privada que dispone la suite.

—Buenos días.

—Buenos días, Enrico. Acaba de llamar Sánchez, te emplaza a reunirte con él en su casa —informa de forma rápida, sabe que no me gustan los rodeos, es perder el tiempo.

Maldigo para mis adentros al escucharlo, eso supone no poder cumplir la promesa que le hice a Andrea el día anterior—. ¿De qué se trata? —quiero saber.

—No quiso explicármelo anoche por teléfono —responde mi amigo—. Lo único que dijo es que tiene el paradero de la persona que andamos buscando.

En momentos como este odio pertenecer a la familia Bianchessi, los negocios siempre están por encima de tus necesidades e incluso por encima del amor—. Le prometí ayer a Andrea que pasaría el fin de semana con ella, no tengo intención de incumplir la promesa. Desde que llegamos al país, nos hemos pasado los fines de semana viajando de un lugar a otro gracias a los negocios. Piero, empiezo a cansarme de tener que mentirle tanto.

Escucho el suspiro de mi amigo a través de la línea antes de responderme—. Enrico, no es necesario que te recuerde como funciona esto y menos siendo quien eres.

Con la mano libre me meso el cabello—. No, no es necesario que me lo recuerdes. Sé quién soy y cuál es mi vida, desde pequeño se

encargaron de inculcármelo para que no se me olvidara, que primero es la familia y si queda tiempo, vivir mi vida. —Un suspiro se me escapa de los labios—. ¿Estás seguro de que ese malnacido tiene algo que ofrecerme? No quiero decepcionar a Andrea otra vez para nada —pregunto intentando escaquearme de mis responsabilidades familiares—. La última vez que me hizo viajar a Murcia no sirvió de nada, perdí el tiempo como en anteriores veces.

—Esta vez no hay fallos.

Escuchar esa afirmación de la boca de Piero, me inquieta. Por un lado, estoy deseoso de finalizar el cometido por el que estoy en España, pero por otro, significa tener que regresar a mi país y no poder ver a diario al amor de mi vida, Andrea. Rechazó mi propuesta de matrimonio dejándome claro que si me marcho de inmediato a Italia, no viajará conmigo.

Con pesar me adentro de nuevo en la habitación, su respiración relajada me avisa de que sigue dormida. Colocándome en el lateral de la cama, la observo a mi antojo. El cabello enmarañado cubre parte de su relajado y bello rostro, su desnudez aparece ante mí al destaparse. Un intenso calor se apodera de mi cuerpo, no es por la temperatura, sino por observar sus firmes senos expuestos ante mí, me humedezco los labios, deseoso de saborearlos a mi antojo. Mi miembro empieza a latir con fuerza al adivinar lo que está a punto de suceder.

—Me estás comiendo con la mirada —susurra con voz adormilada sin abrir los ojos.

Sonrío al escucharla. La condenada, cada día que pasa me conoce más y en parte me asusta, lo que menos deseo es que descubra mi secreto antes de revelárselo yo—. Si no me provocarás de este modo, no te comería con la mirada —respondo deshaciéndome del bóxer antes de tumbarme sobre ella.

Le hago el amor con lentitud, demostrándole en cada movimiento el amor que profeso por ella. Necesito hacerle entender que mis sentimientos son reales y no pasajeros. Que no estoy dispuesto a perderla y menos por mi profesión. Si mi estilo de vida es un impedimento para estar juntos, tengo muy claro que me enfrentaré a la familia en contar de que me libren de mi puesto de sucesor. Sé que va a ser un duro golpe para mi padre, pero en estos momentos, lo único que me importa es la felicidad de Andrea y la mía y ni nada ni nadie va a interponerse en nuestra relación.

La atraigo hasta mí abrazándola con brío, soy consciente que la defraudaré cuando le notifique la noticia de mi marcha. Un nudo se me instala en el estómago al imaginar su rostro decepcionado, hasta ahora, no pude cumplir ninguna de mis promesas por culpa del dichoso trabajo.

—Cariño, ¿sucede algo? Me acabas de hacer el amor como si te estuvieses despidiendo de mí —tengo que desviar la mirada, ya me siento demasiado culpable—. Enrico, tu seriedad me asusta.

Beso sus carnosos labios antes de responder—. Tengo malas noticias, cariño.

Se incorpora con celeridad al tiempo que no despega la vista de mi cara—. ¿Vas a decirme lo que sucede o tengo que averiguarlo?

Ayudándome de los codos me incorporo sentándome en la cama, la cojo de la cintura colocándomela sobre la pelvis. Sin poder evitarlo me excito al sentir su calor, reparto miles de besos desde su hombro hasta su lóbulo saboreando su sabor, ese que tanto me enloquece y encanta por igual. La alzo de las caderas dejándola caer poco a poco mientras me introduzco en ella. Jadeo al notar su calidez interna, con destreza me aprieta el miembro con sus paredes vaginales haciéndome gozar más.

—¿Desde cuándo las malas noticias se dan haciendo el amor? —pregunta entrecortadamente mientras comienza a cabalgar lentamente sobre mí.

Gimo buscándole los labios, necesito grabar en mi piel su aroma y su sabor para poder sobrevivir dos días alejado de ella sin llegar a enloquecer por su ausencia—. Cariño… —debido al placer, tengo que hacer una pausa—. Debo viajar de inmediato a Roma, mi madre ha vuelto a enfermar. —No termino de decir la mentira cuando ya me desprecio a mí mismo por decirla.

Lentifica la cabalgata—. Lo siento, cariño. Conozco el estado de salud de tu madre y ya sabes que lo primero es la familia. —Su sinceridad y preocupación, son devastadores para mi pésimo estado, si supiese la verdad las cosas cambiarían—. No te preocupes que estaré en Madrid a tu regreso.

La beso con pasión—. Intentaré regresar domingo, lunes lo más tardar.

El orgasmo hace acto de presencia en los dos a la vez, tan devastador como los anteriores. Con ella en brazos me dirijo al baño, sin soltarla, abro el agua y nos introduzco en la ducha cuando el agua tiene la temperatura adecuada. Mientras Andrea termina de secarse el cabello, le envío un mensaje a Piero para que me recoja en casa de ella. Antes de marcharnos del hotel, solicito que nos sirvan el desayuno en la terraza de la suite.

Cogidos de la mano, como una pareja normal, paseamos por las bulliciosas calles de la capital hasta llegar a su domicilio, en doble fila el Ferrari Tunero F430 ya me espera. Me despido de ella con un intenso y largo beso, la sonrisa que me dedica antes de desaparecer tras la puerta me desarma.

Molesto y cabreado camino hasta el vehículo situándome ante el

volante, mi hombre no se digna a decir nada fuera de lugar, me conoce demasiado bien para saber que no es el momento para bromas si no desea probar el sabor de su sangre.

Incorporándome al tráfico afirmo—. Como Sánchez no me entregue lo que ha prometido, quien lo pagará caro será él por separarme de ella.

21

Cabizbaja y decepcionada cierro el portón del edificio. Me despedí de él con una sonrisa en la cara, intentando que no notara la decepción que causa saber que otra vez su trabajo se antepone a nuestro supuesto amor. Aunque Enrico inventa una historia sobre la maltrecha salud de su progenitora, al conocer su identidad, intuyo que la realidad de esos viajes, por lo menos algunos de ellos, son intentar capturarme, para eso viajó a España.

La determinación con la que le hablé a mí amiga anoche, se desvanece poco a poco. ¿Y si mi intuición falla y Enrico solo está conmigo por interés comercial? Las lágrimas comienzan a mojarme las mejillas al instante. Con lentitud asciendo los pisos que me separan de casa.

—Buenos días, preciosa —saluda alegremente Roberto—. ¿Qué haces en casa, no pasabas el fin de semana con tu amigo?

Me extraña que no nombre a Enrico, salgo de dudas al instante al ver aparecer a Valentino en bóxer en el salón—. Buenos días —saludo a ambos—. Se ha marchado —observo a Valentino, necesito ver su reacción cuando pregunte lo que tengo en mente.

—¿Cómo que se ha marchado? Así, sin más explicaciones. —Se queja mi amigo.

Me acerco al italiano con toda la intención de obtener la información deseada—. Valentino, ¿puedo hacerte una pregunta?

El hombre sin saber muy bien de qué va todo, asiente—. Por supuesto, Andrea. Sabes que te estoy muy agradecido por no revelar nuestra relación.

—Jamás le haría eso a un amigo —respondo con sinceridad—. ¿Desde cuándo está enferma la madre de Enrico?

No hace falta que me responda, su cara contesta—. Que yo sepa, su madre goza de una estupenda salud. ¿Por qué lo preguntas?

Finjo indiferencia antes de ofrecerle una respuesta, lo que menos deseo es que descubra mi desolación al enterarme de la verdad por boca de otro.

—Simple curiosidad. Ayer creí escuchar que su madre estaba enferma, seguro que oí mal —comienzo a caminar hacia al cuarto, me detengo un momento—. ¿Está Mariola?

—No vino a dormir —responde Roberto.

—Perfecto, no os molestaré chicos. Haced como si no estuviera en casa.

Veo en la cara de Roberto que no cree ni una de mis palabras y

menos mi despreocupación, tras la respuesta de su pareja. Los dejo solos en el salón y me dirijo a la habitación, necesito organizar mis ideas pero sobre todo mis sentimientos por el italiano.

Sentada en el filo de la cama, comienzo a cavilar la apresurada marcha de Enrico de la ciudad. Dos ideas cruzan mi mente, bien puede tratarse de los negocios familiares o que finalmente Sánchez me ha descubierto. Solo de pensar la última opción el bello se me eriza, aunque desecho la idea rápidamente, si fuese verdad, Isa me advertiría de inmediato.

El sonido de la puerta al abrirse me distrae de mis locas cavilaciones, de pie frente a mí Roberto me observa.

—Ahora que estamos solos, ¿vas a decirme la verdad?

Al ver su preocupación sonrío, me recuerda tanto a Tony que no puedo evitarlo—. Roberto, cielo. No hay nada que contar.

Toma asiento a mi lado—. Ya estamos otra vez con lo mismo. —Al ver que va a ser interrumpido, alza la mano para que no lo haga —. No me digas otra vez, que cuanto menos sepa más seguro estaré. Empieza a cansarme la frase.

—Es la verdad —digo mostrando indiferencia.

Se gira para mirarme—. Andrea, no entiendes que para mí te has convertido en la hermana que perdí. —Sí, claro que lo sé—. No me dejes al margen, por favor.

Le palmeo el muslo—. Te prometo que cuando estemos solos te lo contaré todo, esta vez no te esconderé nada.

—Júramelo —alzo la ceja al escuchar lo que me está pidiendo. Al ver mi cara inquiere—. Sé que no crees en Dios, pero yo sí, así que júramelo.

—Te doy mi palabra que te contaré todo —respondo con seriedad—. Anda, tonto, ve con Valentino.

Refunfuñando acepta que lo eche del cuarto, él tiene a su pareja en casa y yo necesito soledad. Me acurruco en la cama, al final el llanto gana la batalla y hace acto de presencia.

22

Los primeros rayos de sol despertaron a Sánchez, aunque a decir verdad, no consiguió conciliar el sueño durante la noche, la noticia de que fuese Andrea la persona que lo estaba traicionando, le quitó el sueño.

Se incorporó de la cama comprobando la hora, el reloj de la mesita de noche marcaba las ocho de la mañana. Dirigió sus pasos al baño privado de la estancia, una ducha le vendría bien para despejar la mente, antes de que su socio hiciese acto de presencia en su hogar. Vació medio bote de perfume sobre el cuello antes de abandonar el baño, impregnando cada sala que pisaba con la intensidad de la fragancia.

Tras un saludable desayuno servido en la terraza con vistas a la piscina, se encendió un habano, era el mayor placer de su vida después de las mujeres. Disfrutando de los rayos de sol que bronceaban su rostro, vio como accedía a la parcela el sedan plateado de su amigo.

Dejando el habano en el cenicero, ingresó al interior de la vivienda con dirección a su despacho, allí sentado de forma profesional daría la bienvenida a la visita. Pocos minutos después, su socio aparecía frente a él sujetando a la odiosa de su novia por la cintura. Un apretón de manos fue el saludo entre los caballeros, a ella la saludó cordialmente con un fingido beso en la mejilla.

—Tomar asiento, por favor —pronunció Sánchez caballerosamente—. ¿Habéis desayunado?

La estúpida sonrisa de su amigo apareció en su rostro, cada vez que ella estaba a su lado, su amigo se volvía un inútil que solo tenía ojos para ella—. Sí, le serví el desayuno en la cama, es lo menos que puedo hacer después de darme la sorpresa de aparecer anoche por la ciudad.

Ella se incorporó besando con pasión los labios de su pareja—. Me encanta sorprenderte, cariño.

Sánchez asqueado por las muestras de afecto que su visita se profesaba sin importarle su presencia, se dedicó a observar su estudio. En la estancia primaba lo antiguo con lo moderno, la pared que quedaba a su espalda era de piedra gris vista. Tres vigas de madera resaltaban de la pintura blanca del techo. Los muebles negros eran de líneas rectas, pero sin duda, lo que más destacaba de la sala era la mesa de trabajo. El cristal pulido dejaba ver la figura de un arma, no un arma cualquiera, se trataba de la silueta de una

Beretta 92 de nueve milímetros. Las patas de la mesa para no desentonar con el conjunto, estaban talladas con la forma de la munición de la pistola.

—Mi vida, ¿puedes contarle a Sánchez lo que me dijiste anoche? —El aludido les prestó de nuevo atención.

La señorita lo miró con desdén, la hostilidad entre los dos surgió el mismo día que se conocieron, pero por el bien del negocio se soportaban—. Por supuesto, cariño.

Con su displicencia habitual le relató lo mismo que la noche anterior le contó a su amor. Sánchez no salía de su asombro con cada palabra que pronunciaba la indeseable pareja de su socio. Esa mujer con tal de llevarle la contraria era capaz de cualquier cosa.

—No te creo —respondió Sánchez acusándola con la mirada—. Nunca fue de tu agrado, de ahí que quieras inculparla.

La mujer hizo acopió de sus modales para no marcar la cara del cretino de Sánchez con los dedos—. Te estoy diciendo la verdad. Te niegas a creerlo porque sigues obsesionado con ella, aunque ella disfruta de las atenciones del italiano y no de las tuyas —agregó con maldad recordándole que nunca la poseyó—. La persona que buscamos es tu queridísima Andrea. Aquí tienes su número de teléfono. —Se lo entregó con soberbia.

Sánchez asombrado observó el papel que le tendía, ignorándolo concienzudamente. ¿Cómo era posible que esa mujer culpara a su dulce Andrea de ser una traidora? No, seguro que era una astucia de ella—. Creo que estás equivocada, es más, estoy seguro de que solo en una artimaña tuya para hacerme dudar de la única empleada que es fiel al negocio. Tu odio por Andrea es tan grande, que eres capaz de cualquier cosa para quitarla de en medio.

La mujer morena se giró quedando frente a su pareja—. Lo escuchas. ¿Vas a decirme que este hombre es de fiar para los negocios? —dijo con desprecio señalando a Sánchez.

—Sánchez, que tú no seas capaz de hacer bien tu trabajo, no te da derecho a desprestigiar el de mi novia —intervino su socio molesto al ver el trato que le daba a su pareja—. No es ningún error, la persona que llevamos buscando un año es Andrea Sáez.

El mencionado se incorporó de la silla derribándola por la fuerza usada—. ¡Te digo que es un error, que no es ella! —aseguró alzando la voz.

Su socio cansado de la inmadurez que mostraba su amigo, se hizo con el móvil que estaba sobre la mesa, marco el número que su novia escribió en él y se lo tendió—. ¡Llámala! Pregúntale por la documentación, si no es ella la dejaremos vivir, en caso contrario cavará su propia tumba.

Sánchez dudó un instante antes de apretar el botón de llamada.

Si finalmente resultaba que ambos llevaban razón, su decepción sería tremenda, puso muchas expectativas en Andrea y en conseguir enamorarla algún día. Despacio se llevó el teléfono a la oreja, sabiendo perfectamente que decirle cuando descolgara la murciana.

23

Cansada de dar vueltas en la cama sin lograr conciliar el sueño, es la excusa perfecta para levantarme. La cabeza me estalla y no es debido a las cervezas de anoche, al final Roberto consiguió su propósito y fue no dejarme sola en el ático. Después de más de dos horas suplicándome que los acompañara a cenar, opté por cambiar el pijama por unos vaqueros o jamás los perdería de vista.

Sin hacer ruido para no despertar a Roberto y Valentino, recorro descalza la vivienda hasta llegar a la cocina con el teléfono en la mano, quiero llamar a mis padres. El reloj de la pared marca las nueve y media de la mañana, suspiro al comprobar que solo estuve en la cama cinco horas. Preparo unas tostadas y un zumo natural sirviéndolo todo en la terraza, quiero aprovechar los rayos de sol.

Desayuno observando la belleza de la ciudad, al terminar me enciendo un cigarrillo, antes de tumbarme en la hamaca me hago con el cenicero colocándolo en el estómago. Cierro los ojos, los rayos directos me molestan. El sonido de la vibración del móvil me arrebata la tranquilidad. En la pantalla parpadea un número privado, mi primera reacción es no descolgar pero algo en mi interior me avisa que lo haga, con determinación acepto la llamada entrante.

—¿Sí?

La entrecortada respiración que escucho me pone alerta—. Andrea. ¡Qué alegría escuchar de nuevo tu dulce voz! —La rigidez al reconocer la voz se apodera de cada músculo del cuerpo impidiendo con ello poder moverme y pronunciar palabra.

Las primeras lágrimas aparecen al saber que soy descubierta, intento secarlas al escuchar pasos acercarse a la terraza, Roberto y Valentino ven mi lamentable estado antes de quitármelas a manotazos.

—¿Debo pensar que no piensas saludarme? —La voz de Sánchez me taladra la cabeza—. Recuerdo que siempre fuiste muy educada. Lo menos que puedes hacer es saludar al hombre que te hizo ganar tanto dinero en su día, ¿no crees?

Trago saliva antes de hablar—. ¿Cómo me has localizado, Sánchez? Que yo recuerde no tienes este número. —Dos pares de ojos centran la atención en mí.

Una risa forzada surge de la garganta de Sánchez—. Si te soy sincero, me ha costado lo mío localizarte, un año para ser exacto. Pero dejemos las formalidades para otra ocasión, ¿cuándo te

incorporas de nuevo a la plantilla?

Carraspeo intentado aclarar la voz—. Santiago, ya te dije que dejaba el trabajo antes de marcharme.

—No, no lo dijiste, Andrea —replica de mal humor—. Es más, tengo entendido que tienes algo que me pertenece y que por eso huiste de la ciudad.

Un nudo se me instala en la garganta resecándola al instante—. No sé de qué hablas, si puedes ser más explícito te lo agradecería.

—¡Escúchame bien, zorra! —grita a través del auricular—. O me devuelves los documentos que robaste de mi oficina por voluntad propia, o atente a las consecuencias.

Me incorporo del asiento por inercia, sé que es una amenaza—. No olvides lo que contienen esos papeles, así que ni se te ocurra volver a amenazarme, malnacido.

Escucho un fuerte golpe a través de la línea—. No te lo vuelvo a repetir, o me entregas lo que es mío por las buenas o tu familia y tus amigos pagarán muy caro tu osadía.

Miro a Valentino, el color de sus mejillas va desapareciendo conforme asimila la conversación que está presenciando, y mis nervios van en aumento al saber lo que me depara a partir de este momento.

—¡Escúchame tú a mí! —bufo—. Toca a mi familia o a mis amigos y te juro que será lo último que hagas en esta vida. —No le doy opción a réplica, cuelgo tras decir la última palabra.

Con los nervios a flor de piel e ignorando las miradas y llamadas de mis amigos, me adentro en la vivienda, es hora de actuar si no deseo que le ocurra nada a mis seres queridos. Antes de llamar Isa, me cercioro que ninguno de los dos me sigue hasta la habitación.

Cuando descuelga no la dejo saludar—. ¡Saca a mi familia de la ciudad ya! —exijo—. Sánchez me ha localizado.

«¡Pedro, reúne a los chicos. Llegó el momento de irse!», escucho —. Estamos en contacto. Ten cuidado, Andrea —pide mi amiga antes de colgar.

24

Sánchez escuchaba atónito el comunicar de la línea, habían transcurrido unos segundos desde que Andrea le colgara amenazándolo. Su estupor iba en aumento al no comprender cómo bajo una cara tan angelical como la de ella, se hallaba una arpía. En esos momentos deseaba matarla con sus propias manos, no sin antes hacerla suya de una vez para mostrarle lo que era un hombre de verdad y no el italiano con el que tonteaba, que estaba seguro de que no sabría complacerla. Escuchar a lo lejos la repelente voz de la novia de Alejandro lo sacó de su desconcierto.

—Por tu cara, creo que no me equivoco de persona, ¿verdad? —preguntó con su altanería.

Sánchez la miró con su habitual desprecio, no soportaba a esa mujer—. ¿Alguna vez te han dicho lo despreciable que eres?

Las risotadas de la mujer consiguieron ponerlo más molesto de lo que ya estaba—. Por regla general, suelen decirme lo buena que soy. Aun así, gracias por el halago.

El hombre cansado que lo mirara con aires de superioridad la encaró—. Recuerda una cosa, no eres nadie. Si estás en esto es porque Alejandro es un calzonazos que no sabe hacer nada si no te tiene cerca. Si fuese por mí, ya estarías bajo tierra.

—Sánchez, por lo que veo se te olvida muy rápido quién soy —contestó ella encarándolo—. Si no fuese por mi familia, seguirías siendo un lacayo de los Bianchessi. Que no se te olvide, si ahora tienes la posición y respeto de la gente es gracias a mí, no por méritos propios. Vuelve a olvidarlo y quien estará bajo tierra serás tú.

Sánchez en un acto reflejo levantó la mano para abofetearla, aunque los reflejos de Alejandro impidieron que la mano se estrellara contra la cara de su pareja.

—Si vuelves a levantarle la mano tendremos un serio problema —amenazó Alejandro fulminando con la mirada a Sánchez—. Dejar vuestras diferencias a un lado cuando hablemos de negocios, os recuerdo que los tres nos jugamos mucho.

La mujer se mordió la lengua al tiempo que apretaba los puños contra el costado, tenía que mantener las formas o toda la operación saldría mal parada. Centró la mirada en Alejandro, intentando concentrarse en los pocos momentos de intimidad que tenían. Agarró la cara del hombre con las dos manos y sin importarle la molestia presencia de Sánchez lo besó salvajemente.

—Regresemos a casa, cariño —habló una vez finalizado el salvaje beso—. Tengo que regresar pronto o notarán mi ausencia.

Sánchez los observó marcharse acaramelados, aunque odiaba con todas sus fuerzas a esa mujer la escena vivida lo puso cachondo. Olvidándose de la morena de ojos miel que llevaba grabado a fuego, llamó a los italianos para retrasar la reunión primero quería satisfacer sus necesidades, acto seguido, invitó a su hogar a otra morena que nunca lo rechazaba.

25

Estoy apoyado en el coche mientras observo a Piero hablar por teléfono, Sánchez acaba de llamar y seguro que no van a gustarme nada sus noticias. Al informarme mi hombre comprendo que mis sensaciones no son erróneas, al saber que es él quien llama. Sin ofrecer motivos coherentes emplaza la reunión a mediodía. Opto por tomar un café en el restaurante de la gasolinera donde nos encontramos, quedan muchas horas para reunirme con uno de mis distribuidores.

Ambos nos dirigimos al fondo del local para tener privacidad, aunque en el bar no hay mucho bullicio, no deseo oídos ajenos que puedan escucharnos. Solicito a la sonriente camarera un capuchino sabiendo que ese brebaje no tiene nada que ver los cafés italianos, pero después de tantos meses residiendo en el país empiezo acostumbrarme a tomarlos.

—Piero, cuando llegue a Roma voy a renunciar a mi puesto de sucesor —comienzo a decir en voz baja—. Andrea me ha hecho ver que deseo una vida mejor y no está en la que se debe anteponer todo para que el negocio fluya.

Mi amigo no despega la vista del amargo líquido, entiendo que lo que acabo de anunciarle lo deja a él en una tesitura desagradable, si realmente renuncio a ser el capo de la familia, tendrá que prestar sus servicios a mi hermano Marco, en vez de a mí.

—Enrico, amigo —finalmente, levanta la vista—. No pienso decirte cómo debes vivir tu vida, solo recuerda que aunque seas el hijo de quien eres, no es tan fácil abandonar este estilo de vida.

Giro la cuchara removiendo el café—. Sé las consecuencias que me deparan cuando anuncie mi decisión —afirmo cabizbajo. Que sea el hijo de Mauro Bianchessi no me libra de recibir el castigo por querer abandonar la familia, la única ventaja de ello, es que sé que me dejarán con vida aunque no tengo claro en qué condiciones—. No quiero renunciar a Andrea.

Piero mueve la cabeza con movimientos afirmativos—. Sé de qué me hablas, amigo —asegura intentando vagamente ofrecerme una sonrisa—. Aunque si te soy sincero, no pensaba que estuvieses tan enamorado de ella.

—Anoche le pedí que se casara conmigo —revelo.

Nunca antes vi a mi amigo de la infancia abrir los ojos tan descomunalmente—. ¿Qué respondió? —Se limita a decir.

Niego con la cabeza, todavía me duele su rechazo, estaba convencido que aceptaría. Seguimos confesándonos mutuamente, desconocía el enamoramiento de mi amigo, por lo visto Mariola, lo cala tanto que le pidió que se mudara con él a Roma. Para mi desgracia, la catalana aceptó sin pensarlo.

Escuchamos el tintineo de la puerta, ambos giramos la cabeza para ver quién accede al restaurante, una mujer morena entra sonriéndole a la camarera. Percibo nerviosismo por parte de mi acompañante hasta el punto de quedarse rígido en el taburete.

—¿Conoces a esa mujer?

Mi amigo sigue contemplándola antes de ofrecerme una respuesta—. Tenemos un problema —dice mirándome seriamente—. Creo que es la hermana de Andrea.

La miro desde mi posición, la chica es bien parecida, pero no tiene nada que ver con la belleza de Andrea—. No conozco a su hermana, pero esa mujer no se parece en nada a Andrea —acostumbrado como estoy a ver mi reflejo en mi hermano pequeño, me parece improbable que sea la hermana de mi morena de ojos miel.

Piero sacude la cabeza un par de veces—. No estoy seguro, hace tiempo que Andrea me la presentó —vuelve a mirarla fijamente—. Puede que esté confundido.

Me quedo extrañado al saber que Andrea le presentó a su hermana a mi amigo, viene a mi cabeza el segundo fin de semana, el que me negué a acompañar a Fabio y Piero—. Es lo más probable.

La mujer habla poco rato con la camarera, despidiéndose de ella con una bonita sonrisa. La veo salir del local sin prisas, eso me cerciora que Piero no está en lo cierto, esa mujer no puede ser la hermana de Andrea.

Abono la cuenta antes de abandonar el bar. Como faltan horas para la reunión tengo en mente visitar la costa de la ciudad, seguro que a Andrea le hace ilusión vivir cerca de su familia. No pierdo la esperanza de que se convierta en mi esposa y si voy a abandonar el negocio familiar ya nada me impide marcharme de Italia. Antes de llegar al coche comienza a sonar el teléfono de Piero.

—Valentino, ¿para qué me llamas? —Es lo único que escucho antes de que se aleje de mi lado para poder hablar con privacidad.

26

Piero miró la pantalla de su teléfono con recelo, no entendía a que se debía la llamada de su compañero de trabajo.

—Valentino, ¿para qué me llamas? —preguntó rezagándose de su jefe.

—La localicé, Piero —contestó Valentino a la carrera—. Sé a quién estamos buscando. Te aseguro que es difícil digerir la noticia.

Piero quedó sorprendido por lo que oyó, no entendía a que se debía tanto misterio y si sabía el paradero de la persona que andaban buscando, por qué lo llamaba a él—. Explícate mejor. ¿Cómo es posible que sepas la identidad de la persona, sí aún no nos reunimos con Sánchez?

—Es largo de explicar —replicó Valentino sin querer desvelar su vida privada, no tenía claro como lo iban a tomar sus compañeros —. Solo te diré que la tuvimos todo este tiempo a nuestro lado.

Su amigo cansado de tantos rodeos exigió—. No le des tantas vueltas al asunto, nuestro trabajo es ser concisos. Así que dime de una vez que es lo que sabes.

Valentino tragó el nudo que se le formó en la garganta antes de responder—. La persona que buscamos no es otra que Andrea.

—¿Qué Andrea? Valentino sé más concreto —requirió intentando no asimilar la verdad, se negaba a creer que fuese la Andrea que él conocía, sería un duro golpe para todos, pero sobre todo para Enrico.

—Nuestra compañera.

Le flaquearon las rodillas, sus temores se acababan de confirmar, se mesó el pelo inquietamente, no le gustaba nada la noticia—. Lo que estás diciendo es una locura, Valentino. Andrea no puede ser la traidora, tiene que ser un error.

—No es un error —afirmó Valentino—. Sánchez la llamó estando yo presente. Piero, es Andrea quien tiene la documentación robada pero…

—Un momento —interrumpió—. ¿Estabas con ella cuando recibió la llamada? ¿Cómo es posible?

Valentino suspiró, sabía que era el momento de explicar parte de su vida—. No es lo que estás pensando, eso te lo aseguro.

—No has respondido a mi pregunta.

—Estaba y estoy en el mismo lugar que ella, no con ella —explicó Valentino.

Giró la cabeza asegurándose que su jefe no estaba escuchando la conversación—. Más vale que le digas la verdad a Enrico porque no

aseguro que se tome bien la noticia de que estás con ella.

—¿Por qué va a molestarle si ya tiene lo que busca? —preguntó intentando cerciorarse de los rumores que semanas atrás le llegaron.

—Supongo porque está enamorado de ella —contestó comprendiendo por fin el alcance del asunto. Su amigo, su jefe, estaba enamorado de la persona que él mismo ordenó matar.

Valentino controló el volumen de su voz antes de hablar, de no ser así, hubiese gritado alertando a Roberto que se hallaba en el interior de la vivienda—. Dios, esto complica las cosas.

—No sabes bien cuanto —confirmó Piero—. Escúchame, Valentino. No te separes de Andrea, no la pierdas de vista bajo ningún concepto. Voy a ver cómo le doy la noticia a nuestro jefe y ahora te envío instrucciones de cómo actuar.

Colgó la llamada. Antes de regresar junto a su amigo se pasó las manos por la cara, necesitaba calmarse antes de enfrentarse a Enrico quien lo observaba atentamente desde la lejanía. Podía sentir su mirada clavada en la nuca. Hasta ahora jamás se encontró en una encrucijada como esa, cómo decirle a su mejor amigo que la persona que tenía que pagar con su vida, era la misma a la cual la noche anterior le propuso matrimonio.

Valentino se calmó antes de acceder al salón donde sabía iba a encontrar a Roberto. Acarició sus rubios cabellos, consiguiendo con ello que esos ojos color chocolate lo mirasen. Tomó asiento junto a él, intentado no pensar en todas las cosas que debía contar, le partía el corazón imaginar al sevillano alejarse de su lado.

—No sé cómo explicarte lo que está sucediendo, sin que pienses mal de Andrea —comentó Roberto sin mirar al italiano.

—Cariño, puedes confiar en mí —respondió Valentino cogiéndolo de la barbilla para que lo mirara—. No voy a pensar mal de nadie, digas lo que digas.

Roberto entrelazó sus manos con las de Valentino, necesitaba infundirse valor antes de relatar la historia de su amiga—. Al poco de llegar a Madrid, Andrea comenzó a sufrir pesadillas, al final conseguí que hablara conmigo. Me contó que su repentina marcha de su ciudad natal se debía a que estaba huyendo de gente peligrosa, por coger una documentación que ponían en jaque a esas personas. Según dio a entender, tenía claro que cuando se percataran de la desaparición de la información y la localizaran tendría serios problemas, hasta el punto de creer que eran capaces de asesinarla —comprobó que Valentino no hacía ningún gesto extraño, así que prosiguió—. Se negó a desvelarme más información, según ella, cuanto menos sepa más seguro estaré. De poco sirvió mi insistencia en averiguar cómo acabó involucrada, porque no volvió hablar del tema. Desde entonces, siempre intento

estar cerca de ella, no sé cuándo estará en riesgo.

—¿Por qué piensa así ella? —indagó Valentino, necesitaba averiguar cómo terminó involucrada en ese mundo que no le correspondía.

Roberto no tenía respuesta para aquella pregunta, lo único que podía hacer era revelar sus inquietudes—. Ni idea, como te digo se negó hablar más del asunto. Todo este tiempo estuve analizando la conversación mantenida, intuyo que Sánchez es quien la busca cuando no haya más gente implicada. Deduzco que se dedican al contrabando, lo que no sé si es droga, armas o trata de blanca, o una mezcla de todo —notó la rigidez del cuerpo de Valentino aunque no lo entendía—. Cariño, sabes que por mi familia hice todo lo que estuvo en mi mano, pero no concibo que esa gentuza mate a inocentes por el mero hecho de no hacer lo que exigen. Desde mi punto de vista, ese tipo de gente son unos asesinos sin escrúpulos que les da igual el bienestar de la humanidad, solo les importan sus intereses económicos. No entiendo como personas como Andrea pueden trabajar para esos sinvergüenzas.

Para Valentino fue duro escuchar lo que el sevillano acababa de decir, él no se consideraba ningún asesino sin escrúpulos, de hecho, cuando aceptó el trabajo se negó a matar y aun así lo contrataron—. No todos los que están en ese mundo son asesinos. —Se defendió—. También los hay que no tienen otra cosa y no les queda más remedio que aceptar trabajar para gente que en condiciones normales no se acercarían.

—No entiendo cómo puedes defenderlos, para mí siguen siendo de la misma calaña, la misma culpa tiene quien mata que quien oculta —replicó seriamente Roberto sin percatarse del cambio de humor que provocaban sus palabras en Valentino.

El italiano incapaz de mantenerse sentado más tiempo se incorporó, desde su altura le preguntó—. ¿Me estás diciendo que así es como ves a Andrea?

Roberto lo miró con desdén, ¿cómo se atrevía a insinuar algo así de su amiga? —. Andrea no es como ese malnacido. Si algo tengo claro es que ella no sabía a qué se dedicaba hasta que cogió la documentación.

Valentino no creyó que eso fuese capaz, por el mero hecho, que para hacerse con la documentación ella debía estar al tanto de lo que ocurría en los negocios de Sánchez. El italiano tuvo claro en ese instante que su relación con Roberto tenía fecha de caducidad, una vez se sincerara con él, el sevillano saldría huyendo de su lado.

27

Intento hablar con Andrea mientras Piero charla con Valentino, no hay manera de localizarla, la línea está ocupada todo el tiempo. Guardo el móvil en el bolsillo del tejano decepcionado, deseo con todas mis fuerzas escuchar su voz, hacerle saber que aunque haya rehusado el compromiso no tengo intención alguna de separarme de su lado.

Analizo los movimientos de mi hombre, desconozco que le relata Valentino a través de la línea pero pierde color a cada palabra que escucha, en un momento dado nuestras miradas se cruzan y creo ver pena en su mirada, aunque no entiendo bien a que se debe.

Comienza a caminar lento hacía el coche, evita el contacto directo conmigo, cosa que consigue ponerme en alerta, su distanciamiento empieza a cabrearme. ¿Tan malas son las noticias recibidas? La idea de que finalmente el juez Espasí hallara algo para utilizar en nuestra contra, me parece la más factible en estos momentos, el cuerpo se me tensa al imaginar que estará sucediendo en Roma. Después de mucho investigar, no logramos identificar al misterioso juez venido de la nada.

—Valentino —comenta Piero enseñándome el terminal.

—Sé quién ha llamado —replico de malos modos, tanto misterio me está matando—. ¿Qué quería y por qué te llama a ti? Aún soy el jefe.

Se frota la cara con manos temblorosas, cada vez entiendo menos lo que está pasando—. Te aseguro, Enrico, que en su lugar hubiese actuado del mismo modo, con ello, no te falta el respeto. Sabes de sobra que Valentino te tiene en alta estima.

—¿De qué estás hablando? —exijo encarándolo, mi paciencia se agota por momentos—. Empieza a decirme qué ocurre o serás tú quien pague las consecuencias.

En vez de responder, se entretiene en jugar con una piedra que le queda al alcance del pie. Al agarrarlo con fuerza del brazo por fin alza la mirada y comienza a cantar—. Valentino ha descubierto la identidad de la persona que llevamos buscando meses.

Me relajo al saber que la familia no está en peligro, aunque entiendo menos la desolación de su mirada—. ¿Cómo es posible que sepa quién es, si todavía no nos reunimos con Sánchez?

—Es complicado.

Le aprieto con más fuerza el brazo, por lo visto, mi hombre no sabe de lo que soy capaz—. Sabes de sobra que para nosotros no

existe esa palabra. Lo complicado lo hacemos fácil o somos carne de cañón. Llama ahora mismo a Valentino, que nos dé la dirección de la señorita, quiero acabar con el asunto de una maldita vez y regresar a Madrid, que es donde debo estar y no aquí perdido en mitad de la nada.

Aguanta el dolor que ejerzo sin rechistar—. No es tan fácil como crees, Enrico. La chica no está en la ciudad, no en esta —mira en ambas direcciones comprobando que nadie nos observa—. Amigo…

Llevo la mano libre a la cinturilla del pantalón, acaricio con la punta de los dedos el arma aunque no es adecuado sacarla, pero si Piero sigue en esta tesitura me obligará a hacerlo—. Deja los rodeos y dime el nombre de una maldita vez. Piero, no me obligues a hacer algo que no quiero.

Su nuez sube y baja rápidamente—. Andrea Sáez. —Mi subconsciente me juega una mala pasada, son tantas las ganas de abrazarla, besarla y mimarla, que creo escuchar su nombre de los labios de mi hombre.

—¿Qué has dicho? —pregunto balbuciendo para salir de dudas.

—Lo que has oído —responde mirándome fijamente—. La persona que buscas por traición es a Andrea Sáez, tu Andrea.

El muro de contención que forjo durante unos segundos, se derrumba arrastrándome con él, los alrededores comienzan a girar como si estuviese subido en una noria. La situación que me rodea, parece sacada de una mala película. Una arcada me quema la garganta, sin ser capaz de contenerla vacío el contenido del estómago. Las lágrimas acuden raudas y con ellas, la rabia. Una rabia que se apodera de mi cuerpo.

En la lejanía escucho a mi hombre llamarme, creo que incluso pregunta si me encuentro bien. La vena del cuello comienza a latir con fuerza, a partir de este momento, no soy dueño de mis actos.

Miro a Piero como un perro de caza observa a su presa, sin titubear lo agarro con todas mis fuerzas del cuello estampándolo contra el coche. Golpeo su mandíbula con fuerza. Prosigo atizándole sin compasión, mi amigo, aguanta la embestida sin oponer resistencia.

Pasados unos segundos, me agarra los puños con fuerza impidiendo que lo golpee de nuevo—. Enrico, amigo, cálmate. Estamos llamando la atención.

Como si de un niño pequeño se tratase, me derrumbo. Los suspiros me convulsionan todo el cuerpo. Piero me abraza con fuerza intentando tranquilizarme, aunque de nada sirven sus palabras de aliento.

—La he condenado a muerte, Piero —gimoteo como cuando era pequeño—. Ordené el asesinato de la mujer de la que estoy

enamorado. ¿En qué clase de monstruo me estoy convirtiendo, amigo?

Me sujeta por los hombros firmemente—. No sabías que era ella, Enrico. No te culpes de algo que desconocías. Sube al coche, por favor.

Como un autómata me siento en el asiento de acompañante del conductor, me cubro la cara con las manos, la situación es peor que cualquier pesadilla. Ordené la muerte de Andrea, la mujer de la cual estoy locamente enamorado, la que deseo se convierta en mi esposa, mi confidente, la futura madre de mis hijos.

Sin quitarme las manos del rostro hablo—. Puede que Valentino esté equivocado, lo más seguro es que sea un error y ella no es quien buscamos.

Noto la mano de Piero sobre el hombro—. No, amigo, no es un error. Es ella.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —inquiero mirándolo.

Desvía la mirada—. Valentino estaba con ella cuando Sánchez la llamó.

Lo miro atónito, ¿cómo es posible que mi hombre estuviese con mi chica? Aunque pensándolo bien, es una ventaja que no pienso desaprovechar.

—Tenemos que regresar a Madrid, debo sacarla del país y esconderla antes que mi familia o Sánchez la localicen, será la única forma que sobreviva —nervioso empiezo a buscar el teléfono, necesito hablar con Valentino para darle instrucciones—. Dame tu teléfono.

Remolonea un poco antes de entregármelo—. ¿Qué dices, Enrico? No puedes traicionar así a tu familia, te matarán.

—Es lo que menos me importa ahora mismo —respondo con sinceridad—. Lo único que me preocupa es ponerla a ella a salvo y sé dónde llevarla para que no la encuentren.

Piero golpea con fuerza el volante—. ¡Enrico, por Dios, te estás oyendo! Intentas decirme que vas a desafiar a toda una familia, por salvar la vida de una mujer que piensa venderte sin remordimiento alguno.

Vuelvo a golpearlo con fuerza, su osadía llega demasiado lejos —. ¡Escúchame bien! Como vuelvas a insinuar que Andrea es una traidora, te mato. Te juro por lo más sagrado, Piero Cassavacchi, que acabo con tu vida con mis propias manos. O estás conmigo o contra mí, tú decides.

Su silencio me confirma a favor de quien está, se posiciona de mi lado, como en anteriores veces. No es la primera vez que los dos, desafiamos a la familia Bianchessi, hasta el momento, salimos indemnes de nuestras insolencias.

—Arranca el coche —ordeno localizando por fin el celular.

—¿Qué vas a hacer con tu primo y el resto de hombres? —pregunta Piero incorporándose al tráfico velozmente.

Desvío un segundo la mirada de la pantalla para centrarla en mi amigo—. Mandarlos de vuelta a casa.

Mientras Piero conduce a la máxima velocidad que le permite el Ferrari, me encargo de llamar a Fabio explicándole la mala situación que hay en Roma, no me tiembla la voz a la hora de mentirle descaradamente. Le ordeno que él, junto a Marcello y Salvatore, debe regresar de inmediato a la ciudad. La familia los necesita.

Tras un breve receso para calmarme, llamo a mi hermano, me debe un favor y pienso cobrarlo sin desvelarle mis intenciones reales, jamás me perdonará el engaño.

—¿Qué pasa, hermano? ¿Lo pasas bien por tierras españolas? —responde alegremente al descolgar la llamada.

Intento serenarme antes de hablar, Marco no debe descubrir nada o todo mi plan se irá al traste.

—Marco, necesito un favor. Nadie debe enterarse.

Escucho como se despide de alguien solicitando estar a solas. Espero pacientemente hasta que vuelve hablar—. Tú dirás.

Sé que no puede negarse, nunca desvelé lo que realmente sucedió aquella noche, fue un pacto entre hermanos y así seguirá siendo—. Te he enviado unas instrucciones por mensajería privada. Es muy importante que las sigas al pie de la letra.

Oigo como teclea en el ordenador, tarda un momento en responderme, está leyendo mi petición—. Cuenta con ello, Enrico.

Antes de colgarle le advierto—. Marco, nadie debe saber mi paradero, ni papá.

—Voy contigo.

—No. Necesito que te quedes en la mansión para mantenerme informado.

Fuerzo a Piero para que pare en la siguiente estación de servicio, mis nervios son tales que solo hay una cosa que los calmará, es un antiguo vicio, pero lo necesito en estos momentos como el comer. La ansiedad remite un poco al sentir como el humo inunda los pulmones, ignoro la mirada reprobatoria que me dedica mi amigo, llevo años sin fumar.

Antes de regresar al coche hago una última llamada, Valentino es el único que está cerca de ella, a nosotros nos quedan unas horas para llegar a la capital. A partir de este momento, debe convertirse en mis oídos y ojos, por nada del mundo debe perderla de vista hasta que no esté subida al avión.

—Avísame cuando este a salvo —pido antes de colgarle.

28

Los minutos se niegan a avanzar, vuelvo a mirar el reloj de la mesilla esperando la llamada de Isa confirmándome la salida de la ciudad de mi familia. Transcurre más de una hora desde que hablamos y sigo sin tener noticias suyas, empiezo a pensar que las cosas no salen todo lo bien que en su día planeamos.

Intento concentrarme en recoger mis pertenencias, sobre todo las más importantes, las llaves, documentación que siempre me acompañan, lo introduzco todo en el doble fondo de la maleta de mano. Cierro el bolso a comprobar que las armas están dentro. Anoto en la agenda los números de teléfono que sé voy a necesitar, debo desprenderme de los dos terminales antes de abandonar la vivienda, si los llevo conmigo podrán localizarme fácilmente, ventaja que me niego a ofrecer.

Sustituyo la ropa de noche por la de calle, debo estar lista para partir nada más recibir la llamada. Por fin, mientras anudo los cordones de la bota suena mi teléfono particular.

—¿Ya están a salvo?

—Tus padres, sí —informa Isa—. No localizamos a tus hermanos.

Un miedo atroz me invade inmediatamente, sé que la amenaza de Sánchez no es infundada—. ¿Cómo que no encontráis a mis hermanos? ¿Dónde están, Isa?

—Andrea, tranquilízate —pide con su habitual cortesía—. No los tiene Sánchez si eso es lo que te preocupa, él está vigilado y nadie ha abandonado la finca. Tu padre dice que Alba salió esta mañana a visitar una amiga, al rato, Tony recibió una llamada de ella pidiéndole que se reuniera con él, pero no sabemos dónde. Dos de los hombres se están encargando.

No me tranquiliza su explicación, procuro pensar que ambos están haciendo deporte, les encanta correr por la montaña los domingos—. Voy a llamarlos.

—No tienen operativos los teléfonos, los están buscando por la zona que les gusta correr. No te preocupes, daremos con ellos.

Escucho pasos acercarse, deduzco que se trata de Roberto—. Después te llamo, no estoy sola —cuelgo escondiendo rápidamente el teléfono bajo la ropa esparcida por la cama.

Roberto no tarda en llamar a la puerta, se queda paralizado al verme recoger, sabe que la situación es grave, pero no imagina la magnitud de ella. Antes que pueda saludar el teléfono fijo de la

vivienda comienza a sonar, ambos nos miramos extrañados, es la primera vez que lo escuchamos. Sin mediar palabra, mi compañero de piso se aleja a grandes zancadas para atenderla.

Presto atención para ver si capto algo de la conversación que mantiene mi amigo, pero la distancia me lo impide, solo percibo un grito de sorpresa proveniente de su garganta. Aguardo de forma paciente su regreso al dormitorio, mi intuición me advierte que esa llamada está relacionada conmigo, tardo poco en averiguar que estoy en lo cierto.

Roberto se planta frente a mí, el color de su cara va cambiando cada pocos segundos, pasando de la palidez a un rojo intenso. Finalmente, decide hablar—. Era Joan, nuestro jefe —asiento con la cabeza animándolo a proseguir—. Me ha informado de que debes viajar, que te trasladan hoy mismo a Roma.

Oculto mi sorpresa al escucharlo, sin saberlo, mi jefe acaba de ofrecerme la marcha de casa sin tener que ofrecer demasiadas explicaciones.

—Sí, me envió un mensaje avisando mi partida, de ahí que este preparando la maleta. ¿Ha dicho algo más? —niega con movimientos enérgicos, el pobre no sale de su estupor—. ¿Me ayudas? —pido intentando vagamente que no piense en todo lo que pasa.

En absoluto silencio, terminamos de empaquetar las pocas pertenencias que llevaré conmigo, el resto, en algún momento lo recuperé si tengo la oportunidad de regresar a esta casa.

Cabizbajo Roberto ase la maleta, abandonando el cuarto antes que yo. Al asegurarme que no puede verme, silencio ambos móviles y los escondo tras el marco que contiene una foto con el sevillano. Para cuando alguien los descubra, estaré muy lejos del país o eso espero.

En mitad del salón de pie, se halla Valentino. Su mirada de lástima me parte el corazón, la verdad hizo acto de presencia y ambos sabemos quiénes somos realmente. Ignorando lo peligroso de la situación me acerco al italiano que se ganó un hueco en mi corazón, bajo una apariencia de hombre duro se halla una gran persona, en la que se puede confiar porque nunca te traicionará. Lo abrazo con fuerza, sabiendo que es nuestra despedida.

Asegurándome que Roberto no me escucha, le susurro—. Dile a Enrico que no es lo que imagina. —Le insto con la mirada que no hable, Roberto no está al tanto de su trabajo y, menos aún, de quien soy en realidad.

—Cuídate. —Es lo único que pronuncia antes de abandonar la vivienda.

Antes de marcharnos al aeropuerto voy a la cocina, tengo la

garganta reseca, necesito un trago de agua antes de partir. El trayecto hasta el aeropuerto lo hacemos en silencio, escuchando la emisora de radio que el taxista lleva puesta. Con disimulo giro la cabeza cerciorándome que un Ferrari Tunero F430 nos sigue a una distancia prudencial. La orden de mi partida a Roma proviene de Enrico, también da orden a su hombre que no me pierda de vista. No culpo a Valentino por obedecerlo, si se niega saldrá mal parado.

El taxi estaciona frente a la entrada de la terminal del aeropuerto Adolfo Suárez Madrid-Barajas, le ruego al conductor que no se marche, no tengo intención de que Roberto me acompañe al interior, regresa a casa para seguir con su vida.

—Hora de despedirse —intento sonreír para relajar el ambiente—. ¡Hasta aquí llega mi aventura por tierras madrileñas!

Roberto me envuelve en un abrazo haciendo un gran esfuerzo por no llorar—. Aún no creo todo lo que está pasando, no me agrada que te marches sola, no después de saber que estás en peligro.

—Eh, eh —digo cogiéndole el rostro—. Voy a estar bien, no va a pasarme nada, ¿vale? —asiente—. Tendrás noticias mías en breve.

Me acaricia la mejilla—. Más te vale —replica sonriéndome—. Andrea, ¿cómo acabaste involucrada en esto?

Desvío la mirada, estoy cansada de mentirle a todos los que me importan y ocultar una parte de mí—. Largo de explicar. Solo te diré que lo hice por la familia, no por codicia. Necesito un favor, Roberto. —Me presta atención—. Prométeme que aunque descubras cosas que no te van a agradar de mí, de los italianos y sobre todo de Valentino, sigas actuando de igual modo, como si no supieses nada. Es muy importante que no intentes averiguar nada, deja las cosas estar. De otro modo, te pondrás en peligro.

—Andrea, no entiendo nada. ¿Qué tienen que ver ellos y Valentino en todo esto?

Niego con la cabeza haciendo entender que no es el momento—. Son una pieza fundamental del rompecabezas, pero tú solo prométemelo, Roberto. No tengo tiempo de explicarte nada más ahora.

—Me debes una explicación —acepto antes de abrazarnos por última vez.

Permanezco en la entrada hasta que mi amigo vuelva a subir al taxi, sé que Valentino no andará lejos, pero desconozco si alguien más me sigue. Agarro la maleta caminando tranquila, no deseo llamar la atención del resto de pasajeros. Antes de llegar al mostrador que me sacará del país, hago una llamada desde un teléfono público.

—Cambio de planes —informo.

—Espera, espera, Andrea. ¿Cómo que cambio de planes?

—No dispongo de tiempo, vosotros seguir con el plan original —cuelgo sin dar más explicaciones.

La azafata que me atiende para entregarme el billete, me guía por el aeropuerto sorteando el control de seguridad hasta una sala privada, comprendo que estoy en la zona vip de la terminal. La amplia habitación aparece ante mí. La decoración está cuidada hasta el más mínimo detalle. En el lateral derecho, hay una gran pantalla colgada en la pared, en estos momentos proyecta la segunda entrega de Los juegos del hambre. Los sillones lilas que están distribuidos por toda la estancia, tienen forma ovalada, en el lateral derecho, disponen de un botón para llamar al camarero evitando así que el pasajero tenga que desplazarse hasta la barra. En la zona izquierda de la sala, están ubicadas las mesas de trabajo, frente a una cristalera que te permite observar las montañas.

Visualizo la estancia detalladamente hasta posar la vista en una de las azafatas, una en cuestión evita mirarme, comprendo que es ella a quien busco, seguro que forma parte de la plantilla de Enrico. Con una amplia sonrisa me acerco hasta ella.

—Buenos días, señora —saluda con amabilidad—. En quince minutos embarcamos, ¿desea tomar algo?

Lo bueno de una sala tan amplia es que ofrece intimidad, los otros cuatro pasajeros que hay, se hallan enfrascados en una conversación de negocios. La agarro suavemente del brazo y la invito a seguirme hasta el acceso al baño.

Miro la tarjeta identificativa que cuelga del cuello—. Sarah, ¿verdad? —asiente—. Necesito pedirte un favor.

—Usted, dirá señora. ¿Desea algo especial? —Al percatarse donde nos hallamos se lleva la mano a la boca con complicidad—. Comprendo, ¿usa compresa o tampón?

Le dedico una mirada asesina, la chica es buena, debo reconocerlo—. No es nada de eso. Lo que necesito es que le digas al hombre que te está esperando en la puerta que embarqué con el resto de pasajeros.

Sarah parpadea un par de veces, eliminando con ello su sorpresa. Antes de hablar carraspea—. Lo siento, señora. No sé de qué me habla.

Me acerco a ella de forma amenazadora—. Sarah, sé que trabajas para la familia Bianchessi. No te hagas la inocente conmigo porque no funciona, te he visto observarme nada más acceder a la sala. También sé que un hombre de los Bianchessi me ha seguido hasta aquí.

Se frota los brazos, nerviosa, no espera ser descubierta—. Lo siento, no puedo acceder a lo que me está pidiendo.

—¿De verdad quieres ser partícipe en el asesinato de una persona inocente? —Sus ojos se agrandan de forma descomunal—. Por tu reacción, diría que nadie te comentó ese pequeño detalle. Sarah, si no me ayudas es lo que pasará.

Me mira de tendido antes de hablar—. ¿Qué gano yo?

Sonrío al saber que consigo mi propósito. Me hago con la tableta accediendo a la cuenta bancaria, segundos después se la ofrezco—. Escribe la cantidad. —Los siguientes minutos los dedicamos ambas a organizar la coartada perfecta.

Antes de que se cierren las puertas con rumbo a lo desconocido, recibo una tímida sonrisa por parte de la azafata.

29

Roberto llegó al piso encontrándolo vacío. Alicaído se dirigió al dormitorio, con movimientos ensayados se desnudó antes de introducirse en la cama, la marcha de su amiga consiguió dejarle mal sabor de boca. Conocía los riesgos a los que estaba expuesta, pero él no podía hacer nada por impedirlos, solo mantener la promesa que le efectuó a las puertas del aeropuerto.

Los párpados todavía le pesaban cuando escuchó unos fuertes golpes provenientes de la puerta de acceso a la vivienda. Desorientado se incorporó de la cama, prestó atención hasta que captó que alguien aporreaba la puerta con insistencia, ¿quién sería a esas horas? Él no esperaba visita, se despidió de Valentino antes de acompañar a Andrea al aeropuerto.

Se colocó los mismos tejanos de la mañana y descalzo avanzó por la vivienda hasta llegar a la entrada. Observó perplejo a las dos personas que tenía frente a él.

—Alba, Tony, ¿qué hacéis aquí?

Alba entró como exhalación en la vivienda sin saludar, Tony fue el único que tuvo la amabilidad de responder a su pregunta.

—Buenas tardes, Roberto —dijo antes de pasar al interior tras la invitación del sevillano—. Venimos a ver a mi hermana, ¿está en su habitación?

Negó con la cabeza—. No, no está en casa —contestó cerrando la puerta—. Hace unas horas que la dejé en el aeropuerto, la trasladan a… —No pudo continuar explicándose, las fuertes maldiciones de Alba resonaban por toda la casa.

—Roberto, ¿dónde está mi hermana? —quiso saber Alba al llegar al salón—. Su cuarto está patas arriba, hay ropa por todos lados y ella es muy organizada.

El citado miró el reloj del salón—. Supongo que en una hora en su nuevo destino, Roma.

Ambos hermanos fijaron la vista en Roberto que se sintió molesto por la intensidad con que lo hacían.

—¿Cómo que Roma? ¿Qué significa eso? —preguntó histérica Alba.

El sevillano suspiró fuertemente, él tampoco entendía nada de lo que sucedía, todo pasó muy rápido—. Alba, esta mañana fue extraña. A primera hora, tú hermana recibió una llamada de un tal Sánchez, pasada una hora llamó nuestro jefe, Joan, comunicando el traslado de Andrea a la sucursal de Roma. Yo mismo la acompañé al

aeropuerto.

Tony, que acababa de tomar asiento al escuchar uno de los nombres, se incorporó velozmente—. Espera un momento. ¿Has dicho que Sánchez la ha llamado? —Roberto asintió afirmativamente ante la pregunta.

Tony comenzó a caminar de un lado del salón al otro, intentando recomponer la historia, finalmente, cayó en la cuenta y el miedo se apoderó de él. Sin color en las mejillas se giró—. Andrea está en peligro.

Alba se acercó a su hermano—. Tony, ¿qué locura estás diciendo?

La sujetó suavemente del brazo invitándola a tomar asiento—. Alba, ahora lo entiendo todo. El día que me contaste tu conversación con Ramón, comencé a investigar. Descubrí que los negocios de Sánchez no son legales, no quise creer que nuestra hermana estuviese involucrada en el mundo de la mafia, pero así me lo confirmaron varios sicarios de Sánchez —tomó aliento antes de proseguir—. Esta mañana cuando me llamaste después de lo que presenciaste no entendía nada, pero ahora sí.

—Tony, no entiendo dónde quieres ir a parar.

—Pues está claro. Los italianos son socios de Sánchez, de ahí que la busquen. Lo que no entiendo es por qué.

A Roberto se le desencajó la mandíbula al oírlo, ahora comprendía las palabras de su amiga, «aunque descubras cosas que no te van a agradar de mí, de ellos y sobre todo de Valentino, sigue actuando de igual modo». Todos pertenecían a la mafia, incluido su moreno de ojos verdes.

Los dejó solos en el salón, él necesitaba un poco de agua, el estómago se le revolvió al descubrir una verdad aterradora.

—Roberto, ¿te encuentras bien? —preguntó Tony desde la puerta de la cocina sin llegar a entrar.

Finalizó de beberse el líquido del vaso—. Creo saber porque buscan a tu hermana. —Le indicó con la mano que tomara asiento, lo hizo frente a él—. Hace unos meses tu hermana se sinceró un poco, me dijo que su huida de Murcia se debía a que tenía en su poder una documentación que implicaba a gente. Acabo de descubrir a quien.

Ninguno de los dos se percató de la presencia de Alba, siguieron con su conversación—. ¿Te encuentras bien? —deseó saber Tony acariciando la mano del sevillano.

—¿Cómo estarías tú si te enteraras de que tu novio y mejor amiga son unos mafiosos?

En ese momento fueron interrumpidos por la femenina voz de Alba—. ¡Queréis dejar de decir gilipolleces, mi hermana no es

ninguna mafiosa! —salió airada de la cocina.

Tony se disculpó con la mirada antes de hablar—. No se lo tengas en cuenta, siempre niega lo evidente.

Ambos hombres dedicaron la tarde a revelarse lo que cada uno sabía de la misteriosa vida de Andrea. Agotados optaron por preparar algo de cena. Alba a regañadientes se unió a ellos sin mediar palabra, al sentarse en la mesa mostró los dos teléfonos de Andrea, ninguno fue capaz de articular palabra.

Antes de marcharse a dormir Tony le preguntó a Roberto—. ¿A qué hora llega Mariola? —Aunque Roberto insistió en que se quedaran a pasar la noche en el ático, él no deseaba ser una molestia.

El sevillano miró el reloj de muñeca—. Es raro, a estas horas ya suele estar en casa. Voy a llamarla, no quiero más sorpresas hoy, ya tuve suficientes —abandonó la estancia para recoger su móvil que se hallaba en el dormitorio. Intentó localizar a su compañera, pero el móvil estaba sin cobertura.

Pasada la medianoche, los tres se retiraron a intentar descansar. Llevaban horas sin noticias de Andrea y la situación los estaba inquietando.

30

Me paso el viaje leyendo una y otra vez el mensaje de Valentino, «Andrea está a salvo, el avión acaba de despegar». Al recibirlo sentí cierta tranquilidad, pero sé que hasta no estar al lado de ella, la incertidumbre no se borrará del todo.

Descendemos del vehículo estacionado en el garaje de Madrid, con pasos ligeros ambos nos dirigimos al ascensor, aunque falta un par de horas para que llegue Umberto con el jet privado, aún tenemos que preparar las maletas.

Piero está abriendo la puerta de la vivienda cuando suena el móvil, el nombre de Marco aparece en ella, relajo un poco la tensión sufrida las últimas horas, por fin ella está a salvo.

—Solo necesito que la vigiles hasta que yo llegue.

—¿Qué vigile a quién, Enrico? —responde mi hermano malhumorado—. En el aeropuerto no ha aterrizado nadie con el nombre que me diste.

Palidezco al instante—. Marco, ¿qué estás diciendo?

—Te estoy diciendo que no desembarcó nadie del avión procedente de Madrid con el nombre de Andrea Sáez —informa con el mismo humor.

—Es imposible, Marco —tartamudeo—. Valentino se cercioró que subió al avión —digo buscando con la mirada a mi hombre, hallándolo frente a mí en mitad del salón—. ¿La buscaste bien? ¿Llevas la foto que te envié?

Escucho a mi hermano resoplar—. Sí y sí, Enrico. La he buscado por la terminal y he hablado con las azafatas. Enrico, no sé quién es esa chica, pero te aseguro que aquí no está.

El aire se niega a llegar a los pulmones, no entiendo nada de lo que ocurre, Andrea ha desaparecido delante de uno de mis mejores hombres sin percatarse. La ira regresa con más fuerza, avanzo hasta Valentino dirigiéndole mi peor mirada—. ¡No te aseguraste de que subía a ese maldito avión! —estallo con todas mis fuerzas viendo como Valentino, blanco como el papel, asiente—. Entonces, ¡explícame cómo cojones mi hermano no la localiza!

Lo agarro de la pechera estampándolo contra el sillón. La rabia me ciega solo de imaginar el peligro que corre Andrea sola, sin mi protección está muerta y por nada del mundo quiero perderla, a ella no.

—No lo sé, Enrico —responde en un hilo de voz Valentino—. Te juro que me aseguré que no estaba en la sala vip cuando se

cerraron las puertas de embarque. Además, permanecí un rato en la terminal para cerciorarme que nadie salía de allí.

Piero obliga a que suelte a mi hombre, si sigo apretándole el cuello de esta forma acabaré con su vida y lo aprecio demasiado como para perderlo. Agarro el jarrón que hay sobre la mesa auxiliar estampándolo contra la pared.

—Enrico, hay algo que no sabes, pensé que no era importante. —Lo apremio a que hable—. Antes de marcharse, se despidió de mí diciendo, «dile a Enrico que no es lo que piensa».

No entiendo nada—. ¿Qué ha querido decir con eso?

Valentino se encoge de hombros—. Ni idea, pero si sé que sabe quiénes somos.

Dirijo mis pasos al pasillo que lleva a las habitaciones, finalizada la escalinata me giro para ordenarles—. Piero, haz la maleta, nos marchamos —clavando la mirada en Valentino lo amenazo—. Tienes veinticuatro horas para localizarla, si no lo consigues, date por muerto.

Menos de treinta minutos después arranco el coche de nuevo, esta vez conduzco yo. Salgo derrapando rueda antes que Piero cierre la puerta.

—Amigo, seguro que la localizamos nosotros primero —intenta animarme—. Cuando aterricemos en Roma, visitamos a Sarah, tiene muchas cosas que explicar.

Asiento, no sabe la azafata cuántas cosas tiene que decir si quiere seguir con vida.

31

Veinticuatro meses atrás

La decoración de la sala de fiestas quedó espectacular. En la zona de la entrada, se dispuso una mesa de pedestal alta redonda de color blanco envejecido. Su base central estaba tallada a mano, donde podían apreciarse las figuras de hombres y mujeres representando posturas del Kamasutra, el encargo se realizó a uno de los ebanistas con más prestigio de la ciudad. En esa zona estaría Sonia, una azafata traída desde Madrid que siempre contrataba, su belleza y su metro setenta y cinco acaparaban muchas miradas lujuriosas, convirtiéndola en un espectáculo para los asistentes. Los invitados serían recibidos con una copa de champán y el programa con los espectáculos ofrecidos durante la velada. Las paredes estaban decoradas en blanco roto, con motivos muy sugerentes en rojo. La distribución de la sala se hizo por plantas, de unos quinientos metros cada una.

La planta baja, estaba distribuida creando varios ambientes. En el lateral derecho, se instaló la barra de bar con taburetes altos para que los clientes pudiesen sentarse a tomar una copa. La zona del fondo, albergaba los boxes privados, donde podían verse espectáculos eróticos en directo, solos o con compañía sin ser observados mientras se desarrollaban. En el lateral izquierdo, se hallaba la escalera de caracol por la que se accedía a la planta superior y a las habitaciones comunes, donde los más atrevidos podían participar en las sesiones que se estuviesen desarrollando en el momento. La sala central, albergaba en el centro una cama redonda con sábanas de raso rojas, donde los presentes iban a ser testigos de sexo en directo protagonizado por los artistas porno más conocidos del momento; alrededor de ella, se ubicaron mesas redondas bajas con cabida para cuatro personas, diseñadas por el mismo maestro que la de la entrada principal. Sobre ellas, hallabas cuatro cubiteras que su interior contenía una botella de champán Diadema Diamante, proveniente de la provincia florentina de Impruneta. La preciosa botella negra llevaba incrustados ciento treinta y cuatro diamantes engarzados sobre oro blanco. Si en algún momento de la velada alguno de los invitados deseaba llevarse algo a la boca, se dispusieron dos bandejas ovaladas diseñadas en oro blanco que contenían entrantes compuestos por quesos y embutidos

típicos de la gastronomía italiana, el conjunto lo cerraban cuatro copas creadas por John Calleija, elaboradas en cristal tallado artesanalmente conteniendo cada una quince quilates en diamantes rosados y blancos.

Aunque lo más llamativo de la decoración eran cuatro jaulas colgadas del techo. Cada una de ellas albergaría una sesión de sexo con diferentes protagonistas, a los que por supuesto, podían unirse los invitados que desearán probar tan erótica experiencia. Finalmente, la tenue iluminación de la sala proporcionaba al conjunto un ambiente que invitaba a la intimidad. No podía faltar en ese tipo de fiestas habitaciones privadas, que se instalaron en la planta superior. En cada una de ellas, había una cesta obsequio de la casa, que contenían desde lubricantes, consoladores, condones, esposas o látigos para los más osados.

Andrea seguía trabajando a las nueve de la noche, todo debía estar listo en menos de una hora, porque los primeros invitados harían acto de presencia a las diez y media. Comprobó que la lista de invitados estaba preparada, porque era requisito indispensable que el nombre figurase en ella, de no ser así, era imposible acceder al interior de la sala. Aquella noche la mayoría de los invitados eran españoles, pero al repasarla, llamó su atención dos nombres italianos, no eran la primera vez que esas personas asistían a un evento organizado por su cliente Sánchez.

Se dirigió al vestuario de las azafatas, encontrándose allí con la jefa de ellas, Isa. Se hallaba en mitad de la habitación, junto al perchero con los uniformes que iban a ser usados esa noche, nunca se repetían trajes. Para la temática de la noche, Andrea los escogió negros. Consistían en un corpiño y culote de encaje, con pantis de rejilla a medio muslo, terminando el conjunto unos zapatos de doce centímetros de tacón. Se aseguró que los veinte estuviesen intactos, no era la primera vez que se los enviaban con alguna tara, también se aseguró que las tallas eran las correctas. Al terminar de comprobar todo junto a Isa, se dirigió de nuevo a la sala central para asegurarse que todo estaba correcto. Salió al exterior a despejar la mente con la ayuda de un cigarro, antes de acceder de nuevo al vestuario.

Finalizó de ayudar a las azafatas a vestirse sobre las diez menos cuarto de la noche. Para esa hora, los primeros hombres de seguridad y los actores de la noche, comenzaron a llegar. Hizo unas cuantas fotos para agregarlas a su carta de presentación, la que después usaría para enseñarla a futuros clientes. Al tomar las últimas instantáneas se despidió de todos los presentes deseándoles suerte, cuando se disponía a marcharse del lugar alguien la saludó.

—Buenas noches, señorita Sáez.

Andrea volvió sobre sus pasos para saludar a su cliente—. Buenas noches, señor Sánchez —respondió con una sonrisa en la cara, mientras aceptaba la mano que le ofrecía—. Ya está todo preparado para el evento de la noche. Espero que todo esté a su gusto como en anteriores ocasiones —terminó diciendo mientras retiraba la mano.

El hombre contempló la sala antes de responderle—. Sensacional, como siempre que contrato sus servicios —dijo sonriéndole—. ¿Por qué no se queda con nosotros y disfruta lo que tan bien organiza? —sugirió ofreciéndole el brazo.

—Si le soy sincera, estoy deseando pillar el sofá no puedo con mi alma. —Al ver el gesto contrariado del hombre, Andrea con una amplia sonrisa prosiguió—. Le prometo que estaré presente en la próxima.

Sánchez asintió sin apartar la mirada de su cuerpo. Le encantaría que se quedara y pasear con ella del brazo presentándola como su acompañante, aunque aceptó su rechazo con galantería—. Lo entiendo, lleva muchas horas trabajando —comentó—. Que sepa que le tomo la palabra, en la siguiente fiesta será usted mi pareja.

—Perfecto —respondió Andrea sin ganas—. Que disfrute de la fiesta. Con su permiso me marcho.

Sánchez volvió a ofrecerle el brazo—. La acompaño hasta el coche —afirmó para no recibir otra negativa—. Así aprovechamos para quedar lunes, tengo que entregarle el cheque del pago.

Andrea aceptó el brazo reticente, no era de su agrado que los clientes se tomaran esas libertades con ella. Para su desgracia, era uno de sus mejores clientes y debía mantenerlo contento hasta un límite que nunca cruzaría. Las dos fiestas que organizó para el señor Sánchez, el importe ascendía a casi un millón de euros. Al llegar a su destino Andrea sacó las llaves del auto del bolso, antes de despedirse del caballero con dos inocentes besos, intentó citarlo lunes en la oficina.

—¿Le viene bien lunes a las cuatro de la tarde en la oficina? —preguntó a Sánchez.

—¿Le importa si nos vemos a la misma hora en Samoa? Le invito a un café mientras hablamos de negocios —inquirió él—. Por favor, si eres tan amable háblame de tú, de usted me hace parecer más mayor de lo que realmente soy.

Andrea dudó un instante. Tenía por costumbre quedar con los clientes en la oficina, así no daba lugar a errores. Pero por ser amigo de su jefe, era consciente que oponerse le ocasionaría algún problema. Prefabricando una sonrisa contestó.

—Perfecto, allí nos vemos —dijo montándose en el coche—.

Disfrute de la fiesta —arrancó el vehículo y se marchó a su cita con su pareja. Llegaba tarde.

Lunes en la mesa de la oficina, Andrea encontró un gran ramo de rosas rojas, nadie ni su pareja, le habían enviado antes flores a su puesto de trabajo antes. Buscó con cuidado la tarjeta para salir de dudas, sorprendiéndose al constatar que pertenecían al señor Sánchez. La cuidada caligrafía le agradecía el magnífico trabajo realizado sábado noche, sus invitados quedaron satisfechos haciéndole generar una gran suma de beneficios.

La mañana la dedicó a preparar sus siguientes proyectos. Abandonó el edificio veinte minutos antes de su reunión en Samoa. Para cuando llegó al lugar de su cita, Sánchez ya estaba esperándola instalado en un rincón del bar. Al verla se levantó para saludarla cordialmente.

—Buenas tardes, señorita Sáez —dijo el caballero besándole la palma de la mano.

—Señor Sánchez —contestó Andrea respondiendo el saludo—. Por favor, llámame Andrea.

—¿Qué desea tomar, seño…? —Al ver como lo miraba ella rectificó—. ¿Qué quieres beber, Andrea?

—Una Coca-Cola, por favor —demandó sonriendo—. No me gustan ni el café ni las infusiones. —Se excusó al ver el modo que Sánchez la observaba.

El caballero levantó la mano llamando la atención del joven camarero que coqueteaba con la clientela femenina del local. Los primeros minutos de reunión los dedicaron a plantear ideas para el nuevo evento que tendría lugar en las próximas semanas. Esta vez Sánchez, deseaba algo diferente, algo jamás visto, Andrea supo que era un gran reto para su carrera. Finalizados los primeros apuntes cambiaron de tema, Sánchez tenía algo pendiente, el pago de la última fiesta. Sin demora deslizó sobre la mesa dos sobres lacrados. Andrea rasgó el sobre comprobando que su interior portaba un cheque a nombre de la empresa por valor de medio millón de euros, importe final que costó organizar el evento. Se extrañó al ver un segundo sobre más abultado, aunque dedujo que se trataría de alguna petición especial, no era la primera vez que le sucedía. Su sorpresa fue mayor al comprobar que el interior albergaba un fajo de billetes de quinientos euros.

—Trescientos mil —escuchó el susurro de Sánchez.

Sin pensarlo le devolvió el sobre intacto—. Siento haberlo abierto, señor Sánchez. Pensé que se trataba de alguna petición para el próximo evento.

Sánchez estudió su reacción, transcurrieron unos segundos antes que hablara—. Andrea, por favor, llámame Santiago —pidió con su

habitual sonrisa—. No, no se trata de ninguna petición. Es tu comisión por hacer tan bien tu trabajo. —Con un movimiento imperceptible le devolvió el sobre.

Sin querer Andrea fijó la mirada en el sobre, aunque la cantidad era muy llamativa, sabía que era un error cogerlo—. Lo siento, Santiago, no puedo aceptarlo —respondió desviando la mirada, todavía le quedaban esperanzas para que el banco aceptase su petición aunque sabía que no las tenía todas con ella—. Según la política de la empresa, no podemos aceptar ningún tipo de regalo por parte de nuestros clientes. —Se excusó empujando el sobre en dirección del hombre.

Santiago la miró con una sonrisa en la cara, sabía cómo convencer a la gente para que trabajara para él, y ella, no iba a ser la primera que se le resistiese y menos sabiendo lo que sabía.

—¿Estás segura de que tu familia no necesita este dinero? —preguntó inocentemente él.

Andrea dudó un instante, resultaba ser la cantidad exacta que su padre necesitaba. De aceptarlo, salvaría el negocio familiar—. ¿Cómo lo sabes?

—Tengo mis contactos —contestó escuetamente—. Además, también sé que cobras una miseria para las horas que trabajas, Alejandro tendría que subirte el sueldo si no desea perder su mejor empleada. —No se le ocurrió mejor forma para convencerla que halagándola.

Andrea era consciente que aceptar ese sobre le traería muchos problemas, pero era la vía más rápida de salir del embrollo que se encontraba su padre, semanas atrás un obrero de la constructora la puso al corriente de la mala situación económica que atravesaba la empresa. Aunque las cosas no quedaron ahí, enterarse del resto fue un duro golpe para ella. Ese dinero era la salvación de su padre, él lo dio todo por sus hijas, lo mínimo que podía hacer ella era devolverle una parte de su sacrificio.

—¿Qué supondría aceptarlo? —deseó saber.

La pregunta de Andrea fue música para los oídos de Sánchez, no solo iba a incorporarla a su plantilla, también se ganaría su confianza hasta lograr hacerla suya. Hasta ahora, ninguna mujer se resistía a sus encantos, la morena de ojos miel no sería la primera que no se dejara agasajar por el dinero.

—Trabajar en exclusiva para mí —respondió Sánchez clavando la mirada en ella. Al ver su rostro desencajado aclaró—. Seguirías en tu empresa, pero seré tu único cliente. Organizarás una fiesta al mes y además de tus honorarios habituales, serás recompensada con una comisión como esta.

Andrea sopesó la oferta. Aunque había lagunas que no entendía

—. Solo eso, ¿no tengo que formar parte de tu plantilla ni nada por el estilo?

—De momento, ese será tu cometido —mintió—. Cuando tú decidas lo dejas o si por el contrario lo deseas, hablamos de un ascenso en mi empresa —tuvo que fingir muy bien para no asustarla, de saber la verdad rechazaría la oferta.

Ambos callaron cuando el camarero se acercó a retirar los vasos vacíos, aprovecharon su presencia para pedir una segunda ronda. Al quedar de nuevo solos, Santiago explicó cuál sería su puesto de trabajo y las exigencias que deseaba a partir de ese momento.

—Te encargarás personalmente de la seguridad de los locales, no es que los contratados hasta ahora tengan algún problema, pero más que personal de seguridad, parecen modelos, y eso no da seguridad, que es lo que buscamos. —Se interrumpió con la llegada del camarero a la mesa—. Con respecto a las azafatas, por favor, te pediría que fuesen más abiertas de mente. No me quejo de su belleza, todas son muy llamativas, pero ninguna acepta las peticiones especiales de los invitados.

—¿Me está pidiendo que contrate a prostitutas? —preguntó Andrea en un susurro.

Sánchez soltó una carcajada ante tal comentario—. No, por Dios, Andrea. Solo pido que las chicas sean más receptivas. Digamos que, por percibir ciertos regalos o incentivos, no se opongan a las peticiones de los presentes.

—Pues lo que decía, prostitutas, aunque las quieres de lujo —volvió a replicar ella mirándolo.

—Prefiero llamarlas damas de compañía —contestó Sánchez riendo de nuevo.

La siguiente hora la dedicaron hablar detalladamente de las exigencias que Sánchez solicitaba para las azafatas y el personal de seguridad. También le recordó la confidencialidad de los clientes que asistían, gran parte de ellos eran altos cargos y el resto los traficantes más poderosos.

Se despidieron en la puerta de la cafetería antes de marcharse. Andrea con la cabeza embotada se dirigió al jardín que había cerca de su trabajo, sentándose bajo la sombra de un árbol. Tenía que pensar dónde acababa de meterse, sabía lo arriesgado de trabajar para alguien como Sánchez y no creía que las cosas fuesen tan fáciles como se las pintó. Por otro lado, era la vía más rápida para saldar las deudas de su padre. Pensar que a su progenitor pudiese pasarle algo por rechazar la oferta, fue lo que terminó convenciéndola.

Los siguientes días, los dedicó a localizar un equipo de seguridad al agrado de su cliente. Pensaba que sería lo que más trabajo le

costaría, la suerte le sonrió un día estando en el bar, sin querer escuchó la conversación que mantenían dos hombres. Le solicitó al camarero otra cerveza y se instaló en la terraza, deseaba esperar a uno de los hombres. Con una espléndida sonrisa se acercó a él presentándose. Lo invitó a tomar algo, mientras le explicaba su proyecto, omitiendo algunos detalles importantes. Así fue como conoció a Pedro, su jefe de seguridad y posteriormente su gran amigo.

Las damas de compañía, como las describió Sánchez, fue todo un reto. Aunque su mayor reto fue convencer a Isa para que fuese su jefa de sala en todas las fiestas. Así fue como los tres; Isa, Pedro y Andrea, se convirtieron en inseparables.

Pedro al ser conocedor de todo lo que sucedía en el interior de los locales, les insistió para que ambas fuesen armadas siempre, temía por su seguridad, ambas se negaban en rotundo hasta que presenciaron su primera reyerta. Una tarde quedó con las dos en un descampado alejado de la ciudad, les entregó las que a partir de ese día serían sus más fieles amigas, dos Glock 17. Con tranquilidad y paciencia las enseñó a disparar hasta que consiguieron tener una excelente puntería.

Con el paso de los días a Andrea le costaba más esconder su doble vida, tanto a su pareja como a su familia. El dinero era lo que menos le preocupaba, desde el principio contrató una caja de seguridad, pero el arma y estar siempre alerta era más difícil esconder.

32

El tiempo que paso escondida en el lavabo de caballeros de la sala vip, repaso mentalmente lo sucedido esta mañana. La llamada de Sánchez no solo es porque Sonia le informó de mi paradero en Madrid, conozco la relación que ambos mantienen y tengo la certeza que la chica fue con el cuento nada más verme en la ciudad. Eso no quita como Sánchez consigue mi nuevo número de móvil, sé que Sonia no lo tiene, lo que me deja una cuestión sin resolver, ¿quién de mi entorno me está traicionando? Antes o después saldré de dudas, quien sea dará un paso en falso descubriéndose, solo es cuestión de estar atenta.

La mentira de Enrico que viajaba a su país por la enfermedad de su madre se derrumba, estoy segura de que se halla en mi ciudad natal reunido con Sánchez, algo que ya no me sorprende. Conozco de quién estoy enamorada, solo me falta descubrir de que lado se posicionará, deseo con toda mi alma que del mío. Luego el repentino traslado a Roma, estoy convencida que también es cosa del italiano, falta saber con qué intención está haciéndolo, ¿protegerme o entregarme a los leones para que me despedacen? Rezo para que mi nuevo plan funcione, de no ser así, puede que me queden horas de vida.

Mi preocupación más inminente tiene nombre y apellidos, Santiago Sánchez. Él, es el culpable de toda esta situación. Si su avaricia no fuese tan elevada, con suerte ninguno de los dos nos hallaríamos en esta tesitura. Es de él de quien debo esconderme, si logra ponerme una mano encima, no tendré oportunidad alguna de revelar la verdad o eso piensa él.

La azafata, Sarah, es fácil convencerla. Decirle que va a ser participe del asesinato de una inocente, da resultado. Me hace pasar al baño de caballeros, dentro hay una pequeña habitación que solo el personal conoce. Me libera al asegurarse que Valentino no ronda por la zona. Antes de traspasar la puerta de embarque me tiende un papel.

—Recuerda salir por la puerta de personal, seguridad ya está avisada. —Al ver mi cara de desconcierto, prosigue—. Conozco a los hombres de los Bianchessi, hasta que el avión no despegue, Valentino no se marchará de la terminal.

Asiento, tiene razón—. ¿Qué es este papel?

—Te he reservado una habitación en un hotel amigo, está hecha a nombre de una amiga. Lo único que debes hacer es entregárselo al

recepcionista, él se encargará de todo. —Al tiempo que va explicándome que hacer, sus ojos reflejan la lástima que le provoco —. Aún no puedo creer que Enrico quiera matarte, no es su estilo de actuar, siempre se ha negado a asesinar a inocentes.

Miro a mi alrededor evitando llorar—. Irónico, ¿verdad? Pensamos que conocemos a las personas, cuando la realidad es distinta —contesto tristemente—. Sarah, gracias por tu ayuda, no sabes cuánto te lo agradezco —fuerzo una sonrisa antes de proseguir—. ¿Estás segura de que no tendrás problemas por esto?

—Mientras Enrico no me encuentre, todo irá bien —quedo sorprendida ante su abrazo—. Y si lo hace, sabré manejar la situación, no te preocupes —besa mis mejillas antes de desaparecer de la sala.

Espero sentada un tiempo prudencial, después salgo de aquella sala por una pequeña puerta. Una vez en el exterior, voy directa a la parada de taxi, cuanto menos tiempo esté expuesta a la gente, mayor seguridad.

El registro en el hotel es fácil, solo tengo que entregarle al hombre de recepción el papel que porto en la mano. Me sonríe débilmente al tiempo que introduce el nombre en la base del ordenador, finalizado el trámite, él mismo me acompaña hasta la habitación.

El resto de la mañana, lo dedico a organizar los siguientes días, no puedo dejar ningún cabo suelto. Alquilo una casa rural a las afueras de Madrid para tenerla de refugio en caso necesario. Contacto con Isa desde la línea del hotel para informarle mi siguiente refugio, el hotel donde estuve con Enrico por primera vez, también le solicito que me envíe un terminal con línea segura. Sé que si Enrico encuentra a Sarah, el primer lugar donde me buscará será en el hotel donde me hallo, por ello debo abandonarlo lo antes posible sin dejar rastro. Supongo que cuando se entere Enrico de mi desaparición, pensará que me marché del país, no me buscará por la capital, a lo sumo, por el resto de la Península.

Tras un corto descanso, recojo mis pertenencias. Aguardo en el pasillo de la entrada del hotel, hasta que el chico de recepción se mueva de su puesto de trabajo, es el momento ideal para huir sin ser vista.

33

El jet privado aterriza en el aeródromo cuando está oscureciendo. Bajo del avión derrotado, llevo horas preguntándome por el paradero de Andrea, necesito encontrarla o mi vida se convertirá en un infierno. Tan abatido estoy que no me percato que Piero prosigue en el asiento con los ojos cerrados.

—Espabila —apremio—. Tenemos que localizar a Sarah cuanto antes. —Lo más importante en estos momentos es localizar a Andrea. Si mi familia o Sánchez la localizan antes que yo, la matarán.

Piero me observa, supongo que será debido a mi estado de ansiedad, hace mucho tiempo que no me ve así, estoy arriesgándolo todo intentando ocultar a Andrea. «Cualquier hombre enamorado, actúa de igual modo», pienso.

—Estará hospedada donde siempre —responde por fin—. Recemos para que no haya cogido un vuelo de regreso a España o a otro país.

Nos apresuramos llevando con nosotros el poco equipaje que portamos hasta el Maserati GranTurismo Sport que nos espera en el hangar. Tiro el equipaje en el maletero partiendo de inmediato al hotel, el tiempo apremia.

Le dedico una amplia sonrisa a la joven chica de recepción, aunque no es momento de flirtear es necesario para obtener la información que necesito. Obtenida, nos apresuramos hasta llegar a la habitación.

—Deja que hable yo con ella, tú estás muy alterado —pide Piero, acepto.

Piero golpea suavemente la puerta con los nudillos, hacerlo de otro modo sería alertar a la azafata, cosa que no nos interesa. Debemos hacer el trámite sin llamar la atención, así que intento relajarme.

—Cintia, llegas tarde. Llevo más de dos horas esperándote y te advertí que quería irme lo an… —Al ver que no somos quien espera, se calla. Tarda un momento en reaccionar—. Pi… Piero —tartamudea.

No puedo contener la rabia, accedo al interior empujando la puerta—. Veo que no nos esperabas a nosotros.

La mano de Piero me recuerda lo pactado hace escasos segundos, me hago a un lado evitando estamparla contra la pared para hacerla hablar.

—Sarah —saluda Piero colándose frente a ella—. Estás igual de guapa que siempre.

En el rostro de la mujer aparece una espléndida sonrisa fingida —. ¿Qué hacéis por aquí, chicos? —pregunta inocentemente mirando a Piero—. Hace tiempo que no recibo una visita vuestra, en especial de ti —pasa descaradamente la mano por el miembro de Piero.

Este le sujeta la mano apartándola de su cuerpo de forma suave, no le gusta dañar a las mujeres, a ninguno de los dos nos gusta—. ¿Dónde está Andrea, Sarah? —pregunta de forma sosegada—. Y evita las evasivas que ya nos conocemos.

—Subió al avión. Valentino comprobó que la sala estaba vacía —contesta mirándome.

Le prometí a Piero que lo dejaría hablar a él, pero Sarah está jugando descaradamente con mi amigo evadiendo las respuestas. Olvidándome por completo que es una mujer la agarro de los hombros con fuerza—. ¿Me tomas por tonto? —Le advierto con severidad—. Podrás mentirle a mis hombres, pero te aseguro, que a mí no me engañas —digo zarandeándola—. ¿Dónde está Andrea?

—Enrico, ¿qué haces? —interviene Piero interponiéndose entre nosotros—. Esas no son formas de tratar a una mujer —girándose para encarar a Sarah que se queda pálida, le suplica—: Andrea está en peligro, si no la encontramos morirá. Por favor, dime dónde encontrarla.

Sarah me mira sorprendida. En su mirada se ve la incertidumbre —. ¿Tan estúpida crees que soy, Piero? Hablé con ella y me lo confesó todo. Te aseguro que no esperaba oír lo que me dijo —inquiere levantando las manos—. No me esperaba esto de ti —dice señalándome con el dedo—. El tiempo que trabajé para ti nunca antes has matado a inocentes, ¿por qué ahora sí? ¿Qué ha cambiado, Enrico? —espeta furiosa mirándome—. ¿Qué, has disfrutado el tiempo que estuviste con ella mintiéndole? ¿Haciéndote pasar por quien no eres? ¿En algún momento sabías que ella conoce tu secreto? Te quería, Enrico, te quería y te quiere de verdad. Confiaba en ti, confiaba en que nunca la dañarías. ¡Así se lo pagas! —Cada palabra suya es un duro golpe que recibo, ignoraba que Andrea sabía quién soy realmente y aun así nunca se alejó de mi lado—. De verdad, que no esperaba esto del Enrico Bianchessi que yo creía conocer —declara Sarah derrotada.

—¿De qué estás hablando Sarah? —siseo con fiereza perdiendo por completo la razón.

—Hablo —replica la azafata plantándome cara—, que sé que la buscan. Aunque no me esperaba que fueses tú quien va detrás de ella para matarla.

—¿Qué? —pregunto incrédulo notando como pierdo el color.

—Te digo que ella no es tu enemigo, por lo que me ha contado, la documentación que tiene lo único que hace es beneficiar a tu familia. Que estaba pensando la forma de entregártela a ti para pedir protección y así es como se lo pagas, ¿dándole caza? —prosigue diciendo, al tiempo que yo palidezco con cada palabra que sale de su boca—. Por eso, cuando me pidió ayuda no me negué, aunque ello me cueste la vida —contesta separándose.

Me quedo mirándola perplejo, sin conseguir salir del aturdimiento que me rodea. Si Andrea piensa esa locura de mí, ahora entiendo porque desaparece—. Estáis equivocadas —intento calmarme antes de seguir hablando, necesito hacerle ver a Sarah que digo la verdad—. Nunca la dañaría, Sarah. ¡Por el amor de Dios! Estoy enamorado de ella, incluso le pedí matrimonio. Solo intento protegerla, sé que si Sánchez o mi familia la encuentran antes que yo, la perderé y no me lo perdonaré jamás. Sarah, me conoces bien, ¿cómo puedes pensar eso de mí? —termino diciendo con la voz rota mirándola a los ojos, los míos reflejan el dolor que siento—. Cuando mi familia se entere de mi traición, no sé qué será de mí. Pero te aseguro que me da igual. Lo único que me preocupa es encontrarla viva.

Sarah me mira sorprendida, imagino que son por mis ojos cristalinos. Soy sincero con ella. Llevo muchos años intentando cambiar las costumbres de la familia Bianchessi, que nos dediquemos a negocios turbulentos, no es sinónimo de ser unos asesinos a sueldo. Solo pagan con su vida los que realmente se lo merecen. Creo las palabras que me dice Sarah, es la única pista que tengo para encontrar a Andrea.

—Está en el hotel que hay frente al aeropuerto, yo misma reservé la habitación, conozco al recepcionista y está trabajando… —empieza a decir antes de que la interrumpa.

—¿Qué quieres decir?

—Sé cómo trabajas, sabía que enviarías a alguien de tu confianza a recogerla. Abandonó la terminal por la salida de personal, por eso tu hermano no la vio, aunque yo a él sí. Vamos, te acompaño al hotel. Antes necesito ir un momento al baño —sigue relatando encaminándose hacía al baño—. Si no voy yo, mi amigo no te dirá en qué habitación se hospeda. No hice la reserva a su nombre y el billete de avión también lo cambié de nombre para que nadie la localizara.

Avanzo hasta la puerta de la habitación, antes salir le advierto —. La próxima mentira te costará muy cara, Sarah. Piensa bien lo que estás diciendo.

Camino de un lado a otro del pasillo mientras espero la salida de

la mujer, a veces no entiendo cómo pueden tardar tanto en el baño. Diez minutos tarda en reunirse con nosotros en el pasillo. Les urjo que avancen rápido, el tiempo está en nuestra contra.

—Vamos, quiero llegar lo antes posible al aeropuerto y a estas horas hay tráfico.

Avanzamos por el vestíbulo de forma tranquila, no deseo llamar la atención del resto de huéspedes que se hallan en el vestíbulo. Me acomodo frente al volante apremiando a Sarah que se instale a mi lado, sin tiempo que perder conduzco el coche hasta el acceso de la autovía en dirección al aeropuerto. Por el rabillo del ojo, observo como Sarah se sujeta al asiento.

El teléfono de Piero comienza a sonar, nada más llegar a la puerta del hotel donde está hospedada Andrea. Acepto con un gesto de cabeza que atienda la llamada, pueden ser noticias de Valentino desde España. Accedo al vestíbulo del hotel después de Sarah, que ya se encamina con una sonrisa hasta el chico que hay tras el mostrador.

—Hola, Carlo —saluda.

No aparto la mirada del hombre, al cual, le tiemblan las manos al verme aparecer tras la azafata. Sus nervios me advierten que estoy perdiendo el tiempo en el lugar.

—Sarah, ¡cuánto tiempo sin verte, cariño! —Su voz temblorosa me lo confirma. Aunque me mantengo al margen, deseo saber hasta dónde llega la mentira de la azafata.

—Carlo, necesito que me digas el número de habitación de mi amiga española, Cintia Santamaría —pide.

Noto como el cuerpo del chico se tensa, durante unos instantes me mira suplicando con la mirada. Por fin, teclea en el ordenador, aclarándose la garganta comenta—. Sarah, lo siento, ese nombre no está registrado en el hotel.

—¿Cómo que no está registrado? —pregunto manteniendo la compostura.

Sarah se adelanta y replica antes de que pueda proseguir con el interrogatorio—. Carlo, tiene que ser un error, la dejé en el aeropuerto hace cuatro horas, ya debería estar aquí.

—No es ningún error, no se ha registrado nadie con ese nombre —contesta el recepcionista suplicando a Sarah con la mirada.

Con un esfuerzo sobrenatural mantengo la serenidad—. Carlo, ¿no? —El chico asiente enérgicamente—. Gracias por tu ayuda.

Agarro a Sarah del codo y salgo pausadamente a la calle. La guío hasta el callejón que hay en el lateral del hotel, por donde se recepciona la mercancía. Al asegurarme que no hay nadie en la calle, la empotro contra la pared de forma brusca.

—¡Te dije! —comienzo a bramar— ¡Qué no intentarás

jugármela otra vez! Te lo voy a preguntar una última vez, Sarah —prosigo haciéndole daño en los hombros por la fuerza que ejerzo en ellos—. ¿Dónde está Andrea?

Me mira aterrada, es la primera vez que me ve fuera de sí—. Nunca subió al avión —empieza a cantar cayéndole las primeras lágrimas por las mejillas—. Sí es verdad que le reservé un hotel, pero no en Roma, sino en Madrid.

—¡No me mientas más! —siseo furioso, esta vez no voy a caer de nuevo en su trampa.

—Te estoy diciendo la verdad, Enrico —solloza Sarah—. La escondí en el cuarto del aseo de caballeros para que Valentino no la viese. Cuando me aseguré que no estaba rondando por la zona, la dejé salir entregándole la reserva de un hotel cercano al aeropuerto —sigue relatando de forma nerviosa mientras me mira a los ojos—. Sabía que no ibas a buscarla en Madrid, que fue donde la dejé. Si quieres, puedes llamar tu mismo para que te confirmen mi versión.

Introduzco la mano en el bolsillo haciéndome con el teléfono, con la otra sigo sujetando a Sarah. Tras desbloquearlo, se lo tiendo —. Marca el número —pulso el botón de llamada—. Si es mentira, estás muerta. ¿A qué nombre hiciste la reserva?

—Cintia Santamaría —contesta entre hipidos.

Sin soltar a Sarah espero hasta que al cuarto tono me cogen el teléfono.

—Hotel Aires de Madrid, le atiende María. ¿En qué puedo ayudarle? —responde una voz dulce al otro lado de la línea.

Aclaro la voz antes de hablar—. Buenas tardes, señorita María. Quisiera saber si hay registrada una persona en vuestro hotel —pido sosegadamente.

—Lo siento, caballero. Esa información no puedo dársela.

—Verá, señorita —empiezo a decir, me pauso para calmar los nervios—. Se trata de mi esposa, quiero darle una sorpresa. Es nuestro aniversario, piensa que no voy a poder estar en España con ella. Así que, si es tan amable de proporcionarme la información, le estaré eternamente agradecido —termino diciendo de forma suave.

La recepcionista se queda un momento callada, sé que no puede ofrecerme la información. Me sorprende cuando accede—. De acuerdo, caballero. Pero recuerde, en ningún momento se la he dado. ¿Cómo se llama su señora? —pregunta María.

—No se preocupe, María, que no la delataré —respondo con una sonrisa en la boca—. Cintia Santamaría.

—Un momento, por favor —pide de forma educada la recepcionista mientras escucho las teclas del ordenador a través de la línea—. ¿Señor?

—Sí.

—Lamento darle malas noticias en su aniversario, su señora abandonó el hotel hará una hora y no dejo ningún mensaje para usted —informa.

Con un nudo en la garganta me despido—. Muchas gracias, señorita.

Miro a Sarah, esta vez dice la verdad. Aunque la información obtenida de poco me sirve, ya no está en el hotel. ¿Dónde se ha metido? ¿No es consciente del riesgo que corre estando sola sin mi protección?

—¿Qué te han dicho? —escucho la apagada voz de Sarah. La suelto automáticamente.

—Se ha marchado del hotel —respondo mirándola—. ¿Te dijo algo más?

—Poco más, que solo estaría unas horas en el hotel. El tiempo suficiente para localizar a una persona.

Viajo hasta Roma tontamente, Andrea no salió de Madrid. Tan abstraído estoy en mis preocupaciones, que no me percato cuando Piero me habla de forma rápida y nerviosa.

—Enrico, ¿me has escuchado? —quiere saber Piero tocándome el hombro.

—Perdona, Piero.

Observa mi cara de tristeza y desolación, al tiempo que yo noto su nerviosismo—. Te decía que si no te importa que me marche. Era mi tío, mi padre está enfermo y ya que estamos en Roma, me gustaría visitarlo —termina diciendo intentado que entienda sus nervios.

Vuelvo a alzar la cara para mirarlo, me extraña que lo llame su tío, hace años que no mantiene relación con su familia y menos con su padre—. ¿Estás seguro de que quieres verlo? —pregunto escéptico, asiente—. Andrea no viajó Roma, está en Madrid. Me gustaría regresar cuanto antes, con suerte puede que siga en España.

Piero se queda sorprendido por la noticia—. Enrico si no te importa, me gustaría pasar a visitar a mi padre antes de irnos —ruega.

—De acuerdo —accedo—. Voy a casa a ducharme. Te espero allí. —Nos despedimos con un apretón de manos.

Antes de arrancar el coche, llamo a Valentino informándole de las novedades y dándole una serie de instrucciones. En unas horas, regreso otra vez a Madrid.

34

—Hola, cariño —saludó una melosa voz femenina.

—Hola, amor —contestó Alejandro sentado en el sofá—. ¿Qué tal el viaje?

—Cansado —se quejó la mujer—. Te llamo para informarte, no dispongo de tiempo.

—Dime, amor —respondió Alejandro apenado, cada vez se le hacía más difícil separarse de ella. Estaba deseando que todo terminara, para poder disfrutar de su cuerpo, sus caricias y sus besos.

—Las últimas noticias son que intentaron trasladar a Andrea a Italia. La zorra esquivó a todo el mundo. El tonto del italiano viajó hasta su país para nada, allí se ha enterado que no abandonó España. No se sabe dónde está escondida. Díselo a tu socio y que empiece a buscarla —soltó de seguido, tenía escasos minutos para poder hablar con Alejandro.

—¡Joder! —masculló Alejandro—. Sabía que era lista cuando la contraté, pero no tanto, la verdad. Cariño, debo hablar con Sánchez inmediatamente. Lleva mucho cuidado, ¿vale?

—Siempre. Te quiero —respondió ella antes colgarle.

Alejandro se tomó unos minutos antes de llamar a su socio. Necesitaba recapacitar, ¿por qué se dejo embaucar en esa historia, con lo tranquila que era su vida? «Por amor», se respondió a sí mismo, por el amor que sentía por ella. Cuando consiguió serenarse, marcó el número de su socio.

—¿Hay novedades? —respondió Sánchez.

—Sí, Andrea sigue en España. Nos ha engañado a todos, incluido al mismísimo Enrico Bianchessi, que ha viajado en vano a Italia —informó Alejandro de forma brusca —. ¿Estás en Madrid?

Sánchez palideció ante esa información, su morena era más lista de lo que él mismo llegó a imaginar—. No, estoy en Murcia. No te preocupes, sé cómo llamar su atención, tengo en mi poder algo que estoy seguro de que querrá recuperar.

Alejandro resopló al escuchar la contestación—. ¿A qué te refieres, Sánchez?

—Tengo a su novio, Álvaro —informó—. Te aseguro que cuando reciba mi mensaje, quedará conmigo para hacer un intercambio…

—Dirás su exnovio, porque ahora está con otro —cortó radicalmente Alejandro—. Además, ¿se puede saber para qué queremos a su expareja, si él no sabe nada?

Sánchez suspiró ante ese comentario, sabía que su socio no iba a confiar lo suficiente en él—. Ya sé que está con el italiano, no soy tonto. Te aseguro que esa zorra cuando se entere que lo tengo, hará el intercambio para que no lo matemos. Ese pobre desgraciado, lo único malo que hizo en la vida, fue trabajar para mí y enamorarse de ella.

—Más vale que lleves razón. De no ser así, te dejo fuera del negocio —inquirió de forma amenazadora Alejandro—. Me estoy jugando mucho. Si no te hubieses obsesionado con ella, todo esto no estaría pasando —colgó tras intimidarlo.

35

Quince meses atrás

La semana estaba siendo una locura, la decoración para la fiesta de Sánchez no había llegado y solo quedaban dos días para la gran cita, como él la llamaba. La lista de invitados estaba confeccionada y Andrea volvió a ver el nombre de los italianos en ella. La tarde la dedicó a llamar a todos los proveedores para ultimar la entrega de la mercancía. Si todo salía según lo previsto, la fiesta sería un éxito. A última hora de la tarde con paciencia, consiguió lo que se propuso. Se dirigió a casa, necesitaba desconectar, en especial deseaba acurrucarse en los brazos de Álvaro, aunque sabía que era imposible que estuviese a esas horas en casa.

El reloj marcaba las diez cuando Álvaro entró por la puerta de casa, su sorpresa fue tremenda al ver quién lo acompañaba. «¿Qué hacía él en su casa?», pensó Andrea. Bastante tenía ya con verlo durante las horas que duraban las reuniones, no explicándose cómo cada vez eran más seguidas.

Álvaro sonrió ampliamente al verla. Fue una sorpresa encontrarla en casa tan temprano y más teniendo la fiesta de su jefe al siguiente día—. Buenas noches, cariño —dijo besándola en los labios mientras la abrazaba por la cintura—. ¿Cómo fue el día?

—Agotador —respondió Andrea sin apartar la vista de esos ojos marrones que le encantaban—. Fue una tarde dura, por fin terminó —bajando la voz preguntó —. ¿Qué hace Sánchez en casa?

—Lo encontré en el portal, dice que tiene que verte —comentó Álvaro con cara extrañada, no era normal que su jefe fuese a casa a buscar a su pareja.

Andrea lo miró también, le sorprendía mucho esa visita—. Santiago, ¿qué te trae por nuestro hogar? —preguntó de la forma más suave que pudo.

Sánchez la miró con el deseo instalado en los ojos—. Andrea, disculpa mi atrevimiento. Necesito hablar contigo unos temas urgentes de la fiesta —informó sin apartar la mirada del cuerpo de ella—. ¿Podemos hablar en privado? —sugirió.

Andrea miró a Álvaro suplicándole que no la dejara sola, aunque su pareja se adelantó a su súplica—. No te preocupes, Santiago. Os dejo solos para que habléis de negocios —dándole otro beso en los labios a Andrea, agregó—: Voy a ducharme mientras, cariño.

—¿Qué es tan urgente como para venir a mi casa? —preguntó sin miramientos Andrea cuando Álvaro no podía escucharla—. Bastante tengo ya con las preguntas, desde hace un tiempo sospecha algo.

Sánchez se acercó un poco más a ella, esa noche estaba guapísima con esos pantalones cortos y la camiseta de tirantes que llevaba puesta. Esforzándose para no abalanzarse sobre ella, habló —. Como habrás visto en la lista de invitados, hay un nombre italiano que se repite —comenzó a explicar mientras seguía babeando por las piernas desnudas de ella—. Es necesario que asistas —siguió relatando.

—Cuando hablamos de mis competiciones hace unas semanas, dejamos claro que no era necesario mi presencia. ¿Por qué he de asistir ahora? Solo me encargo que todo esté a gusto de tus invitados, solo eso —inquirió Andrea, porque no entendía ni el motivo de la visita ni la urgencia.

—Porque el señor Cassavacchi ha pedido conocerte. Tanto yo como su compatriota le hablamos muy bien de tu trabajo. Por lo visto, desea que lleves las fiestas que van a organizar en Roma —terminó de explicar él sin poder apartar la mirada de ese cuerpo que lo llevaba loco.

—¿Y esto no me lo podías decir por teléfono? —replicó Andrea enfadada, aunque sabía que no era el tono adecuado para hablarle.

—Pasaba por aquí —mintió descaradamente Santiago.

Andrea lo miró dudosa, no creía ni una palabra. Recordó lo que Isa le comentó sobre las fiestas, sin euforia alguna en la voz respondió—. Está bien, asistiré a la fiesta. Buenas noches. —Lo despidió para que no estuviese más tiempo en su hogar.

Sánchez captó la indirecta, se dirigió a la puerta no sin antes despedirse—. Buenas noches, Andrea. Que tengas dulces sueños. —Antes de marcharse se giró dándole un beso en la mejilla. Era la primera vez que lo hacía y el tacto de su piel le encantó.

Andrea no podía creer su atrevimiento, pasado el choque inicial, soltó un largo suspiro. No entendía por qué accedió a su petición, aunque una cosa tenía clara, iba a aprovechar el tiempo que estuviese en el local para averiguar qué se traía entre manos. Tan sumida estaba en sus pensamientos que no se percató que Álvaro la abrazó, comenzó a besarle el cuello con la ternura que solo él sabía.

—¿Qué quería mi jefe para venir a verte a casa? —preguntó sin dejar de besarle el cuello.

Andrea ladeó la cabeza para darle más acceso—. Se ha empeñado que asista al evento de mañana —respondió dándose la vuelta para besar esos carnosos labios que la volvían loca.

Álvaro enarcó las cejas, no le gustaba la idea. No conocía todos

los negocios de su jefe, pero sabía que no era oro todo lo que relucía—. No me hace gracia que vayas, ¿lo sabes? —dijo besándole la comisura de la boca.

Andrea para no seguir el cauce de la conversación, comenzó a besarlo sabiendo que con ello lo excitaría y se olvidaría de todo, menos de ella. Comenzó con besos suaves y pausados, conforme iba pasando el tiempo se volvieron salvajes y fuertes, hasta que ninguno de los dos aguantó más y terminaron haciendo el amor sobre la alfombra del salón.

Viernes al despertar, se encontró sola en la cama, por lo visto, Álvaro esa mañana madrugó. Salió de la cama perezosamente dirigiéndose a la ducha. Un día, se dijo a sí misma accediendo a la ducha. Un día y llegarían sus merecidas vacaciones, esas que tanto anhelaba. Necesitaba desconectar, ya lo tenía todo preparado, se marchaba unas semanas a los Pirineos, le encantaba la sensación de libertad que le provocaban las amplias montañas.

Finalizó de arreglarse. Agarró las llaves de encima de la mesita de la entrada junto con su bolso para salir, se sobresaltó cuando alguien la agarró de la cintura.

—¡Qué bien hueles! —susurró Álvaro mientras le acariciaba el pelo con la punta de la nariz.

Andrea se giró para encontrarse con esa sonrisa y esos ojos que la desarmaban—. Hola, cariño. Pensé que ya te habías marchado.

—Estaba en el despacho confeccionando el menú de cinco bodas que tenemos contratadas para el mes que viene —respondió cerca de sus labios, no se cansaba de besarlos—. No te escuché salir del dormitorio, me hubiese gustado desayunar juntos.

—Un día, cariño. Un día y nos vamos de vacaciones —dijo abrazándolo—. Tengo que marcharme o llegaré tarde.

—Un día y serás mía durante dos semanas —replicó Álvaro dándole un último beso de despedida.

Se dirigió en coche hasta el local donde tenía que organizar el evento. Al entrar prefabricó su sonrisa habitual, no deseaba que la gente descubriese su estado de ánimo real. Inmersa en su trabajo, pudo olvidar por completo sus problemas, aunque en ningún momento olvidó lo que quería averiguar. Con tacto, fue hablando con las azafatas, lo que descubrió le revolvió el estómago. Si lo que decían era verdad, estaba en un serio problema. Conforme avanzaba la noche, sus dudas se disiparon comprobando con sus propios ojos que todo era verdad.

Arriesgando demasiado se adentró en el despacho de Sánchez, después de un buen rato buscando como una loca localizó parte de la información que necesitaba para desenmascararlo. La introdujo en su bolso, cuando se disponía a salir, se topó con Sánchez al otro

lado del umbral.

—Por fin te encuentro, Andrea —habló de forma agradable Sánchez—. ¿Qué haces en mi despacho?

Andrea instaló una inocente sonrisa y mirándolo a los ojos, respondió apoyándose en él—. Disculpa, Sánchez. Le pregunté a Pedro dónde podía descansar un poco porque me mareé y me dijo que viniese aquí, que no te importaría —terminó diciendo pasándole la mano por el brazo, provocándose arcadas por su actuación.

Sánchez, al sentir la calidez de su cuerpo contra el suyo se calmó —. ¿Cenaste algo? —preguntó preocupado, estaba enamorado de ella y lo que menos necesitaba era que enfermase, tenía grandes planes para los dos—. Acompáñame, por favor. Vamos a tomar algo.

Andrea lo siguió sin rechistar, la mentira funcionó. Al llegar a la barra, Sánchez le preparó un emparedado con una Coca-Cola, e hizo que se lo tomara. Después de asegurarse de que se lo comió, iba a sacarla a la calle para que fumara y le diese el aire, cuando reclamaron su presencia en una de las salas. Se vio obligado a dejar a Isa a cargo de su amor platónico.

La pesadilla de Andrea no empezó esa noche, gracias a la habilidad de Pedro que evitó que Sánchez la violara. Su calvario duró cinco meses. Durante ese tiempo tuvo que abandonar al hombre que amaba para que no pagara por sus errores, sin darle muchas explicaciones, de lo contrario, no hubiese sido capaz de hacerlo. Todas las noches era un infierno irse a la cama, al final solo conseguía dormirse después de caer agotada por el llanto. La paz le duraba poco, enseguida comenzaba con los sueños, aterrándola más. Conforme pasaban las semanas, las pesadillas fueron en aumento. Era caer en un sueño profundo y comenzar a ver a su familia, Álvaro, Isa y Pedro como eran asesinados a sangre fría mientras a ella la obligaban a presenciar cada una de las muertes, manteniéndola maniatada en una silla y soportando los besos que Sánchez repartía por su cuello mientras le susurraba al oído «todo esto lo hago por tu bien, amor, para que aprendas. Si no fueses traviesa, tu familia y amigos seguirían vivos».

36

Cambio de refugio a media tarde del domingo. Si Enrico localiza a Sarah, no sé con certeza cuánto tardará la azafata en revelar mi posición. En parte la comprendo, la chica no tiene por qué jugarse el cuello por una desconocida. Aunque es una ironía, opto por la suite del hotelito rural donde pasé mi primera noche abrazada a Enrico.

Al caer la noche llamo a mis padres, necesito asegurarme que están bien, ya sé que mis hermanos están a salvo de momento en el ático de Madrid junto a Roberto, al final Noé los localizó. Tras colgar, ceno un poco de lo solicitado al servicio de habitaciones, intento conciliar un sueño que no llega. Lo consigo imaginando que los ojos verdes de Enrico me miran con amor.

Abro los ojos al despuntar el día, me aseo un poco colocándome las mallas de deporte, calzándome las zapatillas cierro la puerta de la habitación. Al salir a la calle un aire frío me da los buenos días, le doy a reproducir la canción antes de comenzar a correr en dirección al pueblo. Me olvido de todo lo que me persigue. Es casi medio día cuando regreso sudada y hambrienta al hotel.

Tras una merecida ducha, me coloco una camiseta de tirantes, dejando al descubierto el árbol de la vida y unos pantalones cortos, el calor ya está haciendo acto de presencia en la montaña. Opto por bajar al restaurante a comer, no me apetece estar encerrada sola en la habitación otra vez. Al pasar por delante de recepción, un joven muy simpático me detiene.

—Buenas tardes, señora Sayas —saluda afablemente el recepcionista—. Esta mañana llegó un paquete para usted —dice entregándome una caja marrón.

La sujeto con las manos, es el móvil que Isa me envía, aunque no lo esperaba hasta el día siguiente—. Gracias, lo esperaba —observo como el chico mira fijamente el hombro, es debido a la parte del tatuaje que asoma por ese lado del cuerpo—. ¿No has visto antes una mujer tatuada que lo miras con cara de asombro? —pregunto sonriéndole.

—Por supuesto que sí, señora —contesta apartando la mirada—. Me encantan los tatuajes, llevaré unos diez u once repartidos por todo el cuerpo. Lo miraba porque el tatuador que lo hizo es muy bueno, esas líneas finas están muy bien definidas.

—Veo que entiendes de tatuajes.

—Sí, mi novia, Marina, es tatuadora. Es quien me decora la piel.

Cuando se siente inspirada practica conmigo y encantado la dejo. Aquí en el pueblo no tiene muchos clientes.

Sonrío, llevo un tiempo queriendo hacerme otro tatuaje. Tengo claro lo que quiero y donde lo quiero. Debido a los horarios del trabajo, las visitas a la familia y las horas que pasaba con Enrico, no saqué tiempo para hacérmelo, pero ahora dispongo de todo el tiempo del mundo. Aparte de mantenerme informada, no tengo otra cosa que hacer, solo esperar.

—¿Cabe la posibilidad que tu novia venga a mi habitación? Llevo tiempo queriendo marcar de nuevo mi piel.

—Estará encantada —responde el orgulloso novio.

Tras esperar a que Julio, el recepcionista, llame a su novia para citarme con ella, me adentro en el restaurante sentándome en la mesa del fondo. Como observando el verde de las montañas que rodean aquel precioso entorno, el jardín más bien es un pequeño bosque lleno de pinos. Es impresionante. Al finalizar subo al cuarto donde pongo en funcionamiento el móvil, charlo un rato con Isa, escuchando los movimientos de Sánchez. De momento no se ha movido de Murcia, cosa que me extraña bastante. Lo lógico, es que me estuviese buscando por Madrid.

A las cuatro de la tarde suenan unos golpecitos en la puerta, me dispongo a abrir encontrándome a Julio junto a una chica de su altura, es rubia con rastas de ojos azules como el cielo. Supongo que es Marina, mi tatuadora y novia del recepcionista. Marina porta el maletín; Julio transporta la camilla que coloca en mitad de la habitación.

Mientras Marina finaliza de dar los últimos retoques al diseño que solicito, me despojo de la camiseta y del sujetador, recostándome en la camilla. Siento un hormigueo por el cuerpo al escuchar el zumbido de la máquina. Allí me encuentro, en la habitación donde hice el amor por primera vez con mi italiano, a punto de tatuarme el contorno del pecho derecho con una frase dedicada al amor que siento por él.

—¿Lista? —pregunta la chica acercando la aguja a mi piel.

—Sí.

Los primeros pinchazos son los más dolorosos, pasado el impacto inicial, relajo el cuerpo para disfrutar de cada pinchazo que recibe mi cuerpo. Marina tarda cerca de dos horas en finalizar su obra maestra. Bajo la vista observando la belleza de los delicados trazos que la artista efectúa, el tipo de letra que sugiere es caligráfica y el resultado es realmente hermoso.

—Andrea, ya puedes respirar, terminé —dice sonriendo, mientras elimina los restos de tinta sobre el tatuaje para que pueda apreciarse bien el resultado—. Ahora ya sabes, mucha agua y gel

para eliminar los restos de tinta y una capa de crema cicatrizante.

Observo las finas letras negras que rodean el pecho, donde puede leerse Amor Vincit Omnia y en letras más pequeñas, las iniciales E.B.

—Precioso —susurro intentando no llorar delante de la chica, no porque sintiera dolor durante el proceso, sino por el gran significado que tiene este nuevo tatuaje.

Mientras Marina recoge sus instrumentos de trabajo, me adentro en el baño para lavarlo y ponerle la crema—. ¿Puedo preguntarte por su significado? Casi lloras al verlo —pregunta asomando la cabeza por la puerta del aseo.

No puedo evitar que una lágrima resbale por la mejilla—. La frase significa, El amor lo vence todo. Las iniciales pertenecen al hombre del que estoy enamorada. Aunque en estos momentos por cuestiones ajenas a nosotros, debemos estar separados. Si dentro de un tiempo volvemos a reencontrarnos, me gustaría que el amor que ambos sentimos venza todas las adversidades que nos separan.

—Guau. Preciosa declaración de amor —contesta sinceramente Marina.

Tras pagarle, me despido de ella. En la soledad que me proporciona la habitación, me desahogo llorando por las pérdidas a las que debo enfrentarme.

El resto de la semana transcurre con tranquilidad. Mis días están divididos, en hablar con Isa, para que me mantenga al tanto de todo lo que sucede, incluida la visita de Enrico a mi ciudad natal intentado localizarme; curarme el tatuaje tres veces al día y salir a correr durante horas. Respecto a mis padres, estoy tranquila, están custodiados por dos hombres que designó Pedro. Alba, Tony y Roberto se hallan a buen recaudo bajo la atenta mirada de Valentino, lunes noche el italiano estaba haciendo guardia ante la puerta del edificio, sin ser vista por nadie, regresé a mi refugio para rumiar mis penas.

Sábado por la mañana, tras finalizar las gestiones que faltan por hacer, cojo el móvil para realizar una llamada, necesito un pasaje con nombre falso para poder salir del país. Mi destino, Roma. Es necesario hacerle una visita a la familia Bianchessi, los necesito de mi lado, no contra mí y para conseguirlo sé a quién debo llamar.

—Hola, Sarah —saludo cuando descuelga.

—¡Por fin te localizo! Llevo una semana intentando dar contigo —habla la azafata alterada—. Enrico me localizó. Lo siento, al final tuve que contarle la verdad.

—Lo imaginaba —mascullo levantándome de la silla.

—Escúchame —pide Sarah—. Tengo algo que decirte.

La corto antes de que prosiga hablando—. Tengo que irme antes

de que me encuentre. Para eso te llamo.

Sarah resopla a través de la línea—. ¿Quieres escucharme, por favor? —pide levantando un poco la voz—. Hablé con él. Enrico solo quiere protegerte de alguien, aunque no dijo de quién.

Al escuchar las palabras de Sarah quedo paralizada. «¿Quiere protegerme? ¡Vaya ironía! Es él quien me busca», pienso.

—¿Qué te va a decir, Sarah? —contraatacó, la mujer no tiene ni idea de lo que sé—. ¿Qué quiere verme muerta? Perdona que lo dude.

—Lo conozco muchos años y sus ojos demostraban el amor que siente por ti, jamás antes vi esa mirada en él. —Me corta Sarah.

—Claro, qué me vas a decir tú. ¿Cuánto te pagó esta vez?

—Nada —bufa indignada—. Rechacé tu transferencia.

—¿Por qué? —pregunto incrédula.

—Porque —replica Sarah—, estoy convencida de que Enrico no te dañaría. Solo necesité ver su angustia, para saber que decía la verdad. Andrea, si eres lista no huyas de él. Mira, no sé quién desea verte muerta, pero te aseguro que no es Enrico —dicho esto corta la comunicación dejándome dudosa.

Cabe la posibilidad que él no sepa los trapicheos que se trae entre manos Sánchez a sus espaldas, o que esté al tanto. Si es la primera opción, todavía puedo negociar con ellos; si se trata de la segunda, lo tengo crudo.

Estoy marcando de nuevo el número de Sarah, cuando suenan unos golpes en la puerta, me levanto para abrir, se tratará del servicio de habitaciones con mi desayuno. Pero al ver quién hay tras la puerta, una amplia sonrisa se me dibuja en el rostro mientras me lanzo a los brazos de mi visitante.

37

Alejandro caminaba de un lado a otro sin cesar, debido al poco espacio que había en la oficina. Sánchez le envió un mensaje a Andrea miércoles a media mañana, la murciana aún no había dado señales de vida, cosa que le impacientaba. ¿Y si al final le daba igual el destino de Álvaro?

—¿Quieres parar de una jodida vez? —rugió Sánchez sentado en una de las sillas frente al escritorio.

Se detuvo el instante justo de lanzarle una acusatoria mirada—. Hace tres días que le enviaste la foto y aún no se pronunció.

—Lo hará —aseguró Sánchez.

—¿Cómo estás tan seguro? Empiezo a tener serias dudas de que le importe el destino de ese pobre imbécil, que el único mal que hizo fue enamorarse de ella.

—Lo hará —aseguró de nuevo Sánchez—. No está sola en esto, cosa que ninguno ni siquiera tu novia, nos dimos cuenta.

En esa ocasión Alejandro sí que se paró—. ¿Se puede saber quién la ayuda? Si todos están de nuestra parte.

—No, todos no. La jefa de sala, Isa, y el jefe de seguridad, Pedro, son aliados suyos. A saber qué más se llevaron esos dos. Anoche ninguno de los dos se presentó a trabajar, saben que tenemos a Álvaro, lo vio Pedro, estarán con ella en estos momentos.

—Esperemos que lleves razón —sentenció Alejandro dejándose caer en el sillón que ocupaba cada día.

38

Isa decide liberarme tras unos minutos fundidas en un abrazo, me alegra mucho volver a ver a la loca de mi amiga—. ¿Cómo estás? —Se interesa mientras accedemos al interior de la habitación.

—Es complicado contestar a esa pregunta en estos instantes —sonrío con tristeza, es mucho lo que sacrifiqué en esta semana, cada día que pasa es como si transcurriese un siglo—. ¿Me explicas qué haces aquí, te di órdenes de que no abandonaras la ciudad si tu vida no corría peligro? —No termino de decirlo cuando caigo en la cuenta—. ¿Ese hijo de puta intentó hacer algo contigo?

Isa niega—. No, no te preocupes, no me tocó un pelo. De hecho, ni se enteró de que estaba ahí, detrás de él en todo momento.

—Entonces, ¿qué haces en Madrid?

Se sirve un vaso de agua antes de responder—. El miércoles llegó Sánchez con sus hombres, los oí conversar sobre lo que acababan de cazar. Andrea, tiene a Álvaro. También lo escuché decir que te envió una foto. Te aseguro que no lo están tratando bien. Pedro estuvo en la misma habitación donde lo tienen, intentó liberarlo, pero llegó uno de los sicarios de Sánchez. El resto, puedes imaginarlo, no hace falta que entre en detalles.

Ahogo un grito que pugna por salir sin contener las lágrimas. Todo se está complicando más de la cuenta—. ¡No puede ser! —suelto casi gritando—. Álvaro no sabe nada de lo ocurrido, es inocente y lo sabes. Isa, si no aparezco lo matará.

Isa asiente, comprende lo que es capaz de hacer Santiago con tal de salirse con la suya. Quien osa amenazarlo o traicionarlo, paga por ello—. ¿Cómo lo hacemos? Te recuerdo, que como des la cara y te aprese, no sales viva de sus garras —asegura mirándome a la cara.

—No puedo dejar a Álvaro allí, lo matará —protesto.

—A ti también —sentencia Isa.

Cierro los ojos suspirando profundamente, es hora de actuar—. Lo sé, pero no voy a permitir que él pague por mis actos —digo sabiendo las consecuencias—. Voy a necesitar tu ayuda para llevarlo a cabo y no quiero que pongas impedimentos.

—Ya lo veremos, no prometo nada —replica mi amiga—. Como suponía que esa cabecita tuya iba a cometer alguna locura, vine bien acompañada.

Abro la boca, vuelvo a cerrarla. Miro a Isa—. ¿Qué hiciste? Sabes que nadie puede reconocerme o estoy perdida.

La carcajada de Isa calma mi mal humor—. Tranquila, sabes que nunca haría nada que te ponga en peligro, la compañía que traigo te aseguro que te gustará. —Me agarra del brazo y tira de mí en dirección a la puerta—. Salgamos fuera, alguien está deseando verte.

Descendemos en silencio las tres plantas que nos separan de la calle, recorremos el pasillo hasta llegar a la entrada del hotel saliendo al exterior. No visualizó nada más que extranjeros, gente del pueblo y una hilera de coches. Antes que pueda pronunciarme, Isa me agarra del codo guiándome por el lateral del hotel hasta la zona ajardinada, allí de pie se hallan seis hombres ocultándose del abrasador sol. Aun posándose en mis ojos los rayos del sol, reconozco las figuras. Sin pensarlo, me abalanzó en una carrera para poder abrazarlos. Ante mí está Pedro, mi fiel jefe de seguridad y gran amigo. Con él, todos los que pertenecieron a nuestro equipo de seguridad, que sonríen al verme.

—¡Cuánto me alegro de verte, jefa! —dice Pedro dejándome en el suelo para poder observarme—. Para lo que necesites, puedes contar con todos nosotros.

Asiento sin poder evitar que se me llenen los ojos de lágrimas. Quién me iba a decir que estos hombres que nadie quería contratar por su pasado, iban a ser tan fieles después de casi un año sin verlos. Cuando termino de abrazar a Pedro, saludo a los demás con la misma efusividad.

Tras los saludos, nos acomodamos en una mesa bajo el amparo de los pinos. Mientras bebemos cerveza, nos ponemos al día.

—Siento haber desaparecido todo este tiempo. —Me disculpo con ellos.

—No digas tonterías, jefa —replica Pedro—. Si no llegas a desaparecer, ahora estarías muerta o en la cárcel. Además, dejaste a una buena sustituta —comenta mirando a Isa.

—Pedro tiene razón. Fue la mejor decisión tomada. —Se apresura a decir Pablo, uno de los hombres.

Proseguimos charlando hasta medio día. Accedemos al interior del restaurante para comer al fresco. Durante el transcurso de la comida, todo son risas por parte de todos, recordamos con añoranza los buenos momentos vividos mientras trabajábamos juntos. El café, optamos por tomarlo en la terraza, bajo la protección de los árboles, la zona está vacía y necesitamos intimidad para tratar ciertos temas. Comienza el juego, otra vez.

—¿Estás loca? —medio grita Pedro al escuchar mi plan.

Llegó el momento de mover ficha, llevo una semana escondida y eso no va con mi estilo. Tengo bastante claro, que no voy a permitir que Álvaro pague un precio tan caro por el simple hecho de haber

estado enamorado de mí. Ese es su único pecado. Soy consciente de los riesgos de mi plan, pero tal y como están las cosas no queda otra, no sé obrar milagros. Nosotros somos nueve personas contra tres italianos, más los aliados que tengan en el país, en caso de que Enrico no se posicione a mi favor, sin descartar a Sánchez y sus matones. Es tontería arriesgar la vida de más gente, ambos lados, solo me quieren a mí.

—No, Pedro, no estoy loca. Es lo mejor que podemos hacer— respondo sin mirarlo—. Os vuelvo a repetir el plan, por si la primera vez no ha quedado claro. Cuatro hombres que regresen de inmediato a Murcia, ya sabemos que Sánchez tiene a Álvaro, necesito rescatarlo con vida. Isa, en caso de que Valentino se niegue a colaborar, aunque no lo creo, te encargarás de sacar de la capital a Alba, Tony, Roberto y Mariola. Y tú —digo mirando a mi gran amigo Pedro—, junto a Pablo y Salva, os quedaréis en el ático con Enrico y Piero. Entre los italianos hay un infiltrado para Sánchez, de momento no averigüé quién es. No tiene otra explicación que se enterara de que no estaba en Italia, sino en España. Yo me reuniré con Sánchez.

Todos guardan silencio unos segundos, saben que es una locura de plan, ¿cómo voy a enfrentarme a Sánchez sola? Cavaré mi propia tumba. Isa rompe el silencio.

—Si deseas hacerlo a tu modo, no seré yo quien se niegue —comienza a decir ignorando la mirada asesina que Pedro le dedica—. Pero si Valentino finalmente colabora con nosotros, te acompaño al intercambio. No hay negociación que valga Andrea.

Acepto su petición, no las tengo todas conmigo, ignoro si Valentino se posicionará a mi favor, si lo hace dejaré que venga conmigo, aunque bajo ningún concepto se acercará a Sánchez—. De acuerdo. Bien, así tenemos las cosas.

—Sánchez no sacará a Álvaro de la ciudad, pide hacer el intercambio a mitad de trayecto. Supongo que optará por la nave que tiene en el polígono abandonado de Albacete —comenta Pedro interrumpiéndome.

—Buena idea —digo mirándolo. Desvío la mirada observando al resto—. Marchaos de inmediato, con suerte Álvaro no estará muy magullado a vuestra llegada. Quedaré con Sánchez a medianoche. Disponemos de siete horas para actuar y poder salir victoriosos.

Nos despedimos de los chicos, deseándoles buena suerte. La van a necesitar, Álvaro estará bien custodiado. Los restantes, subimos a la habitación que ocupo para prepararnos. Mientras ellos preparan las armas, incluida la mía y recogen mis pocas pertenencias, yo me encargo de hablar con Santiago, como bien vaticina Pedro, quedamos en la nave de Albacete. Antes de marcharnos contacto

con Valentino, al que tengo que calmar primero antes de solicitarle el favor. Favor que está encantado de hacer. Le doy tiempo suficiente para que se presente en el ático donde están mis hermanos y mi amigo. A ellos les envío un mensaje advirtiéndoles.

—Pedro, ya sabes qué hacer con Enrico. —Le recuerdo mientras cierro la puerta del coche. Es hora de ponernos en marcha

39

Sánchez colgó la llamada con una amplia sonrisa en el rostro, mirando a su socio hizo pasar a sus hombres al despacho—. Te dije que llamaría —Le recordó a Alejandro—. Vosotros dos —habló señalando a dos de sus hombres—, matad a ese pobre desgraciado y dejar el cuerpo para que lo encuentren sus hombres cuando vengan a por él.

—¿Cómo sabes que vendrá alguien a por él? —interrogó extrañado Alejandro.

—Querido Alejandro, después de tanto tiempo trabajando a mi lado, aún no aprendiste nada por lo que veo. Estoy empezando a pensar que, aunque me desagrade la estúpida de tu chica, es la única lista de los dos.

—No te pases —advirtió Alejandro señalándolo.

—Esa morena es más lista que tú. Es fácil, si su jefe de seguridad y la encargada de sala están con ella, eso significa, que todo el equipo de seguridad que siempre contrataba, también están con ellos. Debo de reconocer que mi morena es igual de retorcida que yo para los negocios —respondió saboreando la victoria—. De esta noche no pasa de hacerla mía de una vez.

40

Los inquilinos del ático de la calle Valverde quince de Madrid, se hallaban esparcidos por la estancia, cada uno sumido en sus reflexiones. Roberto llevaba una semana sin ver a Valentino, aunque el italiano intentó por activa y por pasiva quedar con él, hasta el momento, puso una excusa con otra, no sabía si era capaz de actuar con normalidad, y eso fue lo que le pidió su amiga desaparecida. Comenzaba a comprender a Andrea, cuando por las noches tenía que consolarla tras sufrir una de sus pesadillas, esta última semana para él fue terrorífica, era cerrar los ojos y ver como perdía otro pilar de su vida, en esta ocasión a su amiga, esa que se convirtió parte de su familia, la única que le quedaba. Una voz de mujer lo sacó de sus pensamientos.

—¿Seguro que no tienes problema porque nos quedemos? No queremos molestar —preguntó Alba mirando las ojeras que días atrás hicieron presencia en el rostro del sevillano.

Roberto la miró, no respondió al instante, prosiguió con sus cavilaciones. Lo que más le dolía era la mentira de Valentino, que no le dijese que pertenecía a la mafia, no sabía si podría perdonárselo—. ¿Otra vez con lo mismo? —respondió por fin exhausto—. Te he dicho cien veces esta semana, que no tengo problema que os quedéis en la habitación de tu hermana.

—Roberto, ¿te encuentras bien? —deseó saber Tony apareciendo por el salón—. No tienes buena cara.

—¿Cómo estarías tú, si te enterases de que tu novio es un…? No sé ni cómo describirlo —dijo dejándose caer en el sillón—. Al cóctel, súmale que están buscando a tu mejor amiga para hacerle vete tú a saber —inquirió sin emoción alguna en la voz. Todavía no podía creerse que Valentino, ese hombre cariñoso y amable, fuese un mafioso. Pero por el bien de su amiga, tenía que aprender a disimular.

—Mal, supongo —contestó Tony—. ¿Cómo lo vamos a hacer en una hora cuando aparezca por casa? —preguntó girándose hacia Alba.

—Tu hermana en el aeropuerto me dijo que hiciese como si no supiese nada y así pienso hacerlo —informó el sevillano—. Aunque si soy sincero, no sé si podré.

Alba alzó las cejas al escuchar a Roberto, ¿acaso su hermana había perdido la cordura? —. Ah, no, eso sí que no —empezó a decir levantándose de la silla—. Quiero que Valentino me lleve

hasta Enrico, necesito aclarar muchas cosas y ellos son los únicos que pueden hacerlo.

—¿Qué vas a decirle? —habló Tony—. Sé que sois unos mafiosos, que por vuestra culpa nuestra hermana tiene problemas y qué habéis hecho con ella que no la localizamos —terminó diciendo de forma sarcástica.

—Más o menos —espetó Alba alzando la cabeza—. No vas tan desencaminado.

Roberto los miró, cuando se ponían así eran imposibles, esa mañana tuvo la suerte o desgracia de comprobarlo un par de veces. Era verdad que todos estaban nerviosos desde la desaparición de Andrea, había transcurrido una semana sin noticias suyas. Su estado de nervios incrementó al recibir una llamada de Valentino, anunciando su llegada en una hora. Sabía que necesitaba mantener la calma, para poder simular un poco ante él, pero con ellos discutiendo a cada segundo le costaba más de lo normal.

—Eso no es lo que quería tu hermana —contestó Roberto molesto a Alba.

Alba lo miró por encima del hombro, antes de girarse plenamente hacia él—. Me da igual lo que quisiera mi hermana, te recuerdo que no la localizamos, a saber que hicieron con ella esos desgraciados. Si os da miedo enfrentaros a ellos, más os vale que vayáis a dar un paseo —finalizó diciendo en dirección al dormitorio de Andrea. Iba a empezar a empaquetar las pertenencias que quedaban de ella y también a rebuscar intentando encontrar alguna pista del paradero de su hermana.

Roberto y Tony se quedaron en el salón, durante un buen rato, ambos estuvieron sumidos en sus pensamientos sin mediar palabra alguna.

—Sabes, hay algo en esta historia que no entiendo —rompió el silencio Tony—. No me entra en la cabeza porque hace una semana sí viajó supuestamente a Italia y la otra vez que le ofrecieron el traslado lo rechazó.

—¿Cuándo le ofrecieron eso? —inquirió Roberto, esa parte de la historia nunca se la reveló su amiga, era la primera noticia que tenía.

—Unos meses antes de aceptar el traslado a Madrid —respondió Tony—. ¿No te lo dijo? —Roberto negó con la cabeza—. Pues sí, al poco tiempo de pasar todo le ofrecieron el traslado. Sé que mi hermana nos oculta algo, este tiempo lo dediqué a investigar y las veces que hablé con Álvaro, el chico siempre relata la misma versión.

—¿Y cuál es? Si puede saberse —Se interesó Roberto, ya que cuando Andrea le confesó por qué aceptó el puesto en Madrid,

nunca mencionó que fuese por su ex, sino por lo ocurrido con un cliente llamado Sánchez.

—Que ella comenzó a cambiar el día de la última fiesta que organizó para Sánchez. Dice que a partir de ese día no volvió a ser la misma, que se volvió desconfiada y pasaba más tiempo encerrada en el despacho que con él. Intentó que hablara, que no cancelara la boda, pero ella se marchó sin dar más explicaciones. A nosotros nos dijo que abandonó a Álvaro por maltrato, te aseguro Roberto que ese hombre es incapaz de ponerle la mano encima a mi hermana, después de más de un año sigue enamorado de ella —relató mirándolo—. Intenté hablar con Alba de esto, pero me contesta que es una artimaña de Álvaro para culpar a Andrea y él quedar como un santo.

Roberto se quedó mirándolo pensativo, a él tampoco le encajó mucho la explicación que su amiga le dio, lo más raro es que nunca le echó las culpas a Álvaro—. Puede que estés en lo cierto. Cuando a mí me contó lo ocurrido, nunca nombró a Álvaro. Todo esto tiene que ver con los papeles que tu hermana tiene en su poder, son la clave para descifrar lo que está sucediendo —respondió mirando fijamente a Tony.

—¡Otra vez con la misma historia! —habló con furia Alba—. ¿De qué lado estás? ¿Del hijo de puta ese o de tu hermana?

Ambos la miraron con cara de asombro, no la escucharon llegar, fue Tony quien respondió.

—Sabes perfectamente la respuesta a la pregunta —contestó de forma brusca, le dolía que dudara de él—. Aunque también tienes que saber que nuestra hermana nos esconde algo, por mucho que la queramos. ¿Acaso no te das cuenta de que a cada uno nos contó una versión y Álvaro siempre cuenta la misma? —terminó diciendo cada vez más ofuscado, quería mucho a su hermana, pero sabía perfectamente que ella les mintió a todos, aunque fuese por su bien.

Alba no pudo replicar, debido a que alguien llamaba con insistencia a la puerta. Antes de que Roberto pudiese abrir, se dirigió a toda velocidad a la entrada, sabía perfectamente quién se encontraba detrás.

—Llévame ante Enrico, no quiero un no por respuesta —saludó Alba a Valentino sorprendiéndolo—. Sé quiénes sois.

Valentino la miró con los ojos muy abiertos—. No sé a qué te refieres —contestó sin salir de su asombro.

Alba lo señaló con el dedo antes de espetarle furiosa—. ¡No me vengas con cuentos! Vi con mis ojos a tus amigos, Enrico y Piero, hablando de mi hermana, decían que era a ella a quien buscaban todo ese tiempo. No te lo repito más veces, quiero ver a Enrico ahora.

Valentino miró a Roberto, se le partió el alma al ver con la desconfianza que lo miraba—. Lo siento, Alba, lo que pides no es posible. Enrico no está en la ciudad. —No le mintió, su jefe no estaba en la ciudad pero sí de regreso. Fue recibir la llamada de Andrea y no tardó en llamarlo para indicarle que ella estaba en Madrid y donde localizarla.

Alba se disponía a contestar cuando escuchó su móvil sonar, lo raro, que no solo sonó su teléfono, también el de Roberto y Tony. Los tres se miraron, era muy raro que les hubiese entrado un mensaje al mismo tiempo y pronto descubrieron que se trataba de la misma persona.

Desconocido: Estoy bien, no pude ponerme en contacto antes. No os mováis del ático, en una hora estoy ahí. Andrea.

Se observaron sorprendidos, por fin tenían noticias. Miraron a Valentino, era un peligro que Andrea llegase a la casa estando él allí.

El italiano al notar la cara de sorpresa de los tres, se aventuró a hablar—. No me miréis con esa cara, a mí también me citó aquí. Avisé a Enrico, la está buscando desesperadamente durante una semana. —Al ver con el horror que lo miraban se explicó—. Está en problemas y solo él puede ayudarla.

Los tres quedaron extrañados al saber que Andrea lo llamó. Alba inició la conversación—. Claro que mi hermana tiene problemas, se los buscó tu amigo del alma. Esto no estaría pasando si no lo hubiese conocido —contestó gritando.

—Estás muy equivocada Alba —replicó Valentino de forma suave, alterarla más no serviría de nada—. Tu hermana no lleva en este mundo meses, lleva años. Es verdad que nosotros viajamos a España por ella, ninguno sabíamos su identidad hasta el domingo pasado y lo que nadie esperaba es que los dos se enamoraran. ¿Sabes que tu hermana conocía la identidad de Enrico? —inquirió mirando a Alba, ella negó con la cabeza—. Pues sí, Alba, tu hermana sabía con quién estaba. Tenéis que creerme, Enrico lo único que desea es protegerla de Sánchez y sus sicarios —terminó suplicando con la mirada a Roberto, necesitaba que lo creyese.

—¿Cómo vamos a creer esa patraña? —cuestiono Roberto.

—Porque le está mintiendo a su familia. Solo Piero y yo sabemos quién es Andrea, el resto desconocen su identidad. ¿Sabéis que conlleva traicionar a la familia? —Al ver que ninguno respondía prosiguió—. La muerte. Enrico se está jugando la vida por salvar la de ella —contestó todo lo calmado que fue capaz—. Si Sánchez la encuentra antes, de poco servirá lo que mi jefe está haciendo. Os aseguro que ninguno de los tres queremos que le ocurra nada, de ahí el traslado a Roma, Enrico iba a esconderla hasta averiguar la

verdad —terminó explicando. Era consciente que habló de más, pero a esas alturas ya poco importaba.

Los tres miraron a Valentino, ¿y si él estaba en lo cierto y era más peligroso para ella Sánchez que Enrico? Aunque por otro lado, fueron ellos quienes fueron tras su rastro, él mismo acababa de revelarlo. Los tres tenían serías dudas de a quién creer.

Alba y Tony murmuraban de qué manera dar esquinazo al italiano antes que Andrea llegase a la vivienda. Valentino sin percatarse de ellos, se concentró en Roberto, le dolía ver la mirada acusatoria que le dedicaba. Sabía que actuó mal al no contarle la verdad, pero en ningún momento llegó a imaginar que terminaría enamorado del español. Tragándose el nudo de emociones dio un paso al frente, necesitaba hablar con él y sentir su cariño. La reacción de Roberto lo torturó, reculó con miedo instalado en la mirada.

—No te acerques a mí —suplicó el sevillano retrocediendo—. No quiero tener nada que ver con un asesino.

Ni las aberraciones que sufrió en su juventud le dolieron tanto como sus palabras—. No soy ningún asesino, Roberto —siseó, por mucho que lo amara, no iba a consentir que nadie le faltase el respeto de esa forma.

—¿Ah, no? —replicó Roberto con desdén—. Entonces, ¡explícame quién eres! Acabas de confesar que trabajas para la mafia.

Valentino avanzó un paso en su dirección—. Sí, pero eso no significa que vaya por ahí matando a gente.

Roberto se negaba a escucharlo, él ya forjó una imagen del trabajo del italiano—. ¿Por qué estás conmigo, Valentino, para estar cerca de Andrea? —preguntó alzando la voz—. Es eso, ¿verdad? En eso consistía tu trabajo, debías vigilarla y qué mejor forma que fingiendo estar enamorado de mí para estar cerca de ella.

—¿Qué? —interrogó extrañado Valentino—. ¿Qué tontería estás diciendo, Roberto?

—No es una ninguna tontería —espetó el sevillano—. Acabas de decirme que tu jefe fue quien inició la búsqueda de Andrea.

—Sí, pero eso no tiene nada que ver con nosotros —contestó con resignación el italiano.

—Mucho, tiene que ver mucho. Estando conmigo era la mejor forma de tenerla vigilada —afirmó Roberto con lágrimas en los ojos.

—La parte de que nosotros no conocíamos la identidad de Andrea, ¿cuál es la que no entiendes? —replicó sin titubear Valentino—. Roberto, por favor, deja que me explique. Mi relación contigo no tiene nada que ver con mi trabajo, estoy enamorado de

ti y no quiero perderte.

—No quiero ni necesito tus explicaciones —susurró Roberto, no podía creer todo lo que estaba ocurriendo.

Valentino intentó un nuevo acercamiento, le dolía verlo tan decaído, en parte sabía que era por su culpa—. Cariño, necesito explicártelo.

—¡No me llames cariño! —gritó fuera de sí Roberto. Girándose hacia Alba y Tony les dijo—. ¿Queréis echarlo de una vez de mi casa?

Valentino no se resignó a que las cosas quedarán así, necesitaba explicarle que no estaba con él por Andrea. Arriesgándose lo agarró del brazo y girándolo para quedar frente a él, le susurró.

—No sabía que Andrea era la persona que buscábamos cuando llegué a España, me enteré estando aquí en casa contigo. Nunca pienses que estoy contigo por trabajo, estoy contigo porque te quiero. Si no te conté lo de mi trabajo, es porque no me siento orgulloso de él pero no tuve más remedio que aceptarlo. Roberto, por ti soy capaz a dejarlo aun sabiendo las consecuencias. —Lo besó con ardor, transmitiéndole todo el amor que sentía por él.

Tony sin pensarlo dos veces, cogió el jarrón que tenía al alcance de su mano y aprovechando que Valentino estaba de espaldas a él, lo golpeó en la cabeza consiguiendo que el italiano cayera al suelo inconsciente.

—¡Te has vuelto loco! —gritó Alba alucinada.

—Es la única forma de librarnos de él —respondió con manos temblorosas, mirando a Roberto le dijo—. Lo siento, espero que solo le duela la cabeza cuando despierte. —No obtuvo respuestas, Roberto todavía estaba asimilando las palabras de Valentino.

—¿Qué hacemos con él? —quiso saber Alba mirando a los dos hombres.

—Lo atamos y lo amordazamos, así si viene Andrea no podrá cogerla —respondió tranquilamente Tony pasados los nervios iniciales por lo que hizo.

Roberto lo miró con cara incrédula—. ¿Tú has visto muchas películas de gánster, verdad?

Tony soltó una carcajada antes de contestar—. Unas cuantas, para qué nos vamos a engañar.

41

Llego a Madrid a media tarde acompañado de Piero y Mariola. A nuestro regreso de Italia, ella se unió a la búsqueda. Ya no me quedan más rincones de España donde buscarla, esta vez, he viajado hasta Ibiza con la esperanza de encontrarla. Es el séptimo día buscándola, sigo como al principio, sin saber dónde está. Cansado camino hasta el vehículo que nos espera para regresar al ático de Madrid, necesito una ducha e intentar descansar algo. Piero se encarga, con la ayuda de Mariola, de colocar el equipaje en el maletero del coche. Me acomodo en el asiento trasero, cierro los ojos derrotado, cada día que pasa tengo menos esperanzas de encontrarla con vida. Me niego a pensar en ello o me derrumbaré, si la pierdo jamás volveré a ser el mismo. Escucho lejana la voz de Mariola hablando con Piero.

—Cariño, vayamos a casa. Enrico necesita descansar, mira su estado. —No contradigo sus palabras. Es tontería hacerlo cuando tiene razón.

Entorno los ojos al tiempo que mi amigo asiente mirándome a través del espejo retrovisor. Vuelvo a recostarme en el asiento tapándome los ojos con las manos. El coche no se pone en marcha cuando suena el teléfono, con desgana lo saco del bolsillo, al ver que se trata de mi hombre descuelgo la llamada.

—Valentino, ¿descubriste algo? —ruego interiormente una respuesta afirmativa, la necesito para poder seguir sobreviviendo, cualquier cosa, por pequeña que sea, me da esperanzas de levantarme de la cama cada día.

—Sí, Enrico. Tengo buenas noticias. —Me incorporo del asiento sin ocultar mi alegría—. Acaba de llamarme, Enrico. Andrea, acaba de llamarme. ¡Está viva, amigo!

Lágrimas de felicidad resbalan por las mejillas, rezar tanto surge efecto, mi amor está a salvo—. ¿Dónde está? —pregunto casi sin voz debido a la emoción.

—No sé dónde está en estos instantes. —Mi alegría se esfuma al escucharlo—. Aunque, en una hora estará en la casa de Madrid, quedé allí con ella.

—Nos vemos allí —corto la llamada sonriendo por primera vez en toda la semana—. Cambio de planes, nos vamos a tu casa —digo señalando a Mariola—. Andrea llegará de un momento a otro. Piero, conduce como si la vida te fuese en ello, no quiero que se me escape otra vez.

—No seré yo quien provoque eso —responde mi amigo sonriendo.

Piero ignora los pitidos del resto de conductores de la autovía, tiene una orden que está cumpliendo. Me bajo del coche antes de aparcarlo, a la carrera me lanzo al portal donde hasta hace una semana vivió Andrea. No espero a que me alcancen mis acompañantes. Empujando a una pobre anciana que sale en este preciso momento accedo al vestíbulo, corro escaleras arriba hasta llegar al ático. Segundos después Piero está a mi lado.

Quedo conmocionado al ver la escena del interior. En el sillón del salón yace Valentino inconsciente, con cinta americana alrededor de la boca, a modo de mordaza. También lo maniataron.

—¡Pero qué cojones pa…! —No puedo finalizar la frase, una chica morena se abalanza sobre mí, comenzando a golpearme con los puños.

—¡Cabrón! ¿Qué le has hecho a mi hermana? —grita la chica fuera de sí sin dejar de golpearme, me percato que se trata de Alba, la hermana de Andrea.

Piero tarda unos segundos en reaccionar, para cuando lo hace, intenta retener a Alba. También él recibe algún puñetazo de la histérica de mi cuñada—. ¡Quieres parar! —grita Piero intentando cogerle las manos para calmarla—. ¡Qué te estés quieta, cojones!

—¡No me da la gana, cabrón! —sisea Alba retorciéndose para liberarse del agarre de Piero, a quien le cuesta sujetarla.

Roberto aparece en el salón acompañado de un hombre que no conozco, agarra a Alba intentado calmarla.

—¡Por todos los santos, Alba! —alza la voz sujetándola—. ¿Pretendes que te maten estos desgraciados? —supongo que los desgraciados somos Piero y yo.

Roberto al percatarse de la presencia de su compañera de piso se encara a ella—. Mariola, ¿por qué has traído esta gente a casa?

Mariola se sitúa junto a Piero antes de responderle—. Llevamos una semana buscando a Andrea por toda España.

—¿También trabajas para ellos? —sisea furiosa la hermana de Andrea.

Es Piero quien responde a su pregunta, yo sigo atónito ante el espectáculo. Durante mis años trabajando para la familia, nunca antes me topé con alguien que no tema mi presencia, excepto Andrea—. Mariola es mi novia, solo eso —señalándome comenta—. Que te quede claro, Enrico tiene el mismo interés que tú en encontrar a tu hermana.

—Perdona que lo dude —exclama el desconocido.

Al estar de espaldas a la entrada no me percato de su llegada, sé que está en la casa cuando siento el frío acero contra la sien. En vez

de asustarme, sonrío al escuchar de nuevo su voz.

—Suelta a mi hermana si no quieres que mate a tu jefe. —Su timbre de voz suena fría como el hielo, la recordaba más melosa, no tan dura.

Intento girarme, necesito comprobar con mis propios ojos que se encuentra bien, solo soy capaz de visualizar a los dos hombres que la acompañan, Andrea clava más la pistola en mi piel impidiéndome seguir. Sin resistirme, vuelvo a intentarlo—. Andrea, cariño —susurro.

—Si te mueves, te vuelo la cabeza —replica fríamente, esa voz me es desconocida—. Piero, no lo repito más veces. Suelta a mi hermana.

Miro a mi amigo, con un leve gesto de cabeza le ordeno que suelte a la chica. No deseo que Andrea salga dañada de la pequeña reyerta, lo único que me importa es su seguridad. Estoy cien por cien convencido, que jamás disparará contra mí, pero no me fio de sus acompañantes. Piero, con malestar acepta mi orden soltando a Alba.

—De acuerdo, Andrea. Bajar las armas —pide Piero mirando con incredulidad el arma apostada en mi cabeza.

La espera de volver a verla me está matando. Muero de ganas de abrazarla y protegerla, aunque se empeña en negarme esa posibilidad.

42

Veo el recelo en la mirada de Piero hacía la Glock que encañona a su jefe—. No me des órdenes, no soy una de los vuestros —replico sin bajar el arma de inmediato.

—Quién lo diría —escucho susurrar a Tony sorprendido viendo como no me tiembla el pulso.

Alzo las cejas ante el comentario, aunque entiendo su sorpresa, ellos no conocen esta parte de mi vida. Girándome hacía Pedro espeto—. Atadlos. — fijando la mirada en mi amiga agrego—: No esperaba que estuvieses de su parte.

Me mira fijamente, supongo que será un impacto ver mi repentino cambio de actitud. Cuando me conoció parecía una mujer asustadiza, pero ante ella tiene a una mujer fría, calculadora y segura de sí misma.

—Andrea, te estás equivocando —dice.

—¿Ah, sí? —pregunto con ironía, comprobando que los dos hombres están desarmados, les indico con el arma—. Sentaos y no intentar ninguna tontería, no me gustaría tener que utilizar el arma. Pedro, amordaza a la chica.

—Andrea, por favor, escúchame. —Me suplica Enrico sin dejar de mirarme.

—¡Qué te sientes! —ordeno sin dejarlo proseguir, si me paro a escucharlo es muy probable que me derrumbe.

Compruebo que los tres se sientan dócilmente, giro el cuerpo buscando a mi hermana—. ¿Te ha hecho daño? —pregunto angustiada. Alba niega con la cabeza—. ¿Quién le hizo eso al pobre Valentino?

—¡Pobre! Es un miserable —escupe dolido Roberto mirando el cuerpo inerte en el sofá—. Es uno de ellos, que dé gracias de seguir con vida.

No puedo creer las duras palabras de Roberto, ¿dónde está la compasión que lo caracteriza?

—Le estampé un jarrón en la cabeza —escucho comentar orgulloso a Tony por su hazaña.

Sin poder evitarlo sonrío, la situación no es para ello, pero lo imagino atizándole con su gracia habitual. Me pongo sería antes de ordenarles—. Tenéis diez minutos para recoger lo imprescindible, nos marchamos de inmediato.

Al ver que los tres siguen parados en mitad del salón como pasmarotes, les increpo—. Rápido, no tenemos todo el día.

No hace falta que les repita la orden una tercera vez, salen disparados del salón. Me acerco hasta Valentino que empieza a despertarse. Le quito la mordaza y las ataduras de manos y pies.

—¿Te encuentras bien? —pregunto viendo la confusión del pobre italiano. Mirando a su alrededor, asiente con la cabeza. Hablé con él por la mañana, que estuviese en el ático es petición mía —. No intentes nada raro, te vienes conmigo.

Me alejo de ellos junto a Pedro, debemos recordar el plan para que nada falle.

—¿Recuerdas las instrucciones? —Le pregunto.

—Sí —afirma Pedro—. No hay que dañarlos, pasados treinta minutos, lo suelto.

Miro por encima del hombro en dirección al sofá, donde me encuentro con la mirada de Enrico. No deja de observarme desde mi aparición en la vivienda. Observo los oscuros cercos que rodean sus preciosos ojos verdes, no hace falta ser un experto para saber que está exhausto y cansado—. Solo a ellos —advierto mirando la forma tan extraña con la que me mira Mariola—. Recuerda que si le pasa algo, no podrá ayudarnos, si es que lo hace —finalizo diciendo mirando disimuladamente a Enrico.

—Cariño, te estás equivocando. —Su voz me eriza todo el cuerpo—. Yo no soy tu enemigo, créeme.

—¡Siéntate! —increpa de forma brusca Eduardo, mi otro hombre.

Recorro rápida los pocos metros que nos separan y siseo—. ¿Qué parte de sin daño no entendiste?

Eduardo se aparta bajando la mirada, aunque nadie se percata de su leve sonrisa, solo yo. Cada día me sorprende más lo buen actor que es. Antes de entrar quedamos que todo debe parecer real, no hay que levantar sospechas, uno de los italianos está contra mí y no sabemos quién es y si está en la sala.

Me agacho frente a Enrico preguntándole—. ¿Estás bien? —ocasionando con la pregunta que me mire confuso. El tacto de su piel me recuerda los momentos vividos, me incorporo rápidamente para no sucumbir ante su presencia. En ese preciso instante mis hermanos y Roberto regresan portando unas pequeñas maletas.

—Deprisa, nos esperan —apremio mientras salen a toda prisa por la puerta, confusos al ver a Valentino acompañarnos. Antes de irme me giro por última vez advirtiendo a Enrico—. Por favor, haz lo que te diga Pedro —cierro la puerta rogando que todo salga según lo planeado. Opto bajar por las escaleras, así tendré tiempo de deshacerme de las lágrimas.

Isa está esperando nuestro regreso en el Audi A4 negro que lleva los cristales ahumados. Al vernos salir por la puerta, se apresura

hasta el asiento del conductor, arranca el vehículo a la espera que nos instalemos el resto.

Abro el maletero para que dejen sus pertenencias. Una vez introducidas les apresuro—. Acomodaos como podáis, ser rápidos. El trayecto será corto. —Les digo acomodándome al lado de Isa.

Isa pone el vehículo en marcha al escuchar la última puerta cerrarse. De forma brusca se incorpora al tráfico conduciendo a alta velocidad.

—¿Salió todo según lo previsto? —pregunta mirándome.

Giro el cuerpo para visualizar a los cuatro ocupantes que nos acompañan—. Sí, todo bien. Siento haceros pasa por esto, prometo recompensaros.

—¿Qué fue lo de arriba? ¿Por qué llevas un arma? Y, ¿por qué nos acompaña uno de ellos? —inquiere mi hermana sin respirar siquiera.

—Alba, prometo explicártelo todo, pero ahora no dispongo de tiempo —respondo serenamente, no quiero que mi hermana se ofusque más de lo que ya está—. Valentino se ocupará de vuestra seguridad, hasta que yo regrese. Por lo que más queráis, hacerle caso en todo momento.

Mi hermana vuelve a exigir fuera de sí—. ¡Claro que hay tiempo para explicaciones y me las vas a dar o te juro que me lanzo del coche!

Intento no alterarme, necesito todo mi autocontrol para enfrentarme a Sánchez. Me esperan unas horas de viaje y debo estar serena para lo que voy a hacer.—. Alba, ¿puedes darme un respiro, por favor? La historia es muy larga y la vida de Álvaro está en peligro, entenderás que primero debo salvarlo a él, antes de dar las debidas explicaciones.

Abre los ojos descomunalmente, pero como siempre, sigue en sus trece—. ¿Quién eres tú y que hiciste con mi hermana? —grita—. La persona fría, calculadora y seguro que asesina que tengo frente a mí, no es mi hermana.

La traspaso con la mirada con tal frialdad que reacciona pegando la espalda contra el respaldo—. ¡Entérate de una maldita vez, Alba! ¡Esta que tienes frente a ti es tu hermana! ¡Esta soy yo! —siseo con tal furia que hasta Valentino queda callado—. ¡Se acabó la mascara que llevé puesta estos últimos años! ¡Te guste o no te guste, soy tu hermana! —estallo, harta de que otros manejen los hilos de mi vida. Por fin, soy libre para mostrarme tal como soy desde hace años. Poniéndome recta le advierto—. Alba, cierra la boca y no hagas que me arrepienta de venir por ti.

La quietud se apodera del interior del vehículo, ninguno de los presentes osa respirar y menos aún contradecirme. Es la primera

vez que todos, incluido Isa, me ve en ese estado.

Los pocos kilómetros que nos separan del segundo vehículo, los recorremos en el más absoluto silencio, ni Valentino que estará acostumbrado a presenciar escenas peores se atreve a hablar.

Isa ralentiza la velocidad al acercarnos al estadio Santiago Bernabéu, allí está estacionado el segundo coche. Hacer cambio de coches en mitad de la ciudad no llamará la atención, cualquiera que nos vea pensará que somos seis amigos despidiéndonos y si alguien de Sánchez nos sigue, no se atreverá a nada en mitad de la multitud que rodea el estadio.

—Valentino baja tú solo —ordeno abriendo la puerta—. Entérate de una vez, Alba. La niña buena que solía ser desapareció el día que… —Al ser consciente que voy a decir algo de lo que después me arrepentiré de revelar, desciendo del vehículo cerrando con un portazo. Rodeo el coche seguida de Valentino—. Ve directo a esta dirección —digo entregándole un papel con las señas—. Asegúrate que ninguno abandona la casa o comete alguna imprudencia —digo fulminando a mi hermana a través del cristal—, que después debamos lamentar.

—¿Por qué yo, Andrea? —La pregunta de Valentino me hace retroceder.

Lo miro sin entender a qué se refiere—. ¿Por qué tú qué?

—¿Por qué me has elegido a mí para custodiar a tus hermanos y a Roberto?

Sonrío ante su incertidumbre. Me acerco hasta él depositándole un beso en la mejilla, sin separarme le respondo—. Porque sé que no sois el enemigo.

43

Impotente por no poder retenerla a mi lado, la veo alejarse otra vez. Cierro los ojos con fuerza rezando que recapacite y regrese junto a mí, mi suplica no surge efecto. Al abrirlos me encuentro la intensa mirada de los dos hombres que la acompañaban. Miro a mi hombre, se encuentra en la misma tesitura que yo, inmovilizado.

—¿Podéis quitarle la mordaza? —solicito al ver como Mariola se remueve en el asiento. Ninguno de los dos se mueve.

Han transcurrido más de cinco minutos desde que Andrea abandonara el ático y siguen manteniéndonos atados. Todo este tiempo tengo la mano derecha cerrada en un puño, ocultando el papel que me entregó cuando se agachó ante mí preguntándome si estaba bien.

—¿Sabéis a quién tenéis retenidos? —pregunto de forma brusca viendo cómo se agita Mariola intentando hablar.

—Sí, Enrico. Sabemos quién eres. Aunque déjame decirte que no nos das miedo —responde secamente el que parece el cabecilla de los dos. Se acerca a mí alzándome de forma brusca—. Camina —ordena secamente.

Piero, intentando levantarse, exige—: ¿Dónde lo llevas?

Le advierto con la mirada que se mantenga en su lugar al tiempo que sigo al hombre. Me guía hasta el antiguo cuarto de Andrea, al acceder cierra la puerta.

—Toma asiento, por favor —advierto que suaviza su tono de voz —. Necesito hablar contigo a solas. Voy a soltarte, pero necesito que me escuches —pide suavemente, al ver que no tengo intención de colaborar me advierte—. Por favor, haz las cosas como te digo y comprenderás todo lo que está pasando.

—Si a Andrea le ocurre algo, eres hombre muerto —corto de forma brusca tomando asiento.

El hombre ante mi amenaza traga saliva. Si es verdad que sabe quién soy, ante él tiene al capo más importante no solo de Roma, sino de toda Europa. Si es listo, sabe que la amenaza va en serio.

—Espero de corazón que a esa loca no le suceda nada —comenta con una sincera mirada. Advierto el cariño que siente por Andrea en su forma de hablar, sus palabras me lo confirman—. La quiero demasiado.

—Ya somos dos —murmuro bajito —. Si verdad te importa su vida, suéltame para que pueda protegerla —siseo furioso, comienzo a cansarme de este absurdo juego.

El hombre sin mediar palabra, se acerca a mí quitándome la sujeción de las manos, me mantiene retenido por las muñecas mientras me explica—. Ya que por las buenas me has ignorado, por favor, lee la nota que te entregó Andrea antes de golpearme. Si haces el proceso al revés, no obtendrás la información que buscas.

Recuerdo las palabras que pronunció Andrea cuando su hombre me sentó bruscamente, «sin daño». No sé por qué pero obedezco la sugerencia. Desenvuelvo el arrugado papel que me entregó antes de marcharse.

«Por favor, escucha lo que tiene que decirte
Pedro. Siento que las cosas se
hayan complicado tanto. T.Q.»

Gracias a que estoy sentado no caigo al suelo, todo el cuerpo comienza a temblarme al leer las dos palabras garabateadas en el papel, me dice que me quiere sabiendo a lo que me dedico. Aclaro la voz un par de veces para poder charlar con el hombre que no deja de mirarme, prosigue temblándome todo el cuerpo.

—Pedro, ¿no? —El hombre asiente—. ¿La conoces mucho tiempo? —pregunto a media voz. Deseo averiguar cómo terminó involucrada en mi mundo.

Pedro me mira antes de responderme, también parece exhausto —. Bastante —responde con una sonrisa en la cara—. La conocí por casualidad, estaba en un bar hablando con un amigo, quejándome que no encontraba trabajo y ella me esperó en la puerta para ofrecerme un puesto de seguridad. Me contó que organizaba fiestas y necesitaba hombres fuertes para encargarse de la seguridad de los invitados —prosigue relatando—. Cuando le conté que acababa de salir de la cárcel le restó importancia, me dijo que era de las personas que creen en las segundas oportunidades, que no valoraba mi pasado sino mi futuro, gracias a ella puedo mantener a la familia.

—¿Cuánto tiempo lleva metida en este mundo? — inquiero de forma sosegada.

Pedro se queda mirándome, por lo visto no entiende la pregunta —. Perdona, pero no te entiendo.

—No te hagas el tonto conmigo. Trabajabas de seguridad en las fiestas de Sánchez y ella también trabajaba para él. ¿Te dijo en algún momento cuánto tiempo llevaba con él?

—No estoy seguro cuando empezó, al principio solo lo hizo porque necesitaba el dinero. Solo se encargaba de organizar las fiestas a través de su empresa, o mejor dicho, la tuya, ¿no? —asiento—. Al tiempo de incorporarme yo, empezamos a ver que

sucedían cosas raras en las fiestas, las obligué a ella y a Isa a que llevasen un arma encima, temía por su seguridad. Me comentó que en las primeras fiestas no estuvo presente, pero en la última fiesta que organizó, que por cierto estaba tu compañero Piero… —Se calla de repente, dejándome con mil dudas.

—¿Piero nunca me dijo que la conocía? —murmuro pensativo. Tendré que pedirle explicaciones a mi hombre, ¿dónde está su lealtad?

—Supongo que será porque nunca la vio. —Se apresura a responder Pedro antes de seguir explicándose—. Fue Sánchez quien le exigió que asistiera, te aseguro que nunca se vieron las caras. En esa fiesta, Andrea se enteró de lo que sucedían en las mismas, descubrió lo que Sánchez les hacía a las azafatas. Gracias a la intervención de Andrea, cesaron las violaciones.

—Perdona. ¿Qué has dicho? —pregunto escéptico. El único fin de las fiestas es cerrar grandes tratos—. Creo que te equivocas.

Pedro me encara con la mirada—. No, Enrico, no me equivoco. Yo mismo presencié uno de los abusos, de inmediato avisé a Andrea para que me ayudara a sacar a la chica del local. Así que créeme, te estoy diciendo la verdad —sentándose a mi lado me relata parte de lo ocurrido en las fiestas organizadas por Sánchez—. En las fiestas había espectáculos de sexo en directo, como bien sabrás. Los invitados podían ir con o sin pareja, porque muchos de los actores aceptaban que se unieran los presentes. La mayoría de las chicas aceptaban pasar la noche con alguno de ellos a cambio de ciertos regalos, pero también estaban las que se negaban a prostituirse por dinero. Conforme avanzaba la noche, los hombres desaparecían en la planta de arriba con las azafatas.

» En un principio pensamos que subían por voluntad propia, bien porque les gustaba el hombre o les ofrecían tal cantidad de dinero que no podían rechazar. Una de las noches Andrea después de tomarse un refresco, comenzó a sentirse mal. La jefa de sala, Isa, no sé si te habló de ella —niego con la cabeza, es la primera vez que escucho ese nombre—. No importa. Isa estaba con ella y al verla tan mal, me avisó. Llamé a un taxi para que la llevara a casa, pero al salir a la puerta se desmayó. Le pedí que la acompañara hasta el hospital y que no la dejara sola hasta saber que le sucedía. Al día siguiente, me enteré que la drogaron con la sustancia que usan los violadores. —Al escuchar la última parte de la historia salto de la cama blasfemando. Pedro no continua con el relato hasta que me sosiego un poco.

» Desde ese día, Andrea obligó a todas las azafatas a realizarse un análisis de sangre, donde descubrió que a ellas también las drogaron. En la última fiesta, se integraron cámaras de vigilancia en

todos los dormitorios privados, necesitábamos pruebas de lo que allí sucedía. A las dos horas de empezar la fiesta, ya se producía la primera violación. Avisé a Andrea para que me ayudase a sacar a las chicas, simulamos un incendio para que todo el mundo abandonara la sala. Tiene la grabación de la violación, los análisis de las chicas donde aparece la droga y más información que me ha dicho que no te va a gustar, aunque prefiero que sea ella quien te la revele. Al día siguiente le dijo a Sánchez que lo dejaba, que ese no era su estilo de trabajo y no quería seguir organizando sus orgías personales. Te puedes imaginar su contestación, que cuando se entra a formar parte de la familia, como él lo llama, solo se sale con los pies por delante. Por eso, por mucho que le dolió huyó de su ciudad para salvar su vida y la de su familia.

Me cuesta asimilar la historia, no salgo de mi estupor, bajo ningún concepto acepto ese tipo de actos en las fiestas que se organizan en mi nombre. Lo que más rabia me da es saber que también drogaron a Andrea. Si ya considero hombre muerto a Sánchez por desobedecer mis órdenes, si me aseguro que abusó de Andrea sin su consentimiento, suplicará de rodillas que lo mate, porque no será capaz de soportar el dolor que tengo pensado ejercerle—. ¿Llegaron a vio…? —Las palabras se atascan en la garganta, en parte no deseo averiguar la verdad, me sentiré como un cretino el resto de mis días y no habrá perdón que me consuele.

Pedro que entiende que deseo saber, se apresura a negar—. No, solo lo intentaron esa vez, por suerte se pasaron con la dosis y enfermó —respiro aliviado.

—Nunca autoricé ese tipo de práctica en ninguna fiesta, eso fue cosa de Sánchez —comienzo a decir—. Hay algo que no entiendo, ¿por qué mis hombres nunca me comentaron nada?

—No puedo ofrecerte esa respuesta. Lo único que sé es que una noche en el cambio de turno de vigilantes, escuché a Sánchez hablar con uno de los tuyos, le decía que las chicas sabían perfectamente a lo que iban, cosa que en parte es mentira como imaginarás —informa el hombre.

«Es imposible no darte cuenta que la mujer está drogada, cuando mantienes relaciones con ella», pienso. Me levanto del improvisado asiento, tengo que hablar con Piero urgentemente. Pedro me sujeta del brazo para frenarme, aunque sabe que es una locura hacerlo y más después de lo descubierto.

—Espera, Enrico. No te vayas todavía —pide tranquilamente viendo la mirada que le dedico—. Hay algo más que debes saber.

—¿De qué se trata? —quiero saber arqueando una ceja, ¿qué más sorpresas me deparan esta tarde?

—Andrea ha quedado con Sánchez para hacer un intercambio —

empieza a relatar—. Ella le entregará la información que tiene, a cambio de dejar vivo a Álvaro.

Abro los ojos como platos ante la sorpresa. ¿Qué tiene que ver el ex de Andrea en todo esto? Cada vez entiendo menos. Pero lo peor de todo, es que va a conseguir que la maten—. ¿Por qué no has empezado por el final en vez de tenerme aquí retenido quince minutos? Sánchez no dudará en matarla una vez tenga lo que sea que está buscando —termino diciendo saliendo de la habitación a toda prisa. Cuando llego al salón me dirijo a Pedro—. Suelta a Piero y llévame al lugar de reunión, vamos a necesitar toda la ayuda que encontremos.

Pedro autoriza a su compañero para que obedezca su orden—. El intercambio se realizará en Albacete a medianoche, en una nave abandonada. Tengo otro hombre en la puerta esperando mis órdenes.

Piero se precipita detrás de mí por las escaleras del edificio, el tiempo corre en nuestra contra, Andrea nos lleva una gran ventaja. No quiero pensar que sucederá en caso de llegar tarde por estar retenido, no puedo ponerme en lo peor, no es el momento idóneo para titubear. Por el camino, hago unas cuantas llamadas, vamos a necesitar refuerzos, desconozco la cantidad de hombres que acompañan a Sánchez. Rezo todo el trayecto por encontrarla aún con vida.

44

Valentino apagó el motor del coche frente a la casa. La fachada era muy bonita, se hallaba en Braojos de la Sierra, un pueblecito rural de Madrid. La vivienda estaba a las afueras del pueblo. La construcción era de dos plantas, la fachada estaba lacada en blanco con el tejado en marrón, rodeada por una amplia parcela con vistas a toda la pedanía. Supuso que Andrea la eligió por la tranquilidad e intimidad que ofrecía su ubicación. Aún no creía que lo llamase esa mañana, llevaba toda la semana sin dormir debido a su intensa búsqueda. También porque desde el domingo anterior, no volvió a saber nada de Roberto.

En el interior del vehículo se giró para mirar a los ocupantes del asiento trasero—. Llegamos. La puerta de la casa está abierta —informó escuetamente.

Roberto abrió la puerta y se apeó del coche, necesitaba alejarse todo lo posible de Valentino, todavía le afectaba su presencia. No se molestó en recoger su escaso equipaje, lo haría más tarde. En esos momentos, lo único que le apetecía era desaparecer un rato, con paso tranquilo comenzó a caminar alejándose de la casa.

Valentino fuera del vehículo lo observó mientras se alejaba. Necesitaba hablar con él de todo lo sucedido, pero también entendía que necesitase su espacio. Alzando un poco la voz para que lo oyese, avisó—. No te alejes mucho de la casa mientras estemos aquí, debemos pasar desapercibidos. —Centrando la atención en los otros dos ocupantes del vehículo les indicó—. También va por vosotros —concluido el mensaje se dirigió a la parte trasera del coche para coger el equipaje, con paso tranquilo se dirigió al interior de la vivienda, seguido de Alba y Tony, que para su asombro, permanecían callados.

Eligieron los dormitorios que iban a ocupar mientras estuviesen de cautiverio. Alba y Tony se reunieron en la cocina, quedando impresionados por la belleza que emanaba toda la vivienda.

—Andrea tuvo buen gusto eligiendo el sitio —comentó de manera casual Tony para romper el silencio que se había instalado hacía una hora.

Alba lo miró escéptica, con todo lo que sucedía y él se hallaba en plan decorador, admirando la belleza del lugar—. Es lo que menos importa en estos momentos —espetó seria.

—Lo sé —replicó su hermano abriendo el frigorífico intentando localizar algún refresco—. Era para romper el silencio, me está

matando.

Sacó dos refrescos de la nevera y le entregó uno a su hermana. Se estaba acomodando en una silla frente a la mesa cuando apareció Valentino sentándose frente a ellos dos.

—¿Regresó ya Roberto? —Se interesó aunque no obtuvo respuesta. Se levantó del asiento dirigiéndose a la nevera, tras servirse un vaso de agua, observó el paisaje a través de la ventana. Las vistas y la tranquilidad que ofrecía la estancia le dieron las fuerzas para expresar sus emociones en alto.

—No me dedico a lo que pensáis —empezó a relatar aunque no sabía bien por qué, pero necesitaba aclarar las cosas con ellos de una vez—. Soy uno de los guardaespaldas de Enrico, aunque sé a lo que se dedica él y toda su familia, yo no estoy involucrado en nada. En Roma, soy el jefe de seguridad de la sede central de la empresa para la que trabaja Andrea, pero cuando Enrico viaja, yo junto con Marcello y Salvatore, lo acompañamos.

» Pertenecía al ejército, pero cuando se enteraron en mi unidad de mi orientación sexual mis compañeros me hicieron la vida imposible, así que renuncié y lo dejé. Cuando regresé a casa le expliqué a mi familia lo que me pasó, pero tampoco lo aceptaron, vivía en un pueblecito pequeño de la Toscana y tuve que soportar aberraciones que no le deseo a nadie. Al comprobar que no tenía su apoyo, recogí mis pertenencias y me marché a Roma, deseaba empezar de cero donde nadie me conociese.

» A los meses de estar allí encontré trabajo de seguridad en Bocca, una discoteca, así fue como conocí a Enrico, Fabio y Piero. Pasadas unas semanas, una de las noches que asistieron al local, Enrico me ofreció un cargo de seguridad para una de sus empresas. La verdad es que no me paré a pensar las cosas que veía a diario en la discoteca, solo pensé en la remuneración que me ofrecía, no me lo pensé y acepté la oferta.

—¿Por qué nos cuentas todo esto? —interrumpió Alba harta de escuchar una historia que no le interesaba.

—Os lo cuento para que entendáis que todas las personas que trabajan para la familia Bianchessi no están involucradas en sus negocios —contestó seriamente Valentino—. Solo somos simples trabajadores, como vosotros —terminó diciendo señalando a Alba y Tony.

Los tres quedaron callados. Alba y Tony analizaban las palabras de Valentino. El italiano se sinceró aunque le hubiese encantado que Roberto escuchase sus palabras, por ello se sorprendió cuando el sevillano habló, no se percató de su presencia en la sala.

—¿Por qué no lo dejaste cuando te enteraste de la verdad? —quiso saber Roberto, que oyó toda la conversación sin ser visto.

Valentino alzó la vista para encontrarse con la mirada del que le robaba el sueño esa semana—. ¿Y tú? Secretos de Ishtar solo es un paraíso fiscal, otra de las tantas empresas que tienen para blanquear dinero, ¿te vas a despedir al saber quién es realmente tu jefe y lo que hace con sus empresas? —contraatacó él.

—No es lo mismo —replicó Roberto, aunque era consciente de que en realidad sí lo era, pero no quería reconocerlo tan fácilmente.

—Sí es lo mismo —contestó Valentino—. Tú perteneces al departamento comercial y yo al de seguridad, pero el dueño sigue siendo la misma persona. ¿Dónde está la diferencia?

—Valentino tiene razón —interrumpió Tony en un susurro, consiguiendo con ello que tres pares de ojos lo mirasen—. ¿Qué? —preguntó.

—¿Le das la razón? —inquirió Alba levantándose de su silla.

—Sí —respondió Tony esta vez más seguro—. Hace una semana que sabe quién dirige la empresa —siguió diciendo señalando a Roberto con el dedo—, pero no se ha planteado en ningún momento presentar la carta de dimisión. ¿Por qué tendría que hacerlo él? —terminó preguntando, señalando a Valentino.

—Gracias —contestó el moreno de ojos verdes con una tímida sonrisa.

—A ver si lo entiendo —interrumpió la discusión Alba. Estaba confusa con la información que había dicho Valentino—. Intentas decirnos que mi hermana no sabía nada y que no está involucrada en ese mundo.

Valentino recapacitó antes de hablar, pues no estaba al cien por cien seguro de que fuese así, aunque por cómo actuaba ella su intuición le decía que sí—. Es posible, Alba. Aunque ella no me contó nada cuando me llamó para pedirme que fuese hasta el ático. Pero del modo en que actuó todo este tiempo, yo diría que sí sabía a qué se dedicaban, pero no es tan fácil salir de sus garras. Pero solo es una suposición mía.

—Ves como tenía razón, esa ha sido la razón de tú visita y no porque querías verme o me echarás de menos —replicó Roberto molesto, todavía le dolía la verdad.

—Roberto, no empieces otra vez y no saques las cosas de contexto —contestó Valentino serio—. He intentado por todos los medios ponerme en contacto contigo esta semana y no obtuve respuesta —dijo mirándolo fijamente—. Cuando me llamó Andrea pidiéndome el favor de sacaros de la ciudad, no lo dude ni un segundo y acepté sin hacer preguntas. Claro está que no esperaba el recibimiento obtenido —terminó diciendo al lado de la puerta de la cocina—. Si me disculpáis, necesito descansar un poco, no hagáis ninguna tontería. —Se encaminó hasta las escaleras que lo llevarían

al segundo piso y al que sería su dormitorio, necesitaba pensar con claridad e intentar aclarar sus sentimientos, la presencia de Roberto en la casa lo trastocaba.

Aprovechando la intimidad que le ofrecía el cuarto, respiró profundamente mientras se despojaba de la ropa. Requería una ducha para poder calmarse. Se hallaba solo con el bóxer cuando unos golpes en la puerta irrumpieron su trayecto hasta la ducha. De mala gana retrocedió hasta la puerta, le apetecía estar a solas, aunque se llevó la grata sorpresa de encontrarse a Roberto tras el pórtico.

—Iba a ducharme —informó al ver cómo recorría con la mirada su cuerpo.

—Perdón —balbuceó Roberto con la boca seca al encontrarlo casi desnudo—, vuelvo en otro momento —terminó diciendo retirándose hacia al pasillo.

—Espera, Roberto —suplicó Valentino saliendo para detenerlo —. Pasa, por favor —indicó con la mano el interior de la estancia.

El sevillano dudó un instante, no estaba seguro de querer hablar con él. Las pocas defensas que forjó esa semana eran demasiado frágiles y podían resquebrarse ante una simple caricia por parte del italiano. Su vida no era fácil tampoco, aunque él tuvo la suerte de contar con el apoyo incondicional de su familia.

—¿Qué querías? —preguntó cariñosamente Valentino, poniéndose un pantalón de deporte y acomodándose en la orilla de la cama.

—¿Es verdad lo que le has contado a Tony y Alba? —quiso saber nervioso Roberto. Le impactó la historia de Valentino, en ningún momento pensó que su familia lo rechazara.

—¿Por qué iba a mentir sobre algo así? —respondió. Al notar la rigidez de su compañero, prosiguió—. Mira, Roberto. Sé que debí ser sincero contigo hace mucho tiempo, pero no podía revelar a qué se dedican nuestros jefes. Me era imposible contarte la verdad, sin faltar a mi palabra. —Al ver que seguía en el mismo sitio se levantó acortando la distancia entre los dos, al ver que no retrocedía, lo abrazó por la cintura para susurrarle al oído lo más importante—. Pero mis palabras, mis caricias y mis sentimientos son reales desde el primer día. En eso no te mentí y tampoco cuando te dije que estaba y estoy enamorado de ti.

Roberto sintió un escalofrío por el cuerpo al sentir sus caricias y su aliento cerca de la oreja, pero sobre todo, escuchar de nuevo la declaración de amor. Él que había subido para reprocharle su comportamiento y en ese momento lo único que deseaba era besarlo hasta la saciedad, sin pensar se lanzó probando de nuevo los cálidos labios de Valentino.

Inicialmente fue un beso salvaje, ambos se anhelaban mutuamente. Transcurridos unos minutos, se fue convirtiendo en un beso cargado de sentimientos, donde se unieron las caricias que ambos necesitaban. Hasta que sus cuerpos no soportaron más la tensión y terminaron haciendo el amor apasionadamente. Al finalizar se fundieron en un abrazo para relajarse hasta que sus pulsaciones se regularizaran, rompiendo Roberto el silencio que llenaba la estancia.

—Y ahora, ¿qué va a suceder entre nosotros? —quiso saber, no estaba dispuesto a volver dejarlo ir de su lado.

—Ya te dije esta mañana que por ti lo dejo todo. —Le contestó Valentino dándole un tierno beso en los labios—. Cuando regrese Enrico, quiero hablar con él para solicitar el traslado a las oficinas de Madrid.

Roberto se apoyó sobre brazo para poder mirar a Valentino a la cara—. ¿Harías eso por mí? —En vez de una contestación obtuvo un beso por respuesta—. ¿Y si nos vamos a vivir a otro país? —propuso con una sonrisa.

Valentino le acarició la mejilla antes de responderle—. Para mí no es tan fácil despedirme de la empresa, sé demasiadas cosas.

—Ah —contestó decepcionado Roberto.

—Pero —prosiguió después de besarlo—, sí puedo pedir el traslado a otra sucursal y ya no estaría tan involucrado en los negocios extra de nuestro jefe. —Después lo atrajo hasta él para seguir repartiendo caricias a ese cuerpo que tanto extrañó durante su separación.

Mientras la pareja se reconciliaba, los hermanos Sáez salieron de la vivienda a dar un paseo por los alrededores, dejándoles así un poco de intimidad a los amantes. Sin alejarse demasiado de la vivienda, recorrieron los alrededores admirando la belleza del lugar. Se instalaron en una piedra usándola de asiento improvisado.

—¿Crees que tendrá razón Valentino y nuestra hermana no pudo dejar de trabajar para Sánchez? ¿Por eso se trasladó a Madrid? —preguntó Alba arrancando un poco de hierba del suelo.

—Creo que es la explicación más lógica, por eso se negó a ir a Italia, sabía lo que iba a encontrarse allí —contestó Tony sentándose en una roca.

Ambos se quedaron callados, necesitaban pensar en todo lo sucedido desde hacía un año.

A la hora de la cena, los cuatro se reunieron en la cocina para preparar algo que llevarse a la boca. Habían pasado muchas horas y no tenían noticias de Andrea, cosa que los inquietó bastante. Sobre las doce de la noche, Valentino intentó en varias ocasiones localizar

a Andrea y a Enrico, pero cada vez que marcaba sus números estos no daban señal, instándole a pensar que algo malo sucedía.

45

La decisión tomada de ir sola hasta el lugar de encuentro con Sánchez, ya no parece tan buena. Conforme vamos acercándonos al lugar mis nervios van aflorando, una sensación de vacío invade mis sentidos. Está claro el final que me depara, aunque me niegue interiormente a creerlo. No luché tan duro por la libertad que ansío, para terminar tirada envuelta en mi propia sangre en mitad de una nave abandonada. No, voy a luchar con uñas y dientes por salir airosa de esta tesitura que envuelve mi vida, o por lo menos lo intentaré con todas mis fuerzas.

Nos desviamos de la autovía por la salida que nos indica el GPS pasando frente a una gasolinera que está envuelta en la oscuridad, al igual que el resto del polígono. Isa pone las largas para ver con más claridad por dónde circula, la carretera está llena de socavones que constantemente debe esquivar. Nuestro compañero de viaje indica que a cincuenta metros giremos a la derecha. Ante nosotras aparece una larga calle escoltada por naves abandonadas, tanto a la derecha como izquierda de la calzada, la negrura continua al igual que el resto del trayecto que realizamos dentro del polígono, con la única diferencia, que al final de la avenida una de las naves tiene encendida la luz de entrada. Supongo que ese es mi destino. Dentro me espera Sánchez, el mismo que lleva un año intentando darme caza y no lo consiguió hasta ahora. Seguro que no estará solo, a saber cuántos hombres lo estarán custodiando. Aunque le di mi palabra de que vendría sola al encuentro.

A falta de unos quinientos metros para llegar a nuestro destino, le exijo a Isa que frene el vehículo. La dejo acompañarme hasta aquí, pero tengo la seguridad de no dejarla acceder al interior conmigo. Si le pasa algo a ella y al final yo consigo sobrevivir, no me lo perdonaré el resto de mi vida. Para eso prefiero morir por mis actos.

—Bueno, llegamos a nuestro destino —hablo mirándola a los ojos, los cuales tiene cristalinos.

—Vamos con tiempo. Podemos investigar la zona primero, ver si tiene puerta trasera, así no accedemos las dos por la misma —empieza a decir Isa mientras comprueba el estado de su pistola.

—Isa.

—Si los sorprendemos, podemos salir en una media hora más o

menos. Claro que depende de los sicarios que traiga consigo, el muy capullo no sabe ir solo ni a follar —sigue parloteando mientras saca del bolso unos cuantos cuchillos.

—¡Isa, para! —grito al ver que mi amiga no calla.

—¿Qué? Estoy analizando nuestras posibilidades. —Se queja la aludida pasándome dos puñales.

Cojo los puñales y los guardo, uno en el calcetín y el otro en la cinturilla del vaquero. Opté por ponerme pantalón largo con deportivas para poder esconder la pistola, lo mismo hasta me hace falta—. Isa, no vas a entrar a la nave, vas a quedarte fuera por si llegan refuerzos. Si mis cálculos no fallan, en unos veinte o treinta minutos no estaremos solas. Necesito que les digas cuál es la nave.

—¿Pero qué dices, loca? No, no pienso dejarte entrar sola —replica Isa mientras esconde sus armas por el cuerpo—. No me mires con esa cara, estamos juntas en esto.

—He dicho que no y no se hable más. Me haces más falta fuera que dentro. Además, seguro que el capullo de Sánchez vendrá a lo mucho con un par de hombres. Si es verdad que aún está encaprichado de mí, intentará colarse entre mis piernas antes de largarse.

Mi amiga niega con la cabeza mientras baja del vehículo seguida de mí—. Por eso, es el momento idóneo para acabar con la vida de ese cabrón.

—No te lo repito más veces, Isa. No vas a entrar conmigo, no hagas que te deje encerrada en el interior del coche, por favor. Si finalmente viene Enrico, entrégale el sobre que deje en el asiento trasero, él sabrá qué hacer con lo que contiene —sentencio rodeando el vehículo para abrazarla—. Escúchame, si no regreso, quiero que sepas que me alegro mucho de conocerte en esa primera fiesta, eres una amiga leal —comienzo a caminar en dirección a la nave, pero a los pocos metros me detengo girándome para observar a Isa—. Si en media hora no salgo y no llega nadie, márchate de aquí. Por cierto, dile a mi familia que los quiero mucho.

Isa tiene que contener las ganas de llorar, gritar y asesinarme, acabo de despedirme de ella—. Mejor se lo dices tú cuando los veas mañana —comenta posicionándose a mi lado—. No pongas esa cara, me ha quedado claro que no voy a entrar contigo. Pero no me has prohibido que te acompañe hasta la puerta y es lo que pienso hacer. En la calle doy la vuelta y regreso al coche —asiento con la cabeza. Supongo que su intención no es volver al coche sino rodear la nave.

Recorremos el camino en silencio, Isa hace lo que me promete. A falta de unos metros para llegar a la puerta, se despide de mí abrazándome por última vez. Gira sobre sus talones e intuyo como

se aleja en la oscuridad.

Me paro frente a la puerta, arriba un cartel reza oficina. Llevo mi mano derecha a la espalda, palpando el puñal que puse allí. Después reviso la pierna derecha, para comprobar que el otro sigue dentro del calcetín y no lo pierdo durante el trayecto. Por último, palpo el lateral izquierdo de la cintura, notando el frío acero contra la piel. Con los nudillos golpeo los cristales sucios de la portezuela, al minuto, aunque a mí me parece una hora, la puerta se abre, recibiéndome una sonrisa maliciosa en el rostro del hombre que me espera tras ella.

—Mendoza —saludo—. Esperaba a Santiago y no a ti, la verdad.

Cara cortada, así es como lo apodamos debido a una cicatriz que le cruza la cara, me mira asqueado. Es bien sabido que nunca le agradé, siempre que tenía la oportunidad le comentaba a Sánchez que cuando tuviese la ocasión lo vendería; bueno, no iba tan desencaminado el hombre.

—Andrea no eres tan importante para que te reciba él mismo —dice cerrando la puerta—. Vamos, te está esperando y ya sabes que no le gusta que lo hagan esperar.

Necesito ganar tiempo antes de enfrentarme a Sánchez y a ser posible ir quitando gente de en medio. Me agacho para atarme la zapatilla que llevo bien atada, pero con ello consigo que cara cortada me adelante poniéndose de espaldas a mí—. Por lo visto, me tiene miedo para no acudir solo a la cita —empiezo a decir mientras empuño el cuchillo de mi espalda—, y eso que le prometí aparecer sola.

—Nunca viaja solo, siempre voy con él —responde Mendoza girando la cabeza, pero ya es tarde. Aprovecho su ignorancia para clavarle el puñal por la espalda lo más cerca posible del corazón—. Serás zorr… —cae de rodillas mientras empieza a emanar sangre por la boca.

Antes de proseguir mi camino por el interior de la nave, me paso las manos por la cara, me tiemblan debido a lo que acabo de hacer. Es la primera vez que termino con la vida de alguien y la sensación es desagradable. Pero es su vida o la mía y premia la mía, por supuesto.

Observo el interior de la nave, ante mí tengo un espacio abierto de unos cien metros más o menos prácticamente sin iluminar. Los cristales que había en el parte superior de las paredes, están rotos casi en su totalidad. Por el suelo, hay esparcidos cartones sucios y trozos de metal. En el lateral derecho, se hallan cuatro puertas, tres de ellas cerradas. Sospecho que serán los aseos y oficinas. La luz de la última está encendida y se oyen murmullos en su interior.

Saco la pistola quitándole el seguro, con paso decidido comienzo

a avanzar esquivando los metales del suelo, no deseo tropezar con ellos. Al llegar a la altura de la zona iluminada me sitúo en la puerta, en el interior, sentado en un viejo sillón de piel está Sánchez. La estancia solo está ocupada por el sillón y una destartalada mesa. En el lateral derecho, hay una puerta abierta. Automáticamente alzo la mano, empuñando el arma.

—Andrea, Andrea, Andrea. ¿Crees que son formas de saludar a tu jefe? —pregunta poniéndose de pie comenzando a caminar hacia mí.

—No des un paso más o disparo —amenazo lo más fríamente que puedo, intentando que no se noten los nervios que siento—. ¿Dónde está Álvaro?

Sánchez cesa su camino a un escaso metro de mí—. Por todos los santos, Andrea. Baja el arma no te vayas a lastimar. Conmigo no la necesitas —arqueo una ceja ante tal tontería—. Solo deseo abrazarte, llevo mucho tiempo sin saber de ti y me alegra tenerte frente a mí, otra vez —calla un momento como intentando recordar algo.

La verdad, en estos momentos no reconozco ninguna señal de peligro aunque tenga activados todos mis sentidos. Son tales los nervios que no me dejan pensar con claridad.

—¿Dónde está Mendoza? Debería haberte acompañado hasta mí como buen caballero que es —pregunta dando un paso.

—Ahogándose en su propia sangre. Así que si no quieres correr la misma suerte, no sigas avanzando —suelta una carcajada bastante sonora—. Álvaro —vuelvo a insistir.

Prosigue riéndose ante lo que acaba de escuchar, en parte, creo que no se sorprende de la noticia, más bien es como si la esperase —. Pero, mírate. Cuando te conocí eras una dulce damita que no mataría ni a una mosca, que se asustaba con facilidad, aún recuerdo la cara que pusiste la primera vez que nos reunimos. Y ahora —recorre mi cuerpo con una mirada lasciva mientras habla—, aquí estás ante mí, más guapa y deseable que nunca. Apuntándome con un arma, confesando que has matado a uno de mis mejores hombres. —Se humedece los labios pausadamente disfrutando de cada segundo—. ¿Sabes, Andrea? No hay nada en este mundo que me excite más que el espectáculo que me estás ofreciendo en este instante. — Se pasa las manos por su miembro consiguiendo que se me retuerzan las tripas—. Solo de imaginarte sometida ante mí ya me he corrido. Pero no te preocupes, amor. Pienso disfrutar de tu cuerpo, como llevo anhelando tanto tiempo. Hasta que no me sacie de ti, no pienso frenar mis acometidas. Después lamento decirte, que cuando recupere lo que es mío tendrás el mismo destino que tuvo Mendoza.

No me da tiempo a replicar, siento que algo frío me presiona la nuca. Al ver la sonrisa de victoria de su rostro sé que soy demasiado confiada. Él no viene al encuentro custodiado por un solo hombre, me ha tendido una trampa y como una ingenua, he caído de lleno en ella.

—Belleza, suelta el arma si no quieres que mi hombre me robe la diversión antes de tiempo —recorre los pocos metros que nos separan arrebatándome la pistola de las manos, para después cruzarme la cara con un fuerte bofetón.

Lo veo hacer un asentimiento de cabeza pero no puedo descifrar nada más, recibo un fuerte golpe que me nubla la razón y me despoja de los sentidos.

46

Isa se agazapó tras el muro de la nave anterior por la que debía acceder Andrea, no pensaba cumplir su promesa, esa vez no iba a dejarla sola. Esperó a que accediera al interior, para descubrir su posición. Antes de adentrarse por las oscuras calles, le envió a Pedro su ubicación y un mensaje. «Última nave, luz encendida. Estamos dentro, no tardes».

Avanzó por el lateral de la calle guiándose con la mano, iba palpando la pared para saber cuándo finalizaba. Al llegar al final sacó un poco la cabeza, como intuyó, la nave disponía de entrada trasera. Ante ella, apareció una explanada medio iluminada gracias a una pequeña bombilla que colgaba sobre la puerta trasera. Apostado frente a ella, había uno de los hombres de Sánchez.

Sopesó sus posibilidades, si disparaba contra él en el silencio de la noche se escucharía perfectamente, consiguiendo alertar con ello a Sánchez y sus hombres. No, eso no podía hacerlo, matarían a Andrea de inmediato. Si se acercaba para apuñalarlo, el ruido de sus zapatos contra el asfalto llamaría la atención del matón, que nada más verla dispararía, ocasionando la misma situación. Retrocedió, la única solución que le quedaba era conseguir atraer su atención y que viniera a su encuentro. En la oscuridad, tenía a favor el factor sorpresa. Si actuaba rápido, podría acabar con su vida sin ser escuchada por nadie.

Se agachó y en silencio palpó la calzada para localizar alguna piedra u objeto que le sirviera para lanzarlo contra la valla de la nave de enfrente. No haría mucho ruido, pero si el necesario para llamar la atención del vigilante. Si no era demasiado tonto, abandonaría su posición para asegurarse de que estaba solo en la zona, para no tener problemas en la huida. Al final localizó dos piedras de tamaño mediano, serían suficientes para hacer el ruido que necesitaba.

Regresó al final de la pared, apostando su cuerpo contra ella y lanzó la primera. Chocó contra la valla metálica de la nave, emitiendo un suave sonido para después rebotar contra el suelo. Agudizó el oído y escuchó los primeros pasos.

—¿Quién anda ahí? – preguntó el vigilante abandonando su posición.

Volvió a lanzar la segunda piedra, cuando calculó que le quedaban unos metros para llegar hasta ella. Pero esa vez lo hizo más cerca, necesitaba que girara a la derecha y no siguiese recto.

Saco uno de los puñales que llevaba en la cinturilla del pantalón agarrándolo con fuerza y esperó pacientemente a ver la sombra del hombre. Durante esos minutos de espera, recordó sus clases de defensa que realizaba con Pedro una vez a la semana. Con el tema de los cuchillos, siempre le recalcaba que lo clavará en el cuello, «difícilmente errarás», le decía una y otra vez, era hora de ponerlo en práctica.

Tras varios minutos observó la figura que esperaba, retuvo la respiración cuando giró en su dirección y pasó junto a ella. Gracias a la oscuridad y a su ropa negra no reparó en su presencia. Esperó a que se separara un poco para poder maniobrar a su antojo. Cuando se encontraba a menos de medio metro, recorrió de forma silenciosa el espacio que los separaba, le clavó el puñal con todas sus fuerzas en el lado izquierdo del cuello. Para cuando el hombre reparó en su presencia empuñó el arma, pero no le dio tiempo. Cayó al suelo convulsionándose, aunque no se paró a ver si lo mató o solo herido de gravedad. Lo único que le importaba es que el ruido que provocó su caída no se escuchase dentro. Con paso rápido se dirigió a la puerta vacía de vigilancia, necesitaba investigar cómo acceder al interior sin ser escuchada.

Volvió a mirar el reloj de su muñeca, quince malditos minutos transcurrieron desde que Andrea accediese al interior de la nave. Después de deshacerse de uno de los matones de Sánchez, no consiguió abrir la maldita puerta. Estaba claro que no había intercambio que hacer, el muy cabrón lo único que quería era tenerla frente a él y así lo consiguió. Estaba a punto de chillar por la impotencia que sentía en esos instantes, cuando escuchó el rugido de varios coches. Corrió en dirección a la parte delantera de la nave, si sus instintos no le fallaban debía de ser Pedro con refuerzos. Al llegar al inicio de la calle, dos coches derraparon frente a ella. Reconoció rápidamente al conductor de uno de ellos, se lanzó a la puerta antes de que Pedro tuviese tiempo a quitarse el cinturón.

47

—¿Qué hago con ella, señor? —preguntó el hombre que golpeó a Andrea.

Santiago negó con la cabeza, ante él tenía el cuerpo inerte de la niñata que lo volvió loco durante esos años. Su obsesión por ella, casi le cuesta todos sus años de duro trabajo. Él que nunca antes se dejó llevar por sentimientos, puesto que en su mundo eran superficiales, desde el primer día que vio esos ojos y esos labios no había minuto al día que no soñará con saborearlos hasta hartarse—. Átala, no quiero que cuando despierte presente más batalla de la necesaria. Solo la justa, cuando me meta entre sus piernas. —Se rió ante su propio comentario.

Sin hacer comentario alguno, el hombre dispuso una silla en el centro de la habitación, cogió en peso el cuerpo inerte de Andrea y la sentó en ella. Comenzó con los brazos, se los puso en la espalda rodeando con ellos el respaldo de la silla y los sujetó con cinta americana. Después le colocó la pierna izquierda junto a la pata del asiento y lo ató de igual forma. Por último, hizo el mismo ritual con la pierna derecha.

—Avisa a Pascual y a Emilio, que estén atentos, esta zorra no vendrá sola. Después regresa con un cubo de agua fría para despertarla, quiero que presencie todo lo que estoy a punto de hacer con ella. —Sin mediar palabra su hombre salió de la oficina dejándolo a solas con la mujer inconsciente.

El sicario tardó unos minutos en regresar, a Emilio lo localizó en el aseo terminando de derretir el hielo en el agua, cuanto más fría antes despertaría la muchacha. Pascual se había movido de su sitio, seguro que estaría echando una meada, ese hombre tenía un gran problema con la vejiga. Recogió el cubo que le tendía Emilio y regresó a la oficina, allí encontró a su jefe sentado frente a la mujer. Sentía lástima por ella, siempre le cayó bien y parecía buena persona. Pero en el mundo donde se hallaban inmersos, esa era la cruda realidad. La traición se pagaba muy cara. El que intentaba jugársela al superior, acababa muerto. Y ella no tendría otro destino, aparte de ser violada antes.

—Todo en orden —comentó situándose detrás del cuerpo de Andrea.

—Despiértala. No tengo toda la noche, cuando antes finalice esto, antes regreso a casa.

Sin expresión en el rostro, alzó el cubo que contenía el agua y lo

dejó caer sobre la cabeza de la chica.

48

Siento como se me hielan todos los huesos del cuerpo, abro los ojos sobresaltada encontrándome la sátira sonrisa de Santiago frente a mí.

—¡Por fin despertó la zorrita! Mientras estabas dormida, pensé todas y cada una de las cosas que voy a hacerte —dice Sánchez agachándose para quedar a mi altura—. Me encanta el tacto de tu piel, ¿sabes? Llevo obsesionado con follarte dos años y de esta noche no pasa que te pruebe —prosigue tocándome la mejilla, para acto seguido azotarme con la mano abierta provocando que me caiga al suelo—. ¡Levántala! —pide a su acompañante—. Tenemos que zanjar antes otro asunto que nos traemos entre manos, después te haré gozar. ¿Dónde está mi información? ¿La has traído?

Me chupo el labio inferior saboreando mi propia sangre. Debido al golpe, me parte el labio—. ¿Tan tonta crees que soy? —pregunto mirándolo con odio—. Sabía perfectamente que vendrías sin Álvaro. —Mi contestación provoca recibir un nuevo golpe, esta vez en la boca del estómago dejándome sin respiración al instante—. Entrégame a Álvaro y tendrás tu maldita información. Mátalo o mátame a mí y serás cazado —exijo cuando recupero la respiración que pierdo tras el golpe.

—¡Cállate, puta! No estás en condiciones de exigir nada en estos momentos —vuelve a cruzarme la cara lanzándome de nuevo al suelo. Como puedo tanteo la pierna derecha en busca del cuchillo que escondí allí—. ¿Buscas esto? —pregunta Santiago con el puñal en las manos—. No sabes lo que voy a disfrutar desnudándote con él, después cuando termine contigo, ya veré en qué zona de tu precioso cuerpo lo clavo —suelta una carcajada mientras él mismo me alza de nuevo.

Controlo los intensos dolores que me recorren todo cuerpo—. Ten presente que si no salgo con vida de esta nave —tengo que respirar antes de proseguir, me falta el aliento—, antes de una semana eres hombre muerto. Envié toda la información a Italia —miento—. ¿Cuánto tiempo piensas que tardará el señor Bianchessi en darte caza?

Debido a mi desfachatez Sánchez vuelve a golpearme en la cara. Pero esta vez, su mano se convierte en un puño cerrado, lanzándome al sucio suelo otra vez—. ¡Escúchame bien, zorra! —ruge ante mi cara—. No soy como ellos, si veo un solo italiano por Murcia aunque sea turista, ten claro que mataré a toda tu familia

antes de caer yo.

—Cabrón —siseo con rabia. Aunque empiezan a fallarme las fuerzas, no pienso rendirme—. Claro que no eres como ellos, porque aunque se muevan en el mundo del narcotráfico tienen un código moral que tú, malnacido, nunca tendrás. Ellos no son capaces de drogar a las mujeres para follárselas, cosa que tú sí hiciste. Porque si no es así, ninguna mujer se acostaría contigo. —Cuando termino le escupo en los pies, lo único que consigo es un aluvión de golpes.

Durante varios minutos, Sánchez me propina patadas en todas las partes del cuerpo con todas sus fuerzas. No le importa que sea una mujer, él solo quiere su información, porque si llega a manos de Mauro Bianchessi, es hombre muerto, como bien le advierto.

Mientras me golpea, escucho las maldiciones en voz alta que salen de su boca—. Solo te contraté porque quedé prendado de tú belleza. Desde ese día intenté llevarte a la cama, pero te negaste una y otra vez. ¿Recuerdas el día que enfermaste? Fui yo quien te drogó, casi te tenía donde quería pero como siempre tu perro faldero, Pedro, se adelantó a mis movimientos. No te haces una idea de lo que maldije esa noche. —Cada vez escucho su voz más lejana.

Soporto medianamente bien los primeros golpes recibidos, aunque poco a poco van mermando mis fuerzas. En estos instantes me arrepiento de venir sin refuerzos, no por miedo a morir, porque sé que no voy a salir viva, sino por las represalias que tendrá Sánchez con mi familia.

Antes de desfallecer del todo, distingo una sombra que cruza el umbral de la puerta—. Señor, no estamos solos, acaban de llegar varios coches —sonrío, Enrico al final se ha decantado por mí y no por finalizar la orden de su familia.

—¡Puta! —ruge mientras sale disparado hacia la puerta que hay en la estancia—. ¡Regístrala! ¡Tiene que llevar algo encima! Cuando termines, mátala —exige Sánchez antes de cruzar la puerta—. Os espero en el coche.

El hombre se agacha junto a mi cuerpo, con sumo cuidado me registra los bolsillos del pantalón, después me cachea las piernas sin hallar nada. Se incorpora apuntándome con el arma—. Lo siento —musita cuando aprieta el gatillo.

Todo se convierte en oscuridad a mí alrededor, intento aferrarme con firmeza a la vida, no es posible que todo finalice de este modo. ¿Qué será de mi familia a partir de ahora? Visualizo el recorrido de mi vida, mis primeros años de infancia jugando en el parque frente a casa con mi hermana y mis padres. La llegada de Tony a nuestro hogar, para no dejarnos nunca. Mis años de juventud, esos que disfrute tanto. Después me viene el recuerdo cuando conocí a Álvaro, en esos momentos me pareció el hombre

más guapo del mundo, hasta que vi unos intensos ojos verdes mirándome con amor. Todo se está apagando dentro de mí cuando escucho sus sollozos, sus lamentos. Sin saber de dónde, intento sacar las fuerzas necesarias para hacerle ver que aún respiro, por mi familia, pero sobre todo por él, no quiero que sufra mi pérdida ni yo perder la suya. Pero sin previo aviso se aleja de mi cuerpo, dejándome una sensación de vacío en el interior, volviéndome a sumir en la oscuridad.

49

Desde el interior del coche, escucho vagamente la conversación que mantiene Pedro con una mujer rubia, supongo que será Isa, la amiga de Andrea. Me apeo para prestar atención a sus palabras.

—Menos mal que habéis llegado —empieza a decir a toda velocidad la mujer—. Lleva… lleva más de quince... dentro, yo… yo maté a… a uno… que estaba… puerta trasera, pero no… no conseguí abrirla, no sé cuántos más lo acompañan, ni qué le está haciendo ese… —dice atropellando las palabras.

—Isa, por favor, más despacio que no te entiendo —pide Pedro mirándola y observando su cuerpo para cerciorarse que se encuentra bien.

Isa respira profundamente antes de volver a hablar—. Andrea accedió a la nave hace quince minutos, la muy cabezota no me dejó acompañarla. Mientras ella estaba dentro revisé la parte trasera. Hay una puerta, había apostado uno de sus hombres, lo maté. Aunque no pude acceder al interior de la nave.

—¿Qué hiciste que? ¿Estás loca? Si llega a pasarte algo no me lo perdonaría en la vida por dejarte sola. —Se queja Pedro pegándola a su cuerpo.

Siento como el corazón deja de latir al escuchar las explicaciones de la mujer que se aferra a la cintura de Pedro. ¿Dónde está Andrea? Yo mismo la mataré pero a besos cuando la tenga a salvo entre mis brazos—. Piero, rápido. Hay que acceder al interior, Andrea está dentro —digo girándome hacia mi hombre, al final viajamos nosotros cinco a Albacete, no pude localizar ayuda.

Al escuchar mi orden, Pedro mira a Isa—. No te preocupes, cariño, todo irá bien. Quédate en el interior del coche, no quiero que corras más riesgo. Y no, no insistas, que no nos acompañas.

Me alejo un poco de ellos dejándoles intimidad—. ¿Sabemos cuántos hay dentro? —pregunto acercándome al resto de hombres a la vez que me hago con el arma. Estoy intranquilo, nervioso, desconozco el estado de Andrea y eso me mata, necesito relajarme para poder actuar bien.

La mujer no cesa en mirarme. Finalmente, es ella quien responde mi pregunta—. No lo sé, solo vi el que estaba en la zona trasera de la nave —contesta—. Siento no ser de más utilidad, pero la cabezota no me dejó entrar con ella —baja la mirada avergonzada —. Tampoco fui capaz de abrir esa maldita puerta.

—Esa cabezona, es la única persona que consigue robarme la

cordura —murmuro más para mí que para nadie. Recupero la compostura.

Empiezo a organizar a los pocos hombres que me acompañan, por muchas llamadas que realicé durante el trayecto, no hay forma de localizar a nadie. La voz de Isa consigue que me gire para contestar a su pregunta.

—Eres Enrico, ¿verdad?

—Sí, soy yo.

—Andrea me pidió que si le ocurría algo… —frena su hablar comenzando a llorar. Mi cuerpo se eriza solo de pensar que algo malo le suceda—. Que te entregará un sobre que está en el coche.

—¿Isa? —asiente—. Ahora no es el momento, primero tengo que sacar a esa cabezota de ahí dentro —corto, no quiero pensar en lo peor—. La traeré con vida —aseguro—. Que me la entregue ella misma cuando esté a salvo.

Soy el último en llegar a la puerta de acceso principal a la nave, me demoro un poco con la amiga de Andrea. Uno de los hombres que acompaña a Pedro, acaba de forzar la portezuela que nos permite el acceso. Escucho un único disparo en el interior de la nave y rezo con todas mis fuerzas que no sea el cuerpo de Andrea el receptor. Tal miedo invade mi cuerpo que es Pedro quien se adentra primero, aunque debe retroceder debido a que una bala pasa rozando su brazo izquierdo. Asoma la cabeza un poco del muro en el que está protegiéndose y apunta hacia la sombra que se aposta en el altillo de la nave. Efectúa un único y certero disparo en la cabeza del hombre que cae con un estrepitoso sonido.

Intento soltarme de la sujeción que Piero y otro hombre están ejerciendo sobre mi cuerpo impidiéndome avanzar, en estos momentos no me importa mi vida, solo quiero encontrarla con vida —. ¡Soltadme! —rujo revolviéndome.

—No, no puedo dejar que corras riesgos, amigo —replica Piero sin soltar su agarre—. Si algo te sucede, tu padre me lo hará pagar caro.

—Si le ocurre algo a ella, témeme más a mí, amigo.

Pedro seguido de dos de sus hombres, corre por el interior de la nave en dirección a la única habitación iluminada, se asoma por ella y queda rígido. En ese instante sé que no me depara ninguna noticia buena, las primeras lágrimas aparecen en mi rostro. Acto seguido escucho como pronuncia mi nombre.

—¡Enrico, aquí! —grita para que lo escuche.

Finalmente, consigo liberarme y corro en su dirección, mi corazón no está preparado para ver la escena que tengo delante.

En el suelo se halla mi amor, Andrea, rodeada de un charco de sangre. Me dejo caer de rodillas al lado de su cuerpo inerte, con

sumo cuidado de no dañarla la estrecho entre mis brazos susurrándole una y otra vez lo mismo, que no me abandone. El torrente de lágrimas me impide visualizar con claridad. Comienzo a susurrarle al oído para que solo ella oiga mis palabras—. Andrea, amor, ya estoy aquí. Te vas a poner bien, no me abandones, por favor. No puedes dejarme solo, no ahora que te encontré.

Escucho los gritos de rabia que proceden de la garganta de Pedro. El hombre está conmocionado al ver el cuerpo de Andrea tan maltrecho. Sin poder contener el llanto se arrodilla junto a mí, para poder tocar a su amiga.

No pasa mucho tiempo, cuando se escuchan sirenas—. Cariño, aguanta, por favor. Ya vienen a curarte. No me dejes —vuelvo a susurrarle deseando con todas mis fuerzas que luche por mantenerse a mi lado.

Algo o alguien intenta separarme de su cuerpo—. Enrico, tenemos que irnos, la policía está llegando —creo que es la voz de Piero, no estoy seguro.

—No pienso abandonarla —susurro abrazando su cuerpo—. Andrea, cariño…

—Está muerta, Enrico. Tenemos que irnos. —Me niego a creer esas duras palabras.

No sé cuándo me separan de su cuerpo, creando un gran vacío de inmediato en el mío. No vuelvo a recobrar la noción del tiempo, ni a distinguir la realidad durante meses.

50

—¡Andrea! —gritó Isa cuando observó a su amiga en los brazos de Pedro—. ¿Está bien? ¿Está viva? —siguió preguntando mientras se arrodillaba junto a ellos llorando.

Pedro seguía comprobando cada pocos segundos las constantes vitales de Andrea. No entendía por qué Piero dijo que estaba muerta. Cuando Enrico abandonó su cuerpo, la cogió entre sus brazos y lo comprobó él mismo. Era verdad que sus pulsaciones eran débiles, pero ahí estaban. Eso significaba que aún había esperanza y con suerte se recuperaría.

Isa accedió al interior de la nave, nada más ver cómo Enrico abandonaba el lugar junto a su compañero italiano. Cuando ellos accedieron al interior, llamó al ciento doce para que enviaran con urgencia una ambulancia. No sabía por qué, pero intuía que la necesitarían. Por desgracia, no estaba desencaminada, al poco de acceder ellos escuchó los disparos.

—Todavía está viva —respondió en un susurro Pedro—. Necesita atención médica con urgencia.

—Están de camino —contestó Isa entre sollozos—. Los avisé cuando entrasteis.

Ambos se quedaron junto al cuerpo de su amiga, hasta que fueron interrumpidos por el médico junto a dos enfermeros. De inmediato se pusieron a atender a Andrea, la cual se debatía entre la vida y la muerte.

—Rápido, colocadla en la camilla, nos vamos al hospital —dijo el médico separándose del cuerpo de ella para que los enfermeros pudieran colocarla en la camilla.

Isa al escuchar al doctor se dirigió a él—. Me voy con ella, no pienso dejarla sola —dijo con determinación.

—Lo siento, señora, pero no puede acompañarnos en la ambulancia. —Le dijo el médico, necesitaba espacio en el interior para poder mantenerla con vida durante el recorrido—. El estado de su amiga es muy grave, no sé si podré mantenerla con vida hasta que lleguemos al hospital más cercano.

—No pienso abandonarla —replicó Isa, no estaba dispuesta a perderla de vista.

El doctor miró a Isa, entendía su angustia. La ambulancia era pequeña y no había espacio para los tres—. Si me promete que nos dejará trabajar, puede venir con nosotros.

Isa asintió con la cabeza—. Se lo prometo. ¿A qué hospital la

llevan? —quiso saber.

—Al complejo hospitalario universitario de Albacete —respondió uno de los enfermeros.

—Llama a Martín, él sabrá qué hacer. —Le dijo Isa a Pedro antes de abandonar la sala, para seguir al médico.

Pedro hizo lo que le pidió Isa antes de montarse en el coche, para seguir a la ambulancia. Llamó a Martín y como pudo le informó del estado de su amiga. Colgó la llamada, sabiendo que el médico se reuniría con ellos en el hospital de Albacete en unas horas.

La ambulancia se puso en marcha nada más acceder todos a ella, la sirena cortaba el silencio de la noche. No transcurrieron ni cinco minutos, cuando un pitido grave se comenzó a escuchar en el aparato que llevaba conectado Andrea al cuerpo.

—¿Qué sucede? —gritó Isa levantándose de su asiento.

—Acaba de entrar en parada cardiaca —gruñó el médico a su acompañante—. Señorita, por favor, manténgase en su sitio, necesitamos espacio para poder trabajar. —Con rapidez cogió el desfibrilador, lo conectó a su cuerpo para enviar impulsos de corriente eléctrica al corazón de la chica. Tras varios intentos, volvió a comprobar su pulso sin lograr detectarlo.

Continuará…

Biografía

Aeryn Anders nació un caluroso viernes de julio en 1979. Actualmente reside en la ciudad que la vio nacer, trabajando como asesora de seguros para poder sustentarse y dedicarse a su verdadera pasión, la escritura. Uno de sus grandes proyectos personales es formarse en periodismo, sueño que tuvo que renunciar a temprana edad. Es una gran amante de los libros con los que disfruta largas horas desde su infancia.

La historia de su primera novela gira en torno al mundo de la mafia, con la que tiene una gran fascinación.

Su otra gran pasión es la música, siendo su gran compañera e inspiradora a la hora de crear historias.

Agradecimientos

Me hallo en ese punto donde el escritor, en este caso una servidora, agradece de forma sincera el apoyo mostrado por parte de familiares y amigos, pero sobre todo a Multiverso por confiar en mí.

Para no soltar la parrafada del siglo elogiando las cualidades de cada uno, lo haré de seguido. Deseo agradecer de corazón la confianza depositada de Esther Vera, Dolores Balsalobre, Ana Belén Martínez, Diana Baños, Isabel María Sierra, Mario Blanco, Chary Ca y Antonio Sánchez. Cada uno de vosotros, sabéis el papel fundamental que tenéis en toda esta dulce locura.

Gerardo Cárceles, a ti tengo que agradecerte que me dedicaras una tarde para embarcarte en el proyecto conmigo, diseñando la portada de Tras tu rastro. Reconozco que me enamoré de ella con el primer boceto.

Y en especial está dedicada a mis hermanas Carmen y Encarna, las cuales desde el principio me animaron a seguir con esta locura, y a mis hermanos Vicente y José Antonio. A mis padres, que gracias a ellos, soy como soy. Por último, y no menos importante, aclarar que los nombres de la familia Sáez y de algunos de los personajes de la novela, pertenecen a mis seis adorables sobrinos. A los cuales quiero con locura, como mi deseo era que fuesen parte del trabajo, que mejor tributo que utilizar sus nombres reales para darle vida a los personajes ficticios.

Table of Contents

Epílogo
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40

41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
Biografía
Agradecimientos